

EL DESASTRE PERFECTO

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

EL DESASTRE PERFECTO

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

Primera edición.
El desastre perfecto
©Dylan Martins. Janis Sandgrouse
©agosto, 2026
©Imágenes por Magnific y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Capítulo 1



Lucía

El móvil vibró sobre la mesita de noche a las cinco y cuarenta y cinco de la mañana con una violencia que parecía personal. Extendí una mano desde debajo de la sábana, tanteé hasta encontrar el aparato y lo callé de un manotazo que estuvo a punto de mandarlo al suelo.

Cinco minutos. Siempre me daba cinco minutos. Esa era mi pequeña rebeldía diaria, mi acto de resistencia contra un universo que parecía empeñado en aplastarme: cinco minutos más de calor bajo las sábanas, cinco minutos más de no pensar en préstamos, deudas y en el hijo de puta que me había convertido la vida en un festival de números rojos.

A las cinco y cincuenta, el segundo despertador, el de verdad, el que no admitía excusas, empezó a aullar con una canción que odiaba con toda mi alma. Gemí, me incorporé y me quedé unos segundos mirando el techo de mi habitación.

Treinta minutos. Tenía treinta minutos exactos para transformarme de calabaza en carruaje, o más bien de persona en persona-producto, porque a las seis y veinte debía estar saliendo de casa rumbo a mi primer trabajo del día.

—*Otro día maravilloso para ser pobre* —murmuré al techo, mientras mis pies descalzos tocaban el suelo frío del dormitorio.

Esa frase la había dicho tantas veces durante el último año que ya ni siquiera sonaba a ironía. Sonaba a constatación, como decir «hace sol» o «llueve». Se había convertido en mi mantra matutino, en mi forma de saludar al mundo antes de que el mundo me diera otra paliza.

Me levanté, caminé hasta el baño diminuto, tan pequeño que podía lavarme los dientes sentada en el váter si quería, y me miré al espejo. Veintinueve años. Los treinta los cumpliría en octubre. Ojos color miel que últimamente lucían más cansados de lo que me gustaba admitir. Pelo castaño oscuro, largo, enredado, que recogí en una coleta desganada mientras el agua caliente empezaba a correr. No tenía tiempo para secarlo. Nunca tenía tiempo para nada.

Mientras me vestía con unos vaqueros viejos, una camiseta blanca y las deportivas con una mancha de pintura azul que no recordaba de dónde había salido, hice el repaso mental que hacía cada mañana.

Lunes. Dios, odiaba los lunes con una pasión que rozaba lo religioso. Los lunes significaban limpiar la casa de los señores García, la de la señora Ruiz y la del matrimonio Gómez. Tres casas. Seis horas de trabajo agotador. Después, si el cuerpo aguantaba, quedaría con Alba para tomar algo y quejarme de la vida. Y mañana martes, en las oficinas del bufete Valcárcel.

Me eché agua de colonia en las muñecas, el bote barato del supermercado, el que olía a limón y a resignación, y salí al salón-cocina de mi piso. Cincuenta metros cuadrados de gloria en la zona de Huelin, a unas calles de la playa.

Desde la terraza se veía el mar, sí, pero desde tan lejos que parecía una postal borrosa, una promesa de algo que no podía alcanzar. Aun así, era lo mejor de la casa. Esa terraza estrecha con su mesa redonda y sus dos sillas, donde todas las noches cenaba mirando el horizonte y fingiendo que estaba en un restaurante de lujo de Marbella en lugar de comiendo un bocadillo de atún en mi piso de alquiler.

Preparé café en una cafetera italiana vieja que chirriaba más que un coche sin aceite. Mientras el aroma empezaba a llenar la cocina, abrí la puerta del frigorífico e hice el inventario habitual: media botella de leche caducada, un yogur, tres huevos y una manzana arrugada. Genial. El menú del día sería café negro y una galleta María que había rescatado del fondo de un bote. La dieta de los campeones. La dieta de los que tienen tres trabajos y una deuda que, según mis últimos cálculos desesperados, tardaría en pagar aproximadamente hasta el Juicio Final, y eso solo si Jesús se ofreciera como aval.

Fue entonces cuando sonó el timbre del portero automático.

Fruncí el ceño. A las seis de la mañana no era hora de visitas, a menos que hubiera un incendio o un terremoto, y dado que seguía viva y el edificio no se movía, ninguna de las dos opciones parecía probable. Bajé las escaleras con el café en una mano y las llaves en la otra y abrí el buzón del portal.

Dentro había una carta.

Solo una.

Pero bastaba.

El sobre era de ese color crema que ya había aprendido a odiar, el de ciertas financieras que parecían especializarse en arruinarme el día antes de que empezara. Me quedé inmóvil en el rellano, mirando el papel como si fuera una serpiente venenosa. Mi nombre estaba escrito con letra mecanografiada: Lucía Romero Márquez. Debajo, en letras rojas y negras, el logo de una empresa de recuperación de deudas que sonaba a tortura medieval.

Cualquier persona normal habría empezado a llorar. O a gritar. O bien hacer ambas cosas a la vez mientras llamaba a su madre en busca de consuelo.

Yo no era una persona normal.

Me quedé allí, en el rellano de mi edificio, con la carta en una mano y el café en la otra, y solté una carcajada. Una risa auténtica, profunda, que venía de la barriga y que probablemente sonó a locura a los oídos de algún vecino madrugador.

—*Otro día maravilloso para ser pobre* —repetí en voz alta, dirigiéndome al sobre como si fuera una persona real—. *¿Sabes qué? Te estaba esperando. No me defraudes.*

Subí las escaleras de dos en dos, entré a casa y dejé la carta sin abrir sobre la mesa del salón. La miré durante cinco segundos. Luego la volteé. Luego la miré de nuevo. Y finalmente, con un suspiro que parecía arrancarme algo de dentro, la abrí.

Eran cuatro páginas. Cuatro páginas de números, intereses, plazos vencidos y amenazas legales disfrazadas de educación corporativa. El resumen era sencillo: debía casi veinte mil euros por un préstamo que nunca había pedido, firmado con una firma que no recordaba haber puesto, en una vida que ya no reconocía como mía.

Otro regalo de Víctor, que reaparecía como el cáncer que seguía devorándome un año después de haberlo echado de mi vida.

Dejé las páginas sobre la mesa, me terminé el café de un trago y sonreí.

No una sonrisa feliz. Una sonrisa de supervivencia. La sonrisa de quien ha decidido que hoy no va a rendirse, aunque todo el universo conspire en su contra.

—Vale, Víctor —dije al aire, dirigiéndome al hombre que había desaparecido de mi vida y me había dejado un regalo envenenado. —Hoy no. Hoy tengo tres casas que limpiar, una abuela que cuidar el jueves y una cita con Alba para que me compre una caña. Hoy no me hundes.

Me guardé la carta en el bolso y salí de casa, ya la leería con detenimiento, ya buscaría una solución, ya lloraría si hacía falta, pero no ahora.

El sol de Málaga me recibió con su calor pegajoso de julio, ese calor que ya a las seis de la mañana prometía una jornada sofocante. Caminé hasta la parada del autobús, subí con mi abono mensual, otro gasto, otra sangría, y me dejé caer en un asiento mientras la ciudad empezaba a despertar a mi alrededor.

Miré por la ventana y vi pasar la vida: gente yendo al gimnasio, padres llevando a sus niños al colegio, jóvenes volviendo de una noche de fiesta. Todos ellos con sus vidas ordenadas, o al menos eso parecía desde fuera. Todos ellos, sin deudas de sesenta mil euros, por culpa de un exnovio narcisista que había jugado con mi confianza como quien juega al *Monopoly*.

—*Estoy a dos recibos de vender un riñón* —murmuré para mí misma, viendo pasar un autobús con la publicidad de la lotería y su cartel «El Euromillones de hoy: 120 millones».

Mi móvil vibró. Miré y vi un mensaje de Alba.

Alba: *Hoy sales conmigo sí o sí. Te pago yo la primera ronda. No acepto un no por respuesta.*

Sonreí de verdad esta vez. Alba. Mi salvavidas. Mi paño de lágrimas y mi cómplice de risas. La única persona que sabía toda la verdad sobre Víctor, sobre las deudas, sobre las noches en las que yo había llorado hasta quedarme dormida. La única que no me juzgaba, que no me decía «Ya te lo advertí», que simplemente estaba ahí con una cerveza y un abrazo.

Lucía: *Eres lo único bueno que me ha pasado en la vida, Alba. Bueno, tú y el chico del supermercado que a veces me pone el jamón de york de oferta, aunque no sea el día.*

Guardé el móvil y cerré los ojos durante el resto del trayecto. Solo quince minutos. Quince minutos de paz antes de empezar la maratón.

La casa de los señores García estaba en una urbanización tranquila, con jardines que yo envidiaba con todo mi ser, no porque quisiera vivir ahí, sino porque me daba pena ver tanta hierba bien cuidada cuando yo apenas podía mantener viva una maceta en mi terraza. Era una vivienda amplia y luminosa, con vistas al mar que sí eran de verdad, no como las mías, de postal borrosa.

Lola García, la señora de la casa, me recibió con su bata de seda y su café en una taza de porcelana que probablemente costaba más que mi salario.

—Hija, estás hecha unos zorros —dijo Lola sin malicia, mirando mi coleta despeinada y mi camiseta arrugada.

—Es el look de esta temporada, señora —respondí, colgándome el bolso en el perchero—. Se llama superviviente urbana. Lo llevan todas las que tienen tres trabajos y una deuda de veinte mil euros.

Solo Alba sabía la cantidad exacta que debía, nadie más, y no quería que lo supieran.

Lola se rio, ese tipo de risa ronca de fumadora empedernida que yo había aprendido a querer.

—Eres un caso, niña. ¿Quieres café antes de empezar?

—Ya he tomado, gracias. Pero no me diga que no si le apetece un poco de charla mientras friego los cristales.

Esa era la clave. Esa era la razón por la que los clientes me adoraban, por la que me daban propinas, por la que me guardaban táperes de comida y me preguntaban por mi vida. No era solo una limpiadora. Era una confidente, una amiga que llegaba varias veces por semana con un trapo en una mano y una sonrisa en la otra.

Yo limpiaba diferente. Limpiaba canturreando, contando chistes, preguntando por los nietos, escuchando los problemas matrimoniales de Lola como si fueran los míos. Y cuando terminaba, dejaba algo más que una casa reluciente. Dejaba alegría. Dejaba la sensación de que alguien había entrado en ese espacio y lo había llenado de luz, aunque fuera solo por unas horas.

Mientras fregaba los cristales del salón, Lola me contó que su hijo mayor estaba pensando en divorciarse, que su hija pequeña había aprobado las oposiciones y que su marido seguía roncando tanto que ella dormía en el sofá algunas noches. Yo escuchaba, asentía y de vez en cuando soltaba alguna de mis frases:

—Mire, señora, los hombres son como los gatos: si roncan, al menos están quietos y no están metiendo las narices donde no deben.

—Hija, tú deberías escribir un libro —dijo Lola, secándose una lágrima de la risa.

—Estoy en ello —respondí, pasando el paño por el último cristal—. Se titula «Cómo limpiar cristales mientras tu vida se va a la mierda». Va a ser un *best seller* entre gente con deudas y con sentido del humor.

Terminé la casa de los García a las nueve y media, con cincuenta euros en el bolsillo y un táper de tortilla de patatas que Lola me había metido en el bolso a la fuerza. «Para que comas algo decente, que estás como un espárrago», me había dicho.

Capítulo 2



Lucía

Caminé hasta la siguiente casa, la de la señora Ruiz, una viuda de ochenta años que me recibió con su bastón y su perro pequinés que me odiaba con pasión. Allí el trabajo era más ligero: cambiar sábanas, fregar el baño, pasar la mopa por el suelo. Pero el tiempo se alargaba porque la señora Ruiz necesitaba hablar. Necesitaba contarme por enésima vez cómo había conocido a su marido décadas atrás, cómo habían bailado un pasodoble en la feria de Málaga, cómo él le había regalado una peineta de nácar.

Yo escuchaba. Siempre escuchaba. Porque sabía que, para muchas de estas personas, yo era la única conversación humana que tendrían durante todo el día. Y eso valía más que cualquier dinero.

—Lucía, hija —dijo la señora Ruiz mientras yo doblaba las sábanas —, tú eres demasiado joven y demasiado guapa para estar limpiando casas ajenas. ¿No tienes novio?

—Tuve uno, señora —respondí sin detenerme—. Resultó ser un estafador que me dejó endeudada hasta las cejas. Ahora mi único romance es con el director del banco, que me escribe cartas de amor muy amenazantes.

La señora Ruiz se quedó en silencio un momento y luego soltó una carcajada que parecía improbable viniendo de alguien tan pequeña y frágil.

—Eres una sinvergüenza. Me caes bien. Cuando me muera, te dejaré algo en el testamento.

—No me hable de morirse, señora, que todavía tiene que enseñarme a hacer esa sopa de ajo que me prometió —respondí, besándole la mejilla arrugada antes de marcharme.

La tercera casa, la de los Gómez, fue más rápida. Un matrimonio joven; ambos trabajaban. Apenas se cruzaron conmigo. Dejaron el dinero sobre la mesa y un post-it que decía «Gracias, Lucía. Eres la mejor». Sonreí al leerlo. Pequeños gestos que hacían que el día fuera soportable.

A la una del mediodía, cuando terminé en la casa de los Gómez, estaba agotada. La espalda me dolía, las manos me olían a lejía y el sol de fuera apretaba con fuerza. Pero tenía tres horas libres antes de mi siguiente compromiso y eso significaba una cosa: quedar con Alba.

Me cambié de ropa en un baño público. Un vestido verde que me sentaba de maravilla, unos pendientes que me aportaban brillo a los ojos y un poco de pintalabios rojo que transformaba mi cara de cansancio en algo cercano a la belleza, y caminé hasta el centro. Hacia el bar donde Alba me estaría esperando con dos cañas y media hora de chismes acumulados.

El bar estaba en una calle peatonal cerca del puerto, con una terraza bajo toldos que daban sombra y con una música agradable que no obligaba a gritar. Alba ya estaba allí, sentada en una mesa de hierro forjado, con su melena rubia perfectamente peinada y su sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

—Madre mía, si hasta estás guapa —dijo Alba cuando me senté—. ¿Cómo es posible que, después de limpiar tres casas, parezcas recién salida de una sesión de fotos?

—Es el brillo de la pobreza —respondí cogiendo la caña que Alba me había pedido—. Cuando no tienes nada, al menos tienes que lucir bien.

Alba negó con la cabeza, pero sonrió. Esa sonrisa que decía «Te quiero, aunque estés loca».

—¿Y? —preguntó Alba, bajando la voz—. ¿Alguna novedad con el tema…?

No hacía falta que terminara la frase. Sabía a qué se refería. Saqué la carta del bolso y la dejé sobre la mesa. Alba la leyó en silencio, con el ceño cada vez más fruncido, hasta que finalmente golpeó la mesa con la mano.

—Esto es una mierda, Lucía. Una puta mierda. Tienes que denunciarle. Tienes que ir a la policía, a un abogado, a quien sea. No puedes seguir así.

—¿Y qué quieres que haga, Alba? —Me terminé la caña de un trago —. ¿Que vaya a la policía y les diga que mi exnovio me estafó? ¿Que se abra un proceso judicial que durará años y costará dinero que no tengo? ¿Que meta a Víctor en la cárcel y yo quede como la tonta que firmó papeles sin leer?

—No eras tonta —dijo Alba, cogiéndome la mano—. Él te manipuló. Te engañó. Te hizo creer que esos papeles eran para otra cosa.

—Lo sé —miré el fondo de mi vaso vacío—. Pero eso no cambia nada. Al final del día, yo firmé. Y ahora debo sesenta mil euros que no pedí, por un negocio que nunca existió, y él está en alguna parte, probablemente haciendo lo mismo con otra pobre tonta.

La voz me tembló un poco, pero no lloré. Nunca lloraba delante de Alba. Guardaba las lágrimas para las noches solas, para la terraza de mi piso, para cuando el mundo se volvía demasiado grande y yo demasiado pequeña.

—No solo fue el dinero, ¿sabes? —dije, mirando a Alba a los ojos—. Fue descubrir que alguien a quien amaba, alguien en quien confiaba, podía ser capaz de destruirme sin mirar atrás. Eso es lo que no puedo perdonar. Eso es lo que me despierta por las noches.

Alba apretó mi mano con más fuerza.

—Vamos a arreglarlo. De alguna manera, lo arreglaremos. Y si no, yo te ayudo. Tengo ahorros, puedo…

—Ni hablar —la interrumpí con firmeza—. No te voy a pedir dinero, Alba. Jamás. Prefiero vender un riñón, como dice mi madre.

—Tu madre dice eso porque es una *drama Queen*.

—Mi madre dice eso porque es realista —sonreí por primera vez en la conversación—. Pero gracias. De verdad. Por estar ahí. Por escucharme. Por no decirme «Ya te lo advertí».

—Nunca te lo advertí —dijo Alba, sonriendo también—. Porque nunca me gustó Víctor, pero pensaba que eras feliz. Y si eras feliz, yo callaba.

—Era una felicidad de mentira —reconocí—. Una felicidad de Instagram. De fotos bonitas y de viajes que no podíamos permitirnos. De regalos caros que él compraba con mi nombre en los préstamos. Debería haberme dado cuenta. Debería haber sospechado cuando empezó a pedirme que firmara papeles del banco sin explicarme qué eran.

—No te culpes —dijo Alba, haciendo señas al camarero para pedir otra ronda—. Ese tío es un manipulador. Un narcisista. Un hijo de puta con sonrisa bonita. Y algún día se lo hará pagar.

—Ojalá —murmuré.

Las siguientes cañas llegaron y la conversación cambió. Hablamos de trabajo, de los capullos que Alba atendía en el banco, de la última serie que estábamos viendo, de si el chico del gimnasio de Alba le había pedido el número o no. Cosas normales. Cosas de amigas. Sentí que respiraba por primera vez en días, que el peso de la carta del buzón se aligeraba un poco.

Cuando nos despedimos, eran las cuatro de la tarde. Alba se fue a su turno de tarde en el banco y yo caminé hacia mi piso, con las piernas cansadas pero el espíritu un poco más ligero.

La noche llegó despacio, como suele hacer en verano, con un cielo que se tiñe de naranja y rosa antes de rendirse a la oscuridad. Yo estaba en mi terraza, sentada en una de las dos sillas de plástico, con la tortilla de la señora Ruiz y una cerveza que se estaba calentando.

Miraba el mar. Ese mar que estaba ahí, siempre, como una promesa de que el mundo era más grande que mis problemas. Desde mi terraza parecía una línea brillante en el horizonte, algo inalcanzable pero hermoso. Algo que me recordaba que, aunque mi vida fuera un desastre, en el mundo existía belleza.

—*A lo mejor mañana aparece un millonario perdido* —dije en voz alta, dirigiéndome al cielo que empezaba a llenarse de estrellas—. *Uno de esos que te miran como si fueras un pastel que no debería comer y, además de darte dinerillo, te apaña el cuerpo con un buen polvo.*

Me reí sola. Esa era otra de mis frases recurrentes, la que soltaba cuando el día había sido especialmente duro. El sueño del *Sugar Daddy*. El príncipe azul moderno, con cuenta corriente y ganas de mimarme.

—*Que me mire como si fuera un bocadito de nata* —continué, hablando ya con el universo en general—. *Y que tenga un hermano rico para Alba, que no quiero dejarla fuera.*

Mi móvil vibró y vi que era un mensaje de mi madre.

Mamá: *Hija, ¿has cenado? ¿Necesitas dinero? Te mando Bizum.*

Sonreí. Mi madre, Mercedes, que apenas tenía para ella, pero que siempre ofrecía. Viuda desde hacía doce años, viviendo en un pueblo cercano, con su casa pagada y su pensión justa, siempre preocupándose por la hija que había criado sola.

Lucía: *Estoy bien, mamá. Cené como una reina. Tortilla de la señora Ruiz.*

Mentira, no estaba bien. Pero era una mentira piadosa. La última cosa que quería era preocuparla más de lo que ya estaba.

Guardé el móvil y seguí mirando el mar. Pensé en el día siguiente. Martes. Oficinas del bufete Valcárcel. Eduardo Valcárcel, el abogado de sesenta y un años que me trataba como a una hija. Nuria, la recepcionista que me guardaba el café y me contaba todos los chismes del bufete. Otro día más. Otra batalla.

—*Otro día maravilloso para ser pobre* —susurré por última vez, levantando mi cerveza caliente hacia el horizonte.

Lo que aún no sabía era que ese verano mi vida iba a cambiar para siempre.

Me terminé la cerveza, recogí el plato y me preparé para otra noche de sueño inquieto, deudas pendientes y sueños de *Sugar Daddies* que nunca llegaban.

Mañana sería otro día. Y yo estaría preparada.

Capítulo 3



Alejandro

El proyecto de la Torre Mirabel llevaba exactamente catorce meses, tres semanas y dos días en mi mesa. Lo sabía porque había empezado a trabajar en él el mismo día en que firmé el divorcio, como si aquella estructura de cristal y acero pudiera compensar el fracaso de mi matrimonio. Y ahora, aquel martes de julio, estaba a punto de entregarlo.

Mi despacho en el ático del edificio Medina Arquitectura, el estudio que Héctor y yo habíamos levantado desde cero hasta convertirlo en uno de los más prestigiosos de Madrid, tenía unas vistas a la ciudad que muchos envidiaban. Yo solo veía líneas que no encajaban, sombras que caían donde no debían, detalles que exigían perfección.

La maqueta de la torre ocupaba el centro de la mesa, impecable, iluminada por focos que la hacían parecer un objeto de culto. Y, en cierto modo, lo era. Era mi obsesión. Mi hijo de cristal.

—Alejandro, la reunión con los inversores empieza en cuarenta minutos —dijo Marta, mi asistente, asomando la cabeza por la puerta —. ¿Quieres que prepare el coche?

—No —respondí sin levantar la vista de los planos—. Llegaré por mi cuenta. Y Marta, estos planos tienen un error en la escala del vestíbulo. Dile a Diego que lo revise antes de la presentación.

—Pero eso son tres mil hojas…

—Que las revise todas.

Marta suspiró. Lo hacía a menudo en mi presencia. Yo lo sabía porque el sonido era inconfundible, aunque nunca le daba importancia. Mi equipo estaba acostumbrado a mi perfeccionismo. O al menos eso creía yo.

Todo funcionaba. Mi agenda estaba programada hasta el último minuto. Mis reuniones empezaban y terminaban a la hora exacta. Mi vida transcurría con la precisión de un mecanismo de relojería suizo. No había espacio para imprevistos, retrasos ni para ese caos emocional que tanto detestaba. Después del divorcio de Marta, mi exmujer, no mi asistente, aunque el nombre resultaba irónico, había jurado que nunca más perdería el control. Y mantenía esa promesa con la disciplina de un monje.

Estaba revisando los últimos cálculos estructurales cuando sonó el móvil. Miré la pantalla: Mamá. Dudé. Mi madre solo llamaba en horario de oficina cuando algo iba mal. O cuando quería recordarme cosas que prefería olvidar.

—Dime —respondí, manteniendo la voz neutra.

—Alejandro, no me trates como si fueras el director de una multinacional y yo tu secretaria —dijo ella, directa como siempre—. Soy tu madre. Y te llamo porque hace tres meses que no pisas Málaga. Tu abuela pregunta por ti cada vez que hablo con ella.

Apreté los párpados. Carmen. Mi abuela. La única persona en el mundo, literalmente la única, que me decía la verdad sin miedo a las consecuencias. La única que me miraba con esos ojos azules que parecían ver a través de todas mis armaduras y me decía: «Cariño, estás hecho un desastre y lo sabes».

—Estoy con un proyecto importante, mamá —dije—. La Torre Mirabel. La presentación es hoy.

—Y mañana tendrás otra torre. Y pasado otra. Y dentro de un año seguirás poniendo excusas mientras tu abuela cumple ochenta y seis años y tú ni siquiera sabes si tiene un nuevo médico o si sigue tomando las pastillas para la tensión.

Su voz no tenía reproche, sino preocupación. Eso era peor. Mi madre nunca me hacía sentir culpable directamente. Simplemente planteaba la verdad y me dejaba con ella, como quien deja un gato muerto en el felpudo.

—La llamaré esta semana —dije.

—No. Irás a verla. Esta semana. O me planto yo misma en tu despacho y te arrastro hasta el AVE.

Casi sonreí. Casi. Mi madre era capaz de hacerlo. De eso no había duda.

—Está bien —concedí—. Iré. Pero después de la presentación de hoy. Y solo unos días.

Colgué y me quedé mirando la maqueta. La Torre Mirabel. Mi obra maestra. Mi refugio contra el desorden del mundo.

Héctor entró sin llamar, como hacía siempre. Llevaba vaqueros rotos y una camiseta de algún festival de música indie. Mi socio, mi hermano de sangre no genética, mi polo opuesto en todo.

—¿Listo para la presentación, señor Perfección? —dijo, sentándose en el borde de mi mesa y haciendo crujir una de las maquetas.

—Quítate de ahí —dije sin levantar la vista—. Y no me llames así.

—Es tu nombre de pila. Alejandro Medina, alias Señor Perfección, el hombre que organiza los lápices por gradación cromática y tiene los calcetines ordenados por días de la semana.

—Tengo los calcetines ordenados por colores, no por días. Y eso es eficiencia, no obsesión.

Héctor se rio. Esa risa suya que llenaba habitaciones y molestaba a los vecinos.

—He oído la conversación con tu madre —dijo, cambiando de tema con la sutileza de un elefante en una cristalería—. Deberías ir a Málaga. Llevas demasiado tiempo sin descansar.

—No necesito vacaciones —respondí, marcando una corrección en el plano con un lápiz rojo.

—Necesitas recordar que eres una persona y no un programa informático con traje.

Levanté la vista por primera vez. Héctor me miraba con esa mezcla de preocupación y burla que había perfeccionado a lo largo de nuestra amistad de quince años.

—Funciono bien así —dije—. El control me funciona.

—El control te está convirtiendo en un robot, Alejandro. Marta se fue hace dos años y tú sigues actuando como si el mundo fuera a acabar si no revisas tres veces cada coma de tus planos.

—Marta se fue porque no soportaba mi trabajo —dije, sintiendo un pinchazo viejo en el pecho—. No porque yo fuera perfeccionista.

—Marta se fue porque no conseguías ver más allá de tus malditos planos —replicó Héctor, bajando la voz—. Y ahora estás a punto de convertirte en un hombre de cincuenta años con un estudio brillante y sin nadie con quien compartirlo. Ve a Málaga. Ve a tu abuela. Respira aire que no huela a tinta de impresora.

No respondí. No había nada que decir. Héctor tenía razón, lo cual me irritaba profundamente. Siempre tenía razón cuando se trataba de personas, mientras que yo la tenía cuando se trataba de estructuras. Las estructuras eran fáciles. Las personas eran un caos puro.

—Iré —dije finalmente—. Después de la presentación. Tres días. Ni uno más.

—Eso es espíritu —dijo Héctor, levantándose y dirigiéndose a la puerta—. Y lleva ropa de verano, que con el traje de Armani que llevas puesto parece que vas a un funeral.

La presentación fue un éxito. Los inversores firmaron. La Torre Mirabel se construiría. Debería haber sentido euforia. En su lugar, sentí vacío. Esa sensación familiar de que cada logro solo servía para llenar un agujero que seguía ahí, inmóvil, bajo la superficie.

Cancelé mis reuniones de los próximos días. Hice una maleta con la eficiencia de quien ha hecho demasiadas veces el mismo gesto: tres camisas de lino, dos pantalones de algodón, bañador, zapatillas, el neceser con todo ordenado por categorías. Mi vida en una maleta de cabina.

El AVE Madrid-Málaga tardaba dos horas y cuarenta minutos. Las pasé revisando correos, respondiendo mensajes, organizando la agenda de la semana siguiente. Cuando el tren entró en la estación de Málaga-María Zambrano, sentí algo extraño en el pecho. Alivio, quizás. O miedo. No sabía distinguirlos ya.

Alquilé un coche en el aeropuerto. No el deportivo que habría elegido Héctor, sino un sedán elegante, discreto, cómodo. Un coche de adulto responsable. Conduje hasta la casa que había diseñado años atrás en las afueras de la ciudad, la que usaba como refugio cuando el trabajo me permitía escapar de Madrid.

La casa estaba exactamente como la recordaba. Demasiado grande para una sola persona. Demasiado silenciosa. Pero perfecta. Cada línea, cada espacio, cada juego de luces era exactamente como lo había planeado. No había sorpresas. No había caos.

Dejé la maleta en el dormitorio principal, la suite con vistas al mar que nunca compartía con nadie, y me miré al espejo. Barba de tres días. Ojos cansados. Camisa blanca impecable. Pantalones oscuros. Mocasines. El uniforme de batalla.

Decidí ir directamente a casa de mi abuela. Cuanto antes cumpliera con mi obligación familiar, antes podría volver a Madrid, a mi orden, a mi control. Esa era la lógica que me gobernaba.

Cogí las llaves del coche y salí. El sol de Málaga me golpeó con una intensidad que olvidaba cada vez que me iba. Julio. El calor pegajoso de la Costa del Sol. El olor a jazmín y a salitre. Todo me resultaba extrañamente familiar e incómodo a la vez.

Conducía hacia la urbanización donde vivía mi abuela Carmen. Iba pensando en el siguiente proyecto, en los planos que debía revisar y en la reunión del lunes con el equipo de ingenieros. Paré frente a una cafetería y entré a por un café; necesitaba uno a toda costa.

Cuando salí de allí, con mi café humeante en la mano y mirando el móvil con algunos correos importantes, el mundo que me rodeaba literalmente dejó de existir. Hasta que fue demasiado tarde.

El impacto llegó de lleno y caliente, muy caliente, por partida doble. Cerré los ojos y maldije porque no me podía estar pasando eso, de verdad que no.

Al abrir los ojos, me encontré con una mujer cargando una bolsa de panadería en cada mano, un café en una de esas tazas de cartón que odiaba, y algo en la boca que parecía un croissant. Llevaba el pelo suelto, salvaje, una melena castaña que le caía por los hombros en ondas despeinadas. Vestía un vestido verde que se pegaba a su cuerpo de formas generosas y unas sandalias que hacían que sus piernas parecieran interminables.

Su café había salido disparado de su mano como un proyectil y se estrelló contra mi pecho, contra mi camisa blanca de lino italiano, dejando una mancha marrón que se expandía con una rapidez humillante. Y, para colmo, había ocurrido lo mismo con mi café, por lo que la mancha empezaba a parecerse a algún país en un mapamundi.

Ella se quedó inmóvil en medio de la calle, mirándome con unos ojos color miel que parecían demasiado grandes para su cara. Tenía una boca perfecta, pintada de rojo, y en ese momento estaba abierta en una o de sorpresa que habría resultado cómica si no estuviera empapado en café caliente.

Ella parpadeó. Miró la mancha. Y entonces hizo algo que no esperaba. Se echó a reír.

No una risa nerviosa ni una disculpa tartamudeada. Una carcajada auténtica, profunda, que venía de la barriga y transformó su expresión de sorpresa en algo cercano a la belleza. Una belleza desordenada, caótica, absolutamente fuera de lugar en mi mundo de líneas rectas y ángulos perfectos.

—Bueno… —dijo, recuperando el aliento—. Creo que vas a tener que meterla en la lavadora en cuanto llegues a casa.

La miré. Realmente la miré por primera vez. Y me di cuenta de que estaba perdiendo el control. De que esta mujer, con su café volador y su risa inapropiada, acababa de romper algo de mi preciosa rutina.

—¿Perdón? —dije, consciente de que mi voz sonaba más fría de lo que pretendía.

—Que al menos el café era bueno —dijo ella, encogiéndose de hombros con una naturalidad que me desconcertó—. Eso siempre ayuda.

—¿Acabas de tirarme dos cafés encima y esa es tu disculpa?

—No, mi disculpa era «perdón», pero la he perdido entre el susto y el café —respondió y sonrió.

Esa sonrisa era peligrosa. Lo supe en ese instante. Era el tipo de sonrisa que desarmaba defensas, que hacía que uno olvidara por qué estaba enfadado, que prometía que el caos tenía su lado bueno.

—Deberías mirar por dónde cruzas —dije, intentando recuperar la autoridad que sentía que se me escapaba entre los dedos.

—Y usted debería ir más atento al entorno que al móvil —replicó ella, sin perder la sonrisa—. Pero aquí estamos los dos, con café en su camisa y sin croissant en mi boca. La vida es injusta.

Se dio la vuelta. Empezó a caminar. Y yo me quedé allí, parado en medio de la calle, con el café escurriéndome por el estómago, sintiendo algo que no lograba identificar. No era solo enfado. Era… fascinación. Repulsión y atracción mezcladas. Como mirar un accidente de tráfico del que no puedes apartar la vista.

—¡Oye! —La llamé y ella se giró con una ceja arqueada y esa boca curvada en algo entre el desafío y la diversión.

—Yo que usted me cambiaría antes de que se extienda más, que esa mancha parece Canadá —dijo, sin darme tiempo a hablar.

Y se fue. Caminó con paso rápido, desapareciendo por una esquina, dejándome con la camisa manchada y una sensación de desconcierto absoluto.

Subí al coche, lo puse en marcha, miré la mancha en mi camisa y suspiré. Llegaría a casa de mi abuela oliendo a café con leche y con la ropa hecha un desastre. Eso no estaba en mi plan.

Capítulo 4



Alejandro

La casa de mi abuela Carmen olía exactamente como recordaba. A jazmín, a limón, a algo antiguo y seguro. El portón de madera se abrió con su chirrido familiar y entré en el patio antes de llamar. Siempre entraba así. Desde pequeño, este había sido mi refugio, el lugar al que venía cuando las cosas en Madrid se volvían demasiado complicadas.

Mi abuela estaba en el porche, sentada en su mecedora, con el pelo blanco perfectamente peinado y su collar de perlas. Parecía una reina exiliada en su propio reino. A sus ochenta y seis años, seguía teniendo más presencia que cualquier ejecutivo con el que hubiera tratado.

—Alejandro, cariño —dijo, sin levantarse, sin sorpresa, como si supiera que llegaba en ese preciso momento—. Estás hecho un desastre.

—Hola, abuela —besé su mejilla arrugada, oliendo su perfume familiar—. Ha sido un accidente en el camino. Una mujer me ha tirado café encima.

—¿Una mujer? —Una ceja perfectamente dibujada se arqueó—. ¿Guapa?

—Abuela…

—Contéstame.

Suspiré. Carmen siempre conseguía que respondiera a preguntas que no quería responder.

—Sí. Era guapa. Pero está loca. Me ha tirado café, se ha reído y se ha ido.

Carmen sonrió. Esa sonrisa suya que significaba que sabía algo que yo ignoraba.

—Suena interesante —dijo—. Ven, siéntate.

—Abuela, necesito cambiarme. Estoy empapado.

Me cambié en el baño de mi abuela con la precisión de un cirujano y la mente de un hombre que acababa de perder el control de su propia vida. La camisa manchada de café cayó al cesto de la ropa sucia con un sonido sordo, como si fuera un cadáver. Me puse una de las camisas que mi abuela guardaba siempre para mí en el armario del cuarto de invitados, una camisa azul clara, impecable, que olía a lavanda y a algo antiguo, y me miré al espejo.

Los ojos que me devolvieron la mirada eran los mismos de siempre: gris verdoso, fríos, profesionales. Pero había algo diferente. Una chispa. Una pregunta sin responder. ¿Quién es esa mujer?

Solo tenía un rostro. Y una risa que sonaba como campanas lejanas en mi memoria, perturbando el orden que tanto me costaba mantener.

Salí del baño y encontré a mi abuela en el patio, sentada bajo el porche, preparando limonada con el ritual pausado que había visto miles de veces a lo largo de mi vida. El sol de la tarde caía oblicuo sobre el jardín, iluminando los jazmines que trepaban por las paredes blancas. Era un escenario idílico, perfecto, diseñado para la calma.

Y yo estaba todo lo contrario de calmado.

—Ven, siéntate —dijo sin girarse, como si me hubiera oído llegar—. La limonada está en su punto. Y tú necesitas algo frío. Parece que has visto un fantasma.

—He visto algo peor. Una mujer reírse de mi desgracia después de tirarme café. ¿Quién se ríe después de arrojarle café a un desconocido? ¿Quién…?

—¿Quién te hace perder los papeles? —interrumpió, y su voz tenía un toque burlón—. Porque eso es lo que realmente te molesta, ¿verdad? Que no se ha disculpado temblando. Que no te ha pedido perdón diez veces. Que no ha medido cada palabra como hacen todos los demás contigo.

Dejé el vaso sobre la mesa. La limonada estaba perfecta, como todo lo que hacía ella. Ácida, dulce, refrescante. Pero yo no podía disfrutarla. Tenía la mente en otra parte. En esos ojos color miel. En esa risa irreverente.

—No lo entiendes —dije, eligiendo las palabras con cuidado—. No es que me haya tirado café. Es… su actitud. Es como si no le importara nada.

—O como si le importara demasiado —dijo, y sus ojos azules me miraron con una intensidad que me hizo sentir incómodo—. Cada quién sabe qué batallas está luchando, y no sé quién será esa mujer, pero ella ha elegido reírse. Y eso, cariño, eso es lo que tú no sabes hacer.

Quise preguntar a qué venía eso de que yo no sabía reírme, pero mi abuela cambió de tema con la habilidad de quien lleva décadas manejando conversaciones familiares.

—Cuéntame —dijo, reclinándose en su silla—. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Málaga? ¿Tres días? ¿Cuatro? ¿El tiempo suficiente para hacerme compañía y fingir que descansas antes de volver a tu jaula de cristal en Madrid?

—Abuela…

—No me vengas con evasivas. Te conozco mejor de lo que te conoces tú mismo.

Suspiré. Era verdad. Ella siempre me había conocido mejor que nadie. Incluso cuando era niño, ella veía a través de mis excusas, de mis «Estoy bien», de mis sonrisas de conveniencia.

—Me quedaré lo suficiente para desconectar del trabajo —dije—. Pero no como para quedarme a vivir definitivamente. Tengo el estudio, tengo proyectos, tengo…

—Tienes excusas —terminó ella por mí—. Siempre tienes excusas.

El silencio cayó entre nosotros, pesado pero cálido. El silencio de quienes se quieren demasiado como para mentirse. Escuché el sonido de la fuente en el jardín, el canto de los pájaros, el susurro de las hojas de los limoneros.

—Trabajas demasiado —dijo finalmente, y su voz había perdido el tono burlón. Ahora sonaba preocupada. Auténticamente preocupada—. Eso no es saludable, Alejandro. Cualquier día te da un apechusque y la roscas.

Me reí. No pude evitarlo. La expresión era tan de Carmen, tan antigua, tan suya.

—No te preocupes —dije, cogiendo su mano arrugada entre las mías—. Tienes nieto para rato. Voy a vivir más que tú solo para fastidiarte.

Pero ella no sonrió. Su expresión se volvió seria, casi triste. Y cuando habló, su voz fue un susurro que me heló la sangre.

—Eso dices —dijo—. Pero aun siendo más joven que yo, veo que te da un infarto antes de los cuarenta, como le pasó a tu padre.

El tiempo se detuvo.

Mi padre. El fantasma que llevaba veinte años rondando nuestra familia. El hombre que había sido tan parecido a mí, perfeccionista, trabajador obsesivo e incapaz de parar, y que había caído fulminado a los cuarenta y dos años, dejando a mi madre viuda y a mí huérfano a los diecisiete.

Lo recordé en ese instante con una claridad dolorosa. Su oficina en casa, las luces encendidas hasta la madrugada, las pastillas para el corazón que guardaba en el cajón y que nunca tomaba porque «No tenía tiempo de estar enfermo». El día que lo encontraron, había estado trabajando en un proyecto. Había muerto con un plano en las manos.

—Abuela…

—No digas nada —dijo ella, apretando mi mano con una fuerza sorprendente para alguien de su edad—. Solo piénsalo. Piénsalo de verdad. ¿Es esto lo que quieres? ¿Ser un hombre exitoso que muere solo en su despacho?

Me quedé en silencio. No podía responder. No quería responder. Porque en el fondo, en lo más profundo de mi ser, sabía que tenía razón. Que llevaba años corriendo hacia el mismo precipicio. Que cada proyecto terminado, cada éxito profesional, era solo una forma de llenar un vacío que no sabía cómo nombrar.

Pasaron minutos. Quizás horas. El sol se movió en el cielo, cambiando los ángulos de las sombras en el patio. Seguimos allí sentados, mi abuela y yo, en un silencio que decía más que mil palabras.

Y entonces ella volvió a hablar, cambiando de tema con brusquedad, como si no hubiera destrozado mi mundo con una sola frase.

—Lucía viene en unos días —dijo—. Los jueves y viernes por la tarde y los sábados por la mañana.

—¿Quién es Lucía?

—La chica que me ayuda. Tu tío Javier y tu madre tienen sus propias vidas y sus propios trabajos. Lucía viene a hacerme compañía, a llevarme de paseo, a escucharme hablar de cuando eras pequeño y hacías travesuras.

—Yo no hacía travesuras —protesté débilmente—. Yo era un niño ordenado.

—Tú eras un niño que intentaba controlar el mundo desde los cinco años —corrigió ella—. Y Lucía es una mujer que aprendió que el mundo no se puede controlar. Por eso os vais a llevar tan mal. O tan bien. Depende de cómo miréis las cosas.

—No creo que nos llevemos de ninguna manera —dije—. No la voy a conocer. Mañana me voy a…

—¿A dónde? —interrumpió Carmen—. ¿A tu casa vacía? ¿A tu despacho portátil? ¿A seguir huyendo?

No respondí. Porque no tenía respuesta.

Después de un rato, cuando el sol empezó a declinar y el aire se volvió más fresco, me levanté. Besé a mi abuela en la frente, oliendo su perfume familiar, aferrándome a su presencia como quien se aferra a un salvavidas.

—Voy a acomodarme en mi casa —dije—. Necesito… necesito ordenar mis cosas. Pensar.

—Pensar está bien —dijo ella—. Pero no pienses demasiado. A veces hay que sentir, Alejandro. Aunque duela.

—Volveré mañana —prometí—. Temprano. Te llevaré a desayunar fuera.

—No hace falta. Lucía me hará tortilla. Pero puedes venir a tomar un café. A las nueve. Punto.

Asentí. Y me fui.

Conduje de vuelta a mi casa con la mente en mil lugares a la vez. Mi casa, la que yo mismo había diseñado, me recibió con su silencio impecable, con su orden geométrico, con su vacío que ahora parecía más evidente que nunca.

Dejé las llaves sobre la consola de entrada, exactamente en el ángulo de 90 grados que correspondía. Me quité los zapatos y los alineé junto a la puerta. Todo en su sitio. Todo bajo control.

Y entonces me detuve.

En medio del salón, con vistas al jardín iluminado por la luz del atardecer, me di cuenta de algo terrible: no recordaba el trayecto de vuelta. No recordaba haber conducido. Había estado tan absorto en mis pensamientos que mi cuerpo había funcionado en piloto automático, mientras mi mente viajaba a otro lugar.

A ella.

Me senté en el sofá y cerré los ojos. Y allí estaba la mujer del café, con el pelo despeinado y el vestido verde. Con su risa que no pedía permiso. Con sus ojos color miel que me habían mirado sin miedo, sin admiración, sin la reverencia a la que estaba acostumbrado.

Nadie me hablaba así. Nadie se reía de mí. Nadie me desafiaba. Y sin embargo…

Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en ella. En la forma en que se había disculpado sin disculparse realmente.

Me levanté y fui hasta la cocina. Abrí el frigorífico —organizado con precisión militar— y saqué una cerveza. No bebía habitualmente, pero esa noche lo necesitaba. Necesitaba algo que me devolviera al presente, que borrara de mi mente esa risa perturbadora.

No funcionó.

Estaba sentado en la terraza, mirando el mar que se oscurecía en el horizonte, cuando mi teléfono vibró. Era Héctor.

—¿Y bien? —dijo, sin saludar—. ¿Has visto a tu abuela? ¿Estás disfrutando del paraíso malagueño? ¿Has conocido a alguna morena guapa en la playa?

—He conocido a una mujer —dije, y la frase salió de mi boca antes de poder detenerla.

Silencio al otro lado. Luego, una carcajada.

—¡Joder, Alejandro! ¡No me lo esperaba de ti! ¿Dónde la has conocido? ¿Es guapa? ¿Te ha tirado los tejos? ¿Has…?

—Me ha tirado café encima —interrumpí—. Y se ha reído.

Otra pausa. Cuando Héctor volvió a hablar, su voz había cambiado. Tenía un deje de seriedad que no solía emplear.

—Alejandro —dijo—. Escúchame bien. Una mujer que te hace perder los papeles, que te saca de tu zona de confort y te obliga a sentir algo más allá del control… esa mujer es peligrosa. Pero puede ser exactamente lo que necesitas.

—No necesito nada —mentí.

—Todos necesitamos algo —dijo Héctor—. Incluso tú, amigo. Incluso tú.

Colgué. Y me quedé solo, con el sonido de las olas lejanas y el recuerdo de una risa que no podía borrar.

Y por primera vez en años, sentía algo que no podía nombrar, algo que no encajaba en mis planos ni en mis estructuras.

Algo que olía a café derramado y a jazmín.

Algo que me aterraba más que cualquier proyecto.

Algo que tal vez era exactamente lo que necesitaba.

Capítulo 5



Lucía

Si hoy me toca el Euromillones, me muero de un infarto antes de cobrarlo. Seguro. Soy así de desgraciada.

Esa frase me rondaba por la cabeza mientras caminaba por la acera, saliendo de la casa de los Gómez, en el último trabajo de la mañana. Miércoles. Diez y media. El sol de Málaga apretaba con esa crueldad particular que tiene el verano andaluz, el calor que se te mete en los huesos y te deja pegajosa antes de que empiece el día de verdad.

Llevaba el bolso colgado del hombro, una bolsa de la compra con el almuerzo que me había dado la señora Gómez, un táper de gazpacho casero que olía a gloria, y la sensación de que algo iba a salir mal. No sé por qué. Intuición de pobre, supongo. Cuando llevas tanto tiempo esperando que el universo te dé una paliza, aprendes a detectar los síntomas previos.

Cinco minutos después, mi móvil empezó a vibrar como si tuviera epilepsia.

Primera llamada: un número desconocido. Contesté porque pensé que podría ser algún cliente que hubiera cambiado la hora de la limpieza.

—¿Lucía Romero? —Dijo una voz masculina, metálica, de esas que leen un guion sin creerse ni una sola palabra.

—Sí, ¿quién es?

—Le llamo de Recuperaciones Martínez, S. L. Estamos gestionando una deuda pendiente a su nombre por importe de dieciocho mil quinientos euros. Necesitamos que…

Colgué. No dije nada. Apreté el botón rojo con una violencia que me sorprendió a mí misma y seguí caminando, mirando al frente, como si no hubiera pasado nada. Como si no acabaran de recordarme que existía un agujero negro en mi vida llamado Víctor, y que ese agujero seguía devorando todo lo que tocaba.

Segunda llamada. Mi madre. Contesté porque, si no lo hacía, llamaría hasta diez veces, luego se preocuparía y acabaría subiendo en autobús desde el pueblo para ver si estaba muerta en un rincón.

—Hija —dijo sin saludar—, estoy viendo a la vecina de enfrente y me ha dicho que su sobrina, la que trabaja en Hacienda, se ha casado el sábado. Con un notario. Un hombre muy serio, muy responsable. Y me he acordado de ti.

—Hola, mamá. Yo estoy bien, gracias por preguntar. ¿Y tú?

—No me vengas con ironías. Estoy hablando en serio. ¿Cuándo piensas casarte?

Apreté los dientes. El sol me daba de lleno en la cara. Sudaba. Llevaba tres horas limpiando casas ajenas. Y mi madre me preguntaba por el matrimonio como si fuera un plan de pensiones.

—Mamá, no tengo novio. No tengo dinero. No tengo tiempo. Y no tengo ganas de casarme.

—Con esa actitud…

—¿Qué? ¿Con qué actitud? ¿La de supervivencia? ¿La de intentar llegar a fin de mes sin vender un riñón?

—No seas dramática —dijo ella y noté el cambio en su voz. Preocupación de verdad, no la falsa de antes—. Solo quiero que seas feliz, hija. Que no estés sola.

—No estoy sola —mentí—. Tengo a Alba. Tengo a mis clientes. Tengo a la señora Carmen.

—Eso no es familia.

—Es la familia que tengo —dije, y mi voz se quebró un poco—. Tengo que colgar, mamá. Te llamo luego.

Colgué antes de que ella pudiera decir nada más. Respiré hondo. Una. Dos veces. El truco de siempre. No llorar en la calle. No darle esa satisfacción al universo.

Tercera llamada: Alba. Contesté al segundo timbrazo.

—Hola, desastre —dijo ella, y su voz era como un bálsamo—. Esta noche sales conmigo. Sí o sí. No acepto excusas.

—Alba, estoy hecha polvo…

—Precisamente. Por eso vamos a emborracharnos. O al menos a tomar dos cañas y reírnos de la vida. Te necesito, Lucía. Mi jefe es un capullo y mi madre me ha dicho que estoy gorda. Necesito que me digas que no estoy gorda y que mi jefe se va a ir al infierno.

Casi sonreí. Casi.

—Vale —dije—. Pero me pones la primera ronda.

—Trato hecho. Y Lucía…

—¿Qué?

—Te quiero, desastre.

—Yo también, *drama Queen*.

Colgué. Y entonces, justo entonces, mientras cruzaba el paso de peatones de la calle Larios, escuché el ruido.

Un motor. Cerca. Demasiado cerca.

Levanté la vista y vi el coche reluciente y absurdamente caro que se acercaba a una velocidad incomprensible en una zona peatonal. Mi cerebro tardó medio segundo en procesar la información. Mis piernas, menos. Salté hacia atrás, tropecé con el bordillo y sentí cómo el vehículo pasaba rozándome, deteniéndose con un chirrido que me perforó los tímpanos.

El mundo se detuvo.

Llevaba la bolsa del gazpacho en una mano. El móvil en la otra. Mi corazón latía tan fuerte que sentía que se me iba a salir del pecho. Y entonces la puerta del coche se abrió y salió él.

Alto. Moreno. Elegante de esa forma que solo tienen los que nunca han tenido que preocuparse por el dinero. Llevaba una camisa blanca que probablemente costaba más que mi alquiler y en su rostro había una expresión de enfado que me hizo ver rojo.

—¿Estás loca? —gritó, caminando hacia mí—. ¿No ves por dónde cruzas?

Yo estaba temblando. Literalmente temblando. La adrenalina me recorría las venas como una descarga eléctrica. Podría haber muerto. Podría estar ahora mismo debajo de esas ruedas, en lugar de estar de pie, gritando como una loca.

—¿Yo estoy loca? —Grité de vuelta, dejando caer la bolsa al suelo —. ¡Tú eres un niñato con complejo de Ferrari! ¡Esto es un paso de peatones! ¡Tienes que frenar!

—He frenado —dijo él, con esa voz fría, educada, que me sacó de quicio—. Pero deberías mirar por dónde andas. Podrías haber destrozado el coche.

Destrozado el coche. Destrozado el coche. Como si yo fuera un objeto. Como si mi vida valiera menos que su maldito coche deportivo.

Algo se rompió dentro de mí. No sé qué. Quizás el último resorte de paciencia que me quedaba. Quizás la vergüenza que normalmente me impediría decir lo que pensaba. Sea como fuere, solté una carcajada. Una risa amarga, alta, que sonó histérica incluso a mis propios oídos.

—¿Sabes qué? —dije, acercándome a él, mirándolo a los ojos sin miedo—. Si me atropellas, al menos dejo de pagar préstamos.

Se quedó completamente descolocado. Vi cómo sus ojos, grises, fríos, preciosos ojos de anuncio de colonia, se abrían como platos. Vi cómo su boca se movía sin emitir sonido. Vi cómo intentaba procesar lo que acababa de decirle.

Y entonces, sin saber muy bien por qué, le sonreí. No una sonrisa amable. Una sonrisa de desafío. De «He visto cosas peores que tú, niñato». De «No me intimidas».

Me agaché, recogí mi bolsa del suelo, donde el gazpacho se había derramado un poco, pero aún servía, y me di la vuelta.

—Que tengas buen día —dije por encima del hombro—. Y baja la velocidad, que algún día vas a matar a alguien. O peor, dejarla lisiada. Y entonces tendrás que pagar más que el coche.

Caminé rápido, sin mirar atrás. Oí que él decía algo, pero no me detuve. No quería saber. No quería darle la satisfacción de una disculpa, de una explicación, de nada.

Mi móvil volvió a sonar. Era mi madre otra vez. Contesté sin pensar, caminando a paso rápido, alejándome de la escena.

—¿Hija? Se cortó antes…

—Mamá, no puedo hablar ahora —dije, y mi voz sonaba extraña, agitada—. Casi me atropella un idiota en un deportivo. Un niñato con complejo de… de… no sé qué. Un capullo. Un gilipollas con traje de lino.

—¿Qué? ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? ¿Dónde estás?

—Estoy bien —mentí—. Solo estoy enfadada. Estoy harta, mamá. Harta de que todo el mundo me trate como si fuera invisible. Como si mi vida no valiera nada. Como si fuera un estorbo en el camino de la gente importante.

—Hija…

—Tengo que colgar. Te llamo luego. De verdad.

Colgué. Seguí caminando. El corazón me latía a mil, pero no de miedo. De rabia. De esa rabia sorda que llevo años acumulando. Rabia contra Víctor, contra los bancos, contra los coches deportivos, contra la vida que me había tocado en suerte.

Y entonces, cuando ya había doblado la esquina y el coche rojo había desaparecido de mi vista, me di cuenta de algo.

Me había olvidado de tener miedo.

Durante treinta segundos, mientras le gritaba a ese desconocido arrogante, no había pensado en las deudas. No había pensado en Víctor. No había pensado en nada más que en mi propia voz, en mi propia rabia, en el simple hecho de estar viva y enfadada y presente.

Fue reconfortante. Y aterrador.

Llegué al centro veinte minutos después. El banco donde trabajaba Alba estaba en una calle peatonal cerca de la plaza de la Constitución, pero yo no entraba por la puerta principal. Alba me había enseñado el truco: una cafetería pequeña, anexa a la sucursal, donde los empleados hacían sus descansos y donde ella podía salir sin que el jefe capullo la viera.

Me senté en una mesa de la terraza, pedí un café con leche que pagué con monedas, contando cada céntimo como si fueran gemas, y esperé.

Alba salió a los cinco minutos. Llevaba su uniforme de cajera, esa camisa azul horrorosa que le sentaba como un saco, pero seguía siendo la mujer más guapa del barrio. Rubia, alta, con esa sonrisa que iluminaba cualquier habitación.

—Madre mía —dijo, sentándose frente a mí y cogiendo mi café sin pedir permiso—. Parece que has visto un fantasma. ¿Qué ha pasado?

—Que casi me atropellan. Y sí, podría decirse que era un fantasma, porque ahora que caigo, resulta que es el tío al que tiré el café encima el otro día. Yo creo que me ha buscado para vengarse —dije, y le conté todo. El coche. El frenazo. El imbécil arrogante está saliendo a gritarme. Mi respuesta. Su cara de sorpresa.

Alba se rio. Se rio a carcajadas, sin control, de esa risa suya que me hacía sentir que no estaba tan loca como creía.

—Dios, Lucía —dijo, secándose las lágrimas—. ¿Le dijiste eso? ¿«Si me atropellas, al menos dejo de pagar préstamos»?

—Se me escapó —dije, encogiéndome de hombros—. Pero es verdad. A veces pienso que morirme sería más fácil que seguir lidiando con todo esto.

La risa de Alba se cortó de golpe. Me miró seria.

—No digas eso —dijo, bajando la voz—. No digas eso ni en broma, Lucía. Por favor.

—Es solo… —suspiré—. Es solo que hoy ha sido un día de mierda, Alba. Las llamadas de los acreedores. Mi madre preguntándome cuándo me casaré. El trabajo. El calor. Y luego ese tío, con su coche de diez mil euros, mirándome como si fuera basura en su camino.

Alba me tomó la mano. Sus dedos eran cálidos, fuertes.

—Ese tío es un capullo —dijo—. Y tú eres la persona más fuerte que conozco. Y esta noche vamos a emborracharnos un poco y a reírnos de los capullos con coches caros. Y mañana será otro día.

—Mañana trabajo en el bufete Valcárcel —dije—. Y luego cuido a la señora Carmen.

—¿Y cómo va eso? —preguntó Alba, cambiando de tema con la habilidad de quien sabe cuándo hay que dejar un tema en paz—. ¿La señora está bien?

—Está bien —dije, y por primera vez en la conversación sonreí de verdad—. Me envió un mensaje para decirme que, al fin, su nieto, el arquitecto de Madrid, ha venido a verla.

—¿En serio? —Alba arqueó una ceja—. ¿El guapo y rígido? Justo tu tipo de hombre.

—No tengo tipo —dije—. Y, además, me da igual. No tengo tiempo para hombres. Ni dinero. Ni paciencia.

—Pero tiene dinero, ¿no? —dijo Alba, con esa sonrisa traviesa—. Si es arquitecto y nieto de esa señora, seguro que tiene pasta.

—Alba…

—Vamos, Lucía. Un *Sugar Daddy*. Eso es lo que necesitas. Un tío con dinero que te saqué de esta mierda —sonreí, porque sabía que lo decía en broma.

—No quiero depender de nadie —dije, firme—. Ya me la colaron una vez. No voy a caer otra vez.

Alba asintió. Me conocía lo suficiente como para no insistir.

—Vale —dijo—. Entonces olvidamos a los hombres. Esta noche es solo para nosotras. Para quejarnos, para reírnos, para recordar que el mundo es una mierda pero que al menos estamos juntas en ello.

—Trato hecho —dije, levantando mi café en un brindis invisible.

Miré alrededor. La cafetería estaba llena de gente normal. Gente con problemas normales. Gente que no debía miles de euros por culpa de un ex psicópata. Gente que no había discutido esa mañana con un desconocido en medio de la calle.

Y por un momento, sentí envidia. Una envidia sorda, amarga, que se mezcló con el café y se me fue por la garganta.

Pero luego miré a Alba. A su sonrisa. A su apoyo incondicional. Y pensé que quizás, solo quizás, no estaba tan sola como creía.

—A las ocho —dije—. En el bar de siempre. Y me invitas a la primera.

—Te invito a las dos primeras —dijo Alba, levantándose—. Y luego bailamos. O lloramos. O lo que sea que necesitemos.

Me quedé sola en la terraza, terminando mi café. El sol seguía alto, el calor seguía sofocante, y mi vida seguía siendo un desastre.

Pero tenía un plan para esa noche. Tenía a mi amiga. Y tenía la certeza de que, aunque el mundo me tirara café encima, literal o metafóricamente, yo seguiría caminando.

Porque era lo único que sabía hacer. Seguir adelante. Un paso tras otro. Hasta que el suelo dejara de tambalearse.

O hasta que me tocara la lotería.

Y entonces, sí, probablemente me moriría de un infarto antes de cobrarla.

Pero al menos habría valido la pena intentarlo.

Capítulo 6



Lucía

Me miré al espejo y durante un segundo no me reconocí. Eso era exactamente lo que buscaba.

El vestido negro que llevaba puesto era de Alba, prestado a la fuerza, ya que había dicho: «Te lo pongo en la bolsa y, si no te lo pones,s te mato», una prenda que se adhería a mis curvas como si me hubiera sido cosida a medida y que dejaba al descubierto unos hombros que normalmente cubría con camisetas de tres euros. Me había recogido el pelo en un moño despeinado que parecía casual, pero que me había costado veinte minutos y media laca de pelo, y me había pintado los labios de un rojo intenso que gritaba «Estoy desesperada, pero no lo notas».

—*Estás para comerte* —le dije a mi reflejo, y luego añadí—: *O para que te adopten. Cualquiera de las dos.*

Cogí el bolso, el único que tenía sin roturas, también prestado de Alba, y salí de casa. El taxi que había pedido, un lujo que me iba a costar renunciar a tres cafés de la semana siguiente, me esperaba abajo. El conductor me miró dos veces al subirme, y eso me subió el ánimo más que cualquier terapia.

—A la plaza de la Constitución, por favor —dije, y mi voz sonaba diferente. Más segura. Más… otra.

El bar estaba atestado cuando llegué. Jueves noche. La gente normal salía los jueves. La gente con vida social, con dinero para gastar, con ganas de vivir. Yo normalmente estaba durmiendo a las diez para poder levantarme a las seis, pero esa noche había decidido ser una versión alternativa de mí misma. La Lucía que no limpiaba casas ajenas. La Lucía que no debía sesenta mil euros. La Lucía que, simplemente, existía.

Alba ya estaba en la barra, rodeada de un halo de perfume caro y una sonrisa que iluminaba la mitad del local. Llevaba un vestido azul eléctrico que hacía juego con sus ojos verdes, y su melena rubia caía sobre sus hombros como una cascada de seda. Parecía una diosa. Yo parecía su amiga la limpiadora que había robado ropa de su armario. Pero al menos, una limpiadora con pinta.

—¡Madre mía! —exclamó Alba cuando me vio acercarme—. ¿Eres tú? ¿Dónde está mi amiga la desgraciada? ¿Quién es esta mujer fatal?

—Cállate y dame una copa —dije, sentándome en el taburete de al lado—. He dejado a la desgraciada en casa. Esta noche soy la versión 2.0. La actualización que no pediste, pero que necesitas.

Alba se rio a carcajadas, esa risa suya que atraía miradas de todo el local.

—Esa es mi Lucía —dijo, haciendo señas al camarero—. Dos gin-tonics. Y que sean generosos con el gin, que mi amiga necesita olvidar que existe algo llamado deuda bancaria.

—Solo por esta noche —advertí, señalando con el dedo—. Mañana vuelvo a ser la tía que cuenta céntimos para el pan.

—Pero mañana es mañana —dijo Alba, entregándome una copa que brillaba con una luz peligrosa—. Y esta noche… esta noche es para emborracharnos, reírnos de la vida, y para que ese imbécil del Ferrari sepa lo que se pierde.

—Ese imbécil no sabe ni que existo —dije, bebiendo un sorbo que me quemó la garganta de la manera correcta—. Y preferiría mantenerlo así. Lo último que necesito es otro capullo con dinero que me mire por encima del hombro.

—Amén —dijo Alba, chocando su copa contra la mía.

Empezamos a beber. Empezamos a reír. Empezamos a contar historias absurdas sobre nuestros trabajos, sobre los clientes, sobre la vida en general. Alba me contó que su jefe había intentado ligar con una clienta de sesenta años frente a ella, y que la clienta le había dicho que prefería invertir su dinero en un viaje a Canarias antes que en «Un hombre con más pelos en las orejas que en la cabeza». Yo le conté que la señora Ruiz me había enseñado fotos de su nieto, diciéndome que estudia medicina, que está soltero y que es muy guapo, y que yo había fingido interés mientras pensaba en cómo pagar la factura del gas.

—Oye —dije de repente, sintiendo el alcohol calentarme las mejillas —. ¿Sabes qué? Esta noche no voy a hablar de dinero. Ni de deudas. Ni de exnovios estafadores. Esta noche voy a ser esa tía que solo piensa en el siguiente gin-tonic y en si el chico de la barra me está mirando el escote.

—Ese chico de la barra lleva veinte minutos mirándote el escote — dijo Alba, inclinándose hacia mí y bajando la voz—. Y no es el único. Mira tres mesas más a la derecha. Los dos de la camisa azul. Guapos, ¿eh?

Miré por el rabillo del ojo. Tenía razón. Dos tipos, de aproximadamente nuestra edad, quizás un poco mayores, sentados en una mesa cerca de la barra. Uno rubio, sonriente, con esa pinta de surfista maduro que a Alba le volvía loca. El otro moreno, de barba cuidada, ojos oscuros y una expresión entre divertida y cansada que me resultó extrañamente familiar. Como si él también estuviera fingiendo que la vida era una fiesta.

—Tienen pinta de ejecutivos —dije—. De esos que se ríen de chistes de golf y tienen casa en la sierra.

—O de esos que están tan jodidos como nosotras, pero con traje mejor —replicó Alba—. Vamos, Lucía. Sonríe. Que se note que estamos disponibles y desesperadas, pero con dignidad.

—Desesperadas, pero con dignidad —repetí, levantando mi copa—. Ese es mi lema para tatuarme.

No sé si fue el alcohol, el vestido robado o simplemente el universo decidiendo darnos un respiro, pero cinco minutos después, los dos tipos estaban de pie junto a nuestra mesa. El rubio tenía una sonrisa fácil y una camisa de lino que olía a verano. El moreno llevaba una camisa oscura remangada y una expresión de resignación que me hizo gracia.

—Perdonad —dijo Dani, y su voz era amable, sin ese tono de acoso que temía—. Somos unos completos desconocidos, lo sé, pero mi amigo y yo llevamos veinte minutos discutiendo sobre quién se atreve a acercarse primero, y he perdido una apuesta. ¿Os importa si nos sentamos? Invitamos a la siguiente ronda.

Alba y yo nos miramos. Esa mirada de cómplices que dice «¿Estamos locas?» y «¿A quién le importa?» al mismo tiempo.

—Dependerá de lo que bebáis —dije, y mi voz salió con un tono de desafío que me sorprendió—. Si es cerveza barata, podéis ir a otra mesa. Si es algo con alcohol de verdad, hay dos sillas libres.

Carlos se rio. Una risa seca, auténtica.

—Me gusta —dijo, y su voz tenía un deje de acento que no logré ubicar—. Tiene estándares. Yo soy más de whisky, por cierto. Y mi amigo es más de «Lo que pida ella». Así que creo que estamos dentro.

Se presentaron y se sentaron. Dani, el rubio, junto a Alba, y Carlos, el moreno, frente a mí. El camarero vino, tomó nota y, de repente, estábamos cuatro personas en una mesa pequeña, con la música demasiado alta y el alcohol fluyendo como si fuera agua.

Dani y Alba empezaron a hablar enseguida. Tenían química instantánea, esa chispa que se ve desde fuera y hace que los demás se sientan incómodos de envidia. Se reían de todo, se inclinaban el uno hacia el otro, y yo vi cómo Alba se transformaba en esa versión suya, coqueta y desinhibida, que solo salía cuando realmente le gustaba alguien.

Yo, por mi parte, me quedé mirando a Carlos. Él me miraba a mí. Había algo en su mirada que no encajaba con el ambiente de ligoteo. Era una mirada demasiado honesta, demasiado cansada.

—¿Sabes? —Dijo de repente, girando su vaso de whisky entre las manos—. No quería salir esta noche.

—Vaya, qué halagador —respondí, arqueando una ceja—. ¿Me estás diciendo que prefieres estar en casa viendo la tele antes que hablar conmigo?

—No, no es eso —se rio, y esta vez la risa fue más genuina—. Es que Dani me ha sacado a la fuerza. Dice que me estoy convirtiendo en el loco de los gatos. Que si no salía de casa, iba a acabar coleccionando felinos y hablando solo.

—¿Y eso? —pregunté, inclinándome hacia delante—. ¿Por qué el loco de los gatos?

Carlos suspiró. Miró su vaso. Y luego me miró a mí con una expresión que me recordó a mí misma en el espejo algunas mañanas: alguien que ha decidido que la honestidad es menos agotadora que la farsa.

—Hace seis meses —dijo—, mi novia me dejó. Bueno, no solo me dejó. Me dejó por un compañero de trabajo. Un tío del departamento de ventas. Al que ella conoció en una cena de empresa. Iba a ser mi mujer, Lucía. Teníamos la boda planeada. Para octubre. Ya habíamos pagado el catering.

La música seguía sonando, pero, de alguna manera, se había vuelto un eco lejano. Alba y Dani seguían riendo, inmersos en su propio mundo, pero yo estaba atrapada en la confesión de este desconocido, que acababa de abrir una puerta que la gente normalmente mantiene cerrada durante meses.

—Joder —dije, y no fue una palabra de lástima. Fue un reconocimiento. Un te entiendo sin necesidad de más palabras.

—Sí —dijo él, asintiendo—. Joder. Exactamente. Y lo peor es que ahora ella y él están planeando su boda. Para dentro de tres meses. Se casan en el mismo sitio donde íbamos a hacerlo nosotros. Usan el mismo catering. Es como… como si mi vida hubiera sido un borrador para la suya.

Bebió un trago largo de whisky. Yo bebí un sorbo de mi gin-tonic, sintiendo cómo el hielo chocaba contra mis dientes.

—He estado en un bajón enorme —continuó Carlos, mirando al fondo del local como si viera algo que yo no podía ver—. Dani dice que no he entrado en depresión porque no me ha dejado. Me ha arrastrado a gimnasios, a cenas, a salidas como esta. Pero si estuviera solo… si no lo tuviera a él… probablemente estaría en mi casa, en pijama, viendo series de Netflix y odiando a todo el mundo.

—Yo sé lo que es eso —dije, y mi voz sonó más suave de lo que pretendía—. Lo de odiar a todo el mundo. Lo de sentir que la vida te ha dado una paliza y que sigue golpeando, aunque ya estás en el suelo.

Carlos me miró. Realmente me miró. Y vi que sus ojos oscuros tenían un brillo húmedo que no era solo el alcohol.

—¿Tú también…?

—Mi historia es diferente —dije, encogiéndome de hombros—. Pero el resultado es el mismo. Un ex que me dejó endeudada hasta las cejas. Miles de euros que no pedí. Trabajos que no me dan para llegar a fin de mes. Y la sensación constante de que estoy nadando contra la corriente con una piedra atada al cuello.

Carlos dejó su vaso sobre la mesa. Luego soltó una carcajada. No una risa amarga. Una risa de sorpresa, de reconocimiento, de esa complicidad que nace entre dos náufragos que se encuentran en la misma isla desierta.

—Pues vaya dos nos hemos juntado —dijo.

Y yo, sin poder evitarlo, solté mi frase favorita, la que usaba cuando el humor era el único escudo que me quedaba:

—De follar ni hablamos, ¿no?

El silencio duró medio segundo. Y entonces estallamos los dos en carcajadas. Una risa alta y desinhibida que atrajo la atención de Alba y Dani, quienes nos miraron con curiosidad, pero sin entender nada.

—Eres increíble —dijo Carlos, secándose las lágrimas de la risa—. ¿De verdad has dicho eso?

—Es mi forma de decir «Encantada» —respondí, bebiendo de nuevo —. Lo siento, es que mi filtro social se rompió hace años, junto con mi cuenta bancaria.

—No te disculpas —dijo él, y su mano se extendió sobre la mesa, tocando la mía brevemente—. Es refrescante. La gente normalmente me tiene lástima, o me dice que todo pasa por algo, o me intenta vender tópicos sobre el tiempo y la curación. Tú me dices que no vamos a follar y te ríes. Es… es perfecto.

—Soy un desastre —advertí.

—Yo también —dijo él, sonriendo de verdad por primera vez esa noche.

La música cambió. Una canción de los noventa, algo bailable, algo que gritaba «Levantaos y moved el culo». Dani se levantó y arrastró a Alba hacia la pista. Los vi desaparecer entre la gente, riendo, ya perdidos en su propia historia.

Carlos me miró. Yo le miré a él.

—¿Bailas? —preguntó.

—No sé bailar —mentí.

—Yo tampoco —dijo él, levantándose y ofreciéndome la mano—. Por eso será divertido.

Cogí su mano. Era cálida y fuerte, y tenía callos en los dedos que me hicieron preguntarme qué hacía en su vida profesional. Luego me di cuenta de que no me importaba. No quería saber si era rico o pobre, ni si tenía éxito o no. Solo quería bailar con alguien que entendiera que la vida era una mierda pero que seguíamos aquí, resistiendo.

La pista estaba llena. Carlos me puso las manos en la cintura, yo le puse las mías en los hombros y empezamos a movernos. No éramos buenos. Él pisó mi pie dos veces. Yo me reí en su cara. Él se rio de mi risa. Y de alguna manera, entre el alcohol y la música y el calor del local, dejamos de fingir.

—Tengo la sensación —dijo Carlos, inclinándose para hablarme al oído por encima de la música— de que vamos a ser grandes amigos, Lucía.

—No te quepa la menor duda —respondí, y era verdad.

—Y si entre nuestros dos amigos —señaló hacia Alba y Dani, que estaban bailando pegados en una esquina— la cosa funciona…

—Entonces nos vamos a ver más a menudo de lo que pensamos —terminé por él.

—Exacto.

—Me parece bien —dije—. Necesito amigos que entiendan que la vida es un desastre. Los optimistas me ponen de los nervios.

Carlos se rio de nuevo. Y seguimos bailando, moviéndonos con la torpeza de dos personas que han olvidado cómo es divertirse, pero que están intentando recordarlo.

Fue una noche de esas que no se olvidan. No porque fuera perfecta. No porque encontrara al amor de mi vida, Carlos era guapo, simpático, y probablemente un encanto, pero no había chispa romántica, solo una conexión de almas gemelas en el desastre. Sino porque, por primera vez en meses, me reí de verdad.

Nos reímos de nuestras desgracias. De nuestros ex. De la ironía de que ambos estuviéramos en el mismo bar, el mismo día, con la misma sensación de haber perdido el rumbo. Carlos me contó anécdotas de su trabajo como abogado, de cómo había intentado aprender a cocinar para no morir de hambre y había quemado tres sartenes. Yo le conté sobre mis clientes, sobre la señora Ruiz y sus historias de 1965, sobre cómo limpiaba cristales mientras imaginaba que era una espía internacional.

A las tres de la mañana, cuando el bar empezó a echar a los últimos rezagados, nos sentamos en la acera exterior, los cuatro, con pizzas de porción que compramos en un local de veinticuatro horas. Alba y Dani se besaban ya sin vergüenza. Carlos y yo nos reíamos de ellos mientras compartíamos una cerveza que sabía a gloria.

—Gracias —dijo Carlos de repente, cuando Alba y Dani se fueron un momento al baño.

—¿Por qué?

—Por hacerme reír. Por entender. Por no ser una cita de esas en las que finges que tu vida es perfecta.

—Mi vida está tan lejos de la perfección —dije, mirando las estrellas que se veían entre los edificios— que ni siquiera recuerdo cómo se escribe la palabra.

—Pero eso es lo bueno —dijo él—. La perfección está sobrevalorada. Yo prefiero la realidad. Aunque duela.

Nos despedimos a las cuatro, intercambiando números de teléfono, prometiendo quedar pronto. Dani y Alba se fueron juntos en un taxi, con una despedida que dejaba claro que no iban a dormir solos. Carlos me acompañó a la parada de taxis y, antes de que yo subiera al coche, me dio un abrazo.

No un abrazo de ligoteo. Un abrazo de amigo. De «Te entiendo». De «Gracias por existir».

—Cuídate, loco de los gatos —dije, metiéndome en el taxi.

—Cuídate, reina de las deudas —respondió él, sonriendo.

El taxi arrancó. Miré por la ventana y le vi alejarse, caminando con las manos en los bolsillos, hacia su casa vacía. Y por un momento, sentí una punzada de ternura. Por él. Por mí. Por todos los que seguíamos adelante a pesar de todo.

Llegué a casa con el alba asomando por el horizonte. Me quité el vestido de Alba, me puse el pijama y me senté en mi terraza con un vaso de agua. El mar empezaba a teñirse de rosa.

—*Otro día maravilloso para ser pobre* —dije al aire, pero esta vez sonreía.

Porque esa noche había encontrado algo. No un *Sugar Daddy*. Ni una solución mágica. Pero sí una amistad inesperada. Una conexión. Una prueba de que, incluso en medio del desastre, podían pasar cosas buenas.

Y si Alba y Dani funcionaban, y todo indicaba que iban a funcionar, porque Alba no sonreía así desde hacía años, entonces nos veríamos más a menudo. Tendría un aliado. Un cómplice. Alguien que entendiera que a veces la vida te da palizas, pero que seguir adelante es la única opción.

Me metí en la cama con la sensación de que algo había cambiado. No algo grande. No la solución a mis problemas. Pero algo.

Y por primera vez en mucho tiempo, me dormí sin pensar en los préstamos.

Solo pensando en la risa de un desconocido que se había convertido en amigo en una sola noche.

Capítulo 7



Alejandro

Ese jueves llegué a casa de Carmen a las cinco de la tarde, puntual como un reloj suizo, con un ramo de jazmines que había comprado en el camino y la certeza de que iba a ser una tarde productiva. Llevaba el portátil en la maleta, tres proyectos pendientes de revisión y la firme intención de demostrarle a mi abuela que podía trabajar desde Málaga sin perder eficiencia. Todo bajo control. Todo en su sitio.

Empujé el portón del jardín y escuché su risa antes de verla.

Era una risa distintiva, alta, sin filtros, que sonaba como campanas lejanas en una tormenta de verano. Una risa que ya había escuchado antes. Una risa que me había despertado a las tres de la mañana durante los dos últimos días, mientras intentaba conciliar el sueño en una cama demasiado grande y demasiado silenciosa.

Mi abuela estaba sentada en el porche, en su mecedora habitual, y frente a ella, con una limonada en la mano y el pelo castaño recogido en una coleta despeinada, estaba ella. La mujer del café. La loca del semáforo. La que me había dicho que prefería que la atropellara antes de seguir pagando préstamos.

El mundo se encogió hasta convertirse en ese patio de cuatrocientos metros cuadrados.

—Alejandro, cariño —dijo Carmen, y su voz tenía un deje de diversión que no logré descifrar en ese momento—. Ven, te presento formalmente a Lucía. Lucía, este es mi nieto Alejandro, del que te he hablado tanto.

Nos miramos.

Ella tenía una mancha de pintura azul en la muñeca, como la de mis zapatillas, y unos ojos color miel que me miraron sin sorpresa, solo con resignación. Como si ella también hubiera estado esperando este momento con la misma mezcla de curiosidad y aprensión que yo.

—Ya nos conocemos —dije, dejando los jazmines sobre la mesa de centro.

—Sí —respondió ella, y su voz era exactamente como la recordaba: seca, divertida, desafiante—. El señor Perfume Carísimo. El dueño del Ferrari asesino.

—Era un sedán —corregí, sentándome en la silla de mimbre libre—. Y no iba a matarte. Iba a cuarenta.

—A cuarenta en una zona de veinte —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Mi abuela nos observaba con una sonrisa de gato que había visto cientos de veces en mi infancia. Esa sonrisa que significaba que sabía algo que yo ignoraba, que estaba disfrutando el espectáculo, y que probablemente había planeado todo esto con la precisión de un general de guerra.

—Qué coincidencia tan agradable —dijo mi abuela, dando un sorbo a su limonada—. Lucía viene los jueves por la tarde, cariño. Y los viernes. Y los sábados por la mañana. Va a ser tu compañera de verano, en cierto modo.

Miré a mi abuela. Ella me devolvió la mirada con una inocencia exagerada. Y entonces lo entendí: ella lo sabía. Sabía que nos habíamos cruzado en la calle, sabía que habíamos discutido, sabía que esa mujer me había dejado descolocado de un modo que no lograba explicar. Y estaba disfrutando cada segundo.

—Encantado —dije, extendiendo la mano hacia Lucía.

Ella la miró como si fuera un objeto extraño; luego la estrechó con una fuerza sorprendente.

—Lo dudo —respondió—. Pero gracias por fingir.

La primera conversación real entre nosotros fue un campo de batalla disfrazado de tertulia.

Había pasado una hora desde la presentación formal. Carmen había entrado en la casa para descansar un poco, dejándonos solos en el patio con la excusa más transparente del mundo. Yo intentaba revisar unos planos en la mesa. Lucía limpiaba los cristales de las puertas de cristal que daban al jardín, aunque sospeché que ya estaban limpios y que solo buscaba hacer ruido para molestarme.

—Llegas tarde —dije, sin levantar la vista de los planos.

Ella dejó de frotar y me miró por encima del hombro.

—Perdón, señor reloj. Algunas tenemos que trabajar para ganarnos la vida. No todas podemos llegar puntuales como los trenes suizos.

—¿Y a qué te dedicas, aparte de arrojar café a desconocidos?

—Limpio casas —dijo, y no hubo vergüenza en su voz, solo una declaración de hechos—. Cuido a señoras mayores. Intento que los números de mi cuenta bancaria no se rían de mí en mi cara. Lo habitual.

—¿Por qué trabajas tanto?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerla. No era de mi incumbencia. No me importaba. O eso creía.

Lucía se volvió completamente, apoyándose en el marco de la puerta, con el trapo de limpieza colgado del hombro como si fuera un accesorio de moda.

—Porque mi hobby favorito es pagar facturas —dijo, y su sonrisa era afilada como un cuchillo—. No hay nada que me guste más que ver cómo desaparece mi dinero en manos de empresas de electricidad, agua y acreedores varios. Es mi forma de meditación. «Om», pero con recibos.

Carmen salió en ese momento, con una bandeja de galletas caseras que nadie le había pedido. Nos miró a los dos, evaluando la tensión, y su sonrisa se amplió.

—¿Discutiendo ya? —preguntó, sentándose de nuevo—. Qué rápido. Normalmente mis nietos tardan al menos una hora en querer estrangular a alguien.

—No estamos discutiendo —dije yo, cerrando el portátil con más fuerza de la necesaria.

—Estamos conociéndonos —corrigió Lucía, volviendo a sus cristales —. Aunque él parece que preferiría estar en su torre de marfil diseñando… ¿Qué diseñas, por cierto? ¿Castillos para princesas?

—Soy arquitecto —dije—, y el orgullo profesional me hizo enderezar la espalda. Tengo un estudio en Madrid. Medina Arquitectura.

—Qué bien —dijo ella, sin detenerse—. Yo también diseño.

Arqueé una ceja. No pude evitarlo.

—¿Qué diseñas?

—Excusas —respondió, y esta vez su sonrisa fue casi triste—. Excusas para no mirar mi cuenta bancaria. Excusas para seguir adelante. Excusas para no rendirme. Soy muy buena en eso. Podría ganar premios.

Algo en su tono me detuvo. No era solo sarcasmo. Había algo más. Pero antes de que pudiera preguntar, Carmen intervino.

—Alejandro se va a quedar en Málaga unas semanas —dijo, mirando a Lucía con una expresión que no supe interpretar—. Para trabajar, dice, pero yo sé que es para vigilar que no me muera de vieja sola. Lucía, cariño, ¿te importaría seguir viniendo durante el verano? Alejandro estará ocupado con sus planos, y yo necesito compañía. Además, alguien tiene que obligarle a comer algo que no sea sándwiches de máquina.

Lucía me miró. Yo la miré a ella. Y en sus ojos vi algo que me desconcertó: desafío. Como si aceptar significara algo más que simplemente seguir con su trabajo.

—Por supuesto, doña Carmen —dijo ella finalmente—. Mientras usted me aguante, yo estaré aquí.

—Perfecto —dijo mi abuela, dando un sorbo a su limonada con satisfacción absoluta.

Yo pensé que iba a tener que soportar a la chica del café durante semanas. Pensé que sería un martirio. Pensé que su caos me volvería loco.

Cometí un error.

Porque esa noche, mientras intentaba dormir en mi casa demasiado grande, demasiado ordenada, demasiado vacía, me di cuenta de algo terrible: no había dejado de pensar en ella. Ni un solo momento desde que había salido del patio de Carmen.

Y sospeché, con una intuición que me aterraba, que ella tampoco había dejado de pensar en mí.

Intenté trabajar durante los días siguientes. De verdad que lo intenté.

Me instalé en el salón de la casa de Carmen con mi portátil, mis planos, mi agenda perfectamente organizada. Pero cada dos minutos mi abuela interrumpía con alguna excusa.

—Alejandro, ¿has visto dónde dejó Lucía las llaves del trastero?

—Alejandro, ¿sabes que Lucía habla tres idiomas? Aprendió inglés trabajando de camarera en Londres.

—Alejandro, Lucía me ha contado que limpia cristales mejor que nadie. Dice que deja ver la vida a través de ellos. ¿No es poético?

—Alejandro, ¿has notado lo fuerte que es Lucía? Ayer me subió las escaleras en brazos cuando se me durmieron las piernas. Imagínate, una chica tan pequeña…

—Abuela —dije finalmente, dejando el lápiz sobre los planos—. ¿Por qué no paras de hablar de Lucía?

Carmen me miró con esa inocencia que ya no me engañaba.

—¿Yo hablo de ella? —preguntó—. No me había dado cuenta. Es solo que me preocupa que no la conozcas bien. Es una chica extraordinaria, Alejandro. Trabajadora. Buena persona. Tiene una vida difícil, pero nunca se queja. Nunca pide ayuda. Es…

—Desordenada —interrumpí—. Caótica. Irritante. Habla demasiado. Se ríe de todo. No tiene modales.

—¿Y eso es malo? —preguntó Carmen, inclinándose hacia delante —. ¿Prefieres a alguien que mida cada palabra como tú? ¿Alguien que sea perfecto y vacío?

No respondí. No podía. Porque en el fondo, en lo más profundo de mi ser, sabía que mi abuela tenía razón.

Ese día, cuando estaba a punto de rendirme y volver a mi casa para trabajar en silencio, escuché el portón. Era Lucía, llegando con varias bolsas de compra que le resbalaban de las manos, con el pelo suelto y el vestido verde que ya había visto, el del encuentro del café, manchado de algo que parecía pintura blanca.

—Perdón, llego tarde —dijo, jadeando ligeramente—. La cola del supermercado…

—No pasa nada —dijo Carmen, y su voz tenía un deje de travesura —. Alejandro, ayúdala con las bolsas. Lucía ha comprado todo lo que necesito para hacer tu tarta de queso favorita. Aunque no sé cómo ha adivinado cuál era tu favorita…

Miré a mi abuela. Ella me devolvió una mirada de ángel. Y entonces lo entendí: Carmen había pedido a Lucía que fuera a comprar específicamente para que nos encontráramos. Para que tuviéramos que interactuar. Para que…

—Déjame —dije, levantándome y cogiendo las bolsas de las manos de Lucía.

Nuestros dedos se rozaron. Ella los retiró rápidamente, como si mi tacto quemara.

—Gracias —dijo, y por primera vez no sonaba desafiante. Sonaba cansada. Realmente cansada.

La observé mientras se sentaba en el porche, masajeándose la nuca. Había ojeras bajo sus ojos. Un pequeño corte en el dedo índice. Una postura de derrota momentánea que desapareció cuando se dio cuenta de que la miraba, y fue reemplazada por esa sonrisa defensiva que ya empezaba a reconocer.

—¿Estás bien? —pregunté, dejando las bolsas sobre la mesa.

—Estoy perfecta —dijo ella, automáticamente—. Siempre estoy perfecta. Es mi superpoder.

—Mientes fatal.

Nos miramos. Y por primera vez, vi algo más allá del sarcasmo. Vi miedo. Vi agotamiento. Vi a alguien que cargaba con un peso que no lograba imaginar.

—Tengo un problema —dijo de repente, y la confesión pareció sorprenderla tanto como a mí.

—¿Qué problema?

—En casa. Es… es una tontería. Una gotera. Bueno, no es una gotera, es más bien un diluvio que viene del techo del baño. Y el fontanero que conocía está de vacaciones, y no tengo dinero para llamar a uno de esos que cobran solo por salir, y…

Se detuvo. Como si se diera cuenta de que estaba revelando demasiado.

—Puedo mirarlo —dije, y la oferta salió antes de que pudiera detenerla.

—No hace falta…

—Soy arquitecto —dije, encogiéndome de hombros—. Sé de tuberías. Y de estructuras. Y de cómo arreglar goteras sin que el edificio se derrumbe.

Ella me miró con desconfianza, pero asintió.

Fuimos juntos. En mi coche, el sedán, aunque ella insistió en llamarlo «El vehículo asesino» durante todo el trayecto hasta su piso. Un apartamento pequeño, ordenado a pesar de la humildad, con una terraza que daba al mar. El baño era diminuto, efectivamente, y la gotera venía de una tubería oxidada que goteaba con constancia de metrónomo.

—Es sencillo —dije, examinándola—. Necesitas cambiar esta pieza. Y sellar esta junta. Dos horas de trabajo, como mucho.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó ella y su voz cambió. Se volvió dura. Defensiva.

—Puedo hacerlo yo. No te cobro nada.

—No —dijo ella, firme—. No quiero que hagas nada gratis. Dime cuánto cuesta y lo pienso.

—Lucía, es solo una gotera…

—Y yo solo soy una limpiadora que no puede permitirse favores —dijo, y ahora había fuego en sus ojos—. No necesito que nadie venga a salvarme, Alejandro. No necesito un príncipe azul con coche caro que arregle mi vida porque le da lástima.

La frase me golpeó como un puñetazo.

—No es lástima —dije, intentando mantener la calma—. Es solo ayuda. Solo quería…

—Ya sé que querías ayudar —interrumpió ella, y su voz tembló, aunque no de tristeza. De rabia—. El problema es que hay gente que empieza ayudando y acaba decidiendo por ti. Que empieza arreglando goteras y acaba diciéndote cómo vivir tu vida. Que empieza pagando facturas y acaba comprándote como si fueras un objeto.

Se quedó en silencio. Yo también. La frase flotaba en el aire entre nosotros, pesada, cargada de una historia que yo no conocía, pero que de repente intuía con absoluta claridad.

—Alguien te hizo eso —dije. No era una pregunta.

Lucía me miró. Y en sus ojos vi todo lo que no me había contado. El peso de las deudas que mencionaba en broma. La razón por la que trabajaba hasta el agotamiento. La desconfianza que llevaba como armadura.

—No importa —dijo finalmente, volviendo a ser la de las bromas y el sarcasmo—. Lo arreglaré yo sola. O dejaré que el techo caiga. Total, así tengo excusa para no mirar la cuenta bancaria desde la cama del hospital.

Quise insistir. Quise decirle que no todos los hombres eran iguales. Que yo solo quería… ¿Qué? ¿Qué quería, exactamente?

No lo sabía.

Volvimos a casa de Carmen en silencio. Ella miraba por la ventana, yo miraba la carretera y entre nosotros había algo nuevo. No solo atracción, que seguía ahí, confusa e incómoda. Curiosidad. Necesidad de entender. De saber quién era realmente esa mujer que se reía de todo mientras el mundo se le derrumbaba encima.

Esa noche, cuando volví a mi casa vacía, sonó el teléfono. Era Héctor.

—¿Qué tal Málaga? —preguntó, sin preámbulos.

—Bien —respondí, sentándome en el sofá con una cerveza que no me apetecía.

—¿Y la chica?

Me quedé en silencio. El silencio de los culpables. Del otro lado de la línea, escuché la risa de Héctor, esa risa de hermano mayor que me conocía demasiado bien.

—Ah —dijo—. Entonces hay una chica.

—No hay ninguna chica —mentí.

—Alejandro, llevo quince años conociéndote. Sé cuándo mientes. Y ese silencio… ese silencio era el de alguien que está jodido. En el buen sentido.

Suspiré. Miré el techo. Y me rendí.

—Es la del café —dije—. La del atropello. Resulta que es la cuidadora de mi abuela. Va a casa todos los jueves, viernes y sábados. La voy a ver constantemente durante semanas.

—Dios —dijo Héctor, y su voz tenía un deje de asombro—. El universo tiene sentido del humor.

—El universo es un capullo —corregí.

—No, amigo —dijo Héctor, riendo—. El universo te está dando una oportunidad. Una chica que te saca de tus casillas, que te hace sentir algo, que no te mide las palabras… eso es oro puro. Aprovecha el verano.

—Es agotadora —protesté débilmente.

—Y tú eres un aburrido —replicó Héctor—. Perfectos para el otro. Disfruta, Alejandro. Y avísame cuando admitas que estás perdido.

Colgué. Y me quedé solo, en mi silencio ordenado, pensando en una mujer que no paraba de hablar, que se reía de mis intentos de ayudarla y que, de alguna manera, había logrado hacer un agujero en mi perfecta armadura de control.

El verano acababa de empezar.

Y sospechaba que iba a ser el más largo de mi vida.

Capítulo 8



Lucía

Los martes eran días de bufete Valcárcel. Los miércoles, tres casas particulares, así como los lunes y los viernes. Los jueves y viernes por la tarde, Carmen. Y entre medias, las facturas que se apilaban en la mesa de mi salón como una torre de naipes condenada al colapso, las llamadas de acreedores que ignoraba con la práctica de quien ha convertido el silencio en arte, y la sensación constante de estar nadando contra una corriente que cada vez iba más deprisa.

Mi rutina no había cambiado. Seguía levantándome a las cinco y cuarenta y cinco. Seguía contando los céntimos para el pan. Seguía sonriendo cuando lo único que quería era dormir durante una semana entera.

Pero algo había cambiado.

Ahora, cuando llegara a casa de Carmen, él estaría allí. Sentado en el porche con su portátil, con esa camisa de lino impecable que parecía insultar mi ropa de limpiar, con su pelo perfectamente despeinado de una manera que seguramente le costaba veinte minutos cada mañana.

Alejandro. El señor Perfume Carísimo. El arquitecto que me miraba como si fuera un problema matemático sin resolver. Y eso me irritaba.

Me irritaba su presencia silenciosa, su forma de ordenar los lápices por tamaño mientras yo intentaba hacer reír a Carmen, su manera de aparecer justo cuando estaba más cansada, más despeinada, más vulnerable. Me irritaba que mi estómago se contrajera cuando entraba en una habitación y él estaba allí. Me irritaba que, a pesar de todo mi buen juicio, mis ojos lo buscaran en el espacio.

Porque había aprendido una lección. Una lección que me había costado sesenta mil euros y un año de terapia emocional que no podía pagar: los hombres que parecen demasiado buenos, demasiado perfectos, demasiado controlados, suelen esconder algo. Como Víctor.

Víctor también había parecido perfecto al principio. Elegante, atento, con un trabajo estable y una sonrisa que prometía seguridad. Me había mirado como si yo fuera un tesoro que él necesitaba proteger. Y yo, estúpida, había creído que esa protección era amor. Hasta que descubrí que protegerme significaba controlar mis finanzas, firmar documentos por mi bien, y desaparecer con mi dinero y mi dignidad.

Alejandro me recordaba a Víctor. No en la forma de ser, Víctor era falso donde Alejandro parecía genuino, manipulador donde Alejandro parecía simplemente rígido, pero sí en esa apariencia de hombre que lo tiene todo bajo control. De hombre que sabe lo que es mejor para los demás. De hombre que podría decidir por mí por mi bien.

Y yo no volvería a caer en eso.

Nunca.

Ese viernes llegué a casa de Carmen más tarde de lo habitual. Había tenido que hacer un recado para la señora Ruiz, y el calor de julio me había dejado agotada, pegajosa, con el vestido de algodón pegado a la espalda. Quería ducharme. Quería dormir. Quería no tener que enfrentarme a los ojos grises de un arquitecto que me hacía sentir desnuda emocionalmente con solo mirarme.

Pero allí estaba él.

No en el porche, como de costumbre. Estaba de pie en el salón, junto a la ventana que daba al jardín, observando. Y cuando entré, no me miró a mí. Miró más allá, hacia el patio donde Carmen estaba sentada, leyendo un libro con sus gafas de lectura y una manta sobre las piernas a pesar del calor.

—Lleva así media hora —dijo Alejandro, sin saludarme, sin preguntarme cómo estaba—. Leyendo la misma página. Mirando el reloj cada dos minutos. Esperando a que llegaras.

Me quedé quieta, con la mano todavía en el pomo de la puerta.

—¿Qué?

—Mi abuela —dijo, y ahora sí se giró hacia mí. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo, pero no con lascivia. Con… evaluación—. Estaba inquieta. Inquieta desde que te fuiste el martes. Ha preguntado tres veces si vendrías hoy.

—Vengo todos los jueves —dije, dejando mi bolso en la consola—. Ella lo sabe.

—Lo sabe —asintió él—. Pero estaba preocupada. Y ahora… —señaló hacia el patio—. Ahora está sonriendo. Lleva cinco minutos sonriendo desde que te ha oído llegar.

No supe qué decir. Esa observación, tan precisa, tan íntima, me desarmó. Esperaba crítica, esperaba frialdad, esperaba que me dijera que llegaba tarde o que estaba despeinada. No esperaba que me mostrara que había estado observando el efecto que tenía en su abuela.

—Voy a saludarla —dije, pasando junto a él, intentando ignorar el olor a cedro y bergamota que me envolvió al cruzarme con su cuerpo.

Carmen levantó la vista cuando entré en el patio, y su sonrisa se amplió. Era una sonrisa de auténtica alegría, de alivio, de «Por fin estás aquí».

—Lucía, cariño —dijo, dejando el libro a un lado—. Pensé que hoy no vendrías.

—¿Cómo no voy a venir? —Me senté junto a ella, tomando su mano arrugada entre las mías—. ¿Quién va a obligarte a tomar la medicina de la tarde si yo no estoy?

—Alejandro intentó hacérmela tomar —dijo Carmen, haciendo un gesto de desdén—. Pero lo hace como si fuera un proyecto de construcción. «Abuela, es necesario que ingiera la pastilla a las diecisiete horas para optimizar la efectividad». Yo le dije que las pastillas no entienden de horarios de oficina.

Me reí. No pude evitarlo. La imagen de Alejandro intentando gestionar la medicación de su abuela con la misma precisión que sus planos de arquitectura era demasiado divertida.

—Toma —dije, sacando del bolsillo del vestido un pequeño pastillero que guardaba para ella—. La de la tarde. Y luego vamos a dar un paseo corto, ¿vale? Hace buen tiempo y el jazmín huele de maravilla.

Carmen asintió, tomó la pastilla con el agua que le ofrecí, y luego se quedó mirándome con una expresión que no supe interpretar.

—Eres buena, Lucía —dijo, bajando la voz—. Demasiado buena para este mundo.

—No diga esas cosas, doña Carmen —respondí, encogiéndome de hombros—. Si soy buena, es porque usted me paga.

—Mientes —dijo ella, y su mano se cerró sobre la mía con más fuerza de la que esperaba de una mujer de ochenta y seis años—. Eres buena porque es tu naturaleza. No porque te paguen. Y eso es lo que me preocupa.

Quise preguntar qué quería decir, pero en ese momento sonó el teléfono fijo de la casa. Un sonido antiguo, de esos que ya casi nadie usa, que cortó el momento como un cuchillo.

Carmen frunció el ceño.

—¿Quién llamará a esta hora? —murmuró.

Me levanté para ir a cogerlo, pero Alejandro ya estaba allí, en la puerta, con el auricular en la mano.

—¿Diga? —dijo, y su voz era profesional, fría.

Se quedó en silencio, escuchando. Yo observaba desde el patio, viendo cómo su expresión cambiaba. Se tensó. Su mandíbula se apretó.

—¿Quién llama? —preguntó.

Otra pausa. Luego colgó, lentamente, y miró el auricular como si fuera un objeto extraño.

—¿Quién era? —preguntó Carmen desde atrás de mí.

—Colgaron —dijo Alejandro, y su voz sonaba extraña—. Preguntaban por usted. Dijeron que era un error.

Carmen se quedó inmóvil durante unos segundos. Su rostro, normalmente sereno y sonriente, se oscureció. Por un instante, vi algo en sus ojos. Miedo, quizás. O preocupación. O un secreto viejo que, de repente, había vuelto a la superficie.

Pero luego, con una rapidez que me sorprendió, volvió a sonreír. Esa sonrisa perfecta, social, que no alcanzaba sus ojos.

—Será un error de número —dijo, encogiéndose de hombros—. Pasa todo el tiempo. Vamos, Lucía, me has prometido un paseo.

Salió al jardín, tomándome del brazo, alejándome de Alejandro y del teléfono. Pero yo la sentí temblar. Solo un poco. El temblor casi imperceptible de alguien que ha recibido una llamada que esperaba, pero temía.

Alejandro nos observó desde la puerta. Nuestros ojos se encontraron. Y en su mirada vi que él también lo había notado. Que esa llamada no era un error. Que algo estaba pasando.

Pero no dijo nada. Y yo tampoco.

El paseo fue corto, como había prometido. Carmen habló de sus nietos, de cuando Alejandro era pequeño y ya intentaba organizar los juguetes por colores y tamaños, de cómo su difunto marido siempre decía que ese niño acabaría construyendo castillos o destruyendo el mundo con su necesidad de control.

Me reí de sus historias. Puse mi mejor cara de entretenida. Pero una parte de mí, la que había aprendido a detectar el peligro desde que Víctor me enseñó que las apariencias engañan, seguía pensando en esa llamada. En la expresión de Carmen. En el silencio incómodo de Alejandro.

Cuando terminó la tarde, me despedí con mi ritual habitual: beso en la mejilla de Carmen, promesa de volver el sábado por la mañana, broma sobre que no se olvidara de tomar la medicina de la noche.

Alejandro estaba en el salón, fingiendo revisar unos planos. No me miró cuando me fui. Pero sentí su atención en mi espalda como un peso físico.

—Hasta el sábado —dije, más para él que para Carmen.

—Hasta el sábado —respondió él, sin levantar la vista.

Salí de la casa con el sol ya bajando en el horizonte. El camino a mi piso era de unos veinte minutos a pie, a través de calles tranquilas de la zona, pasando por el paseo marítimo donde la gente paseaba perros y niños, donde la vida parecía normal y segura.

Saqué el móvil para llamar a Alba, contarle lo de la llamada extraña, reírnos juntas de paranoias. Pero antes de que pudiera marcar, el teléfono vibró en mi mano.

Un mensaje. Número desconocido.

Lo abrí sin pensar. En mi mundo, los números desconocidos eran normalmente acreedores, empresas de luz, o mi madre llamando desde el teléfono de la vecina porque el suyo no tenía batería.

Pero el mensaje no era de ninguno de ellos.

«Deja de hacer preguntas sobre lo que no sabes.»

Me quedé parada en mitad de la calle. Literalmente parada, con el corazón golpeándome en el pecho como un pájaro atrapado. Mis dedos se entumecieron alrededor del teléfono. El sudor frío recorrió mi espalda.

¿Preguntas? ¿Qué preguntas? ¿Qué era lo que no sabía?

Miré a mi alrededor. La calle seguía siendo normal. La gente paseaba. Un perro ladraba a lo lejos. Pero de repente, todo parecía amenazante. Las sombras eran más largas. Los coches aparcados podían esconder a alguien. El hombre de la esquina que leía el periódico podía estar mirándome por encima del papel.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo de verdad.

No el miedo abstracto a las deudas, al futuro, a la soledad. Era un miedo concreto, físico, que se me clavaba entre los omóplatos y me decía que alguien me estaba observando. Que alguien sabía dónde estaba. Que alguien quería que dejara de hacer algo que ni siquiera sabía que estaba haciendo.

Mi mano temblaba cuando marqué el número de Alba. Sonó tres veces antes de que contestara.

—¿Lucía? —Su voz sonaba lejana, preocupada—. ¿Estás bien? Suenas rara.

Respiré hondo. Una. Dos veces. El truco de siempre. No preocupar a Alba. No arrastrarla a mi desastre. Mantener la fachada.

—Nada, tía —dije, y mi voz salió forzada, demasiado alegre, demasiado falsa—. Es que mi club de fans se ha puesto pesado. Ya sabes, demasiados mensajes de admiradores anónimos.

—¿Estás segura? —Alba no se lo tragó. Nunca se lo tragaba—. Pareces…

—Estoy perfecta —corté—. De verdad. Solo cansada. Te llamo mañana, ¿vale?

Colgué antes de que pudiera insistir. Y me quedé allí, en mitad de la acera, con el teléfono apretado en la mano como si fuera un arma o un escudo.

Miré hacia atrás.

La calle estaba vacía. El hombre del periódico se había ido. Solo había un coche negro aparcado a media cuadra, con las ventanas tintadas, imposible saber quién había dentro.

Me di la vuelta y caminé rápido, casi corriendo, hacia mi piso. Cada pocos metros miraba atrás, esperando ver a alguien siguiéndome, esperando que el coche negro arrancara, esperando que cualquier cosa sucediera.

Pero no pasó nada.

Llegué a mi edificio. Subí las escaleras. Cerré la puerta con tres cerrojos que nunca usaba. Me senté en el sofá, en la oscuridad, con el móvil iluminando mi cara como una luz fantasmal.

El mensaje seguía ahí.

«Deja de hacer preguntas sobre lo que no sabes.»

¿Qué preguntas? ¿Sobre Carmen? ¿Sobre la llamada? ¿Sobre algo más?

Pensé en Víctor. En cómo había desaparecido sin dejar rastro, dejándome solo el regalo envenenado de sus deudas. Pensé en los últimos meses, en las llamadas de acreedores, en las cartas amenazantes.

¿Tenía esto algo que ver con él?

O era solo una coincidencia. Una broma de mal gusto. Un número equivocado.

Quería llamar a alguien. A Alba. A la policía. A quien fuera. Pero ¿qué les diría? ¿Que había recibido un mensaje anónimo? ¿Que me sentía observada? Sonaba a locura. Sonaba a paranoia. Sonaba a la clase de cosas que les pasan a otras personas, no a mí.

Me levanté y fui a la ventana. Miré hacia la calle. El coche negro no estaba. No había nadie. Solo la noche normal de un jueves de julio.

Pero cuando apagué la luz y me metí en la cama, con la ropa puesta y el móvil en la mano, no pude dormir.

Porque tenía la certeza absoluta e irracional de que alguien me estaba observando.

Y que esa noche, por primera vez en mucho tiempo, no estaba sola en mi desastre.

Estaba siendo vigilada.

Capítulo 9



Alejandro

El proyecto de la Torre Mirabel estaba terminado. Oficialmente, no tenía nada urgente que revisar. Pero había traído conmigo a Málaga los planos de un nuevo encargo, un complejo residencial en las afueras de Madrid que debía entregar en septiembre, y esa mañana intenté sentarme a trabajar en ellos durante tres horas seguidas.

Fracasé estrepitosamente.

El portátil estaba abierto sobre la mesa del salón de mi casa, con los planos brillando en la pantalla, las líneas perfectas, los ángulos precisos. Todo ordenado. Todo bajo control. Todo exactamente como debía ser.

Y yo no podía concentrarme.

Mi mirada se desviaba constantemente hacia la ventana, hacia el jardín, hacia el mar que brillaba al fondo. Pero no era la vista lo que me distraía. Era mi mente, dando vueltas en círculos como un perro persiguiendo su propia cola.

La llamada extraña que había recibido Carmen. El número oculto. La voz que preguntaba por ella y luego colgaba. La expresión de mi abuela, esa máscara de serenidad que cayó durante un segundo para revelar algo oscuro debajo.

La reacción de Lucía. La forma en que se había quedado quieta, alerta, como un animal que detecta peligro en el aire. Ella también lo había notado. También sabía que algo no encajaba.

Y, sobre todo, la frase.

«Hay gente que empieza ayudando y acaba decidiendo por ti.»

Habían pasado tres días desde que Lucía dijo eso en su baño diminuto, con la gotera goteando entre nosotros como un metrónomo de desesperación. Y esa frase no había salido de mi cabeza desde entonces.

La repetía mentalmente mientras desayunaba. Aparecía cuando intentaba dormir. Se colaba en mis reuniones telefónicas con Héctor, lo que me hacía perder el hilo de lo que decía.

Porque yo sabía reconocer el dolor cuando lo veía.

No era arrogancia. Era experiencia. Durante los dos años de mi matrimonio con Marta y en los meses de tortura que siguieron a su partida, había aprendido a identificar las heridas que la gente intentaba ocultar con sonrisas, con trabajo excesivo, con una perfección obsesiva. Había visto mi propio reflejo en el espejo, intentando controlar cada detalle de mi vida porque el corazón se me había escapado de las manos.

Marta me había elegido, decía, porque era estable. Porque tenía las cosas claras. Y luego me había dejado porque, según ella, era incapaz de sentir. Incapaz de soltar las riendas. Incapaz de dejar que ella decidiera por nosotros.

La ironía no se me escapaba. Yo, el hombre que odiaba que decidieran por él, había estado a punto de convertirme en eso para Lucía. En alguien que entraba en su casa veía un problema y asumía que sabía cómo solucionarlo mejor que ella.

Y ella me lo había devuelto con esa frase. Esa frase resonaba ahora en mi cabeza como un campanazo.

Esa tarde, cuando llegué a casa de mi abuela, encontré a las dos mujeres preparándose para salir. Mi abuela llevaba un sombrero de paja que le sentaba como a una reina, y Lucía estaba ajustándole el cuello de la blusa con una paciencia que me sorprendió.

—Vamos a dar un paseo —anunció mi abuela, como si fuera una expedición al Everest—. Lucía dice que necesito mover las piernas y yo digo que necesito un helado. Así que vamos a matar dos pájaros de un tiro.

—Yo… —empecé a decir que tenía trabajo, que debía revisar unos planos, que no era buena idea.

—Vienes con nosotras —interrumpió mi abuela, y no fue una petición—. Necesito un brazo fuerte por si me caigo. Y Lucía necesita que alguien le haga compañía cuando yo me quede rezagada hablando con las vecinas.

Miré a Lucía. Ella me miró a mí. Y vi algo en sus ojos que no supe interpretar: resignación, quizás. O desafío. O la simple certeza de que no podríamos evitar estar juntos si Carmen tenía algo que decir al respecto.

—Vale —concedí, cogiendo las llaves del coche.

—Andando —corrigió Lucía—. El paseo es andando, señor arquitecto. A pie. Como la gente normal.

—Tengo coche…

—Y yo tengo piernas —dijo ella, sonriendo de esa forma que me hacía sentir incómodo—. Vamos, que el sol se pone temprano si nos quedamos aquí discutiendo.

Salimos. Carmen en el medio, agarrada a mi brazo izquierdo y al de Lucía en el derecho. Una procesión extraña por las calles de la urbanización, como una familia disfuncional salida de una película independiente.

Al principio fue incómodo. O eso creí.

Pero luego empezó a pasar algo que no esperaba.

Lucía conocía a todo el mundo.

Y cuando digo todo el mundo, es literal.

En la floristería de la esquina, la señora María salió a saludarla con un ramo de jazmines que acababa de cortar esa mañana para que se los llevara a doña Carmen. En el quiosco, el señor Antonio le guardaba el periódico de siempre, y le decía que no se preocupara por el dinero, que ya se lo daría otro día. En el parque, el hombre del perro grande, un pastor alemán llamado Max, se detuvo para hablarle de la señora de la cuarta, que había preguntado por ella el día anterior.

Era como caminar con una celebridad local. O con el alcalde. O con alguien que había tejido una red invisible de cariño y favores a su alrededor, tan fuerte que sostenía no solo su propio peso, sino también el de media ciudad.

—¿Conoces a todo el mundo? —pregunté, incapaz de contener la pregunta.

Lucía se encogió de hombros, pero vi que le gustaba. Que no era solo modestia.

—Conozco a la gente que importa —dijo—. La del quiosco porque su hijo estuvo enfermo y le llevé comida durante una semana. La de la floristería porque una vez le ayudé a descargar un camión cuando se quedó sola. El del perro porque… —sonrió—. Bueno, porque Max es más simpático que su dueño, y eso es decir mucho.

Carmen se rio. Yo me quedé callado, procesando la información.

Ella no tenía una vida fácil. Lo sabía. Lo intuía desde la primera vez que la vi, con sus bolsas de trabajo, su cansancio, sus bromas sobre las deudas. Pero a pesar de eso, o quizás gracias a eso, había construido algo que yo no tenía. Una red. Una comunidad. Gente que la quería no por lo que podía darles, sino por quien era.

Yo tenía empleados. Socios. Clientes.

Ella tenía amigos.

Llegamos al paseo marítimo, donde el sol caía sobre el Mediterráneo con esa violencia dorada que solo tiene el verano andaluz. Mi abuela se sentó en un banco, declarando que necesitaba descansar solo cinco minutos, aunque sabíamos que serían treinta.

Lucía y yo nos quedamos de pie, a unos metros de distancia, mirando el mar. El silencio entre nosotros no era cómodo, pero tampoco era insoportable. Era… expectante.

—¿Por qué lo haces? —Pregunté de repente.

Ella me miró. El viento le despeinaba el pelo, haciéndolo brillar como cobre bajo la luz del atardecer.

—¿Hacer qué?

—Las bromas. Sobre el dinero. Sobre las deudas. Sobre… todo. —Busqué las palabras adecuadas—. La otra noche, en tu casa, dijiste que diseñabas excusas para no mirar tu cuenta bancaria. Y siempre estás con eso. «Otro día maravilloso para ser pobre». «Estoy a dos recibos de vender un riñón». ¿Por qué?

Su expresión cambió. Se cerró. Como una flor que se repliega ante el frío.

—No es asunto tuyo —dijo, y su voz se volvió dura.

—Lo sé —admití—. Pero me pregunto si no te cansas. De reírte de todo. De fingir que no te importa.

Ella me miró con esos ojos color miel que ahora brillaban de una forma diferente. No de diversión. De algo más peligroso. De vulnerabilidad.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó, y su voz tembló ligeramente—. ¿Que llore? ¿Que me queje? ¿Que le cuente a todo el mundo lo jodida que está mi vida y espere que me den pena?

—No…

—Porque si me río yo primero —dijo, interrumpiéndome, y ahora su voz era fuerte, desafiante—, la vida no puede reírse tanto de mí. Si yo hago el chiste antes y me río de mi propio desastre, entonces nadie puede usarlo en mi contra. ¿Entiendes? Es una armadura, Alejandro. Es… es lo único que tengo.

Se quedó en silencio, mirando el mar, con las manos apretadas en los bordes de su vestido. Y por primera vez desde que la conocí, vi a alguien diferente.

No vi a la mujer caótica que me había tirado café encima. No vi a la limpiadora sarcástica que me desafiaba con cada palabra. Vi a alguien que llevaba años peleando sola. Vi a alguien que había aprendido que el mundo no la protegería, así que había decidido protegerse a sí misma con el único escudo que tenía: el humor.

Y vi algo más. Vi a alguien que estaba exhausta. Realmente exhausta. Con ojeras que el maquillaje no lograba cubrir. Con hombros caídos que se enderezaban cada vez que alguien la miraba. Con una sonrisa que aparecía automáticamente, como un reflejo condicionado, cada vez que alguien más necesitaba verla.

—Lo siento —dije, y era verdad.

Ella me miró, sorprendida. Como si no esperara disculpas. Como si no estuviera acostumbrada a que la gente viera más allá de la superficie.

—No pasa nada —dijo finalmente, suavizando la voz—. No puedes saberlo. No eres… —se detuvo.

—¿No soy qué?

—No eres de los que entienden estas cosas —dijo, y no sonó como un insulto. Sonó como una constatación—. Tú tienes control. Tienes éxito. Tienes… todo.

—No tengo todo —dije, antes de poder detenerme.

Ella me miró con curiosidad. Pero no preguntó. Y yo no expliqué.

Carmen nos llamó en ese momento, salvándome de tener que revelar más de lo que quería. Volvimos junto a ella, y el momento se rompió como una burbuja de jabón.

Más tarde, en casa de Carmen, mientras mi abuela leía en voz alta un artículo del periódico que ella ya había leído tres veces, vi a Lucía sentarse en una silla de mimbre.

Estaba a punto de anochecer. La luz del salón era tenue, cálida. Y Lucía, por primera vez desde que la conocía, se permitió descansar.

Sus ojos se cerraron. No del todo. Solo unos centímetros. Su respiración se hizo más lenta, más profunda. Su cabeza cayó ligeramente hacia un lado, apoyada contra el respaldo de la silla.

Se había quedado dormida. O en ese limbo entre el sueño y la vigilia. Solo cinco minutos. Quizás menos.

Carmen siguió leyendo, ajena o fingiendo estar ajena. Yo observaba a Lucía, con el corazón haciéndome algo extraño en el pecho.

Estaba agotada. Realmente agotada. Se veía en la forma en que se relajaban sus facciones, en cómo su mano se abría sobre el reposabrazos, en la quietud absoluta de su cuerpo después de tantas semanas viéndola en constante movimiento.

Pero entonces Carmen dijo su nombre. Solo eso. «Lucía, cariño, ¿me pasas el agua?»

Y Lucía abrió los ojos. Y sonrió.

No una sonrisa forzada. No una sonrisa de cortesía. Una sonrisa real, inmediata, que iluminó su cara como el amanecer. Una sonrisa para Carmen. Para mi abuela. Para la persona que, en ese momento, necesitaba verla feliz.

Se levantó, sirvió el agua, preguntó si Carmen quería más limonada, si estaba cómoda, si necesitaba algo más.

Y yo me quedé sentado, con una pregunta clavada en la garganta como un hueso de pescado.

¿Quién cuida de la persona que siempre está cuidando de los demás?

¿Quién le pregunta a Lucía si está cansada? ¿Quién le sirve agua a ella? ¿Quién se queda despierto por si ella necesita algo?

La respuesta era obvia. Nadie. O quizás, ahora, yo.

La pregunta no me dejó en paz esa noche. Ni al día siguiente. Ni cuando volví a mi casa vacía y ordenada, donde todo estaba en su sitio y nadie necesitaba nada de mí.

Porque por primera vez en mucho tiempo, sentía que quería cuidar de alguien. No porque fuera mi obligación, ni porque fuera familia, ni porque fuera lógico o razonable o conveniente.

Solo porque ella se lo merecía.

Y esa pregunta, esa simple pregunta sobre quién cuidaba de la cuidadora, empezó a importarme demasiado.

Empezó a importarme más que mis planos. Más que mi control. Más que mi vida perfectamente ordenada.

Y eso me aterraba más de lo que quería admitir.

Capítulo 10



Lucía

Cuando Carmen me dijo que quería organizar una cena íntima para agradecerme todo lo que hacía por ella, debería haber sospechado. Debería haber olido la trampa desde la puerta, como un ratón que detecta el queso envenenado.

Pero estaba cansada. Estaba distraída. Y, admitámoslo, estaba emocionada ante la perspectiva de comer algo que no fuera pasta con tomate o el menú del día de algún bar de carretera.

Así que cuando llegué a su casa el sábado por la tarde, con un vestido limpio y una botella de vino barato que había comprado con monedas de la hucha, me encontré con una mesa puesta para cuatro.

Cuatro.

Conté de nuevo. Una, dos, tres, cuatro.

Carmen, Alejandro, yo… y Alba.

—Tu abuela está intentando algo —le dije a Alejandro en cuanto pude arrastrarlo a la cocina bajo la excusa de ayudarle a llevar las ensaladas.

Él me miró con esa expresión de sorpresa controlada que tenía cuando no sabía si yo estaba loca o simplemente siendo yo.

—¿Intentando algo? —Repitió, como si el concepto le resultara extraño.

—Sí. Algo. —Hice aspavientos con las manos—. Algo de abuela. No sé qué, pero lo huele. Lo presiento. Las abuelas son peligrosas, Alejandro. No subestimes a tu abuela.

Alba llegó diez minutos después, con su melena perfecta y un vestido que seguramente costaba más que mi alquiler. Me abrazó, me susurró «Estás guapísima» al oído y luego miró la mesa para cuatro con una ceja arqueada.

—¿Algo como qué? —me preguntó, siguiendo mi mirada hacia Carmen, que sonreía con inocencia de ángel mientras movía un jarrón tres centímetros hacia la izquierda.

—Algo de abuela —suspiré.

—Eso no responde nada.

—Exacto. Porque las abuelas son peligrosas. No dan respuestas. Dan problemas disfrazados de cordero asado.

Alba se rio. Alejandro, que estaba cerca, se rio también. Y yo me quedé quieta, mirándolos a los dos, sintiendo algo extraño en el estómago que no quise identificar.

La cena empezó bien. Demasiado bien.

Carmen había preparado un gazpacho casero que sabía a gloria, seguido de un pescado al horno que se deshacía en la boca. El vino fluía, demasiado, quizás, y la conversación era fluida, natural, sin los silencios incómodos que yo temía.

Hasta que Alba y Alejandro empezaron a hablar.

Ella le preguntó por su trabajo. Él le explicó el proyecto de la Torre Mirabel con una pasión que no había mostrado antes. Alba le preguntó sobre Madrid, sobre arquitectura, sobre si prefería *Le Corbusier* o *Mies van der Rohe*.

Y Alejandro se iluminó.

No de la forma fría y controlada que yo conocía. Se iluminó de verdad. Con gestos amplios, con risas, con anécdotas sobre Héctor y sus desastres en obras. Contó una historia sobre cómo su socio había confundido una medida y habían tenido que demoler tres paredes enteras, y Alba se echó a reír.

Esa risa. Esa risa suya que sonaba como campanas de iglesia.

Y Alejandro se rio con ella.

Se miraron. Se entendieron. Conectaron.

Y yo sentí que me ahogaba con el agua del grifo.

No era posible. No era justo. Alba era mi amiga. Mi mejor amiga. Alejandro era… bueno, Alejandro era el arquitecto irritante que me sacaba de quicio. No tenía derecho a sentir… a sentir lo que fuera que estuviera sintiendo.

Pero lo sentía.

Cada vez que Alba le tocaba el brazo para enfatizar una frase. Cada vez que él inclinaba la cabeza hacia ella para escuchar mejor. Cada vez que se reían juntos de algo que yo no entendía del todo.

Me molestaba. Mucho.

Y no quería admitir por qué.

—Lucía, cariño —dijo Carmen, y su voz sonaba demasiado dulce—. ¿Estás bien? Pareces tensa.

—Estoy perfecta —mentí, forzando una sonrisa—. Solo estoy… pensando en los platos. Hay que fregar.

—Los platos pueden esperar —dijo Alejandro, y su mirada se posó en mí con una intensidad que me hizo sentir expuesta—. ¿O es que no te gusta ver a tu amiga divirtiéndose?

Su tono era provocador. Desafiador. Como si supiera exactamente lo que estaba pasando por mi cabeza y se estuviera divirtiendo con ello.

—Me encanta ver a Alba divirtiéndose —dije, y mi voz salió más aguda de lo normal—. Alba se divierte con cualquiera. Es muy… adaptable.

—¿Adaptable? —Repitió Alba, frunciendo el ceño—. ¿Qué significa eso?

—Que te cae bien todo el mundo —dije, encogiéndome de hombros —. Que eres simpática. Que… —busqué una palabra que no sonara como un insulto—. Que conectas fácilmente.

Alejandro no me quitaba los ojos de encima. Y entonces, con la precisión de un cirujano que sabe exactamente dónde cortar, soltó:

—¿Estás celosa?

Me atraganté con el agua.

Tosi. Me golpeé el pecho. Alba me dio golpecitos en la espalda, y Carmen me observaba con una expresión que era pura satisfacción.

—¿Yo? —Logré decir, con la voz ronca—. ¿Celosa? ¿De qué?

—Eso parece —dijo Alejandro, y su sonrisa era de gato que ha atrapado al canario—. Tienes toda la cara de…

—Mira, arquitecto —lo corté, enderezándome en la silla y sintiendo el calor subirme a las mejillas—. Yo tengo muchas preocupaciones. Mis deudas, mi futuro, si la lavadora sobrevivirá otro año, si el banco me dejará entrar algún día sin ponerme cara de pena… Tú no estás en la lista. Ni siquiera cerca de la lista. Estás en el anexo de la lista, en la sección de «Problemas que no tengo tiempo de tener».

Alejandro sonrió. Esa sonrisa suya que transformaba su cara de hombre serio en algo cercano a la belleza.

—Claro —dijo, y no sonó convencido—. Por supuesto. Error mío.

Quise seguir discutiendo. Quise demostrarle que no me importaba. Quise hacer una broma, soltar mi frase habitual, recuperar el control.

Pero en ese momento, mi móvil vibró sobre la mesa.

Una notificación. Número desconocido, pero con ese prefijo que ya había aprendido a odiar. El de las financieras. El de los acreedores. El de la pesadilla que era mi vida.

Intenté ocultarlo. Fue un reflejo. Mi mano se movió demasiado rápido, intentando poner el móvil boca abajo, pero en mi prisa lo empujé hacia el centro de la mesa, donde aterrizó con la pantalla visible para todo el mundo.

«RECUERDE: Tiene 48 horas para regularizar su situación antes de iniciar procedimientos judiciales. Contacte con Recuperaciones Martínez, S.L.»

El silencio cayó sobre la mesa como un manto de plomo.

Alba me miró con preocupación. Carmen dejó el tenedor sobre el plato con un sonido sordo. Y Alejandro… Alejandro dejó de sonreír.

Su expresión cambió. Se oscureció. Y vi en sus ojos algo que no esperaba: comprensión. No lástima ni curiosidad morbosa. Comprensión real, profunda, de alguien que de repente veía el iceberg completo bajo la superficie del agua.

—Lucía… —empezó a decir.

—Es una tontería —corté, recogiendo el móvil con manos temblorosas—. Un error. Un… problema administrativo. Nada importante.

Pero mi voz sonó falsa. Demasiado aguda. Demasiado rápida.

Alba me cogió la mano bajo la mesa. La apretó. Y yo sentí que el mundo se me venía encima, que mi fachada de humor y sarcasmo se resquebrajaba en tiempo real, delante de las personas que menos quería que la vieran.

Después de la cena, Alba se marchó temprano. Tenía turno de mañana en el banco, dijo. Pero antes de irse, me abrazó con fuerza y me susurró: «Llámame cuando quieras. Estoy aquí».

Carmen se excusó diciendo que estaba cansada y se retiró a su habitación, dejándonos a Alejandro y a mí solos en el patio, con los restos de la cena y un silencio que pesaba toneladas.

Yo recogía los platos con movimientos mecánicos, evitando su mirada.

—Lucía —dijo finalmente cuando creí que iba a dejarme en paz.

—No —respondí, sin girarme.

—No he dicho nada.

—Pero vas a hacerlo. Vas a preguntar. Y la respuesta es no.

Escuché sus pasos acercándose. Sentí su presencia detrás de mí, demasiado cerca, demasiado intensa.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, y su voz era suave. Demasiado suave. Como si hablara con un animal herido.

Apreté los platos contra mi pecho, sintiendo el borde de la cerámica clavarse en mi piel.

—No.

—Lucía…

—No —repetí, y esta vez mi voz salió diferente. No enfadada. No desafiante.

Asustada.

Me di la vuelta. Lo miré. Y vi que él lo veía. Que veía el miedo real, el pánico, la desesperación que intentaba ocultar con bromas y sarcasmo. Que veía la herida que llevaba años sangrando sin que nadie la curara.

—No puedo —dije, y la verdad se me escapó antes de poder detenerla—. No puedo dejar que nadie me ayude. No puedo deberle nada a nadie. No puedo… confiar.

Alejandro me miró durante más tiempo del que debería. Sus ojos grises recorrieron mi cara, buscando algo que no supe identificar.

—¿Por qué? —preguntó finalmente.

—Porque la última vez que confié en alguien —dije, y mi voz se quebró—, me dejó endeudada, humillada, y convencida de que era una estúpida. Y no voy a volver a sentir eso. No por ti. No por nadie.

Alejandro asintió lentamente. No intentó tocarme. No intentó convencerme con palabras vacías.

—Vale —dijo simplemente.

—¿Vale?

—Vale. No te ayudaré. No te deberás nada. Pero… —hizo una pausa, y su voz cambió, se volvió más firme—. Pero voy a seguir estando aquí. Y cuando estés lista para hablar, cuando quieras contarme qué demonios está pasando de verdad, voy a escuchar. Sin juzgar. Sin intentar arreglarlo. Solo escuchar.

Lo miré, incrédula. Nadie había dicho eso antes. Nadie me había dado ese espacio. Todo el mundo quería soluciones, respuestas, acción. Todo el mundo quería salvarme.

Alejandro solo quería estar ahí.

—Eres un pesado —dije, intentando recuperar el sarcasmo como escudo.

—Lo sé —sonrió, y era una sonrisa triste—. Es uno de mis muchos defectos.

Guardamos silencio un momento. El sonido de los grillos llenaba el aire nocturno.

—Debería irme —dije finalmente.

—Te acompaño.

—No hace falta.

—Lo sé —repitió—. Pero voy a hacerlo igual.

Caminamos juntos hasta la puerta. Carmen ya dormía, supuse. El mundo estaba en calma.

Y cuando salí a la calle, sintiendo el aire fresco de la noche en mi cara, me di cuenta de algo aterrador: no quería que se fuera. No quería estar sola. No quería seguir cargando con todo esto sin nadie que lo supiera.

Pero también sabía que no estaba lista.

—Gracias —dije, sin mirarle—. Por la cena. Y por… por no insistir.

—Volveré a insistir mañana —dijo él, y había un toque de humor en su voz—. Soy muy pesado, ¿recuerdas?

Casi sonreí. Casi.

Y cuando me alejé caminando, sintiendo su mirada en mi espalda hasta que doblé la esquina, supe que algo había cambiado.

Que la herida que llevaba dentro había sido vista. Y que, por primera vez en mucho tiempo, alguien no intentaba curarla a la fuerza.

Solo estaba ahí, esperando a que yo estuviera lista.

Y eso, inexplicablemente, dolía más que cualquier otra cosa.

Capítulo 11



Alejandro

Pasé tres noches seguidas sin pegar ojo. No porque tuviera un proyecto urgente, la Torre Mirabel estaba entregada y el complejo residencial no empezaba hasta septiembre, sino porque no podía sacarme de la cabeza la imagen de su móvil sobre la mesa. Ese mensaje. Esas palabras amenazantes. La forma en que Lucía se había encogido sobre sí misma, como si quisiera desaparecer entre los platos de la cena.

No era asunto mío. Lo sabía. Ella había sido clara en su negativa a recibir ayuda. «No puedo deberle nada a nadie», había dicho. Y yo, que había pasado los últimos diez años de mi vida evitando precisamente eso, evitando deber favores, evitando que otros decidieran por mí, evitando cualquier atisbo de dependencia emocional, debería haber entendido su postura. Debería haber respetado sus límites y haber dado un paso atrás.

Pero no podía.

No porque quisiera rescatarla. No porque sintiera esa absurda necesidad masculina de ser el héroe que salva a la damisela en apuros. Eso me repugnaba. Lucía no necesitaba un salvador. Necesitaba… bueno, no sabía exactamente qué necesitaba, pero estaba seguro de que no era un arquitecto controlador con complejo de Superman.

Lo que me mantenía despierto era otra cosa. Era la furia. Una furia sorda, ardiente, que se había instalado en mi pecho desde aquella cena y que no me dejaba respirar con normalidad. Alguien le había hecho daño. Alguien había destrozado su vida, había convertido su existencia en un campo de minas de deudas y amenazas, y luego había desaparecido dejándola sola para limpiar la mierda. Esa idea me consumía. Me hervía la sangre de una forma que no recordaba haber sentido nunca, ni siquiera cuando Marta me dejó, ni siquiera cuando descubrí que mi padre se había matado a trabajar.

Alguien había jugado con ella. Y eso me volvía loco.

El jueves por la mañana, mientras Lucía limpiaba las oficinas del bufete Valcárcel, lo sabía porque mi abuela me lo había mencionado casualmente, con esa sutileza que tenía para manipular situaciones, yo estaba sentado frente a mi portátil en la terraza de mi casa, con tres tazas de café frío a mi lado y una conexión a internet que no estaba utilizando para revisar planos.

Estaba buscando. Investigando. Haciendo lo que hacía cualquier persona obsesionada que no sabía mantenerse al margen.

No era ilegal, exactamente. Las deudas públicas, los embargos, las demandas judiciales… todo eso dejaba rastro en los registros públicos si sabías dónde mirar. Y yo sabía. Durante años había trabajado con abogados, había visto cómo funcionaban los procesos de ejecución hipotecaria, había aprendido a leer entre líneas de documentos que la mayoría de la gente encontraba incomprensibles.

Lo que encontré me dejó helado.

Lucía no debía veinte mil euros. Eso era solo la punta del iceberg, la deuda más reciente, la que aún no había sido reclamada por los bancos tradicionales. Había más. Mucho más. Préstamos personales firmados hacía dos años. Líneas de crédito abiertas en cinco entidades diferentes. Una tarjeta *revolving* con un interés del veinticinco por ciento que había explotado hasta convertirse en una montaña imposible de pagar.

El total superaba los sesenta mil euros.

Sesenta mil para una chica que limpiaba casas ajenas, que cuidaba ancianas, que contaba los céntimos para el pan. Sesenta mil euros que habían desaparecido en el aire, porque no había rastro de bienes a su nombre, de inversiones, de nada que justificara esa cantidad astronómica.

Y luego estaban las firmas.

Me fijé en los escaneos de los contratos a los que había conseguido acceder gracias a un contacto en el Registro de la Propiedad que me debía un favor desde el año pasado, y algo no encajaba. La caligrafía variaba. En algunos documentos, la firma de Lucía era fluida y segura, con ese garabato característico que tenía la gente que firma cientos de veces al día. En otros, era rígida, forzada, como si alguien hubiera intentado imitarla sin conseguirlo del todo.

Además, había fechas que no cuadraban. Documentos firmados en los días en los que, según el historial de trabajo que había podido reconstruir, Lucía estaba limpiando casas en otra punta de la ciudad. Imposible que hubiera estado en una sucursal bancaria firmando papeles a las diez de la mañana si a esa hora estaba fregando los cristales de la señora Ruiz.

Alguien había falsificado su firma. Alguien había utilizado su documentación. Alguien la había convertido en avalista de deudas que no eran suyas, en titular de préstamos que nunca había solicitado, en víctima de un fraude que iba mucho más allá de una simple estafa amorosa.

Apagué el portátil y me quedé mirando el mar durante largo rato. El sol de mediodía brillaba sobre el agua, cegador, indiferente. Sentía el estómago revuelto, una mezcla de rabia y de impotencia que me hacía querer golpear algo.

Tenía que decírselo. Tenía que mostrarle lo que había encontrado, explicarle que no estaba sola, que había opciones legales, que podíamos denunciar esto, revertirlo, limpiar su nombre.

Pero luego recordé su cara en la cena. La desesperación en sus ojos cuando había dicho que no podía confiar. La forma en que se había encerrado en sí misma, como una fortaleza inexpugnable.

Si se lo dijera ahora, me odiaría. Me vería como otro hombre que intentaba controlar su vida, que tomaba decisiones por ella y se creía con derecho a invadir su privacidad por su bien.

No podía hacer eso. No podía permitirme ser ese tipo de persona para ella.

Pero tampoco podía quedarme de brazos cruzados.

Cuando llegué a casa de mi abuela esa tarde, todavía estaba dándole vueltas al asunto. Tenía los ojos rojos de no dormir, la mandíbula tensa de apretar los dientes, y una necesidad irracional de ver a Lucía, de asegurarme de que estaba bien, de que nadie le había hecho daño físico además del económico.

La encontré en el patio, sentada en su silla de mimbre habitual, con una taza de limonada entre las manos y una expresión de cansancio absoluto que se transformó en sonrisa forzada cuando me vio entrar.

—Señor Arquitecto —dijo, con ese tono de broma que usaba como escudo—. ¿Ha venido a revisar más planos o a discutir sobre quién tiene la razón?

—He venido a ver a mi abuela —mentí, sentándome en la silla de enfrente—. Pero ya que estás aquí…

—Ya que estoy aquí, ¿qué?

La miré. Realmente la miré. Y vi las ojeras que intentaba ocultar con maquillaje barato, las manos que temblaban ligeramente alrededor de la taza, la tensión en los hombros que llevaba como una armadura invisible.

—¿Estás bien? —pregunté y la pregunta salió más suave de lo que pretendía.

—Estoy perfecta —respondió automáticamente—. Como siempre.

—Mientes fatal.

Nos miramos durante unos segundos. El silencio entre nosotros era denso, cargado de cosas no dichas. Quise contarle todo lo que sabía, mostrarle los documentos, prometerle que arreglaría aquello. Pero me contuve. Apreté los puños bajo la mesa y me obligué a sonreír.

—He traído pasteles —dije, levantando la caja que había comprado en el camino—. De ese sitio del centro que tanto le gusta a mi abuela.

Lucía arqueó una ceja, sorprendida por el cambio de tema.

—¿Y eso? ¿Es un soborno?

—Es un intento de tregua —admití—. La otra noche… en la cena… fui demasiado duro contigo. Te presioné cuando no debía. Lo siento.

Ella me observó con recelo, como si esperara que apareciera el truco, el gancho, la segunda intención. Pero no había ninguna. Solo el sincero arrepentimiento de haberla empujado a un lugar donde no quería estar.

—Acepto la tregua —dijo finalmente, y su sonrisa se suavizó un poco, se volvió más real—. Y los pasteles. Pero solo porque son de chocolate.

Capítulo 12



Alejandro

Mi abuela salió al patio poco después, con su elegancia habitual y unos pendientes de perlas que le sentaban como a una reina. Nos observó a los dos, a Lucía que reía de alguna tontería que había dicho yo sobre los planos de un edificio que se parecía a una caja de zapatos, y a mí que sonreía como un idiota sin poder evitarlo.

—Hijo —dijo mi abuela, sentándose en su mecedora con una precisión que desmentía sus ochenta y seis años—, tienes la misma cara que tenía tu abuelo cuando se enamoró de mí.

Me atraganté con el café.

Lucía se quedó quieta, con la mitad de un pastel de chocolate en la mano, y una expresión de shock que habría sido cómica si no estuviera tan ocupado intentando respirar.

—Abuela, por favor…

—No me digas por favor —interrumpió ella, con esa autoridad que solo tienen las abuelas que han visto demasiado—. Te conozco desde que naciste, Alejandro. Sé cuándo estás fingiendo y cuándo estás sintiendo. Y ahora mismo… —me señaló con su cuchara de té— …estás sintiendo. Mucho.

—No estoy enamorado —dije, demasiado rápido, demasiado alto.

Mi abuela sonrió. Esa sonrisa suya de gato que acaba de comerse al canario y está planeando el postre.

—Eso mismo dijo él —dijo, dirigiéndose ahora a Lucía, que parecía querer fundirse con la silla de mimbre—. Mi Enrique. El primer día que me vio, en la feria de Málaga, me dijo que no creía en el amor a primera vista. Que era una tontería. Que él era un hombre práctico, de hechos, no de sentimientos —mi abuela se rio, una risa cálida que llenó el patio—. Tres meses después me pidió matrimonio. Y cuando le pregunté qué había cambiado, me dijo: «Nada. Solo que me he dado cuenta de que no puedo respirar sin ti».

Lucía y yo nos miramos. Yo estaba seguro de que tenía la cara colorada, sintiendo cómo el calor me subía desde el cuello hasta las orejas. Ella parecía atrapada entre el deseo de huir y la curiosidad de quedarse a ver el desenlace del espectáculo.

—Abuela, estás inventando cosas —dije, intentando recuperar la dignidad—. Lucía y yo somos… amigos. Conocemos. Apenas nos toleramos.

—Claro, claro —dijo mi abuela, dando un sorbo a su limonada con una satisfacción exasperante—. Por eso llevas una semana sin dormir, con ojeras que parecen mapas de carreteras. Por eso has dejado de revisar planos y pasas horas mirando el móvil como si esperaras un mensaje. Por eso has traído pasteles de la pastelería Buendía, que está al otro lado de la ciudad, cuando nunca traes nada.

Me quedé sin palabras. Porque tenía razón. En todo.

Lucía me miró con una expresión diferente ahora. No desafiante, no sarcástica. Curiosa. Como si estuviera viendo algo nuevo, algo que no había notado antes.

—Voy a… a por más limonada —dijo ella, levantándose rápidamente, huyendo de la conversación como de un incendio.

Cuando desapareció en la cocina, me volví hacia mi abuela con una mezcla de frustración y admiración.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté, bajando la voz—. La has avergonzado. Me has avergonzado a mí. Esto no es…

—¿No es qué? —interrumpió Carmen, y ahora su voz era seria, sin rastro de broma—. ¿No es real? Alejandro, cariño, llevas dos años caminando como un fantasma. Desde que Marta se fue, desde que enterraste tu corazón bajo capas de control y perfección, no te había visto sonreír de verdad hasta ahora. Hasta ella.

—No es tan simple…

—Nunca lo es —dijo ella, tomando mi mano entre las suyas, frágiles pero fuertes—. Pero es real. Y si no lo ves, es porque no quieres verlo. O porque tienes miedo. Y tú, mi niño, nunca has tenido miedo de nada. No dejes que empiece ahora.

Quise responder, decirle que estaba equivocada, que confundía la preocupación por una persona en apuros con algo más profundo. Pero en ese momento sonó el timbre de la puerta y escuchamos voces en el salón.

Héctor había llegado.

Mi socio entró en el patio como un huracán, con su mochila de lona colgada de un hombro, sus gafas de sol en la frente y esa energía suya que hacía que todo el espacio a su alrededor pareciera más pequeño.

—¡Alejandro, tío! —exclamó, abrazándome con fuerza antes de que pudiera levantarme—. ¿Cómo está mi arquitecto favorito? ¿Has echado de menos Madrid? ¿De menos a mí? Porque yo te he echado de menos, y eso que normalmente eres un pesado.

—Héctor —dije, intentando zafarme de su abrazo—. ¿Qué haces aquí? No dijiste que vendrías.

—Sorpresa —dijo él, con una sonrisa de oreja a oreja—. Tenía que entregar unos planos en Marbella, pensé en pasarme a saludar. Y a conocer a esa tal Lucía de la que no paras de hablar en el teléfono…

Me congelé. Lucía acababa de salir de la cocina, con una jarra de limonada recién hecha en las manos, y se encontró con Héctor que la miraba de arriba abajo con interés genuino.

—Tú debes ser Lucía —dijo él, acercándose con la mano extendida —. Soy Héctor, el mejor amigo y socio de este pesado. Me ha contado cosas… bueno, no me ha contado mucho, pero he deducido que eres importante.

Lucía le estrechó la mano, visiblemente sorprendida, pero recuperando rápidamente su aplomo.

—Cosas malas, supongo —dijo, con un toque de humor—. Normalmente solo cuenta lo que le molesta de mí.

—¡Al contrario! —Exclamó Héctor, sentándose en la silla que Lucía había dejado libre—. Ha dicho… bueno, en realidad no ha dicho nada, pero eso es lo que me ha llamado la atención. Alejandro no para de hablar de nadie. Nunca. Y ahora cada dos frases es «Lucía dice», «Lucía hace», «Lucía es…».

—Héctor, cállate —dije, sintiendo que la cara me ardía.

—¿Sí? —Lucía me miró, con una ceja arqueada—. ¿Dices cosas de mí?

—No digo… es decir, no es…

—Dice que eres la persona más frustrante que ha conocido — intervino Héctor, encantado con el espectáculo—. Que hablas demasiado. Que nunca llegas a la hora que dices. Que tienes una obsesión con el dinero que no entiende. Y que… —hizo una pausa dramática— …que tiene ganas de estrangularte la mitad del tiempo, y la otra mitad no sabe si quiere besarte o esconderte en un armario.

El silencio que siguió fue absoluto. Incluso los grillos dejaron de cantar.

Lucía me miró. Yo la miré a ella. Y en sus ojos vi algo que no supe interpretar: sorpresa, sí, pero también… ¿esperanza? ¿Curiosidad? ¿Miedo?

—Voy a… a por vasos —dijo ella finalmente, y desapareció de nuevo en la cocina, más rápido que antes.

Cuando estuvimos solos, agarré a Héctor del brazo y lo arrastré hasta el rincón más alejado del jardín.

—¿Estás loco? —siseé—. ¿Por qué has dicho eso?

—¿Por qué? —repitió él, incrédulo—. Alejandro, llevas diez años sin interesarte por nadie. Diez años desde Marta. Y ahora, de repente, sabes cuánto debe una mujer que conociste hace una semana, te desvelas investigando sus problemas, y traes pasteles de la otra punta de la ciudad. ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no veo lo que está pasando?

—No está pasando nada —mentí.

Héctor me miró con esa expresión de hermano mayor que me conocía demasiado bien.

—Te gusta —dijo, simple y llanamente.

—No.

—Te gusta muchísimo.

—No es así…

—Alejandro —interrumpió, y su voz se suavizó—. Llevas una semana hablando de ella cada vez que llamas. Tu abuela acaba de decirme que no te había visto sonreír así desde que eras niño. Y ahora mismo estás más rojo que un tomate porque te he pillado. Admitámoslo: estás perdido.

No respondí. No podía. Porque al mirar hacia la cocina, donde Lucía reía de algo que Carmen le decía mientras preparaba los vasos, sentí ese nudo en el estómago que Héctor describía. Esa necesidad de estar cerca, de proteger, de saber que estaba bien.

Y por primera vez, no intenté negarlo del todo.

—Quizás —dije finalmente, en voz baja, casi para mí mismo.

Héctor sonrió. Esa sonrisa triunfal suya que significaba que había ganado.

—Eso es todo lo que necesitaba oír —dijo, dándome una palmada en la espalda—. Ahora vamos dentro y deja de hacer el tonto. Porque si no te das prisa, alguien más se va a dar cuenta de lo que sientes. Y ese alguien podría ser ella.

Volvimos al patio. Lucía había vuelto a sentarse, y Carmen nos observaba con una expresión de pura satisfacción. El sol empezaba a caer sobre el jardín, tiñendo todo de un dorado cálido que hacía que el mundo pareciera más suave, más posible.

Me senté frente a Lucía. Ella levantó la vista, y nuestros ojos se encontraron.

—¿De verdad quieres estrangularme? —preguntó, con un deje de diversión en la voz.

—La mitad del tiempo —respondí, y por primera vez en días, sonreí de verdad—. La otra mitad… bueno, eso todavía lo estoy decidiendo.

Y cuando ella sonrió de vuelta, esa sonrisa suya que iluminaba todo a su alrededor, supe que Héctor tenía razón.

Estaba perdido. Completamente y absolutamente perdido.

Y por primera vez en mucho tiempo, no me importaba.

Capítulo 13



Lucía

Decidí evitarlo. Fue una resolución firme, tomada a las seis de la mañana mientras me tomaba el café con leche de desayuno y miraba el amanecer desde mi terraza. Alejandro Medina era un problema con patas, con traje de lino y con esa mirada gris que me hacía sentir como si me estuvieran desnudando el alma capa por capa. Había pasado demasiado tiempo en su compañía, había compartido demasiadas risas incómodas, y había permitido que Héctor soltara aquella bomba sobre los besos y los armarios sin negarlo lo suficientemente rápido.

Así que el plan era simple: distancia. Estricta, inquebrantable, militar. Si Carmen necesitaba algo, iría yo sola. Si hubiera que llevar plantas, recoger medicinas, o hacer cualquier recado que implicara estar en el mismo espacio físico que él, inventaría una excusa. La gripe. Una cita urgente. Un ataque de apendicitis repentina. Lo que fuera.

Lo que no había contado era que Carmen Alarcón de Medina tenía un doctorado en manipulación emocional y un radar infalible para detectar cuando alguien intentaba escapar de su destino.

El sábado por la mañana llegué a su casa con mi mejor cara de «Solo estoy aquí para trabajar y nada más». Llevaba el pelo recogido en una coleta tirante, vaqueros viejos y una camiseta que decía «No me hables, no he tomado café», un regalo de Alba que nunca me había atrevido a usar, pero que ese día me pareció especialmente apropiado.

Alejandro estaba en el jardín, regando las plantas con una precisión que me irritó solo de verla. Cada gota caía exactamente donde debía, ni una más, ni una menos. Incluso regando, el tío era un perfeccionista.

—Buenos días —dije, intentando pasar de largo hacia la cocina.

—Lucía —respondió él, sin levantar la vista de la buganvilla—. Estás… ¿Llevas puesta una camiseta que me insulta?

—No es un insulto —mentí, deteniéndome a pesar mío—. Es una advertencia sanitaria. Como las de «Cuidado, suelo mojado».

—¿Y el suelo está mojado?

—Depende de si sigues regando mal las plantas. Esa pobre buganvilla está ahogándose.

Alejandro dejó la manguera y se volvió hacia mí. Llevaba una camisa blanca remangada hasta los codos, y los brazos… madre de Dios, los brazos. Musculosos, con venas marcadas, con manos que parecían capaces de levantar edificios enteros, pero que, a la vez, tenían una delicadeza extraña al tocar las hojas.

—¿Sabes mucho de jardinería? —preguntó, con un deje de diversión.

—Sé que las plantas necesitan agua, no un baño de inmersión —respondí, cruzando los brazos—. Pero no te preocupes, sigue así. Así tendré excusa para comprarle otra a tu abuela cuando esta muera por asfixia.

Él sonrió. Esa sonrisa que empezaba a odiar porque me hacía sentir cosas en el estómago que no quería sentir.

—¿Vienes a ayudarme o solo a criticar?

—A criticar. Es mi especialidad.

Estuvimos así unos minutos, discutiendo sobre la cantidad de agua adecuada, si el jazmín necesitaba más sol o más sombra, y por qué el olivo tenía las hojas amarillentas. Discutíamos por discutir, por el placer de contradecirnos, por esa electricidad que se generaba cada vez que nuestras opiniones chocaban.

Fue entonces cuando Carmen salió al patio, con su sombrero de paja y una lista de la compra en la mano que parecía haber aparecido por arte de magia.

—Lucía, cariño —dijo, con una dulzura sospechosa—. Necesito unas cosas del mercado. Huevos frescos, ese queso de cabra que le gusta a Alejandro, y unas plantas nuevas para el porche. Las de anoche se han marchitado.

—Yo puedo ir —dije rápidamente, intentando escabullirme antes de que…

—Perfecto —interrumpió ella—. Alejandro, acompáñala. Necesito que me recojan unas plantas específicas, y tú sabes cuáles son las que me gustan. Lucía no tiene ni idea de esas cosas.

—Doña Carmen, de verdad, no hace falta…

—Y luego —continuó, ignorándome por completo—, Alejandro tiene que arreglar el grifo del baño de invitados. Se ha vuelto a quedar flojo. Lucía, tú sabes dónde está la caja de herramientas, ¿verdad? Así se lo indicas.

Miré a Alejandro. Él me miró a mí. Y en sus ojos vi la misma sospecha que yo tenía: estábamos siendo manipulados. Pero Carmen ya se había dado la vuelta, canturreando una copla mientras se alejaba hacia el porche, dejándonos atrapados en su trampa.

—Parece que nos han secuestrado —dijo Alejandro, secándose las manos en los vaqueros.

—Parece que tu abuela debería trabajar para la CIA —repliqué, suspirando—. Vamos, arquitecto. Pero vamos en silencio. No quiero que pienses que esto es una cita.

—No lo es —dijo él, cogiendo las llaves del coche—. Es un secuestro laboral.

La mañana fue un desastre organizado.

Primero estuvimos en el vivero, discutiendo sobre qué plantas eran mejores para el porche. Alejandro quería algo estructuralmente interesante, lo que fuera que eso significara. Yo quería algo que no se muriera en dos días y que no necesitara riego constante porque, entre mis tres trabajos, no tenía tiempo para regar plantas caprichosas.

—Esta —dije, señalando una planta con hojas plateadas que parecía resistente—. Esta sobrevive al apocalipsis nuclear.

—Es una lavanda —dijo él, arqueando una ceja—. Y es para exterior, no para el porche. Necesita sol directo.

—El porche tiene sol por la mañana.

—No suficiente.

—¿Y tú qué eres, un meteorólogo?

—Soy arquitecto. Sé leer la luz.

—Pues léela en voz alta, que yo no entiendo tu idioma técnico.

Discutimos durante veinte minutos hasta que el dueño del vivero, un señor con cara de pocos amigos, nos echó con unas macetas de geranios «Que no se maten ni con una bomba» y nos pidió, educada pero firmemente, que dejáramos de discutir en su establecimiento.

Luego fuimos al mercado. Alejandro quería queso de una tienda específica que estaba «Tres calles más allá, en la esquina, donde está el árbol grande». Yo quería ir al supermercado de la esquina y acabar pronto.

—El queso del supermercado es plástico —dijo, haciendo una mueca.

—El queso del supermercado es económico —corregí—. Algunos tenemos que mirar el precio antes de mirar el sabor.

—Yo invito.

—No.

—Lucía, es solo queso.

—No —repetí, más firme de lo necesario—. No voy a dejar que pagues mi comida. Ni el queso, ni nada. Ya te lo dije: no debo nada a nadie.

Él me miró durante unos segundos, con esa intensidad suya que me hacía querer mirar hacia otro lado. Luego asintió, una vez, y giró hacia el supermercado.

—Vale —dijo—. Pero no me eches la culpa si el queso sabe a goma de borrar.

En el supermercado, la discusión continuó. Él quería pan artesanal. Yo quería el barato de molde. Él quería tomates cherry ecológicos. Yo quería los de oferta en lata. Él quería aceite de oliva virgen extra de primera prensada en frío de alguna aldea remota. Yo quería el que estaba en el lineal de abajo y costaba tres euros menos.

—Eres imposible —dijo, mientras yo cogía una bolsa de pasta del lineal económico.

—Soy realista —respondí, echando un paquete de macarrones al carro—. Algunos no podemos permitirnos el lujo de pagar el doble por un aceite que sabe exactamente igual que el normal.

—No sabe igual.

—Prueba a ciegas. Apuesto cien euros a que no distinguirías uno de otro.

—Apostarías cien euros que no tienes —dijo, y luego se mordió la lengua, arrepentido—. Mierda. Lo siento. No quería…

—Es verdad —dije, encogiéndome de hombros, intentando que no me afectara—. No los tengo. Pero eso no quita que tenga razón.

Seguimos así, en una especie de tira y afloja constante, de baile absurdo donde cada paso hacia delante era acompañado por un empujón hacia atrás. Discutíamos, sobre todo: sobre la música que sonaba en el supermercado, él la odiaba, yo ni la notaba, sobre si el cielo estaba demasiado nublado, él decía que era «Luz difusa interesante», yo decía que parecía que iba a llover, sobre la velocidad a la que caminaba, él iba demasiado lento, yo demasiado rápida, o quizás era al revés.

Pero entre una discusión y otra, también nos reímos.

Me reí cuando intentó convencer al carnicero de que le cortara el jamón en lonchas más finas, usando términos técnicos que el pobre hombre no entendió y que terminó en una discusión. Me reí cuando resbaló con una cáscara de plátano que alguien había tirado en el suelo y tuvo que agarrarse a mi brazo para no caerse, quedándose a escasos centímetros de mí, con su mano en mi cintura y su aliento en mi cara.

Nos quedamos así un segundo demasiado largo. Un segundo en el que dejé de reír y empecé a notar el calor de su mano a través de mi camiseta, el olor a cedro de su colonia, la forma en que sus ojos grises se oscurecían cuando me miraban de cerca.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz más grave de lo normal.

—Estoy… —tragué saliva—. Estoy bien. Suéltame.

Lo hizo. Demasiado rápido. Y ambos nos apartamos, incómodos, mirando hacia otros lados como si no hubiera pasado nada, como si no hubiéramos estado a punto de…

De qué, exactamente, no quería pensarlo.

Capítulo 14



Lucía

Cuando volvimos a casa de Carmen, eran casi las dos del mediodía. El sol apretaba con fuerza y yo estaba agotada. No por el paseo, no por las discusiones, sino por la tensión constante de estar cerca de él, de tener que controlar cada gesto, cada mirada, cada respiración.

Carmen estaba dormida en el sofá, con un libro caído sobre el regazo. La dejamos ahí, bajamos la voz y nos movimos por la cocina intentando no hacer ruido.

—Prepararé algo rápido —dije, abriendo la nevera—. Tu abuela debe de tener hambre cuando se despierte.

—Yo lo hago —dijo Alejandro, colocándose a mi lado y quitándome la bolsa de verduras de las manos—. Tú estás cansada. Siéntate.

—No estoy cansada…

—Lucía —dijo, y su voz tenía una firmeza que no admitía discusión —. Siéntate. Por favor.

Algo en su tono, en la forma en que dijo «por favor», me hizo obedecer. Me senté en uno de los taburetes de la isla central y lo observé, incrédula, mientras se ponía un delantal de flores que colgaba de un gancho, ridículo en él, con su camisa de diseño y su pantalón de pinzas, y empezaba a cortar verduras con una eficiencia que me dejó boquiabierta.

Cortó cebolla, pimiento, calabacín. Encendió el fuego, echó aceite en una sartén y empezó a sofreír con movimientos seguros, casi elegantes. No era la cocina de un aficionado. Era la cocina de alguien que sabía lo que hacía, que había practicado, que disfrutaba del proceso.

—¿Desde cuándo cocinas? —pregunté, incapaz de contener la curiosidad.

—Desde siempre —respondió, sin dejar de remover—. Mi madre trabajaba mucho cuando era niño. Tuve que aprender si no quería morir de hambre o de intoxicación por comida precocinada.

—Pensaba que los arquitectos famosos no sabían usar una sartén —dije, y mi voz sonó más suave de lo que pretendía.

Él se volvió, sonriendo con picardía.

—Pensaba que las limpiadoras profesionales no criticaban la cocina de otros.

—Yo critico con cariño.

—Eso no existe.

—Claro que existe —respondí, sintiendo una sonrisa tirar de mis labios—. Mi madre lleva haciéndolo veintinueve años. «Hija, ese jersey te queda fatal, pero con cariño». «Hija, ese novio es un inútil, pero con cariño».

Alejandro se rio, una risa auténtica que resonó en la cocina.

—Vale, acepto la crítica constructiva —dijo, añadiendo un puñado de sal a la sartén—. Pero solo si pruebas esto y me dices si está tan mal como parece.

Preparó una especie de pisto, pero mejor. Con huevos revueltos por encima, un toque de especias que no supe identificar, y pan tostado que untó con ajo y tomate. Cuando terminó, lo sirvió en tres platos, despertó a Carmen con suavidad y los tres comimos en la terraza, con el sonido de la fuente de fondo y el olor a jazmín flotando en el aire.

Estaba bueno. Muy bueno. Tan bueno que me obligué a criticarlo solo por principios.

—Le falta sal —mentí.

—Le sobra sal —replicó él—. Estás acostumbrada a comer sin sal porque es más barato.

—No es verdad.

—Es totalmente verdad.

Carmen nos observaba, alternando la mirada entre los dos, con una sonrisa de gato que yo ya empezaba a reconocer.

—Discutid, discutid —dijo ella, dando un sorbo a su agua—. A mí me da igual mientras sigáis haciéndolo aquí, juntos, y no me dejéis sola.

Terminamos de comer. Carmen se fue a echar la siesta, «Solo veinte minutos», dijo, aunque sabíamos que serían dos horas, y yo me quedé recogiendo la mesa, intentando encontrar una excusa para marcharme antes de que la tensión me asfixiara.

Alejandro se levantó para ayudarme. Nuestros brazos se rozaron al coger los mismos platos. Nos disculpamos al unísono. Nos miramos. Y nos quedamos quietos, demasiado cerca, con el sol entrando por los cristales y pintando rayas doradas en el suelo de la cocina.

—Lucía —dijo, y su voz era diferente. Más baja. Más peligrosa.

—No —respondí, sin saber exactamente qué estaba prohibiendo.

—No, ¿qué?

—No digas lo que vas a decir.

—¿Y si no iba a decir nada?

—Ibas a decir algo. Lo sé. Lo noto.

Él dio un paso más cerca. Yo di un paso atrás, pero mi espalda chocó contra la encimera. Me había atrapado, aunque no sé si de forma intencionada o simplemente porque el espacio era pequeño.

—¿Qué notas? —preguntó, y ahora estaba tan cerca que podía ver las motas doradas en sus ojos grises, la textura de su piel, el pequeño lunar que tenía cerca de la sien.

Notaba que me costaba respirar. Que el corazón me golpeaba el pecho con una fuerza que me parecía audible. Que quería, con una intensidad que me aterraba, que me besara. Que me besara y que me hiciera olvidar las deudas, el miedo, la desconfianza, todo.

Pero también notaba el pánico. El recuerdo de Víctor, de cómo había empezado todo tan bonito y había terminado en desastre. La certeza de que los hombres que parecían demasiado buenos para ser verdad normalmente lo eran.

—Noto que debería irme —dije, y mi voz salió ronca, apenas un susurro.

—Lucía…

—No, Alejandro. Por favor.

Usé su nombre. Por primera vez. Y eso pareció romper el hechizo. Él retrocedió, lentamente, dejándome espacio para escapar. Yo lo aproveché. Cogí mi bolso, murmuré algo sobre tener que limpiar una casa por la tarde, una mentira, no tenía trabajo hasta el lunes, y salí de allí como si me persiguiera el demonio.

Esa noche, Alba vino a mi piso con dos botellas de vino y una expresión de «Sé que algo ha pasado y no me lo vas a ocultar».

Estábamos en mi terraza, con las luces apagadas, mirando el mar a lo lejos mientras bebíamos directamente de las botellas como adolescentes.

—Tengo un problema —dije, cuando el silencio se hizo insoportable.

Alba dejó de beber y me miró.

—¿Qué pasa? —preguntó, y su voz tenía esa seriedad que usaba cuando realmente se preocupaba.

—El hombre insoportable —dije, mirando el fondo de mi vaso—. El arquitecto. El señor Perfume Carísimo.

—¿Qué pasa con él?

—Está bueno.

Alba se quedó callada. El silencio se extendió durante diez segundos, veinte, treinta. Luego soltó una carcajada. Una risa alta y descontrolada que resonó en la noche y probablemente molestó a los vecinos.

—Lucía —dijo, cuando pudo hablar—. Lucía, Lucía, Lucía.

—¿Qué? —Respondí a la defensiva.

—Ese es el problema más pequeño de tu vida —dijo, secándose las lágrimas de la risa—. Tienes sesenta mil euros de deuda, un ex que ha desaparecido, acreedores llamando a tu puerta, ¿y tu problema es que el tío que te gusta está bueno?

—No me gusta —mentí.

—Claro. Por eso has dicho «Está bueno» con la voz de quien ha visto el arca de la alianza. Estoy intentando no reírme —continuó Alba, cogiendo mi mano—. De verdad. Pero es que… Lucía, es obvio que os gustáis. A ti te gusta él. A él le gustas tú. Héctor lo sabe. Carmen lo sabe. Hasta el perro de la señora Ruiz probablemente lo sabe. La única que no quiere verlo eres tú.

—Es complicado —dije, apoyando la cabeza en su hombro.

—Todo es complicado contigo —dijo ella, suavizando la voz—. Pero a veces, las cosas buenas también son simples. Y ese hombre, con sus brazos de arquitecto y su forma de mirarte como si fueras la única persona en la habitación… es bueno. Es simple. Y tú te lo mereces.

—Tengo miedo —confesé, y la verdad me supo amarga en la boca.

—Lo sé —dijo Alba—. Pero el miedo no es razón para no vivir, Lucía. El miedo es solo miedo.

Miré las estrellas, brillando indiferentes sobre nuestros problemas terrenales. Pensé en la cocina, en la forma en que había cocinado para su abuela, en la discusión sobre el queso, en el momento en que estuvimos a punto de…

—Estoy jodida —dije.

—Estamos todos jodidos —respondió Alba, chocando su botella contra la mía—. Pero al menos estamos jodidos juntos.

Bebimos en silencio. Y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, no pensé en las deudas antes de dormirme.

Pensé en unos ojos grises. En unos brazos fuertes. En la forma en que había dicho mi nombre.

Y en lo mucho que me asustaba querer volver a escucharlo.

Capítulo 15



Alejandro

Siempre supe cómo quería que fuera mi vida. Desde que tenía uso de razón, desde que era un niño pequeño organizando los coches de juguete por colores y tamaños, tuve claro que el orden era lo único que me mantendría cuerdo en un mundo que parecía empeñado en el caos. Mi padre murió de un infarto a los cuarenta y dos años porque no supo parar, porque dejó que el trabajo se lo comiera vivo, porque perdió el control de su salud, de su tiempo, de su vida. Yo juré que no le pasaría lo mismo. Que yo sería diferente.

Construí mi existencia con la precisión de un arquitecto diseñando su obra maestra. Trabajo sí, pero controlado. Estructurado. Sin sorpresas. Sin imprevistos. Mi agenda estaba programada hasta el último minuto, mis relaciones eran predecibles y seguras, mi apartamento en Madrid era un santuario de líneas rectas y silencio absoluto. No había espacio para el desorden emocional, para las pasiones desbocadas, para esas historias de amor que consumían y destruían.

Y entonces llegó ella.

Lucía Romero Márquez. El huracán con nombre de santa y temperamento de diablo. La mujer que llegaba tarde, que discutía por discutir, que se reía de mis camisas de lino y mi necesidad de controlar todo. La que debía sesenta mil euros por culpa de un sinvergüenza, que limpiaba casas ajenas para sobrevivir, que tenía ojeras permanentes y una sonrisa que iluminaba habitaciones enteras.

Ella rompía todas mis reglas. Y lo peor de todo era que yo no quería que parara.

Esa noche, el cielo de Málaga se volvió negro de golpe. Una tormenta de verano, de esas que aparecen sin avisar, cargada de electricidad y agua que cae a cántaros. Estaba en mi casa, intentando revisar unos planos que no me concentraba en leer, cuando sonó el teléfono.

Era mi abuela.

—Alejandro, cariño —dijo, y su voz sonaba extraña, tensa—. Se ha ido la luz. Y no encuentro las velas. Y… y no me gusta la oscuridad, sabes que no me gusta.

Mi abuela, que había sobrevivido a una guerra, a la muerte de su marido, a la crianza de tres hijos sola, tenía miedo a la oscuridad. Nunca lo había sabido. O quizás sí lo sabía, pero había olvidado lo vulnerable que podía ser.

—Voy para allá —dije, ya cogiendo las llaves—. No te muevas. Busca el móvil y usa la linterna.

—Lucía también viene —dijo ella, rápido—. La he llamado. Estaba cerca. Debería llegar antes que tú.

Me quedé quieto en el umbral de mi casa, con la llave en la mano y el corazón acelerándose de una forma que no tenía nada que ver con la tormenta. Lucía. Estaríamos solos. En la oscuridad. Sin las distracciones habituales, sin mi abuela de chaperona, sin las excusas de siempre.

—Alejandro, ¿sigues ahí?

—Sí —respondí—. Sí, voy para allá.

Cuando llegué, la casa estaba sumida en una oscuridad total. El temporal había derribado algún cable, y todo el barrio parecía haberse quedado sin electricidad. Pero no estaba solo a oscuras. En el patio, iluminada por la luz parpadeante de varias velas que alguien había colocado sobre la mesa de centro, estaba ella.

Lucía llevaba una camiseta blanca mojada por la lluvia; debía de haber corrido bajo el agua para llegar, y el pelo suelto, oscuro, le caía por los hombros en ondas desordenadas. Estaba de pie junto a la fuente, mirando el agua caer en la oscuridad, con una expresión de paz que no le había visto nunca.

—¿Y mi abuela? —pregunté, bajando la voz para no romper el hechizo.

—Dentro —respondió ella, sin volverse—. Ha encontrado las velas en el cajón del salón. Está bien, solo asustada. Le he preparado un té y se ha quedado dormida en el sofá.

Me acerqué. Los pasos sobre el suelo del patio resonaban sordos, amortiguados por la lluvia que caía en el jardín, creando una cortina de agua que nos aislaba del mundo. Las velas proyectaban sombras danzantes en las paredes blancas, y el olor a cera caliente se mezclaba con el del jazmín mojado.

—¿Estás bien? —pregunté, deteniéndome a su lado.

—Estoy perfecta —dijo, y por primera vez no sonó como una defensa. Sonó como verdad.

Nos quedamos en silencio. El sonido de la tormenta nos envolvía, un ruido blanco que borraba todo lo demás. No había discusiones. No había bromas sarcásticas. No había esa tensión de guerra que solíamos mantener como escudo. Solo estábamos nosotros dos, en la penumbra, respirando el mismo aire húmedo.

—Gracias por venir —dije, porque necesitaba romper el silencio antes de que me ahogara en él.

—No podía dejarla sola —respondió—. Carmen es… es importante para mí.

—Lo sé.

Se volvió hacia mí. Sus ojos, color miel, brillaban con la luz de las velas, reflejando pequeñas llamas que parecían vivas dentro de ella.

—¿Sabes? —dijo, bajando la voz—. Odio la oscuridad. Siempre la he odiado. Desde pequeña. Mi padre decía que era una niña valiente, pero yo lloraba cada noche con la luz encendida hasta que mi madre se daba cuenta y me dejaba una lámpara de noche.

La confesión me sorprendió. No porque fuera íntima, aunque lo era, sino porque ella nunca se permitía mostrar vulnerabilidad. Siempre estaba la armadura, el sarcasmo, la risa que lo cubría todo.

—Yo también —admití, sentándome en el borde de la mesa—. No la oscuridad física. Pero la otra. La de no saber qué va a pasar. La de perder el control.

Ella sonrió. Una sonrisa pequeña, triste.

—Por eso eres así —dijo—. Por eso necesitas que todo esté ordenado. Planificado. Porque tienes miedo de que, si sueltas las riendas, todo se vaya al carajo.

—¿Y tú no?

—Yo ya lo he soltado todo —dijo, encogiéndose de hombros—. Y sí, se ha ido al carajo. Pero sigo aquí. Así que quizás no es tan terrible.

Se sentó en el sofá de mimbre y yo hice lo mismo en el otro extremo, manteniendo una distancia prudente que de repente me pareció absurda e insoportable.

—Lucía —dije, y mi voz sonó ronca—. Quiero que me cuentes lo de Víctor.

Se quedó quieta. El agua seguía cayendo en el jardín, creando un ritmo constante, hipnótico.

—No hace falta…

—Sí hace falta —la interrumpí, suave pero firme—. No porque quiera saberlo todo. No porque quiera arreglarlo. Solo porque… porque quiero entenderte. Y porque creo que necesitas contárselo a alguien.

Ella me miró durante mucho rato. Luego, lentamente, como si cada palabra le costara un esfuerzo inmenso, empezó a hablar.

No me contó todo. No los detalles financieros, no las cifras exactas, no la cronología de traiciones. Me contó las pequeñas cosas. Las que duelen de verdad.

Me contó cómo se habían conocido en una librería, que él le había recomendado un libro que a ella le había cambiado la vida. Cómo había sido atento al principio, cómo le traía café por las mañanas, cómo le escribía notas que encontraba en el bolso cuando menos lo esperaba.

—Parecía perfecto —dijo, mirando sus manos—. Demasiado perfecto. Pero yo quería creer que existía alguien así. Que merecía que alguien me cuidara.

Me contó cómo empezó a pedirle favores. Primero pequeños. Que firmara un papel para un amigo suyo del banco. Que le prestara su tarjeta solo un día. Que hiciera una transferencia porque él no tenía su móvil a mano.

—Fui idiota —dijo, y su voz se rompió—. Fui una idiota de cuidado. Cada vez que pedía algo más, yo decía que sí. Porque quería que me quisiera. Porque tenía miedo de que, si decía que no, se fuera.

—Confiar en alguien no te hace idiota —dije, y me acerqué a ella, sentándome en el borde de su asiento, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo.

Ella levantó la vista. Sus ojos estaban húmedos, brillantes.

—¿Cómo dices?

—Que confiar en alguien no te hace idiota —repetí, despacio, mirándola a los ojos—. Te hace humana. Te hace valiente. El idiota es él, Lucía. El idiota es el que se aprovechó de esa confianza. No tú.

Nadie se lo había dicho así. Lo vi en su cara. En la forma en que sus labios temblaron, en cómo sus ojos se abrieron como si estuviera viendo algo nuevo, algo que no sabía que existía.

—Alejandro…

—Tú no hiciste nada malo —continué, y ahora mi mano se movía sola, acariciando su mejilla, secando una lágrima que había escapado sin permiso—. Fuiste valiente. Lo sigues siendo. Cada día te levantas y sigues adelante a pesar de todo. Eso no es ser idiota. Eso es ser fuerte.

La guerra entre nosotros desapareció. Se evaporó como el agua de la lluvia sobre el suelo caliente. Ya no había sarcasmo, no había defensas, no había miedo. Solo estábamos nosotros dos, en la oscuridad iluminada por velas, con la verdad suspendida en el aire entre nuestros cuerpos.

Y entonces sucedió.

No fue un beso suave. No fue un beso de película romántica, lento y delicado. Fue un estallido. Una explosión de todo lo que llevábamos semanas conteniendo.

Ella se inclinó hacia mí al mismo tiempo que yo me inclinaba hacia ella. Nuestros labios se encontraron con una fuerza que me dejó sin aliento, y de repente estaba besándola como si mi vida dependiera de ello. Sabía a lágrimas y a lluvia, a deseo contenido y a liberación.

La cogí en brazos. Ella era ligera, sorprendentemente ligera para alguien que cargaba con tanto peso. La senté en mi regazo, en el sofá de mimbre que crujió bajo nuestro peso, y ella gimió. Un sonido bajo, profundo, que resonó en mi pecho y me volvió loco.

—Lucía —susurré contra su boca.

—No hables —dijo ella, mordiéndome el labio inferior—. No digas nada. Solo… solo esto.

La abracé más fuerte, atrayéndola contra mí, sintiendo su cuerpo moldearse al mío. Subí las manos por su espalda, sintiendo la tela húmeda de su camiseta, la curva de su columna, la piel de gallina que se formaba bajo mis dedos.

Las bajé. Lentamente, dándole tiempo de apartarse si quería, pero ella no se apartó. Al contrario, se acercó más. Metí las manos por debajo de su camiseta, tocando su piel desnuda, cálida, suave. Ella se estremeció y gimió de nuevo, arqueándose contra mí.

El beso se volvió peligroso. Nuestras lenguas se encontraban con urgencia, con desesperación, con una necesidad que no sabía que existía en mí. Nos movíamos el uno contra el otro, buscando fricción, contacto, alivio para esa tensión que llevábamos acumulando desde el primer día.

Noté su sexo contra el mío, separados solo por la tela de nuestros vaqueros, y la fricción fue casi insoportable. Ella se movió encima de mí, buscando, y yo gemí, apoyando la frente en su hombro, intentando contenerme antes de que todo se fuera de las manos.

—Dios, Lucía —dije, con la voz completamente rota—. Te deseo. No sabes cuánto.

—Yo también —susurró ella, besando mi cuello, mi mandíbula, volviendo a mi boca—. No pares. Por favor, no pares.

Comencé a quitarle la camiseta. Mis manos temblaban mientras la levantaban por encima de su cabeza, revelando su piel blanca, sus hombros desnudos, el borde de un sujetador negro que contrastaba con su palidez. Ella levantó los brazos para ayudarme, y en ese momento, con la camiseta a medio quitar, con su pelo despeinado cayendo sobre su cara, con sus ojos oscurecidos por el deseo mirándome, pensé que nunca había visto nada más hermoso.

Quería hacerle el amor allí, en ese patio, bajo la tormenta. Quería borrar todo el dolor que le habían causado, sustituirlo por placer, por cuidado, por todo lo que ella merecía y nunca había tenido. Mis manos estaban en su cintura, subiendo, tocando, explorando cada centímetro de piel que podía alcanzar.

Y entonces sonó el móvil.

No el mío. El de ella. Una llamada. Insistente. Rompiendo el hechizo como un cristal que se estrella contra el suelo.

Lucía se quedó quieta. Parpadeó, como si despertara de un sueño. El móvil siguió sonando, estridente, fuera de lugar.

—No contestes —dije, besando su cuello, intentando recuperar el momento—. Por favor, no contestes.

Pero ella ya se estaba apartando. Ya estaba volviendo a la realidad, poniendo distancia entre nosotros, buscando su camiseta en el suelo.

—Podría ser importante —dijo, con la voz todavía ronca, todavía deseosa, pero ya con esa capa de defensa que conocía tan bien—. Podría ser…

Cogió el móvil, miró la pantalla y su expresión cambió. Se transformó. Dejó de ser la mujer que había estado en mis brazos, gimiendo, deseando, y volvió a ser la Lucía asustada, la perseguida, la que debía miles de euros y tenía miedo de su propia sombra.

—Es Carmen —dijo, y su voz tembló—. Llama desde el fijo de dentro.

Descolgó, le dijo que estábamos los dos allí, y escuché que la voz de mi abuela sonaba agitada, nerviosa, diferente a como la había oído nunca.

—Alejandro, ven. Ven ahora. He encontrado algo. En el despacho de tu abuelo. Una carpeta. Alejandro, hay documentos. Hay… hay cosas sobre Víctor. Y una nota. Dios mío, la nota…

—Abuela, cálmate —dije, ya en pie, ayudando a Lucía a ponerse la camiseta, intentando procesar lo que estaba pasando—. Ya voy. Estoy en el patio.

—No —dijo, y su voz sonó firme a pesar del pánico—. Los dos. Venid los dos. Esto os concierne a los dos.

Entramos en la casa con el corazón en la garganta. Las velas iluminaban el salón con una luz trémula, proyectando sombras monstruosas en las paredes. Mi abuela estaba de pie junto al escritorio antiguo de mi abuelo, con una carpeta de cuero vieja y polvorienta en las manos, que parecía sacada de otra época.

—¿Qué es eso, abuela? —pregunté, acercándome.

Ella nos miró a los dos. A mí, todavía con el pelo revuelto, los labios hinchados, la camisa desabrochada. A Lucía, con la cara colorada, los ojos brillantes, la ropa arrugada. Carmen lo vio todo, lo entendió todo, pero no dijo nada. Había algo más urgente.

—Estaba buscando las escrituras de la casa —dijo, con la voz temblorosa—. Por si… por si algo me pasaba. Y encontré esto. Escondida. En el fondo del cajón, detrás de papeles viejos.

Abrió la carpeta. Dentro había fotografías. Documentos. Papeles mecanografiados que parecían informes. Y una nota, escrita con la letra temblorosa de mi abuelo, fechada hacía más de diez años.

«Si alguna vez vuelve, no le creáis.»

Lucía se acercó. Cogió la nota con dedos temblorosos. La leyó. Y luego miró los documentos. Fotocopias de denuncias. Recortes de periódicos. Un nombre que aparecía una y otra vez: Víctor Castaño León.

—Esto… —dijo ella, con la voz apenas un susurro—. Esto es imposible. Tu abuelo… ¿conocía a Víctor?

Carmen asintió. Tenía lágrimas en los ojos.

—Mi Enrique era notario —dijo—. Hace años, muchos años, antes de que tú nacieras, Lucía, hubo un caso. Un fraude. Un joven que estafaba a mujeres mayores. Que se hacía pasar por nieto, por sobrino, por ayudante. Que las convencía para que firmaran papeles, para que le dieran dinero. Tu abuelo lo descubrió. Lo denunció. Pero el chico desapareció. Y Enrique siempre dijo que volvería. Que era un depredador. Que no pararía.

Miré a Lucía. Ella me miró a mí.

Y en ese instante, con la tormenta rugiendo fuera, con la luz de las velas iluminando nuestros rostros pálidos, entendimos algo terrible.

El pasado de Víctor no había terminado. No había sido un error, una equivocación, un amor que salió mal.

Era un patrón. Una historia que se repetía. Y Lucía nunca había estado realmente libre de él.

—Hay más —dijo mi abuela, señalando la carpeta—. Direcciones. Nombres. Otras víctimas. Alejandro, creo… creo que tu abuelo llevaba años investigándolo. Y creo que Víctor no es solo el exnovio de Lucía.

Ella dejó la frase en el aire, incompleta, terrible.

Es el hombre que había estado buscando durante décadas. El fantasma que había perseguido a mi familia desde antes de que yo naciera. Y ahora, de alguna manera, había vuelto. Y nos había encontrado.

Lucía se tambaleó. La cogí por los hombros, sosteniéndola, sintiendo su cuerpo frío y rígido bajo mis manos.

—Esto no ha terminado —dijo ella, mirándome con los ojos llenos de terror—. Alejandro, esto no ha terminado. Esto acaba de empezar.

Capítulo 16



Lucía

Llegué a casa de Carmen con el corazón todavía desbocado y la mente en un lugar que no reconocía. La noche anterior había sido como atravesar un espejo y descubrir que el reflejo no era el que siempre había visto. Había besado a Alejandro. No, eso quedaba corto. Nos habíamos devorado el uno al otro con una urgencia que me había dejado sin aliento, sin defensas, sin esa coraza de sarcasmo que solía llevar puesta como uniforme de batalla.

Pero no era solo el beso. Era lo que había venido antes. La forma en que me había mirado cuando le conté lo de Víctor. La frase que había dicho: «Confiar en alguien no te hace idiota». Nadie, en todo el año de pesadilla que llevaba arrastrando, me había dicho eso. Todo el mundo, mi madre, Alba, incluso las recepcionistas de las oficinas donde limpiaba, me habían dicho de una u otra forma que debía haber sido más lista, más desconfiada, menos ingenua. Que debía haber visto las señales. Que el dinero no aparecía de la nada. Que un hombre que pide firmar papeles sin explicar qué son es sospechoso.

Y yo lo sabía. Dios, ¿cómo no iba a saberlo? Me lo repetía cada noche antes de dormir, cada mañana al despertar, cada vez que abría el buzón y encontraba otra carta de otro banco reclamando dinero que no había pedido.

Pero Alejandro no me había juzgado. No había visto en mí a la tonta que se había enamorado del lobo disfrazado de oveja. Había visto a alguien que había confiado, que había amado, que había sido valiente. Y eso me desarmó por completo.

Eso, y su boca sobre la mía. Y sus manos subiendo por mi espalda. Y el gemido que había escapado de su garganta cuando…

—Estás pensando en él, ¿verdad?

La voz de Carmen me sacó de mi ensoñación. Estaba sentada en el porche, con la carpeta de cuero sobre el regazo, mirándome con esa expresión de sabiduría ancestral que tenían las abuelas que habían visto demasiado en la vida.

—En quién —dije, intentando sonar casual, aunque mi voz salió ronca todavía por los besos de la noche anterior.

—En mi nieto —dijo ella, sonriendo con picardía—. En Alejandro. En lo que pasó anoche en este patio. Porque yo no soy ciega, cariño, aunque tenga ochenta y seis años. Y tú llegas aquí con la cara de quien ha descubierto algo peligroso.

Me senté junto a ella, derrotada. No tenía energía para fingir.

—Es peligroso —admití—. Confiar en alguien. Dejar que te vean de verdad. Es lo más peligroso que existe.

—Lo sé —dijo Carmen, y su mano se posó sobre la mía, frágil pero cálida—. Por eso, mi Enrique y yo duramos cincuenta y dos años. Porque nos vimos de verdad, con todos nuestros defectos, y decidimos que valía la pena de todas formas.

Me quedé en silencio, mirando la carpeta. Esa carpeta que había aparecido de la nada, que contenía fantasmas que creía enterrados, que amenazaba con destrozar la precaria paz que había construido.

—Es sobre Víctor —dijo Carmen, y su voz cambió, se volvió más grave—. Lo que encontré anoche. No es solo lo que te dije. Es… es más. Mucho más.

Sentí que el estómago se me cerraba. Que una mano invisible me apretaba las entrañas y no me dejaba respirar. Durante meses, desde que descubrí las deudas y él desapareció, había intentado no pensar en él. No recordar su voz, su olor, la forma en que me había mirado cuando me decía que era la mujer más especial del mundo. Había construido un muro alrededor de esos recuerdos, los había etiquetado como zona de guerra y había intentado no acercarme.

Pero ahora, con esa carpeta entre nosotras, el muro se resquebrajaba.

—No quiero saberlo —dije, con la voz temblorosa—. No quiero saber más. Ya sé que me engañó. Ya sé que me robó. ¿Para qué quiero saber más?

—Porque no eres la única —dijo Carmen, abriendo la carpeta—. Y porque quizás, si lo entiendes todo, podrás dejar de culparte.

El flashback llegó sin pedir permiso. Como siempre hacían los recuerdos que uno intenta enterrar.

Víctor. Víctor Castaño León. Lo conocí en una librería del centro, hacía dos años. Yo estaba buscando un regalo para el cumpleaños de Alba, él estaba fingiendo buscar algo en la sección de poesía. Me dijo que tenía buen gusto cuando cogí un libro de Benedetti. Me dijo que sonreía como si el mundo fuera un lugar mejor de lo que realmente era.

Era encantador. Eso era lo peor. No era un tipo raro, sospechoso, con cara de estafador. Era guapo, de esa forma clásica que tienen los hombres que saben que lo son, pero fingen no saberlo. Iba bien vestido, no ostentosamente, sino con elegancia discreta. Olía bien. Hablaba bien. Tenía un trabajo estable, o eso decía, en una empresa de importación de vinos.

Me cortejó durante semanas. Café por las mañanas cuando yo llegaba a limpiar una oficina cerca de su supuesto trabajo. Notas en el parabrisas de mi coche. Flores que aparecían en mi puerta sin remitente. Me hacía sentir… especial. Esa es la palabra. Como si hasta entonces hubiera sido invisible para todo el mundo y de repente alguien me viera en Technicolor.

Cuando empezó a pedirme favores, todo parecía lógico. «Cariño, necesito que firmes este papel para el banco. Es solo un trámite para la empresa. Tú tienes mejor historial crediticio que yo». «Mi amor, ¿me prestas tu tarjeta por un día? Es que tengo un problema con la mía y tengo que pagar a un proveedor con urgencia». «Lucía, confía en mí: esto es solo temporal. En un mes lo devolvemos todo. Te lo prometo».

Siempre tenía una explicación perfecta. Siempre sonreía de esa forma que me hacía sentir la mujer más afortunada del mundo. Siempre me abrazaba después, me decía que era su salvadora, su ángel, la única persona en la que podía confiar.

Hasta que un día, hacía exactamente catorce meses, desapareció.

Llamé a su móvil: apagado. Fui a su oficina: no existía. Fui a su piso: estaba vacío, alquilado a otra persona que nunca había oído hablar de él. Y entonces empezaron las cartas. Los bancos. Las deudas. Los préstamos que había firmado para ayudarle y que resultaban ser solo para mí, a mi nombre, con mi firma, sin su rastro por ninguna parte.

Cincuenta y tres mil euros en ese momento. Ahora sesenta. Sesenta mil euros de amor, de confianza, de estupidez.

—Lucía —la voz de Carmen me devolvió al presente—. Mira esto.

Abrió la carpeta. Dentro había copias de documentos que no entendía del todo. Informes policiales antiguos, de hacía más de quince años. Denuncias de mujeres mayores. Recortes de periódicos amarillentos. Y nombres. Muchos nombres. María Dolores García. Carmen Ruiz. Ana María López. Todas con la misma historia. Todas estafadas por un hombre joven, encantador, que se hacía pasar por nieto, por sobrino, por ayudante.

Todas con la misma firma al final de los documentos: Víctor Castaño León.

—No solo fuiste tú —dijo Carmen, suavemente—. Mi Enrique lo descubrió hace años. Intentó denunciarlo, pero Víctor desapareció. Cambió de ciudad. De nombre, quizás. Y ahora… y ahora ha vuelto. Y te encontró a ti.

Las lágrimas empezaron a caer antes de que pudiera detenerlas. No eran lágrimas de tristeza. Eran de rabia. De vergüenza. De esa sensación horrible de descubrir que no había sido especial, que no había sido única, que solo había sido una más en una lista de víctimas que Víctor iba tachando como quien va de caza.

—Todas estas mujeres —dije, señalando los nombres con el dedo tembloroso—. Todas vieron lo mismo que yo. Todas creyeron lo mismo. Y nadie… nadie me avisó. Nadie me dijo que existía este monstruo.

—Porque no sabían que volvería —dijo Carmen—. Porque Enrique pensó que había huido al extranjero. Que había terminado. Y ahora…

—Ahora está conmigo —terminé por ella—. O, mejor dicho, se ha llevado mi dinero y ha desaparecido otra vez. ¿Para qué quiere volver? ¿Para qué arriesgarse?

Carmen no respondió. Pero en sus ojos vi algo que me heló la sangre. Miedo. Miedo real, profundo, de abuela que sabe que su nieta, porque eso era lo que yo era para ella ya, está en peligro.

Alejandro llegó una hora después. Me encontró en el porche, con la carpeta sobre las rodillas, mirando al vacío, con los ojos secos pero el corazón hecho pedazos.

—Lucía —dijo, sentándose a mi lado, demasiado cerca, rozándome el hombro con el suyo—. Lo siento. No sabía que la carpeta contenía todo esto. Pensé que era solo…

—¿Qué? —Dije, y mi voz sonó áspera, agresiva—. ¿Pensaste que era solo qué? ¿Una anécdota? ¿Un pequeño error del pasado?

—No —dijo él, firme—. Pensé que era algo que deberías saber. Para protegerte.

Me levanté de golpe. La carpeta cayó al suelo, esparciendo papeles por el patio. No me importó. Estaba furiosa. Furiosa con Víctor, furiosa conmigo misma, furiosa con el mundo entero. Pero, sobre todo, furiosa con Alejandro por estar ahí, por ser bueno, por intentar salvarme cuando yo no quería ser salvada.

—No necesito que me protejas —espeté, con las manos temblando —. No necesito que me salves. No necesito otro hombre que piense que sabe lo que es mejor para mí, que decide por mí, que entra en mi vida y…

—Lucía —interrumpió, levantándose también, acercándose a mí—. No estoy intentando salvarte.

—Entonces, ¿qué haces? —Grité, y las lágrimas volvieron, traicioneras, calientes—. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué me besaste anoche? ¿Por qué me miras como si… como si…

Me detuve. Porque no sabía cómo terminar la frase. Como si quisiera algo de mí. Como si me viera de verdad. Como si fuera digna de ser vista.

Alejandro tardó unos segundos en responder. Se quedó quieto, mirándome, con esa intensidad suya que me hacía querer tanto huir como acercarme.

—Intento entender —dijo finalmente, y su voz era baja, sincera, sin artificios—. Eso es todo. No quiero salvarte. No quiero arreglar tu vida. Solo quiero entender qué te pasó. ¿Quién eres? ¿Por qué te ríes cuando quieres llorar? ¿Por qué trabajas hasta el agotamiento en lugar de pedir ayuda? ¿Por qué me miras a veces como si te diera miedo lo que sientes?

La respuesta me desarmó. Literalmente. Sentí como si me hubieran quitado todas las armas, todas las defensas, todo el sarcasmo que usaba como escudo. Me quedé quieta, mirándolo, con la boca abierta, pero sin palabras.

—No sé cómo hacer esto —continuó, dando un paso más cerca—. No sé cómo acercarme a alguien sin intentar controlar todo. No sé cómo confiar en que las cosas saldrán bien si no las planifico. Pero contigo… contigo quiero intentarlo. Quiero entender. Aunque me cueste. Aunque me rechaces. Aunque me digas que te vaya al infierno.

Quise decirle que sí, que me iría al infierno. Que me dejara sola con mi desastre. Pero no pude. Porque en sus ojos vi algo que nunca había visto. No lástima. No superioridad. Solo… solo un hombre que también estaba perdido. Que también tenía miedo. Que también estaba intentando sobrevivir.

Así que no dije nada. Solo asentí, una vez, y me agaché para recoger los papeles del suelo. Él me ayudó. Nuestras manos se rozaron al coger el mismo informe policial. Ninguno de los dos retiró la suya inmediatamente.

—Gracias —dije, finalmente, con la voz apenas un susurro—. Por intentar entender. En lugar de juzgar.

Él sonrió. Esa sonrisa suya que iluminaba todo.

—De nada —dijo—. Aunque todavía no entiendo nada. Pero estoy en ello.

Esa noche, cuando volví a mi piso, estaba agotada. Emocionalmente, físicamente, psicológicamente. Había pasado demasiadas horas reviviendo el pasado, descubriendo que mi tragedia personal no era más que un capítulo de una historia mucho más larga y oscura.

Abrir la puerta de mi casa fue un acto mecánico. Metí la llave, giré, empujé. Entré. Dejé el bolso en el suelo. Me quité los zapatos. Fui a la cocina a por un vaso de agua.

Y entonces lo vi.

Mi piso estaba exactamente igual que cuando lo había dejado por la mañana. El sofá en su sitio, la cocina ordenada, las cortinas corridas. Pero algo… algo no encajaba.

Fui al salón. Miré alrededor. Todo parecía normal. La televisión, el estante de libros, la mesa de centro.

Y entonces vi la foto.

Esa fotografía enmarcada que tenía sobre la mesa, la de Alba y yo en la feria de Málaga del año pasado, riendo con unas copas de manzanilla en las manos. Siempre la tenía inclinada hacia la izquierda, porque el sol de la tarde entraba por la ventana y, si no, se reflejaba en el cristal.

Ahora estaba inclinada hacia la derecha.

Me quedé quieta, con el corazón empezando a martillear en mi pecho. Miré a mi alrededor, despacio, analizando cada detalle. El sofá estaba igual. La cocina, intacta. Mi habitación, al fondo, con la puerta abierta, parecía normal.

Fui al dormitorio. Revisé el armario. Todo estaba allí. La ropa, los zapatos, la caja donde guardaba los documentos importantes. Nada faltaba.

Volví al salón. Miré la foto otra vez.

Alguien había entrado. Estaba segura. Alguien había estado en mi casa, había tocado mis cosas, había movido esa fotografía. No habían robado nada. No habían destrozado nada. Pero habían querido que lo supiera. Habían querido dejarme un mensaje.

«Estoy aquí. Sé dónde vives. Sé cómo entro.»

El teléfono vibró en mi bolsillo. Casi grité del susto. Lo saqué con manos temblorosas y vi un mensaje.

Número desconocido: *Bienvenida a casa, Lucía. Espero que hayas disfrutado de la lectura de hoy. Tenemos que hablar. Pronto.*

Las piernas me fallaron. Me senté en el suelo, con la espalda contra la puerta, mirando la foto inclinada hacia el lado equivocado.

Víctor. O alguien que trabajaba para él. O alguien peor.

No estaba sola en mi desastre. Nunca lo había estado. Pero ahora, por primera vez, el monstruo había salido de debajo de la cama. Y estaba en mi salón.

Capítulo 17



Alejandro

Nunca había sentido una furia así. No era la irritación controlada que sentía cuando un proyecto no salía como debía, ni la frustración profesional ante un cliente indeciso. Era algo más primitivo, más visceral, que me quemaba por dentro con una intensidad que me sorprendía y me aterraba a partes iguales.

No era orgullo lo que me movía. No era la herida masculina de saber que otro hombre había estado antes que yo en la vida de Lucía. Era la impotencia. La absoluta e indignante certeza de que alguien había hecho daño a una persona inocente y había salido impune. Que había destrozado la vida de una mujer que se ganaba el pan limpiando casas ajenas, que cuidaba de ancianos con una paciencia infinita, que se reía de sus propias desgracias para no llorar y que, a pesar de todo, seguía siendo buena, generosa, intacta en lo esencial.

Eso era lo que no soportaba. Que la maldad hubiera tocado a alguien como ella y que no hubiera pagado por ello.

Llamé a Héctor el martes por la mañana. Intenté mantener un tono profesional, distante, como si estuviera pidiendo un favor de trabajo más entre los cientos que nos debíamos el uno al otro.

—Necesito que investigues a alguien —dije, sin preámbulos, cuando contestó el teléfono.

—¿A quién? —respondió Héctor, con esa curiosidad que siempre tenía cuando olía algo interesante.

—Se llama Víctor Castaño León. Treinta y cuatro años. Necesito saber todo lo que se pueda sobre él. Empresas, antecedentes y movimientos bancarios, si puedes conseguirlos. Todo.

El silencio al otro lado de la línea se prolongó durante varios segundos.

—Alejandro —dijo finalmente, y su voz había cambiado, se había vuelto más aguda, más sospechosa—. ¿Desde cuándo investigas la vida de un tipo que, por lo que deduzco, es el exnovio de una mujer que conoces desde hace dos semanas?

Apreté los dientes. Héctor siempre había sido demasiado perspicaz para mi gusto.

—Desde que hay algo raro —respondí, intentando sonar casual—. Desde que he descubierto que estafó a Lucía y, probablemente, a otras mujeres. Es un asunto serio, Héctor. No es… no es lo que estás pensando.

—Claro —dijo él, y pude oír la sonrisa en su voz—. Por supuesto. Es pura casualidad que estés obsesionado con una chica y que, de repente, necesites investigar a su ex. Puramente profesional.

—¿Qué? —repliqué, a la defensiva—. ¿Qué insinúas?

—Nada —dijo Héctor, y ahora se reía abiertamente—. Que, curiosamente, solo investigas cuando la mujer te importa. Cuando Marta te dejó, ¿investigaste a su nuevo novio? No. Cuando el cliente ese del hotel nos estafó en el proyecto de Barcelona, ¿investigaste su pasado? Tampoco. Pero ahora, de repente, eres Sherlock Holmes porque una limpiadora guapa y sarcástica tiene un ex de mierda.

—Ella no es solo una limpiadora —espeté, antes de poder contenerme.

—Exacto —dijo Héctor, triunfante—. Eso es exactamente lo que quería oír.

Quise colgar. Quise decirle que se fuera al infierno, que dejara de meterse en lo que no le importaba, que esto era serio, que alguien había destrozado la vida de Lucía y yo necesitaba saber quién era ese monstruo para poder… ¿para poder qué? ¿Protegerla? ¿Vengarla? Ni siquiera yo sabía qué pretendía hacer con esa información.

Pero Héctor ya estaba tecleando. Oía el sonido del teclado de su ordenador al fondo.

—Vale, vale —dijo, volviendo al tono profesional—. Dame todo lo que tengas. Nombres, fechas, lo que sea. Voy a hacer unas llamadas. Pero Alejandro…

—¿Qué?

—No finjas que esto no es personal. Porque los dos sabemos que lo es. Y no está mal que lo sea, tío. De verdad. Te hace humano.

Ignoré el comentario. Le pasé los datos que tenía, los nombres de las empresas que aparecían en la carpeta de mi abuelo, las fechas de las denuncias antiguas. Héctor prometió llamarme en cuanto tuviera algo.

Colgué y me quedé mirando el teléfono durante largos minutos, preguntándome cuándo me había convertido en este hombre obsesionado, protector, desesperado por arreglar algo que quizás no podía arreglar.

La respuesta de Héctor llegó a media tarde. Y fue peor de lo que esperaba.

—Este tipo es un profesional, Alejandro —dijo, sin saludar—. No es un amateur que ha tenido una mala idea. Es un depredador con método.

Me puse de pie y empecé a pasear por la terraza de mi casa mientras hablaba.

—Cuéntame.

—Víctor Castaño León. Treinta y cuatro años. Ha estado relacionado con cuatro empresas en los últimos diez años. Todas cerradas de manera sospechosa. Deudas, despidos masivos, desaparición de fondos. En dos de ellas, aparece como administrador único. En las otras dos, como apoderado. Y en todas, el patrón es el mismo: empresas de importación de productos de lujo, vinos, aceites, jamones. Cosas que suenan bien, atraen a inversores y generan confianza. Y luego, puff. Desaparecen los fondos, cierran las puertas, y él se va por donde vino.

—Dios —suspiré, pasándome una mano por el pelo—. ¿Y las mujeres?

—Eso es lo peor —dijo Héctor, y su voz se había vuelto grave—. He encontrado al menos otros seis nombres. María Dolores, Carmen, Ana, Patricia, Luisa, Beatriz. Todas tenían entre cuarenta y sesenta años cuando ocurrió. Todas viudas o divorciadas. Todas con alguna propiedad, alguna pensión, algún ahorro. Todas estafadas por un hombre joven y encantador que se hacía pasar por nieto, sobrino o ayudante. El modus operandi es idéntico al de Lucía. Encanto, confianza, favores, desaparición.

Sentí que se me revolvía el estómago. No era solo Lucía. Era un patrón. Una carrera delictiva que llevaba años perfeccionándose. Y Lucía había sido solo una más en una lista que seguramente era mucho más larga de lo que habíamos encontrado.

—¿Hay alguna denuncia que haya prosperado? —pregunté.

—Ninguna —respondió Héctor—. Siempre desaparece antes de que las víctimas se den cuenta del fraude. Y cuando lo hacen, él ya está en otra ciudad, con otra identidad, o simplemente está escondido tan bien que la policía no puede encontrarlo. Es un fantasma, Alejandro. Un profesional.

Apreté el puño contra la barandilla de la terraza. La magnitud del problema era mayor de lo que imaginaba. No era solo una estafa amorosa. Era una vida dedicada a destruir a mujeres vulnerables, a robarles su seguridad, su dignidad, su futuro.

—Gracias, Héctor —dije, con la voz ronca—. Envíame todo lo que tengas por correo.

—Alejandro…

—¿Qué?

—Ten cuidado. Este tipo no es un imbécil con suerte. Es peligroso. Y si descubre que alguien lo está investigando…

—No voy a parar —dije, firme—. No puedo.

Héctor suspiró al otro lado.

—Lo sé. Por eso te aviso. Cuídate. Y cuida de ella.

Colgué. Me quedé mirando el horizonte, donde el sol empezaba a caer sobre el Mediterráneo, tiñendo todo de un rojo anaranjado que parecía sangre.

Pasé la tarde observando a Lucía. No como un acosador, ni espiándola desde las sombras, sino simplemente estando presente en la casa de mi abuela mientras ella trabajaba.

Y lo que vi me impresionó más que cualquier descubrimiento sobre Víctor.

Ella seguía adelante. Como si nada. Como si no hubiera descubierto esa mañana que su ex era un estafador serial. Como si no hubiera recibido mensajes amenazantes. Como si su vida no estuviera hecha un desastre financiero y emocional.

Limpiaba los cristales canturreando una canción de los ochenta que sonaba en la radio. Ayudaba a Carmen a ponerse el jersey, con una paciencia infinita, riendo de las historias que mi abuela contaba por enésima vez. Arreglaba una planta que se había caído del alfeizar, reponiendo la tierra con las manos desnudas sin importarle ensuciarse.

Y sonreía. Esa sonrisa suya que iluminaba habitaciones, que hacía que todo pareciera menos grave, que era su arma secreta contra el mundo.

Eso era lo que más me impresionaba. No su fuerza física, aunque la tenía. No su capacidad de trabajo, aunque era asombrosa. Era esa resiliencia, esa negativa a dejar que la oscuridad la consumiera. Mientras yo estaba allí, hecho un manojo de nervios, furioso, impotente, ella simplemente… seguía. Seguía siendo luz.

—Estás mirando fijamente —dijo, sin volverse, mientras fregaba el fregadero de la cocina.

—Estoy admirando —respondí, sin pensar.

Se giró, con una ceja arqueada y las manos llenas de espuma.

—¿Admirando qué? ¿Mi técnica de fregado? Porque te puedo dar clases, pero cobro por hora.

—Admirando tu capacidad de seguir adelante —dije, sincero—. Después de todo lo que sabes. Después de la carpeta, de los mensajes, de… todo. Sigues aquí. Sigues sonriendo.

La espuma se le escapó de las manos. Su expresión cambió, se suavizó, se volvió vulnerable durante un segundo antes de que reconstruyera la muralla.

—¿Qué otra opción tengo? —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Rendirme? ¿Dejar que gane? —Señaló hacia el jardín, donde mi abuela dormitaba en su mecedora—. Esa señora me necesita. Y yo necesito ser necesitada. Así que sonrío, Alejandro. Porque si dejo de sonreír, me derrumbo. Y no puedo permitirme derrumbarme.

La miré durante largos segundos, sintiendo crecer en mi pecho algo que no sabía identificar. No era solo deseo, aunque eso estaba ahí, siempre presente. Era algo más profundo. Era respeto. Era asombro. Era la certeza de que estaba ante alguien mucho más fuerte de lo que ella misma creía.

Fue por la tarde, cuando el sol empezaba a declinar, cuando la encontré en el salón, de pie sobre una silla, intentando arreglar la lámpara de techo con un destornillador que no parecía el adecuado.

—¿Qué haces? —pregunté, entrando en la habitación.

Se sobresaltó, casi cayendo de la silla. La sujeté por la cintura para estabilizarla, sintiendo el calor de su piel a través de la camiseta, oliendo ese perfume suyo, a jabón barato y algo dulce, que era solo ella.

—Demostrar que puedo arreglar cosas —respondió, intentando recuperar la dignidad—. Esta lámpara lleva tres días parpadeando y está volviendo loca a tu abuela.

—La lámpara está desenchufada —dije, señalando el cable que colgaba desconectado de la pared.

Ella miró el cable. Luego miró la lámpara. Luego me miró a mí.

—Bueno —dijo finalmente, con una sonrisa torcida—. Técnicamente he evitado un incendio. Si estuviera enchufada y hubiera tocado los cables con el destornillador, ahora estaríamos chamuscados.

No pude evitarlo. Me eché a reír. Una risa real, profunda, que venía de la barriga y que resonó en el salón vacío. Era la primera vez que me reía así desde… no sabía desde cuándo. Desde antes del divorcio, probablemente. Desde antes de que el trabajo se convirtiera en mi única razón de ser.

Lucía se quedó quieta sobre la silla, mirándome con los ojos abiertos, como si hubiera visto un fantasma.

—Mira —dijo, bajando de la silla—. Sabes reír.

—Claro que sé reír —respondí, todavía sonriendo, secándome una lágrima de la risa.

—Pensaba que era una leyenda urbana —continuó ella, recogiendo el destornillador—. El arquitecto serio que ríe. Como el Yeti. O los calcetines que desaparecen en la lavadora.

—Me río —dije, acercándome a ella—. Contigo me río. Eso debería decirte algo.

Nos miramos durante unos segundos. La tensión volvió, esa electricidad que siempre estaba presente cuando estábamos cerca, pero ahora era diferente. Más suave. Más real.

—Gracias —dijo ella, de repente, seria—. Por investigar. Por intentar ayudar. Aunque sea un error y aunque yo te haya dicho que no lo hagas.

—No es un error —respondí—. Y lo haría igual, aunque me lo pidieras mil veces.

Carmen se despidió de nosotros poco después, diciendo que estaba cansada y que quería echarse la siesta. Cuando salimos al jardín, el aire era fresco, cargado del olor a jazmín que flotaba en la brisa de la tarde.

—Te llevo a casa —dije, no como una pregunta, sino como una afirmación.

Ella me miró, evaluando, como siempre hacía, como si calculara si podía permitirse confiar en mí un poco más.

—Vale —dijo finalmente—. Pero solo si subes a tomar algo. No tengo mucho, pero… pero me apetece no estar sola todavía.

Asentí, sintiendo que el corazón me daba un vuelco extraño en el pecho.

Su piso era exactamente como lo había imaginado. Pequeño, sí, de unos cincuenta metros cuadrados que parecían más grandes gracias a la luz que entraba por las ventanas. Pero estaba lleno de detalles que hablaban de ella. Libros apilados en estantes hechos con cajas de fruta. Plantas que sobrevivían a pesar de todo. Una fotografía enmarcada de ella y de Alba riendo en alguna feria. Cortinas que no hacían juego, pero que parecían elegidas con cariño. Era un hogar, de verdad. No un escaparate diseñado para impresionar, sino un refuerzo contra el mundo.

—Es… acogedor —dije, buscando la palabra adecuada.

—Es pequeño —corrigió ella, yendo a la nevera—. Pero es mío. Bueno, técnicamente es del banco hasta que pague la hipoteca, que será dentro de… ¿treinta años? ¿Cuarenta? Nunca se sabe.

Sacó dos cervezas de una marca barata, me ofreció una y nos sentamos en el sofá, que crujía ligeramente bajo el peso. La terraza estaba abierta, y se podía ver el mar a lo lejos, una línea azul en el horizonte que parecía una promesa.

—Gracias —dijo, chocando su lata contra la mía—. Por hoy. Por todo.

—No hay de qué —respondí, bebiendo un sorbo. La cerveza estaba caliente, pero no me importó.

Hablamos. De cosas sin importancia, al principio. De Carmen, de sus manías, de lo mucho que nos reíamos con ella. Del trabajo, de las oficinas donde limpiaba, de los personajes que encontraba. De Héctor, de mi estudio en Madrid, de cómo había empezado en la arquitectura.

Y mientras hablaba, la miraba. Realmente la miraba. El modo en que se movían sus manos cuando explicaba algo, el brillo de sus ojos cuando mencionaba a Alba, la forma en que se mordía el labio cuando pensaba en algo que decir.

Era la mujer más hermosa que había visto en años. No porque fuera perfecta, sino porque era real: tenía ojeras, una pequeña cicatriz en la barbilla que no sabía de dónde venía y el pelo despeinado que se negaba a domar. Porque cada gesto, cada palabra, cada risa venían de un lugar auténtico, sin filtros ni artificios.

Y en ese momento, sentado en su sofá viejo, bebiendo cerveza caliente mientras ella me contaba cómo había aprendido inglés trabajando de camarera en Londres, supe que estaba perdido. Que no había vuelta atrás. Que lo que sentía por ella era más profundo que el deseo, más fuerte que la atracción física que nos consumía.

Era algo que todavía no tenía nombre, pero sabía que cambiaría mi vida para siempre.

—¿Qué? —dijo ella, notando que la miraba fijamente—. ¿Tengo algo en la cara?

—No —respondí, sonriendo—. Estaba pensando en lo bonita que eres.

Se quedó quieta, con la lata a medio camino de los labios, las mejillas sonrojándose de forma adorable.

—Eso es… eso es una línea muy rara, Alejandro —dijo, intentando sonar despectiva, pero fallando.

—No es una línea —dije, acercándome un poco más en el sofá—. Es la verdad. Eres la mujer más bonita que he visto en mucho tiempo. Y no solo por fuera. Por dentro. Por cómo eres. Por cómo sigues adelante a pesar de todo.

Ella dejó la lata sobre la mesa. Sus manos temblaban ligeramente.

—Alejandro…

—No digas nada —solicité, poniendo mi lata junto a la suya—. Solo… solo deja que esté aquí contigo un rato más. Sin huir. Sin discutir. Solo estando.

Asintió, despacio, y nos quedamos allí, en el sofá de su piso pequeño, con el sonido de la ciudad filtrándose por la ventana y el olor a jazmín entrando con la brisa. Dos personas rotas, intentando encontrar la forma de encajar sus pedazos.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que no tenía que ser perfecto. Que no tenía que controlar todo. Que podía simplemente ser yo mismo, con mis defectos y mis miedos, y que ella seguiría ahí, sonriendo, haciendo que todo pareciera posible.

Era peligroso, lo sabía. Era entrar en territorio desconocido sin mapa ni brújula. Pero mientras la miraba, mientras ella me devolvía la mirada con esos ojos color miel llenos de preguntas sin respuesta, supe que no había vuelta atrás.

Y que no la quería.

Capítulo 18



Lucía

El aire en la habitación pesaba. No era solo el calor del verano que se colaba por la ventana entreabierta, ni el bochorno de la tormenta que anunciaba su llegada con rachas de viento húmedo. Era la tensión que habíamos estado acumulando durante semanas, meses quizás, desde aquel primer encuentro con café derramado y discusiones absurdas. La tensión que había explotado la noche anterior en el patio y que ahora, con la cercanía de su cuerpo, con la intensidad de su mirada gris, amenazaba con consumirnos por completo.

Alejandro estaba a escasos centímetros de mí. Podía sentir el calor que irradiaba su piel, podía oler ese aroma suyo a cedro y a algo más oscuro, más primitivo. Su camisa estaba desabrochada, revelando un pecho musculoso que subía y bajaba con respiraciones agitadas. Sus ojos no me dejaban escapar. Me tenían atrapada más efectivamente que cualquier cadena.

—Lucía —susurró, y su voz era un grueso ronquido que vibró directamente entre mis piernas—. Dime que quieres esto. No te voy a hacer daño.

Quise responder con sarcasmo, con alguna broma defensiva, pero no salió nada. Solo un gemido bajo, traicionero, que escapó de mi garganta cuando dio un paso más y su cuerpo rozó el mío.

—Quiero —conseguí decir, con la voz temblorosa—. Dios, cómo quiero.

No esperó más. No hubo suavidad, no hubo delicadeza. Me agarró por la cintura con una fuerza que me dejó sin aliento y me empujó contra la pared de mi salón. El yeso frío contra mi espalda contrastaba violentamente con el fuego de su cuerpo presionando contra el mío. Sus manos se enredaron en mi pelo, tirando ligeramente, inclinando mi cabeza hacia atrás para que no pudiera apartar la mirada.

—Te he deseado desde el primer día —gruñó contra mi cuello, mordiendo la piel con una voracidad que me hizo arquear la espalda—. Desde que me tiraste ese café encima y te reíste de mí. Desde que me dijiste que preferías que te atropellara antes de seguir pagando préstamos.

—Alejandro…

—Dime —insistió, subiendo las manos por debajo de mi camiseta, tocando mi piel desnuda con dedos hambrientos—. Dime que me deseas también.

—Te deseo —confesé, y las palabras salieron como un lamento—. Te deseo tanto que me asusta. Que me aterra.

Eso pareció desatar algo en él. Un gruñido bajo escapó de su garganta mientras aplastaba su boca contra la mía. El beso fue devastador. No fue un beso de exploración, de tanteo. Fue una conquista. Su lengua entró en mi boca con una urgencia que me robó el aire, chupando, mordiendo, reclamando cada rincón como si fuera suyo por derecho divino. Sus manos subieron por mi torso, encontrando mis pechos, amasándolos con una fuerza que rozaba el límite entre el placer y el dolor, y yo gemí en su boca, arqueándome contra él, buscando más fricción, más contacto, más de todo.

—Joder, Lucía —suspiró contra mis labios, separándose apenas para respirar—. Eres… eres perfecta.

Me cogió por los muslos y me levantó. Instintivamente envolví las piernas alrededor de su cintura, sintiendo su erección dura y palpitante contra mi entrepierna, separados apenas por la tela de nuestros vaqueros. Me empujó contra la pared con fuerza, con una necesidad salvaje que me dejó sin aliento. Comenzó a moverse contra mí, frotándose, creando una fricción deliciosa que me hacía ver estrellas.

—Así —gemí, agarrándome a sus hombros, clavando las uñas en su piel—. Dios, así, Alejandro. No pares.

—No voy a parar —prometió, mordiendo mi mandíbula, mi cuello, bajando hasta el escote de mi camiseta—. No puedo parar. Te he deseado durante demasiado tiempo.

Me follo contra la pared. No hubo otra palabra para describirlo. Movimientos duros, profundos, salvajes, mientras sus manos se apretaban en mis caderas, guiándome, marcando el ritmo. Sentía cada embestida vibrar a través de todo mi cuerpo, golpeando contra el clítoris con una precisión que me volvía loca. Gemía sin control, sin vergüenza, dejando que los sonidos escaparan porque ya no me importaba quién pudiera oír, porque en ese momento solo existíamos nosotros y este fuego que nos consumía.

—Más fuerte —solicité, y mi voz sonó extraña, ronca, desconocida —. Fóllame más fuerte, Alejandro. Quiero sentirlo mañana. Quiero sentirte dentro de mí durante días.

Aumentó el ritmo. Sus embestidas se volvieron más duras, más profundas, más desesperadas. La pared crujía detrás de mí con cada golpe de su cuerpo contra el mío. Estaba empapada, no solo de sudor sino de esa humedad que emanaba de mí, de esa necesidad primitiva que él había despertado. Sentía que me iba a partir en dos, y deseaba que lo hiciera.

De repente me bajó. Mis pies tocaron el suelo, pero las piernas me fallaban. Me sostuvo, mirándome con ojos oscurecidos por el deseo, la respiración agitada, el pecho subiendo y bajando violentamente.

—La mesa —dijo, y era una orden más que una sugerencia—. Quiero probarte. Quiero sentir cómo te corres en mi boca.

No tuve tiempo de procesar sus palabras antes de que me girara y me empujara hacia la mesa del salón. Con un movimiento rápido, barrió todo lo que había encima, libros, papeles y una taza de café olvidada que cayeron al suelo con estruendo. Me sentó en el borde, agarrándome por las rodillas para abrirme las piernas.

—Alejandro, espera…

—No —dijo, y se arrodilló entre mis muslos—. No espero más. Te he esperado demasiado tiempo.

Me quitó los vaqueros y las bragas de una tirada, dejándome expuesta, vulnerable, completamente a su merced. Por un segundo me miró, realmente me miró, con una reverencia que me hizo sentir como la mujer más deseada del mundo. Luego se inclinó y me lamió.

El contacto fue eléctrico. Un grito escapó de mi garganta cuando su lengua encontró mi clítoris, lamiendo con firmeza, con experiencia, con una dedicación que me dejó sin habla. No fue suave ni tentativo. Fue hambriento. Devorador. Me comió con una voracidad que me hizo agarrarme al borde de la mesa, arqueando la espalda, ofreciéndome más, siempre más.

—Dios, qué sabor —murmuró contra mi sexo, y el vibrar de sus labios contra mí envió ondas de placer por todo mi cuerpo—. Eres perfecta. Absolutamente perfecta.

Introdujo dos dedos dentro de mí mientras seguía lamiendo, chupando, creando una combinación de sensaciones que me elevó rápidamente hacia el precipicio. Sentía la presión aumentando, ese nudo en el vientre que se apretaba cada vez más, amenazando con explotar.

—Alejandro… voy a… no puedo…

—Sí —insistió, aumentando el ritmo de sus dedos, curvándolos para encontrar ese punto que me volvía loca—. Córrete para mí, Lucía. Quiero sentirlo. Quiero saborearlo.

Y exploté. El orgasmo me golpeó como un tsunami, arrastrándome, destrozándome. Grité su nombre, una y otra vez, mientras mi cuerpo se convulsionaba, mientras él seguía lamiendo, prolongando el placer hasta que fue casi doloroso, hasta que tuve que empujar su cabeza suavemente porque no podía soportar más.

Me miró desde abajo, con los labios húmedos, los ojos brillantes, una sonrisa de satisfacción masculina que debería haberme irritado, pero que en cambio me excitó aún más.

—Eres increíble —dijo, levantándose.

—Ven aquí —solicité, todavía jadeando, todavía temblando—. Necesito sentirte dentro. Ahora.

No hizo falta decírselo dos veces. Se quitó la camisa de un tirón, revelando ese torso esculpido que había estado imaginando durante semanas. Luego se bajó los pantalones y el bóxer, liberando una erección impresionante, gruesa y larga, que palpitaba contra su vientre. Por un momento dudé, preguntándome si podría con ella, si cabría, pero él notó mi mirada y sonrió.

—No te preocupes —dijo, acariciando mi mejilla—. Haremos que encaje. Haremos que sea perfecto.

Me agarró por las caderas y me atrajo hacia el borde de la mesa. Colocó una de mis piernas sobre su hombro, abriéndome completamente, exponiéndome. La posición era vulnerable, intensa, profunda. Sentí la punta de su sexo rozando mi entrada, húmeda y preparada, y gemí anticipando lo que vendría.

—Mírame —ordenó, agarrando mi barbilla para que no apartara la vista—. Mírame mientras te follo.

Entró de una estocada. Un empuje profundo, salvaje, que me llenó por completo. Grité, una mezcla de sorpresa y placer, porque era intenso, era demasiado, era exactamente lo que necesitaba.

—Joder, estás apretada —gruñó, con los ojos cerrados, la mandíbula tensa—. Estás perfecta. Tan caliente. Tan…

Comenzó a moverse. Embestidas duras, profundas, sin piedad. Cada golpe resonaba en la habitación, el sonido de nuestras carnes chocando, de nuestra respiración entrecortada, de nuestras voces gimiendo sin control. Con una mano me masajeaba el pecho, encontrando el pezón a través de la tela de mi camiseta, pellizcándolo, tirando de él con fuerza, enviando chispas de placer directamente a mi centro.

—Más —supliqué, sintiendo que me acercaba a otro orgasmo—. Más fuerte, Alejandro. No te contengas.

—Dios —dijo, jadeando, aumentando el ritmo hasta que la mesa se movía contra la pared—. Te deseo. Te adoro. Eres todo lo que he querido y no he podido tener.

Las palabras, dichas con esa urgencia, con esa sinceridad desnuda, me empujaron al borde. Sentí que el placer se acumulaba de nuevo, más intenso esta vez, más profundo.

De repente me cogió en brazos. Sin salir de mí, sin interrumpir el ritmo, me levantó, sosteniéndome por los muslos, y me besó con una pasión que me dejó sin aliento. Nos movimos así, él dentro de mí, besándonos con voracidad, mientras caminaba hacia el sofá. Sentí cada paso, cada movimiento, la fricción interna que aumentaba con cada zancada.

Llegamos al sofá y se sentó, quedando yo a horcajadas sobre él, todavía conectados, todavía hambrientos. Ahora era yo quien controlaba el ritmo, y me moví sobre él con desesperación, buscando mi propio placer, usándolo para llegar donde necesitaba estar.

—Así —animó, agarrando mis caderas, guiándome—. Así, Lucía. Toma lo que necesitas.

Me quité la camiseta de un tirón, quedando completamente desnuda ante él. Sus ojos se oscurecieron al ver mis pechos, y se inclinó hacia delante, tomando uno en su boca, chupando fuerte, mordiendo el pezón con la suficiente presión para hacerme gritar. Con la otra mano jugaba con el otro pecho, amasando, pellizcando, creando una sinfonía de sensaciones que me volvían loca.

—Voy a correrme —avisé, sintiendo el placer acumularse en mi vientre, en mis piernas, en cada terminación nerviosa—. Alejandro, voy a…

—Córrete conmigo —pidió, agarrando mi culo con fuerza, empujando hacia arriba, encontrando un ángulo que me hizo ver estrellas—. Ahora, Lucía. Ahora.

Y nos corrimos juntos. El orgasmo me golpeó con una fuerza que me dejó ciega, sorda, completamente deshecha. Sentí cómo él pulsaba dentro de mí, cómo su cuerpo se tensaba, cómo gemía mi nombre contra mi pecho, una y otra vez, como una oración.

Colapsé sobre él, jadeando, temblando, con el corazón martilleando contra mi caja torácica. Él me abrazó fuerte, enterrando la cara en mi cuello, respirando entrecortadamente contra mi piel húmeda de sudor.

Permanecimos así durante largos minutos. El silencio de la habitación solo se rompía por nuestra respiración agitada, por el sonido distante de la tormenta que finalmente estallaba fuera. Me sentía flotando, desconectada de la realidad, viviendo en un espacio donde solo existían sus brazos alrededor de mí, su piel contra la mía, su corazón latiendo al unísono con el mío.

Pero la realidad siempre regresa.

Empecé a notar los detalles. El sofá viejo y desgastado bajo nosotros. Las manchas de humedad en la pared. La vista desde la ventana, que no era el mar azul de su casa de diseño, sino el patio interior de un edificio de vecinos. Mi piso pequeño, de cincuenta metros cuadrados, con los muebles de segunda mano y las facturas sin pagar escondidas en el cajón de la cocina.

Y de repente me sentí expuesta. No físicamente, aunque estaba completamente desnuda, sino emocionalmente. Había dejado que me viera. Había dejado que entrara, que me tocara, que me hiciera sentir cosas que no quería sentir. Y ahora, en la quietud después de la tormenta, el miedo regresó con fuerza.

Me incorporé lentamente. Él intentó retenerme, pero me aparté suavemente. Busqué mi camiseta en el suelo, me la puse por encima de la cabeza, cubriéndome, creando una barrera entre nosotros.

—Lucía…

—Deberías irte —dije, sin mirarlo, con la voz fría de repente—. Es tarde. Y mañana trabajo.

El silencio que siguió fue denso, pesado.

—¿En serio? —preguntó, y su voz tenía un deje de incredulidad—. ¿Acabas de pedirme que me vaya?

—Sí —respondí, finalmente volviéndome hacia él. Estaba sentado en el sofá, todavía desnudo, todavía glorioso, con una expresión de confusión y herida que me partió el corazón—. Esto… esto ha sido un error, Alejandro. Un momento de debilidad. No debería haber pasado.

—No ha sido un error —dijo, levantándose, buscando su ropa—. Ha sido… ha sido increíble. Ha sido lo más real que he sentido en años.

—Para ti quizás —mentí, cruzando los brazos sobre el pecho—. Para mí ha sido un error. Tú y yo… somos de mundos diferentes. Tú eres un arquitecto famoso, rico, con una vida perfecta. Yo soy una limpiadora que debe sesenta mil euros y que no sabe si podrá pagar el alquiler el mes que viene. Esto no tiene futuro. Esto no tiene sentido.

Él se quedó quieto, con los vaqueros a medio subir, mirándome con una intensidad que me hizo querer retroceder.

—No voy a irme —dijo, simple y llanamente.

—Alejandro, por favor…

—No —repitió, acercándose a mí—. No soy ese tipo de hombre, Lucía. No soy el tipo que echa un polvo y se va como si nada. No voy a desaparecer por mucho que tú quieras decir que esto ha sido un error, porque no lo ha sido. Los dos lo hemos deseado. Los dos lo hemos sentido. Y eso no se puede negar.

Intenté girarme, pero me cogió por la cintura, girándome suave pero firmemente para que le mirara a los ojos. Estaban húmedos, brillantes, llenos de una emoción que no sabía interpretar.

—Escúchame —dijo, con voz baja pero firme—. Si crees que hago esto a menudo, estás equivocada. Tan solo amé una vez en mi vida y lo hice con todo mi corazón. Pero me destrozó cuando nos divorciamos. Fue culpa mía, lo sé y lo admito, porque, como mi padre, me centré en el trabajo y no en lo que realmente era importante. Dejé que Marta se fuera porque no supe verla, porque estaba obsesionado con mis planos, con mi control, con mi perfección.

Su voz se quebró un poco, y sentí cómo sus manos temblaban sobre mi cintura.

—Pero sé que esta vez es distinto —continuó—. No digo que me haya enamorado de ti, porque sería mentir y no quiero mentirte. Pero me importas, Lucía. Me importas de una forma que no entiendo, pero que siento con cada fibra de mi ser. Y a mi abuela le importas. Ella te quiere como si fueras de la familia, y para mí eso es suficiente. Es más que suficiente.

Una lágrima escapó de mis ojos, traicionera, caliente. Él la secó con el pulgar, con una ternura que me destrozó las defensas.

—Nunca, jamás, te haría daño —prometió, acercando su frente a la mía—. Porque sé que eso destrozaría a mi abuela más que si le dijera que me voy a meter a cura. Y porque… porque, aunque no entienda qué es esto entre nosotros, sé que no quiero ser la causa de más dolor en tu vida.

Sonreí, a pesar de las lágrimas. La imagen de Alejandro de cura era tan absurda que rompió la tensión por un segundo.

Él me besó. No con la pasión salvaje de antes, sino con una dulzura que me dolió más que cualquier beso anterior. Un beso que decía «Estoy aquí, no me voy, cuenta conmigo».

—Me voy porque entiendo que quieres estar sola —dijo, separándose, acariciando mi mejilla—. Pero no me voy a apartar, Lucía. No me voy a alejar de ti. Y si me necesitas, llámame. Que no acudiré a rescatarte como a una princesa en apuros en mi caballo blanco… —sonrió, ironizando sobre sus propias palabras—. Pero estaré aquí para ti. Porque me importas. No lo olvides.

Me besó de nuevo, breve pero intenso, luego se apartó. Se puso el pantalón, recogió su camisa del suelo, sus zapatos. Se vistió en silencio mientras yo lo observaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, sintiendo cómo el frío de la realidad se filtraba en la habitación.

Antes de salir, se giró. Me miró desde la puerta, y en sus ojos vi algo que me aterrorizó más que cualquier deuda, más que cualquier amenaza de Víctor. Vi esperanza. Vi posibilidad. Vi un futuro que no me atrevía a imaginar.

—Descansa —dijo, y su voz era suave—. Y recuerda: no estás sola. Aunque quieras estarlo.

La puerta se cerró con un clic suave.

Me quedé quieta en medio de mi salón, con la camiseta pegada al cuerpo, el pelo revuelto, el corazón roto y reconstruido al mismo tiempo. Y entonces, cuando el silencio se volvió insoportable, me deslicé hasta el suelo, apoyé la espalda contra la puerta, y lloré.

No lloré por el sexo. No lloré por la vergüenza o el arrepentimiento. Lloré porque por primera vez en mucho tiempo, alguien había visto más allá de la fachada. Y no había huido. Había elegido quedarse.

Y eso, más que cualquier otra cosa, me aterraba profundamente.

Capítulo 19



Lucía

Alba no me dio opción. Literalmente.

Apareció en mi piso el sábado por la tarde con un vestido negro colgado del brazo, unas sandalias de tacón que parecían armas mortales, y una expresión de determinación que habría asustado a cualquier general de guerra.

—Te vas a vestir —dijo, dejando el vestido sobre mi cama como si fuera un decreto real—. Te vas a maquillar. Y te vas a venir conmigo a tomar algo. Y no aceptaré un no por respuesta.

—Alba, estoy cansada…

—Cansada de qué —interrumpió, poniendo las manos en las caderas—. ¿De trabajar? ¿De vivir? ¿De dejar que la vida pase mientras tú te quedas en este piso de cincuenta metros cuadrados mirando al techo y contando los problemas?

—De todo —admití, sentándome en el borde de la cama—. De todo, Alba. Estoy agotada. Mental, física y emocionalmente. No tengo energía para sonreír, mucho menos para salir de fiesta.

No era mentira. Habían pasado tres días desde que Alejandro se había ido de mi piso, desde que me había dicho esas palabras que aún resonaban en mi cabeza como un eco constante. Tres días en los que había intentado mantener la rutina, limpiar las casas, cuidar de Carmen, sonreír como si no hubiera pasado nada. Pero por las noches, cuando apagaba la luz y me quedaba sola con mis pensamientos, sentía que me ahogaba.

El miedo había vuelto. El miedo a Víctor, a los mensajes, a la foto movida en mi salón. Pero también otro miedo, más profundo, más peligroso. El miedo a lo que sentía por Alejandro. A la forma en que me había mirado cuando se fue. A la certeza de que, si me dejaba llevar, acabaría destrozada otra vez.

—Precisamente por eso tienes que salir —dijo Alba, sentándose a mi lado y tomando mis manos entre las suyas—. Lucía, llevas semanas viviendo como si tuvieras noventa años. Como si fueras una anciana a la que le queda poco tiempo y tiene que ahorrar energía. Tienes veintinueve años. Veintinueve. Y estás permitiendo que un imbécil que te robó el dinero te robe también la juventud.

—No es solo Víctor…

—Lo sé —dijo ella, suavizando la voz—. También es el arquitecto. Es el miedo. Es todo. Pero escúchame bien: no puedes pasarte toda la vida pagando las consecuencias de un hombre horrible. No puedes dejar que él gane. Entonces, ¿qué propones? —pregunté, sintiendo que la resignación me ganaba—. ¿Que vayamos a un bar, bebamos hasta emborracharnos y finjamos que la vida es perfecta?

—Exacto —dijo Alba, levantándose y empezando a revolver mi armario en busca de ropa interior decente—. Eso es exactamente lo que propongo. Que vayamos a un bar. Que bebamos. Que bailemos. Que hablemos con gente que no sea clienta tuya o anciana. Que rías de verdad, no esa risa forzada que usas como escudo. Que te sientas de veintinueve años, no de noventa. Que seas simplemente tú, Lucía. La Lucía que eras antes de que ese hijo de puta te convirtiera en esto.

Sus palabras me golpearon con una fuerza que no esperaba. Porque tenía razón. Dios, cómo la tenía. Había olvidado cuándo era la última vez que había hecho algo por pura diversión, sin sentir que estaba perdiendo el tiempo que debería dedicar a trabajar para pagar deudas. ¿Cuándo había sido la última vez que me había reído sin que detrás de esa risa hubiera una capa de ansiedad?

—Vale —dije finalmente, levantándome—. Vale. Me vestiré. Pero si me pides que me ponga esos tacares, te juro que te los clavo en el ojo.

Alba sonrió, triunfante.

—Esa es mi Lucía —dijo, lanzándome el vestido—. Vamos a divertirnos. Aunque nos mate.

El bar estaba en el centro, en una calle peatonal que no frecuentaba desde antes de conocer a Víctor. Tenía música en vivo, una terraza amplia iluminada con luces de colores, y una atmósfera de gente joven disfrutando del sábado noche que me resultó extrañamente reconfortante.

Alba me había maquillado con los ojos ahumados y los labios rojos de manera que, según ella, estaba para comerme, y me había obligado a ponerme el vestido negro que se adhería a mis curvas de una forma que me hacía sentir expuesta, pero también, admitámoslo, poderosa. Los tacones me hacían daño en los pies, pero me obligué a no quejarme.

Pedimos dos gin-tonics. El primer trago quemó mi garganta de la manera correcta, ese ardor que anuncia que la noche puede ser diferente si te dejas llevar.

—Por tu libertad —dijo Alba, levantando su copa—. Porque dejes de ser la mujer de las deudas y vuelvas a ser la mujer de las risas.

—Por eso —brindé, chocando mi vaso contra el suyo.

Empezamos a beber. No con prisa, pero con determinación. La música era buena, una mezcla de pop español de los noventa y cosas más modernas que no conocía. Alba me arrastró a bailar, y durante tres canciones seguidas me olvidé de todo. De Alejandro, de Víctor, de los sesenta mil euros, de la foto movida en mi piso. Solo existía la música, el movimiento de mi cuerpo, la risa de Alba cuando intentaba enseñarme un paso que yo ejecutaba con torpeza.

—¡Mira, sabes mover el culo! —Exclamó Alba, señalándome con la copa—. ¡Pensaba que lo habías olvidado!

—También sé respirar —respondí, jadeando ligeramente—. Aunque con este vestido apretado lo dudo.

Estábamos en la barra, pidiendo la tercera ronda, o quizás era la cuarta, ya había perdido la cuenta, cuando los vi entrar.

Dani y Carlos.

Dani llevaba una camisa azul que hacía juego con los ojos de Alba, y Carlos iba con vaqueros y una camiseta negra que le sentaba de maravilla. Parecían recién salidos de algún plan que habían tenido por la tarde, relajados, sonrientes, llenos de esa energía de sábado noche que yo había echado de menos sin saberlo.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó Dani, acercándose a abrazar a Alba—. Justo la persona con la que quería encontrarme.

Los vi juntos y sentí una punzada de envidia sana. No porque quisiera a Dani —Dani era adorable, pero no era mi tipo—, sino porque la forma en que la miraba, con esa mezcla de adoración y deseo, me recordaba lo que yo había tenido brevemente con Alejandro y que ahora parecía un sueño lejano. Estaban acaramelados, con los brazos entrelazados, riendo de chistes privados, y por un momento me sentí la tercera en discordia, la amiga soltera que acompaña a la pareja feliz.

Pero Carlos me salvó. Se sentó a mi lado en la barra, pidió una cerveza, y me miró con esa sonrisa suya de «Estamos en el mismo barco».

—¿Cómo va la vida, reina de las deudas? —preguntó, bromeando, pero con cariño.

—Va —respondí, encogiéndome de hombros—. Va y viene. Como el mar.

—Qué profundo —dijo, arqueando una ceja—. ¿O es el gin-tonic el que habla?

—Un poco de ambos.

Estábamos en una mesa de la terraza, los cuatro, con la música sonando a un volumen que permitía hablar sin gritar. Alba y Dani estaban en su mundo, inclinados el uno hacia el otro, compartiendo unos nachos y mirándose como si el resto del bar no existiera. Carlos y yo nos quedamos en nuestra esquina, con nuestras cervezas, dos náufragos que se entendían sin necesidad de explicaciones.

—Cuéntame —dijo Carlos de repente, inclinándose hacia mí—. ¿Qué pasa con el arquitecto?

Me atraganté con la cerveza.

—¿Qué?

—No te hagas la tonta, Lucía —dijo, bajando la voz—. Llevas tres semanas distraída. Y no es solo lo de tu ex, ¿verdad? Es él. Alejandro. El tipo del que me hablaste.

Miré hacia otro lado, hacia la calle, hacia cualquier sitio que no fueran sus ojos demasiado perceptivos.

—Es complicado —dije finalmente.

—Todo es complicado contigo —replicó, pero sin malicia—. Cuéntame. De verdad. Somos amigos, ¿no? Y los amigos escuchan las historias de mierda sin juzgar.

Y entonces, impulsada por el alcohol, por la noche, por la necesidad de desahogarme con alguien que no fuera Alba, se lo conté todo. Le hablé de la noche en mi piso, de lo que había pasado entre nosotros, del sexo salvaje y apasionado que habíamos tenido contra la pared, sobre la mesa, en el sofá. Le hablé de cómo me había hecho sentir, de las cosas que me había dicho después, de su confesión sobre su exmujer y su divorcio, de la forma en que me había mirado cuando se fue.

—Me dijo que le importaba —confesé, sintiendo que la voz se me quebraba—. Que no se iba a ir, que no me haría daño. Y yo… yo quise creerle, Carlos. Quería tirarme a sus brazos y decirle que sí, que me quedaba, que intentáramos esto, sea lo que sea. Pero tengo miedo. Dios, tengo tanto miedo.

Carlos me escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando, sin interrumpir. Cuando terminé, cuando solté todo lo que llevaba dentro en un torrente de palabras que apenas podía controlar, me tomó la mano y la apretó.

—¿Miedo de qué? —preguntó, suavemente.

—De volver a sufrir. De que sea como con Víctor, o peor. De que me enamore de verdad y luego descubra que él también tiene un lado oscuro, que también me mentirá, que también me dejará hecha pedazos. No puedo pasar por eso otra vez, Carlos. No sobreviviría.

Carlos suspiró. Se terminó su cerveza de un trago y me miró con una seriedad que no le había visto antes.

—Escúchame bien —dijo—. Si no lo intentas, nunca sabrás si saldrá bien o no. Y sí, puede que salga mal. Puede que te rompa el corazón. Pero también puede que sea lo mejor que te ha pasado en la vida. ¿No prefieres saberlo? ¿No prefieres arriesgarte a ser feliz antes que quedarte en este limbo de miedo y de «¿Y si…?»?

Sus palabras resonaron en mi cabeza. Las había oído antes, en boca de Alba, incluso de mi madre. Pero viniendo de él, de alguien que había sido abandonado a punto de casarse, que había visto cómo la mujer que amaba elegía a otro, tenían un peso diferente.

—Eres demasiado sabio para tu propio bien —dije, intentando sonreír.

—Soy un desastre —corrigió—. Pero soy un desastre que ha aprendido que el miedo no es razón para no vivir.

Me abracé a él. Apreté la cara contra su cuello, oliendo su colonia barata y su champú, sintiendo el calor de su amistad que me envolvía como una manta. Suspiré contra su piel, dejando que las lágrimas que había estado conteniendo se escaparan un poco, humedeciendo su camiseta.

—No entiendo cómo esa mujer pudo dejarte por otro —dije, con la voz ahogada contra su hombro—. Eres un hombre encantador, Carlos. Cualquiera querría estar contigo.

Él se rio, un sonido vibrante que resonó en su pecho.

—Cualquiera menos tú —dijo, con un deje de broma—. Que me quieres como amigo. Eso no habla muy bien de mi masculinidad, ¿sabes? Tener delante a una mujer como tú y que solo me vea como un confidente.

Me aparté, secándome las lágrimas, y le di un puñetazo suave en el brazo.

—Idiota —dije, sonriendo de verdad por primera vez en la noche—. Te quiero como amigo porque eres el mejor amigo que he tenido en años. Y porque sé que, si algún día me caso y tengo hijos, quiero que seas el padrino de mi boda.

Sus ojos se iluminaron. Sonrió, esa sonrisa suya que transformaba su cara de hombre atractivo pero triste en algo cercano a la felicidad.

—Te tomo la palabra —dijo—. Y si no me equivoco, esa boda igual es con cierto arquitecto…

Puse los ojos en blanco, aunque sentí que el corazón me daba un vuelco.

—No —dije, firme—. El arquitecto ha sido un error. Un error y nada más. Un momento de debilidad.

Carlos me miró durante unos segundos, con esa expresión de «Sé que estás mintiendo, pero te dejaré con ello». Luego se encogió de hombros y dijo:

—A veces, las mejores historias de amor comienzan con el peor error de nuestras vidas. Piénsalo.

Me quedé callada. La frase giraba en mi cabeza como una moneda lanzada al aire. ¿Podía ser verdad? ¿Podía algo bueno nacer de algo que había empezado con tanta torpeza, con tanta desconfianza, con tanto miedo?

Miré a mi alrededor. Alba y Dani se besaban discretamente, perdidos en su burbuja. Carlos me sonreía con ternura. La música seguía sonando, la gente seguía riendo, y yo estaba allí, viva, de veintinueve años, con un vestido negro que me quedaba bien y unos tacones que me mataban los pies.

Por unas horas, había conseguido olvidar. Había conseguido ser simplemente yo. Y ahora, con las palabras de Carlos resonando en mi cabeza, empecé a preguntarme si quizás, solo quizás, merecía la pena arriesgarse otra vez.

El peor error de mi vida podría convertirse en la mejor historia de amor.

O podría convertirse en mi segunda ruina.

Pero como dijo Carlos, si no lo intentaba, nunca lo sabría.

Capítulo 20



Alejandro

Héctor insistió en que necesitaba salir. Dijo que llevaba demasiado tiempo encerrado en mi casa de Málaga, revisando planos que no me concentraba en leer, obsesionándome con la investigación sobre Víctor, esperando llamadas que no llegaban. Dijo que me estaba convirtiendo en un viejo amargado antes de tiempo y que, si no salía con él esa noche, me arrastraría a la fuerza.

Así que allí estábamos, en un bar del centro que Héctor había elegido por razones que no me explicó y que probablemente tenían que ver con alguna chica que había conocido la semana anterior. El local estaba lleno, con música demasiado alta y gente demasiado joven bebiendo cócteles de colores imposibles. Yo me sentía fuera de lugar, incómodo, con mi camisa de lino arrugada y mi vaso de whisky que sostenía como si fuera un ancla.

—Relájate —dijo Héctor, dándome una palmada en la espalda—. Estás más tenso que una cuerda de piano. ¿Qué te pasa, tío?

—Nada —mentí, dando un sorbo al whisky—. Solo estoy cansado.

—Cansado de qué —replicó Héctor, con esa sonrisa suya de «No me engañas». ¿De pensar en ella?

No respondí. No hacía falta. Llevaba días así, desde que había salido de su piso, desde que había dicho esas palabras que ahora me parecían insuficientes, desde que la había dejado sola porque ella lo había pedido y yo no sabía cómo negarme sin romper algo que aún no entendía.

—Vamos, Alejandro —insistió Héctor—. Estamos en un bar lleno de gente guapa. Mira, esa rubia de la barra no para de mirarte. Y esa morena de la esquina… vaya, vaya. Sonríe. Vamos a pasarlo bien. Por una noche, olvida a la chica de las deudas.

Quise decirle que no podía olvidarla. Que había intentado durante tres días y cada intento había sido un fracaso estrepitoso. Que su imagen se había grabado en mi retina, en mi cerebro, en cada rincón de mi ser hasta el punto de que ver una lámpara me recordaba a ella intentando arreglarla, ver un jazmín me recordaba su olor, ver una puta mesa me recordaba…

Entonces la vi.

Estaba en la terraza, al fondo, bajo una de esas luces de colores que cambiaban de azul a rosa. Y no era ella. O sí era ella, pero era una versión de ella que no había visto nunca. No era la Lucía cansada después de trabajar, con el pelo recogido en una coleta despeinada y los ojos llenos de preocupación. No era la mujer agotada que limpiaba casas ajenas y se reía de sus propias desgracias para no llorar.

Era una mujer transformada. Llevaba un vestido negro que se adhería a sus curvas de una manera que me dejó sin aliento. El pelo suelto, oscuro, brillante, cayéndole por los hombros en ondas que parecían haber sido peinadas por alguien que sabía lo que hacía. Llevaba tacones que alargaban sus piernas y la hacían parecer más alta, más segura, más… peligrosa.

Pero lo peor, o lo mejor, dependiendo de cómo se mirara, era su risa. Estaba riendo. Una risa real, profunda, sin filtros, sin sarcasmo defensivo. Una risa que iluminaba su rostro y la hacía parecer la mujer más hermosa del mundo. Y no estaba sola.

A su lado había un hombre. Joven, moreno, con una camiseta negra y una sonrisa fácil. Estaba sentado demasiado cerca de ella, con la mano sobre la suya en un gesto que podía ser de amistad o de algo más, y Lucía no se apartaba. Al contrario, se inclinaba hacia él, riendo de algo que le decía, con una complicidad que me revolvió el estómago de una forma que no quería reconocer.

—Alejandro —dijo Héctor, y su voz sonaba lejana, como si viniera de bajo el agua—. ¿Me estás escuchando?

No respondí. No podía apartar la vista. Estaba completamente paralizado, con el vaso de whisky a medio camino de los labios, mirando fijamente hacia la terraza como si fuera la única cosa que existiera en el universo.

Entonces pasó lo peor. Lucía se abrazó a él. Apretó la cara contra su cuello, con los brazos alrededor de sus hombros, y él la sostuvo. La sostuvo con una ternura que me hizo ver rojo. Durante unos segundos que parecieron horas, estuvieron así, abrazados, y yo sentí que el mundo se detenía y se contraía hasta convertirse en un punto de pura rabia irracional.

—Vaya —dijo Héctor, siguiendo mi mirada—. Parece que tu chica está ocupada.

—No es mi chica —espeté, demasiado rápido, demasiado fuerte.

—Claro —dijo Héctor, y pude oír la sonrisa en su voz—. Por eso estás mirando a esa mujer como si quisieras romperle la cara al pobre chico.

Apreté el vaso con tanta fuerza que temí que se rompiera en mi mano. Héctor tenía razón. Quería romperle la cara. Quería atravesar la habitación, agarrar a ese tipo por el cuello de la camisa y sacarlo de allí a rastras. Quería gritarle que se apartara, que no la tocara, que ella no era de él, que…

—No quiero romperle la cara —dije, intentando controlar la voz.

—Entonces, ¿qué quieres? —preguntó Héctor, inclinándose hacia mí, curioso.

Tardé demasiado en responder. Los segundos se alargaron mientras yo luchaba contra la verdad que intentaba emerger. Quería que dejara de tocarla. Quería que desapareciera. Quería ser yo quien estuviera sentado a su lado, quien la hiciera reír así, quien recibiera sus abrazos.

—Que deje de tocarla —dije finalmente, y la confesión salió como un gruñido bajo, casi animal.

Héctor sonrió. No una sonrisa burlona, sino una de esas sonrisas de comprensión que solo pueden dar los amigos que te conocen demasiado bien.

—Ah —dijo, asintiendo lentamente.

Silencio. La música seguía sonando, la gente seguía riendo, pero entre nosotros hubo un silencio denso, cargado de significado.

—Estás perdido —dijo Héctor finalmente.

No respondí. Porque sabía que era verdad. Estaba perdido, completa y absolutamente perdido, en una mujer que no me quería cerca, que me había pedido que me fuera, que estaba en brazos de otro hombre a escasos metros de distancia.

Pero no podía apartar la vista. No podía dejar de mirarla.

Héctor me obligó a sentarme en un taburete de la barra, lejos de la vista directa de la terraza, aunque yo seguía girándome cada dos minutos para asegurarme de que seguía allí, de que no se había ido con él, de que…

—Para —dijo Héctor, poniéndome una mano en el hombro—. Respira. Cuéntame qué está pasando.

—Nada —mentí de nuevo—. Solo… solo no esperaba verla aquí. Y menos así.

—¿Así cómo?

—Así… —busqué las palabras—. Así de guapa. Así de segura. Así de… feliz.

Héctor me miró durante unos segundos, evaluándome.

—Alejandro, llevas dos semanas hecho un zombi. Desde que saliste de su piso, según me has contado, no has dormido, apenas comes, y ahora resulta que te pones así porque la ves sonreír con otro tío. Esto no es solo atracción, amigo. Esto es algo más.

—No es nada —insistí, aunque la voz me falló.

—Es todo —corrigió Héctor—. Y lo sabes. Por eso te duele tanto verla ahí. Porque has caído. Y has caído fuerte.

Quise negarlo. Quise decirle que estaba equivocado, que solo me preocupaba por ella, que era una cuestión de protección, de caballerosidad, de… de qué, exactamente. ¿De qué servía negarlo cuando mi cuerpo entero se tensaba cada vez que ese tipo le tocaba el hombro, y mis puños se cerraban solos cada vez que ella se reía de algo que él decía?

—Joder —protesté.

Héctor se rio, una carcajada que atrajo algunas miradas.

—Dios, Alejandro. Estás celoso. Tú, el señor Control, el hombre que nunca se altera, está celoso como un adolescente.

—No estoy celoso —mentí, sabiendo que era inútil.

—Estás verde —insistió Héctor—. Estás que echas humo. ¿Y sabes qué? Me alegro. Porque significa que eres humano. Que sientes. Que no eres solo un robot con traje de Armani.

Pedí otro whisky. Necesitaba algo que me quemara la garganta y me distrajera de la imagen de ellos dos juntos, tan cómodos, tan felices.

—¿Qué hago? —pregunté, y la pregunta salió más vulnerable de lo que pretendía.

Héctor se encogió de hombros.

—¿Qué quieres hacer? ¿Ir ahí y declararle tu amor? ¿Pegarle al pobre chico? ¿Llevártela en tu caballo blanco?

—No tengo caballo —murmuré.

—Metáfora, tío. —Héctor suspiró—. Mira, no sé qué decirte. Si ella te pidió espacio, deberías respetarlo. Pero si la quieres, si de verdad la quieres, no puedes quedarte de brazos cruzados viendo cómo otro se la lleva.

—No es así de simple.

—Nunca lo es —dijo Héctor—. Pero a veces tenemos que arriesgarnos. ¿O prefieres pasarte la vida preguntándote qué habría pasado?

Miré hacia la terraza otra vez. Lucía se había separado de ese hombre, estaba hablando con Alba, gesticulando con las manos como solía hacer cuando se emocionaba. Parecía feliz. Realmente feliz. Y yo me pregunté si tenía derecho a interrumpir esa felicidad, a complicarle la vida con mis sentimientos cuando ella ya tenía suficiente con sus deudas, con su pasado, con su miedo.

Pero luego el tipo se acercó de nuevo. Le dijo algo al oído que la hizo reír, y ella le puso los ojos en blanco de esa forma que yo conocía, esa forma que me hacía querer estrangularla y besarla al mismo tiempo. Y él le devolvió la sonrisa, y yo sentí que algo se rompía dentro de mí.

—Vámonos —dije, dejando el vaso sobre la barra—. No puedo estar aquí.

—Alejandro…

—Vámonos —repetí, más firme—. Por favor.

Héctor asintió, resignado. Dejó un billete sobre la barra y me siguió hasta la salida. Pero cuando estábamos a punto de salir, justo en la puerta, ocurrió lo peor que podía ocurrir.

Lucía nos vio.

Estaba de pie, cerca de la barra, esperando a que le sirvieran algo. Sus ojos se encontraron con los míos y se abrieron como platos. Por un segundo, el mundo se detuvo. Ni siquiera sonreí ni asentí. Solo la miré, con todo lo que sentía a flor de piel, con la rabia, los celos, el deseo, el miedo, todo mezclado en una sola mirada que duró una eternidad.

Ella abrió la boca para decir algo, pero yo giré la cabeza y salí del bar. No podía estar ahí. No podía verla, no podía olerla, no podía sentir que estaba tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

Caminamos por las calles de Málaga en silencio. El aire de la noche me despejó un poco la cabeza, pero el nudo en el estómago seguía ahí, firme, doloroso.

—Eres un idiota —dijo Héctor finalmente.

—Lo sé —respondí, sin discutir.

—Un idiota cobarde.

—También lo sé.

—¿Y ahora qué? —preguntó, deteniéndose frente a su coche—. ¿Vas a dejar que se vaya con él? ¿Vas a rendirte?

—Ella no quiere que luche —dije, y mi voz sonó amarga—. Ella quiere que me aleje. Que la deje en paz.

—¿Y tú? —Insistió Héctor—. ¿Qué quieres tú?

Miré hacia el cielo, donde las estrellas brillaban débilmente sobre la contaminación lumínica de la ciudad. Quería demasiadas cosas. Quería volver atrás, al momento en que estábamos en su sofá, y decirle que me quedaba, que no la dejaría sola, que la quería. Quería volver a entrar en ese bar, apartar a ese tipo de un empujón y besarla delante de todo el mundo. Quería protegerla de todo, de Víctor, de las deudas, de ella misma.

Pero también quería respetarla. Y eso significaba aceptar que ella decidiera, aunque su decisión me destrozara.

—Quiero que sea feliz —dije finalmente, y era verdad—. Aunque no sea conmigo.

Héctor me miró durante largo rato. Luego suspiró y abrió la puerta de su coche.

—Eres un romántico de mierda, Alejandro —dijo—. Y estás más perdido de lo que pensaba. Pero respeto tu decisión. Aunque creo que es un error.

Subió al coche y se fue, dejándome solo en la acera, con el corazón hecho pedazos y la certeza de que había cometido el mayor error de mi vida.

Porque la había dejado ir. Otra vez.

Y esta vez, quizás, no hubiera una segunda oportunidad.

Capítulo 21



Alejandro

Pasé la noche convenciéndome de que había sido ridículo. De que mi reacción en el bar había sido propia de un adolescente inmaduro, no de un hombre adulto de treinta y siete años. Lucía no era mía. No teníamos nada. No habíamos hecho ninguna promesa, no habíamos establecido ningún tipo de exclusividad, no tenía derecho a sentirme posesivo ni enfadado porque ella pasara una noche divertida con sus amigos.

Pero mientras me repetía esas verdades lógicas, una y otra vez, como si fueran un mantra que pudiera exorcizar mis demonios, sabía que mentía. Porque estaba molesto. Molesto de una forma que me resultaba infantil e irracional, pero completamente real. Cada vez que cerraba los ojos, veía la imagen de ella abrazada a Carlos, riéndose de algo que él le decía, y sentía que el estómago se me revolvía con una mezcla de rabia y frustración que no sabía cómo canalizar.

Los celos. Esa emoción que siempre había considerado absurda, propia de personas inseguras y controladoras. Yo nunca había sido celoso. Ni con Marta, ni con las novias anteriores, ni con nadie. Siempre había mantenido esa distancia emocional que me permitía observar las relaciones con objetividad, sin dejarme llevar por impulsos irracionales.

Pero Lucía rompía todas mis reglas. Y ahora, sentado frente a mi portátil con un café frío a mi lado, tenía que admitir que estaba celoso. Celoso como un loco. Celoso de un hombre que probablemente solo era su amigo, celoso de su risa, celoso de su tiempo, celoso de cualquier cosa que no fuera yo.

Era patético. Lo sabía. Pero no podía evitarlo.

Cuando llegué a casa de Carmen al día siguiente, la vi antes de que ella me viera. Estaba en el jardín, regando las plantas con una manguera, canturreando algo que no lograba identificar. Llevaba vaqueros viejos y una camiseta blanca que se le había mojado ligeramente, lo que dejaba ver la silueta de su sujetador. El pelo recogido en una coleta despeinada, sin maquillaje, con el rostro iluminado por una sonrisa que no había visto en días.

Estaba de buen humor. Radiante, casi. Como si la noche anterior le hubiera sentado bien, como si Carlos o el alcohol o simplemente la diversión la hubiera transformado en esta versión suya que brillaba con luz propia.

Y eso, irracional e injustamente, me irritó aún más.

—Parece que ayer lo pasaste bien —dije, saliendo al patio, incapaz de contener el comentario venenoso.

Ella se giró, sorprendida. La manguera se le escapó de las manos durante un segundo, salpicando agua sobre sus zapatillas.

—Alejandro —dijo, recuperando el control de la manguera—. No te había oído llegar.

—Evidentemente —murmuré, sentándome en el banco de piedra—. Estabas en tu mundo.

Lucía me miró con esa expresión suya de «Estás siendo raro y no sé por qué». Apagó la manguera y se acercó, secándose las manos en los vaqueros.

—¿Me estás preguntando o me estás interrogando? —dijo, con voz neutra, pero con los ojos brillando de esa forma que significaba peligro.

—Ninguna de las dos —respondí, mirando hacia otro lado, hacia los limoneros, hacia cualquier sitio que no fueran sus ojos, esos que eran capaces de ver demasiado.

—Pues pareces un policía enfadado —dijo ella, y había un deje de diversión en su voz que me irritó—. ¿Te han dado una multa? ¿Ha fallado el despertador? ¿O es que simplemente te has levantado con el pie izquierdo?

No respondí. No quería decir lo que estaba pensando. No quería admitir que había pasado la noche dando vueltas en la cama, imaginándola con Carlos, torturándome con escenarios que probablemente no habían ocurrido, pero que mi mente se empeñaba en crear con todo lujo de detalles.

Ella se quedó quieta frente a mí, observándome. El silencio se extendió entre nosotros, cargado de electricidad. Y entonces, como si hubiera encendido una luz en una habitación oscura, sonrió. No una sonrisa amable. Una sonrisa de descubrimiento, de triunfo, de «Te he pillado».

—¿Estás celoso? —preguntó, directa, sin rodeos.

—No —respondí, demasiado rápido, demasiado fuerte.

—Alejandro.

—No —repetí, pero mi voz falló en la segunda sílaba.

—Tienes una cara de que vas a discutir con alguien, increíble —dijo ella, y ahora se estaba riendo, disfrutando del momento, disfrutando de mi incomodidad—. En serio. Parece que vas a pedirme que me pelee contigo en el aparcamiento.

Intenté negarlo. Abrí la boca para decir que no tenía idea de qué hablaba, que estaba siendo absurda, que yo no era de esos hombres posesivos y ridículos. Pero las palabras no salieron. Porque estaba mintiendo. Y ella lo sabía. Y yo lo sabía. Y la farsa se desmoronaba ante nosotros como un castillo de naipes.

—No es… —empecé y me detuve.

—¿Sí? —Insistió ella, acercándose un paso más.

—No es lo que crees —dije finalmente, débilmente.

—¿Y qué es?

—Es que… —busqué las palabras, desesperado—. Es que te vi con él. Con ese tío. Y te reías. Y él te tocaba. Y yo… yo no podía soportarlo. Y sé que no tengo derecho. Sé que no somos nada. Sé que puedes reírte con quien quieras y que puede que ese tío sea solo un amigo y que estoy siendo un idiota, pero… pero sí. Sí, estoy celoso. Terriblemente celoso. De un modo que me avergüenza y que no puedo controlar.

Las palabras salieron en un torrente, desordenadas, sinceras, vulnerables. Una confesión arrancada de lo más profundo de mi ser, arrastrando con ella todo mi orgullo, toda mi compostura, todo mi control.

Lucía se quedó quieta. La sonrisa desapareció de su rostro, reemplazada por una expresión de sorpresa que no supe interpretar. ¿Shock? ¿Desagrado? ¿Piedad?

Y entonces, cuando ya me estaba preparando para que se riera de mí, para que me dijera que estaba siendo ridículo y que, por favor, me fuera a mi casa, hizo algo que no esperaba.

Se echó a reír.

No una risa burlona. Una risa cálida y profunda que iluminó su rostro y transformó sus ojos en dos medias lunas de diversión genuina. Se rio de esa forma descontrolada suya, poniendo una mano sobre el estómago, inclinándose hacia adelante, como si mi confesión fuera lo más divertido que había escuchado en semanas.

—Dios mío —dijo entre jadeos—. Eres… eres increíble.

—Gracias —murmuré, sintiendo que la cara me ardía—. Me alegra ser el bufón de la velada.

—No —dijo ella, secándose las lágrimas de la risa, acercándose y sentándose a mi lado en el banco—. No eres un bufón. Eres… eres real. Y eso me desarma.

Me miró. Realmente me miró. Y en sus ojos vi algo que no había visto antes. No era solo atracción. No era solo deseo. Era… comprensión. Como si mi estupidez celosa la hubiera tocado de alguna manera, como si verme vulnerable, deshecho, ridículo, la hubiera acercado más a mí en lugar de alejarla.

—Carlos es solo un amigo —dijo, suavemente—. Un amigo que está atravesando una separación horrible y necesita a alguien que le escuche. Nada más.

—Joder —respondí, mirando mis manos—. Odio que me importe tanto. Odio sentirme así. Pero no puedo evitarlo.

Ella puso una mano sobre la mía. Un gesto pequeño, casi insignificante, pero que me atravesó como una corriente eléctrica.

—A mí también me molestaría verte con otra —confesó, tan bajo que apenas la oí—. Aunque no tenga derecho. Aunque hayamos dicho que esto es complicado. Me molestaría. Mucho.

Levanté la vista. Nuestros ojos se encontraron. Y en ese momento, con el sol de la mañana filtrándose entre las hojas de los limoneros y el olor a jazmín flotando en el aire, sentí que algo cambiaba. Que la barrera que ella mantenía entre nosotros se agrietaba. Que quizás, solo quizás, había esperanza.

—Lucía, yo…

Mi teléfono vibró. Una interrupción brutal, fuera de lugar, que rompió el momento como un cristal que se estrella contra el suelo. Maldije en voz baja, sacando el móvil del bolsillo, preparado para ignorarlo.

Pero vi el nombre de Héctor en la pantalla y el mensaje que me enviaba.

Héctor: *Es urgente. Llámame ya.*

—Tengo que… —dije, levantándome, con el corazón empezando a acelerarse por razones que nada tenían que ver con Lucía.

—Contesta —dijo ella, con una expresión de preocupación que apareció rápidamente—. Si Héctor dice que es urgente, es urgente.

Marqué su número con los dedos torpes. Sonó una vez. Dos.

—Alejandro —dijo Héctor al contestar y su voz era diferente. Tenso. Profesional. Sin rastro de broma—. He encontrado algo. Algo importante.

—¿Qué?

—Una cuenta bancaria. A nombre de una empresa fantasma vinculada a Víctor. Y hay movimientos recientes. De hace tres días, Alejandro. Alguien ha retirado dinero. Una cantidad considerable.

Sentí que el suelo se tambaleaba bajo mis pies. Tres días. Movimientos recientes. Eso significaba…

—¿Dónde? —pregunté, con la voz ronca.

—Aquí. En Málaga. O al menos, en una sucursal de la provincia.

El mundo se encogió hasta convertirse en un punto negro. Giré hacia Lucía. Ella me miraba, ya pálida, como si intuyera que la noticia era mala antes de que yo dijera una palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, con voz temblorosa.

—Han encontrado una cuenta —dije, bajando el teléfono, pero manteniendo la llamada abierta—. Vinculada a Víctor. Con movimientos recientes. Alguien está usando el dinero de las estafas. Aquí, Lucía. Aquí en Málaga.

Ella se quedó inmóvil. El color desapareció de su rostro en cuestión de segundos, dejándola pálida como una estatua de mármol. Sus ojos, esos ojos color miel que minutos antes brillaban de risa, se oscurecieron de miedo.

—Eso significa… —empezó, y su voz se quebró.

—Significa que podría estar cerca —terminé por ella—. Que no se fue lejos. Que sigue aquí, operando, quizás planeando…

No terminé la frase. No hacía falta. El miedo que vimos en los ojos del otro fue suficiente para completar el pensamiento.

Víctor no había desaparecido para siempre. Estaba cerca. Muy cerca. Y ahora que sabíamos que había movimiento, que había dinero fluyendo, que había actividad reciente, la amenaza dejó de ser un fantasma del pasado para convertirse en un peligro real, tangible, inminente.

Lucía se tambaleó. La sujeté por los hombros, sintiendo su cuerpo frío y rígido bajo mis manos. Estaba aterrorizada. Y yo también.

Pero mientras la sostenía, mientras sentía su miedo vibrar contra mi pecho, supe una cosa con absoluta certeza: no la dejaría sola. No importaba lo que ella dijera, no importaba lo complicado que fuera nuestro vínculo, no importaban los celos absurdos ni el miedo a involucrarme.

Víctor había vuelto. O nunca se había ido. Y esta vez, no se saldría con la suya.

Esta vez, estaría allí para protegerla. Aunque ella me odiara por ello.

Capítulo 22



Alejandro

La sentí temblar entre mis brazos. No era el temblor suave de la excitación ni el estremecimiento del frío. Era un vibrar profundo, animal, que venía de lo más hondo de su ser. El miedo había transformado su cuerpo en una cuerda tensa, a punto de romperse, y yo la sostenía con fuerza, con una urgencia que no sabía si era protectora o desesperada por sentirla viva contra mí.

—No está aquí —susurré contra su pelo, inhalando el olor a jazmín y a pánico que emanaba de su piel—. No te va a tocar. No mientras yo respire.

Lucía levantó la vista. Sus ojos color miel estaban oscurecidos no solo por el terror, sino por algo más primitivo que emergía entre nosotros. Esa electricidad que llevábamos semanas conteniendo había encontrado una vía de escape a través del miedo, transformándose en una necesidad voraz de cercanía, de piel contra piel, de prueba tangible de que estábamos vivos.

—No quiero pensar —dijo, y su voz sonó ronca—. No quiero pensar en él. En nada. Solo… solo quiero sentir.

Entendí perfectamente lo que pedía. Necesitaba borrar el miedo con sensaciones, anular la amenaza con placer, sustituir la violencia de Víctor por la ternura que yo podía darle. Y yo necesitaba lo mismo. Necesitaba reclamarla, marcarla, hacerla mía de una forma que ningún monstruo del pasado pudiera borrar.

La besé. No fue un beso suave. Fue una invasión. Mis labios se estrellaron contra los suyos con una fuerza que nos hizo retroceder hasta que su espalda chocó contra el tronco de un olivo. Ella jadeó en mi boca, no de dolor, sino de alivio, de reconocimiento, de «Por fin».

—Dentro —ordené, separándome apenas para respirar, agarrándola por la cintura con una posesividad que me avergonzaba, pero que no podía controlar—. Ahora.

La casa de mi abuela estaba en silencio. Carmen dormía la siesta en su habitación del piso de arriba, ajena al vendaval que acabábamos de desatar en el jardín. Cerré la puerta del salón con cuidado, aunque mis manos temblaban de urgencia, y cuando me giré, Lucía estaba allí, inmóvil en medio de la estancia, con la respiración agitada y los ojos fijos en mí como si fuera la única realidad que existiera.

—Ven aquí —dije, y mi voz salió como un gruñido bajo.

Dio dos pasos y saltó a mis brazos. La cogí en volandas, sintiendo sus piernas envolver mi cintura con fuerza, y la apreté contra la pared más cercana. El cuadro de un paisaje malagueño cayó al suelo con un ruido sordo, pero ninguno de los dos lo notó. Estábamos demasiado ocupados en devorarnos el uno al otro.

La besé con una voracidad que me dejaba sin aliento. Mi lengua entraba en su boca, explorando, reclamando cada rincón, mientras mis manos se enredaban en su pelo, tirando suavemente para inclinar su cabeza hacia atrás y exponer su cuello. Ella gemía contra mis labios, sonidos bajos y entrecortados que vibraban directamente en mi pecho.

—Joder, cómo te deseo —susurré contra su mandíbula, mordiendo su piel con fuerza suficiente para dejar una marca, para que mañana, cuando despertara, tuviera prueba de que había sido mía.

—Muéstrame —pidió ella, arqueándose contra mí—. Muéstrame cuánto.

La bajé lentamente, dejando que su cuerpo se deslizara contra el mío hasta que sus pies tocaron el suelo. La miré a los ojos mientras le desabrochaba los vaqueros con dedos torpes, impacientes. Ella hizo lo mismo con mi camisa, desgarrando un botón en su prisa, y luego bajó las manos por mi torso, dejando un rastro de fuego dondequiera que tocaba.

Cuando estuvimos desnudos, o lo suficientemente desnudos como para que no importara lo demás, la tomé de la mano y la guie hasta el sofá. Pero no nos sentamos. La hice arrodillarse sobre los cojines, mirando hacia atrás, hacia mí, con una mezcla de desafío y súplica en su mirada que me volvió loco.

—Eres perfecta —dije, acariciando la curva de su espalda, bajando por la línea de su columna hasta llegar a sus caderas—. Absolutamente perfecta.

Me arrodillé detrás de ella. Ella jadeó cuando sintió mi aliento en su piel, anticipándose. Pero no entré en ella todavía. Primero, necesitaba saborearla. Necesitaba devorarla hasta que olvidara su nombre, hasta que el miedo fuera solo un recuerdo lejano.

La tomé por las caderas y la giré suave pero firmemente para que quedara sentada en el borde del sofá, con las piernas abiertas para mí. Sus ojos se oscurecieron cuando entendió lo que iba a hacer. No dijo nada, solo asintió, con la respiración entrecortada y las manos agarrando los cojines a sus lados.

Me incliné entre sus muslos. Su aroma me envolvió, esa mezcla íntima de jabón y algo más oscuro, más primitivo, que era solo ella. La miré una última vez a los ojos, viendo el deseo, la vulnerabilidad, la entrega absoluta, y luego me sumergí en ella.

El sabor fue eléctrico. Dulce y salado a la vez, intenso, adictivo. Separé sus pliegues con la lengua, encontrando ese punto sensible que la hizo estremecerse violentamente, y lo acaricié con firmeza, con ritmo, con una dedicación que venía de la adoración más profunda.

—Alejandro… —gimió, y su voz sonó rota, desesperada—. Dios, qué… no pares, por favor, no pares.

No tenía intención de parar. La tomé con la boca, chupando suavemente, mientras introducía dos dedos en su interior, sintiendo cómo se cerraban a mi alrededor, calientes, húmedas, perfectas. Ella se movía contra mi boca, buscando más fricción, más contacto, y yo se la daba, alternando entre lamidas profundas y movimientos circulares con los dedos que la hacían jadear sin control.

Su cuerpo se tensó. Sentí cómo sus músculos internos empezaban a contraerse, cómo sus manos se enredaban en mi pelo, tirando, guiando. Estaba cerca, muy cerca, y yo quería sentirlo, quería saborear su liberación.

—Córrete, Lucía —murmuré contra ella, aumentando el ritmo—. Quiero sentir cómo te corres.

El orgasmo la atravesó como un relámpago, haciéndola arquear la espalda, echando la cabeza hacia atrás con un grito ahogado que intentó contener, pero que escapó como un lamento animal. La sostuve, prolongando el placer con movimientos suaves de mi lengua, sintiendo cada espasmo, cada contracción, hasta que ella se derrumbó hacia delante, jadeando, temblando, con la piel cubierta de sudor brillante.

La miré desde abajo, con los labios húmedos, el corazón desbocado. Estaba hermosa así: deshecha, vulnerable, satisfecha. Pero yo aún no había terminado. Quería más. Quería todo.

—Tu turno —dijo ella, con una voz que sonó borrosa, etérea, y una sonrisa perezosa que prometía tormento.

Me levanté. Ella se arrodilló frente a mí, en el suelo, mirándome desde abajo con esos ojos que ahora brillaban de una forma diferente. No hubo palabras. Solo acción. Me tomó en su boca con una lentitud deliberada, tortuosa, que me hizo gemir entre dientes.

El calor fue sobrecogedor. La humedad, la suavidad de su lengua, la forma en que me acogía completamente, creando un vacío perfecto que luego rompía con movimientos de cabeza precisos. Mis manos se enredaron en su pelo, no para guiarla, sino para aferrarme a algo, porque las rodillas me fallaban.

Me miraba. Eso era lo que me volvía loco. Me tenía en su boca y no apartaba los ojos de los míos, creando una conexión tan íntima que resultaba casi dolorosa. Veía el deseo en su mirada, el placer que le daba darme placer, y sentía que el control se me escapaba entre los dedos.

—Lucía… —avisé, con la voz ronca—. Voy a… si sigues así…

Ella sonrió alrededor de mí, y el vibrar de sus labios me envió directo al abismo. Me aparté justo a tiempo, agarrándola por los hombros y levantándola con una urgencia que no admitía discusión.

—No, así no —dije, jadeando—. Dentro de ti. Ahora.

La tomé en brazos. Ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, y caminé con ella hacia la pared más cercana, necesitando sentir su espalda contra algo firme mientras la penetraba. La apreté contra la pared, sosteniéndola por los muslos, y me posicioné en su entrada.

—Mírame —ordené, esperando a que abriera los ojos, a que me viera realmente—. Quiero verte cuando entre.

Asintió, con las pupilas dilatadas, los labios hinchados, la respiración entrecortada. Y empujé.

La sensación fue devastadora. Calor, estrechez, una humedad perfecta que me envolvió por completo. Ella gritó, no de dolor, sino de plenitud, de alivio, de «Por fin». Nos quedamos quietos un segundo, conectados de la forma más íntima posible, mirándonos a los ojos, y en ese momento supe que nunca había estado tan cerca de nadie.

—Más —susurró ella, moviendo las caderas contra mí—. Muévete, Alejandro. Por favor.

Comencé a moverme. Embestidas profundas, duras, que la hacían golpear contra la pared con cada empuje. Ella agarraba mis hombros, clavando las uñas en mi piel, y gemía sin control, sin vergüenza, dejando que los sonidos escaparan libremente.

—Así —animó, con la cabeza echada hacia atrás, el cuello expuesto —. Más fuerte. Quiero sentirte mañana. Quiero saber que estuviste aquí.

Aumenté el ritmo. La fricción era deliciosa, el sonido de nuestras carnes chocando llenaba la habitación, mezclado con nuestros jadeos y gemidos. La tenía completamente abierta para mí, vulnerable, a mi merced, y aun así sentía que era yo quien estaba siendo conquistado.

—Toca tu clítoris —ordené, con la voz gruesa—. Quiero sentir cómo te corres alrededor de mí.

Ella obedeció, bajando una mano entre sus cuerpos, y vi cómo su expresión cambiaba, cómo se tensaba, cómo se mordía el labio inferior con fuerza. El placer se acumulaba en su rostro como una tormenta, visible, palpable.

—Estoy cerca —avisó, con la voz temblorosa—. Alejandro, voy a…

—Ahora —gruñí, sintiendo mi propio orgasmo acercarse, imparable —. Córrete conmigo. Ahora.

Nos corrimos juntos. Fue un estallido simultáneo, una ola de placer que nos arrastró a los dos al mismo tiempo. Sentí cómo ella se contraía violentamente a mi alrededor, cómo su cuerpo se arqueaba, cómo gritaba mi nombre con una mezcla de éxtasis y alivio. Y yo me vacié en ella, con embestidas profundas y descontroladas, perdiendo todo el control que tanto me costaba mantener, entregándome por completo.

Nos desplomamos en el suelo. La sostuve en mi regazo, todavía conectados, temblando los dos, con el corazón martilleando en unísono. Enterré la cara en su cuello, inhalando su olor, sintiendo su pulso contra mis labios.

—Estás bien —susurré, más para convencerme a mí mismo que para ella—. Estás aquí. Estás viva. Y eres mía.

Ella asintió contra mi pecho, con las manos enredadas en mi pelo, todavía sin aliento.

—Tuya —repitió, y la palabra sonó como una promesa—. Solo tuya.

Permanecimos así durante largos minutos, dejando que la respiración se calmara, que el sudor se enfriara sobre nuestras pieles, que la realidad volviera suavemente. Pero el miedo había desaparecido, al menos por ahora. Había sido sustituido por algo más fuerte: la certeza de que, juntos, podíamos enfrentarnos a cualquier cosa.

Incluso a los fantasmas del pasado.

Capítulo 23



Lucía

Intenté reconstruir los muros mientras me vestía. Lo hice metódicamente, como quien coloca ladrillo tras ladrillo después de una inundación, con la certeza de que, si dejaba algún hueco, todo se derrumbaría de nuevo. Me puse los vaqueros con movimientos bruscos, me abroché la camiseta evitando mirarme en el espejo, y me recogí el pelo en una coleta tirante que tiraba demasiado de las sienes. El dolor físico me ayudaba a concentrarme. Me recordaba que era real, que existía fuera de ese espacio de entrega absoluta en el que me había sumergido con Alejandro.

Él estaba sentado en el borde del sofá, con los antebrazos apoyados en las rodillas, observándome en silencio. Llevaba la camisa abierta, el torso aún desnudo brillando con el sudor de nuestra anterior contienda, y esa mirada suya que parecía capaz de ver a través del hormigón armado.

—Estás bien —dijo. No era una pregunta.

—Estoy perfecta —respondí, automáticamente, ajustándome el cinturón con un tirón innecesariamente fuerte.

—Mientes.

Me detuve. Giré la cabeza hacia él y lo encontré con los ojos fijos en mí, con esa intensidad gris que me hacía sentir expuesta, desnuda, aunque ya llevara la ropa puesta.

—No me mires así —protesté, con más aspereza de la que pretendía.

—¿Así cómo? —preguntó, inclinando la cabeza ligeramente.

—Como si fueras a arreglarlo todo.

La frase salió de mi interior como un resorte, cargada de años de frustración. Siempre había sido así. Mi padre, antes de morir, intentando arreglar mis problemas de matemáticas con cuadernos que no pedí. Mi ex, intentando arreglar mi vida emocional con regalos que no podíamos pagar. Y ahora Alejandro, con sus ojos de salvador y sus manos de arquitecto, midiendo mis grietas para rellenarlas con cemento.

Alejandro se levantó. Se acercó a mí con pasos lentos, deliberados, y se detuvo a escasos centímetros. Podía olerlo de nuevo, ese aroma a cedro y a nosotros, y sentí que las rodillas me fallaban ligeramente.

—No puedo arreglarlo todo —dijo, y su voz era baja, sincera, sin rastro de la arrogancia que temía encontrar.

Me quedé quieta. Esperaba la excusa, la explicación, la promesa vacía de que entre los dos lo solucionaríamos todo. Siempre había sido así. Siempre soluciones, siempre planes, siempre gente dispuesta a salvarme como si fuera una damisela incapaz de manejar su propio desastre.

—Pero puedo estar contigo mientras lo solucionas.

La frase flotó en el aire entre nosotros, ligera como una pluma, pero con el peso de una losa. La procesé lentamente, dándole vueltas, buscando el engaño, el gancho, la segunda intención. No la encontré. Solo había verdad. Solo había un hombre ofreciendo su presencia sin exigir nada a cambio, sin intentar tomar el control de mi naufragio.

Nadie me había ofrecido eso antes.

Siempre había sido «Déjame ayudarte», «Yo lo haré por ti», «Confía en mí, que yo sé lo que necesitas». Nunca un simple «Estaré aquí mientras tú lo haces». Nunca una compañía sin condiciones, sin agenda oculta, sin la necesidad de convertirse en mi héroe.

—Eso es… —empecé, y tuve que detenerme porque la voz se me quebró. Eso es peligroso, quise decir. Eso es adictivo. Eso es exactamente lo que no puedo permitirme sentir.

—¿Sí? —Insistió, sin tocarme, aunque sentía el calor de su cuerpo irradiando hacia el mío.

—Eso es suficiente —dije finalmente, y era la verdad más aterradora que había pronunciado en años.

Caminamos juntos hacia mi piso. El sol se había puesto hacía rato, y Málaga respiraba con ese ritmo nocturno de las ciudades que no duermen en verano. Las calles estaban llenas de gente que salía a cenar, de turistas que se perdían entre las calles del centro, de vida que seguía su curso ajena a mi miedo creciente.

Alejandro caminaba a mi lado, manteniendo una distancia prudente pero constante. Nuestros hombros se rozaban de vez en cuando, y cada contacto accidental enviaba chispas por mi columna vertebral. Intenté concentrarme en los sonidos de la ciudad, en el olor a azahar que flotaba desde algún jardín invisible, en cualquier cosa que no fuera la presencia imponente del hombre que tenía a mi derecha.

—¿Por qué limpias casas? —Preguntó de repente, rompiendo el silencio cómodo.

—¿Por qué lo preguntas? —Respondí, a la defensiva.

—Porque eres lista —dijo, sin mirarme, manteniendo la vista al frente—. Hablas tres idiomas. Tienes una capacidad de organización que envidiaría cualquier directivo. Podrías estar haciendo otra cosa.

Sonreí, pero sin alegría. Era una pregunta que me había hecho yo misma cientos de veces, a las tres de la mañana, cuando el agotamiento me permitía ser honesta conmigo misma.

—Porque cuando Víctor se fue, me dejó sin referencias —dije, y la honestidad me sabía amarga en la boca—. Había dejado mi trabajo anterior para ayudarle con su negocio. Cuando descubrí que ese negocio no existía, que solo era una excusa para estafarme, ya llevaba seis meses sin cotizar. Sin red. Sin nada. Las agencias no quieren a alguien con treinta años y un currículum que huele a estafa. Así que limpio. Y cuido de gente. Y hago lo que puedo.

Alejandro asintió lentamente. No dijo «Lo siento», lo cual agradecí. No dijo «Deberías haber sido más lista», lo cual esperaba. Solo asintió, como quien asimila información importante para entender el mapa de un terreno minado.

Llegamos a mi calle. Mi edificio apareció ante nosotros, ese bloque de los años setenta con la pintura desconchada y las ventanas de aluminio que se habían quedado obsoletas hacía décadas. Normalmente me reconfortaba. Era mío, o al menos lo era hasta que el banco decidiera lo contrario. Pero esa noche, bajo la luz amarillenta del farol de la esquina, parecía diferente. Más oscuro. Más amenazante.

Nos detuvimos frente al portal. La tensión entre nosotros se hizo palpable, casi sólida, una pared invisible que nos separaba y nos unía a la vez. No había beso. Todavía no. Pero había algo más peligroso: la promesa implícita de que el beso podría existir, que estaba pendiente, esperando el momento correcto.

—Sube —dijo Alejandro, con la voz ronca—. Te espero aquí hasta que entres.

—No hace falta…

—Sube —repitió, firme—. Quiero ver la luz de tu ventana.

Asentí. Me giré hacia la puerta del portal y busqué las llaves en el bolso. Mis dedos tropezaron con el llavero, con el móvil, con los recibos amontonados que nunca tiraba por si acaso. Cuando finalmente encontré la llave y la introduje en la cerradura, noté algo extraño.

Una raya. Fina, reciente, hecha con algo afilado. Posiblemente con una llave. Cruzaba la madera de la puerta del portal, a la altura de mis ojos, como una señal. Como una marca de ganado.

El estómago se me cerró. El sudor frío recorrió mi espalda. Intenté convencerme de que era una pintada antigua, de que siempre había estado ahí y yo simplemente no la había notado. Pero era mentira. La conocía. Era nueva. Y significaba algo.

—¿Lucía? —La voz de Alejandro sonó lejana, aunque estaba a dos metros—. ¿Pasa algo?

—No —mentí, forzando la voz a sonar normal—. Todo bien.

Empujé la puerta y entré. Giré para mirarlo una última vez antes de que se cerrara, y lo vi allí de pie, con las manos en los bolsillos, con la postura erguida de quien está dispuesto a esperar lo que haga falta. Me sonrió, una sonrisa pequeña, íntima, que decía «Estoy aquí».

La puerta se cerró entre nosotros.

Subí las escaleras como si caminara sobre cristal. Cada peldaño crujía bajo mis pies, amplificado por el silencio del edificio. El ascensor estaba estropeado, como siempre, así que tuve que subir los cuatro pisos a pie, con la respiración agitada que no tenía nada que ver con el esfuerzo físico.

Cuando llegué a mi puerta, revisé el cerrojo. Estaba cerrado. No había señales de violencia, de forzamiento. Todo parecía normal. Pero la normalidad había dejado de ser un estado tranquilizador hacía mucho tiempo.

Metí la llave y entré. La oscuridad me recibió, densa, familiar. Encendí la luz del salón y todo estaba en su sitio. El sofá, la mesa, la estantería con mis libros baratos. Nada movido. Nada fuera de lugar.

Dejé las llaves sobre la consola y me acerqué a la ventana. Asomé la mirada y allí estaba él. Alejandro. Todavía en la acera, con la cabeza levantada, esperando ver mi luz. Levanté la mano para saludarle, aunque sabía que no podía verme desde abajo, y luego encendí la lámpara de la habitación para darle la señal.

Justo cuando me disponía a alejarme de la ventana, el móvil vibró en mi mano.

Un número desconocido. Otra vez.

El miedo que había estado conteniendo desde que vi la raya en la puerta del portal se convirtió en algo sólido, tangible, que me atenazó la garganta. Sabía que no debía abrirlo. Sabía que era una trampa, una provocación, otra forma de jugar conmigo.

Pero mis dedos traicioneros deslizaron la pantalla antes de que pudiera detenerlos.

Un mensaje. Corto. Preciso. Letras negras sobre fondo blanco que parecían escritas con sangre.

«Deberías haberme olvidado.»

Me quedé inmóvil. Literalmente paralizada, con el teléfono en la mano, con la respiración suspendida, con el corazón golpeándome las costillas con una fuerza que me hacía sentir que me iba a romper por dentro.

Por primera vez desde que Víctor desapareció… tenía miedo de verdad.

No el miedo abstracto a las deudas, a las cartas del banco, a la ruina económica. Eso era terror cotidiano, una compañera incómoda pero familiar. Este era diferente. Este era visceral. Este era el miedo a que alguien que conocía mi dirección, que sabía dónde dormía, que había estado lo suficientemente cerca como para marcar mi puerta, pudiera hacerme daño físico.

El teléfono vibró de nuevo. Casi lo dejé caer.

Otro mensaje. Mismo número.

«Mañana hablamos. Solos. Sin tu arquitecto.»

Mis ojos se llenaron de lágrimas que no caían. Estaba demasiado asustada para llorar. Demasiado congelada para moverme. Miré alrededor de mi piso, mi refugio de cincuenta metros cuadrados, y de repente pareció un lugar expuesto, vulnerable, un escaparate para cualquier loco que quisiera entrar.

Y entonces sonó el timbre.

El sonido me atravesó como un cuchillo eléctrico. Di un respingo, golpeando la mesa con la cadera, conteniendo un grito. Miré hacia la puerta. El timbre volvió a sonar. Insistente. Urgente.

No era posible. Había visto a Alejandro abajo. Estaba esperando. No podía ser…

A través de la mirilla vi una silueta oscura. Alta. Ancha. Familiar.

Abrir la puerta fue un acto mecánico, de piloto automático, como si mi cuerpo se hubiera desconectado de mi cerebro.

Allí estaba Alejandro. Con el pelo revuelto, con la camisa todavía desabrochada, con los ojos oscuros de preocupación.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, y mi voz sonó extraña, etérea, como si viniera de muy lejos.

Él me miró. Realmente me miró, y vi que sus ojos se oscurecían aún más al ver mi expresión, al notar el terror que seguramente irradiaba de cada poro de mi piel.

—No lo sé —dijo, y su voz era sincera, vulnerable, humana—. Pero sabía que no podía irme.

Quise decirle que se fuera. Quise decirle que era peligroso, que Víctor estaba cerca, que no quería arrastrarlo a mi pesadilla. Quise cerrar la puerta y encerrarme sola con mi miedo, como había hecho siempre.

Pero mis piernas cedieron.

Él me cogió antes de que cayera. Me atrapó con sus brazos fuertes, me apretó contra su pecho, y yo me derrumbé. Finalmente, después de meses de contención, de risas forzadas, de «Estoy perfecta», me derrumbé contra él.

—Está aquí —sollocé, con la cara hundida en su camisa, oliendo su olor aún mezclado con el nuestro de horas antes—. Me ha escrito. Ha marcado la puerta. Alejandro, está aquí.

Él me sostuvo más fuerte. Sentí su mano en mi pelo, acariciando, protegiendo, y su otra mano en mi espalda, sosteniéndome para que no me desintegrara.

—No te va a tocar —dijo, y su voz vibraba con una furia contenida que me reconfortó más que cualquier promesa—. Te lo juro por mi vida, Lucía. No te va a tocar.

Quise creerle. En ese momento, con mi cuerpo temblando contra el suyo, con su corazón latiendo fuerte bajo mi oreja, quise creerle con todas mis fuerzas.

Pero cuando miré por encima de su hombro, hacia la oscuridad del rellano, creí ver una sombra moverse.

Y supe que la guerra acababa de empezar.

Capítulo 24



Alejandro

No dormí. Pasé la noche en ese estado de vigilia tensa que conocía demasiado bien, ese limbo entre el sueño y la vigilia donde el cerebro sigue procesando información a pesar de que el cuerpo grita por descanso. Cada vez que cerraba los ojos veía su cara. No la de placer que habíamos compartido horas antes, sino la otra. La que apareció cuando abrió la puerta y me encontró allí, en su rellano, con el móvil todavía brillando en su mano como una amenaza.

Esa expresión la había visto antes. En mi padre, los últimos meses antes del infarto, cuando fingía que todo estaba bien mientras su cuerpo se desmoronaba en silencio. En mi madre, después de la muerte de él, cuando sonreía para protegerme, aunque sus ojos delataban el abismo. En Marta, al final, cuando ya había decidido irse, pero todavía no encontraba las palabras para decírmelo.

Era la máscara de quien intenta ser fuerte para no derrumbar a los demás. Y Lucía la llevaba puesta con una perfección que me rompía el corazón.

Me levanté antes de que amaneciera. Me duché con agua fría, me vestí con lo primero que encontré, unos vaqueros, una camisa blanca arrugada y las zapatillas, y salí de casa cuando todavía el sol no se había asomado por el horizonte. Caminé por Málaga en la penumbra azulada de la madrugada, con el único propósito de encontrar una cafetería abierta.

La cola en la cafetería del centro era larga para ser tan temprano. Gente que iba a trabajar, turistas desorientados, pescadores que volvían de la lonja. Esperé mi turno con paciencia, observando cómo el dependiente movía los brazos con la eficiencia de quien lleva años haciendo lo mismo. Cuando llegó mi momento, pedí cuatro cafés con leche en vasos de cartón y un par de croissants recién hechos. El chico me miró con curiosidad, probablemente preguntándose por qué un tipo con aspecto de ejecutivo hacía cola a las seis de la mañana en lugar de mandar a un asistente.

No le di explicaciones. Pagué, cogí la bandeja, y caminé hacia la casa de mi abuela con el corazón martilleando con una urgencia que no quería analizar.

Lucía estaba en el jardín cuando llegué. Estaba regando las plantas con una manguera, con el pelo recogido en una coleta despeinada y una camiseta vieja que dejaba ver un hombro. Parecía cansada, como si ella tampoco hubiera dormido, pero cuando me vio entrar por el portón, su expresión cambió de sorpresa a desconfianza en cuestión de segundos.

—¿Tú haces cola en una cafetería? —preguntó, dejando la manguera en el suelo.

—Sí —respondí, acercándome con la bandeja en las manos.

Paseó la mirada por mi ropa, por mi pelo probablemente despeinado, por los vasos de cartón.

—Pensaba que tenías asistentes para esas cosas.

—Tengo un asistente —confirmé.

—¿Y por qué no le has mandado?

La miré a los ojos. Estaban oscurecidos por la falta de sueño, con ojeras que el maquillaje no lograba disimular, pero seguían siendo los ojos más expresivos que había visto en mi vida.

—Porque el café era para ti —dije, simple y llanamente.

Se quedó quieta. El silencio se extendió entre nosotros, cargado de algo que no sabíamos cómo nombrar. Vi cómo su garganta se movía al tragar, cómo sus manos buscaban algo que hacer, cómo intentaba reconstruir las murallas que yo había derribado con cuatro palabras.

—No quiero que te sientas obligado —dijo finalmente, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No me siento obligado.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

La pregunta flotó en el aire húmedo de la mañana. Era la pregunta que yo mismo me había hecho cientos de veces durante la noche, mientras daba vueltas en la cama, mientras miraba el techo, mientras sentía el peso de su miedo como si fuera mi propia sombra.

La respuesta real era demasiado peligrosa. Demasiado pronto. Demasiado vulnerable.

Porque no puedo dejar de pensar en ti. Porque cuando cerré la puerta de tu casa anoche, sentí que dejaba atrás la única cosa que me importaba. Porque estoy perdido, Lucía. Completa y absolutamente perdido en ti.

Pero no estaba preparado para decirlo. No así. No todavía.

—Porque alguien está intentando asustarte —respondí, y mi voz sonó firme, aunque por dentro temblaba—. Y anoche… anoche vi lo asustada que estabas. Y no puedo… no puedo simplemente irme y fingir que no pasó nada.

Ella bajó la vista. Durante unos segundos pensé que iba a echarme, a decirme que me fuera, a protegerse de la forma que sabía hacer mejor: alejando a la gente.

Pero entonces hizo algo que no esperaba. Se sentó en el banco de piedra del jardín y empezó a hablar.

Me contó todo. No los detalles que ya conocía, ni las cifras que había investigado, sino la verdad emocional. El miedo que sintió cuando descubrió que Víctor había desaparecido, dejándola sola con deudas que no entendía. La vergüenza de tener que llamar a su madre para pedirle dinero, escuchando en silencio mientras Mercedes lloraba al otro lado de la línea. Las noches en las que se quedaba despierta hasta las cuatro de la mañana, sumando números que nunca cuadraban, convenciéndose de que era una estúpida, de que debía haberlo visto venir, de que se lo merecía por haber querido creer en alguien.

Habló de la primera vez que un recaudador llamó a su puerta, de cómo se escondió en el baño hasta que se fue, del sabor metálico del pánico que había llevado en la boca durante meses.

Yo escuché. No interrumpí. No dije «Deberías haber…», no ofrecí soluciones, no intenté arreglar nada. Solo estuve allí, sentado a su lado en el banco, con el café enfriándose entre nosotros, absorbiendo cada palabra como si fueran fragmentos de un mosaico que finalmente empezaba a tener sentido.

Cuando terminó, cuando soltó el último secreto y se quedó mirando sus manos temblorosas, hubo un silencio largo. El canto de los pájaros de la mañana nos envolvió, real, presente, vivo.

—Ahora entiendes —dijo ella, finalmente, con la voz ronca—. Ahora entiendes por qué no quiero que nadie me salve.

Asentí. Porque lo entendía. Entendía que cada vez que alguien intentaba arreglar su vida, le estaba robando la única cosa que le quedaba: la dignidad de haber sobrevivido sola.

—Lo entiendo —dije, y era verdad.

Hice una pausa. Buscaba las palabras exactas, las que no sonaran a condescendencia ni a posesión.

—Pero tampoco tienes por qué pelear sola.

Ella levantó la vista. Sus ojos se encontraron con los míos, y vi algo cambiar en su expresión. No era derrota, no era rendición. Era… alivio. La posibilidad de que existiera un término medio entre la soledad total y la dependencia.

—No sé hacer esto —confesó, con un susurro—. No sé cómo dejar que alguien esté cerca sin que me controle.

—Yo tampoco sé cómo estar cerca sin intentar controlar —admití, sonriendo con tristeza—. Pero podemos aprender. Juntos.

La frase se quedó flotando entre nosotros, pesada, prometedora, aterradora. Y por primera vez desde que la conocía, Lucía no tuvo una respuesta sarcástica lista. Solo me miró, con una mezcla de miedo y esperanza que me hizo querer estrecharla entre mis brazos y no soltarla nunca.

—Vosotros dos —la voz de Carmen nos interrumpió desde la puerta de la cocina—. Necesitáis aire fresco. Y yo necesito tomates para la ensalada.

Nos giramos los dos. Mi abuela estaba apoyada en el marco, con su bata de seda y una sonrisa de gato que conocía demasiado bien.

—¿Por qué no vais juntos al mercado? —Sugirió, con una inocencia exagerada—. Alejandro sabe elegir buenos productos. Y Lucía necesita… bueno, necesita salir de aquí un rato.

Lucía y yo nos miramos. En sus ojos vi la sospecha formándose.

—Tu abuela está haciendo de celestina —dijo, volviéndose hacia mí.

—Mi abuela no haría eso —respondí, aunque la duda me asaltó.

Ella arqueó una ceja, con esa expresión suya de «No me vengas con tonterías».

—¿Conoces a tu abuela?

No pude discutirlo. Porque tenía razón. Carmen llevaba décadas moviendo hilos invisibles, organizando vidas ajenas con la excusa de que sabía lo que era mejor para todo el mundo. Y en ese momento, viéndonos juntos en su jardín, probablemente pensaba que estaba viendo el inicio de algo que ella había estado esperando.

—Vamos —dije, levantándome y ofreciéndole mi mano—. Antes de que decida que también necesitamos ir a comprar jabón o algo así.

Ella dudó un segundo, pero luego aceptó mi mano. Sus dedos se entrelazaron con los míos, fríos al principio, pero calentándose rápidamente contra mi piel.

El mercado de Málaga era un espectáculo de colores y olores que normalmente me resultaba caótico, pero que esa mañana parecía mágico. Lucía caminaba a mi lado, con una bolsa de tela colgada del hombro, observando cómo yo seleccionaba los tomates con una atención que seguramente parecía exagerada.

—Eres la primera persona que conozco que mira tomates como si estuviera seleccionando diamantes —dijo, finalmente, cuando estaba examinando el tercer ejemplar.

—La calidad importa —respondí, sin levantar la vista del fruto que giraba entre mis dedos.

—Es un tomate.

—Es un buen tomate —corregí, pagando al vendedor y colocando cuidadosamente la bolsa en mi mano libre.

Ella se rio. Era una risa breve, casi involuntaria, pero iluminó su rostro de una forma que me dejó sin aliento. La miré, con el sol de la mañana golpeando su perfil, y sentí algo crecer en mi pecho que no tenía nombre todavía, pero que sabía que era peligroso.

Me gustaba verla feliz. Me gustaba que la preocupación desapareciera de su frente, aunque fuera solo por unos segundos. Me gustaba ser la causa de esa risa, aunque fuera involuntariamente.

—¿Qué? —preguntó ella, notando que la observaba.

—Nada —mentí, girando hacia el puesto de quesos—. Solo pensaba en la salsa que voy a hacer.

—¿Tú haces salsa?

—Soy arquitecto, no inútil.

Ella volvió a reír, más fuerte esta vez, y yo me di cuenta de que estaba dispuesto a hacer el ridículo mil veces con tal de escuchar ese sonido de nuevo.

De vuelta en casa de Carmen, la cocina se convirtió en un campo de batalla doméstico. Intentaba preparar una salsa de tomate simple, pero Lucía insistía en ayudar, lo que en su vocabulario significaba criticar mi técnica mientras cortaba la cebolla de forma incorrecta.

—Eso va a quedar amargo —dijo, señalando el ajo que acababa de echar a la sartén.

—El ajo no se quema si sabes controlar el fuego.

—Tú controlas todo, ¿verdad?

—Intento.

Ella se acercó por detrás para mirar por encima de mi hombro. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento en mi cuello, el calor de su cuerpo irradiando hacia el mío. Mis manos temblaron ligeramente al remover la salsa, y ella lo notó.

—¿Te pongo nervioso? —preguntó, con voz burlona pero suave.

—Me distraes —corregí, sin girarme.

Hubo un silencio. El tipo de silencio que precede a las tormentas. Sentí que ella se acercaba un poco más, que su mano rozaba accidentalmente mi espalda al alcanzar el salero.

—Prueba esto —dije, cogiendo una cuchara y ofreciéndosela por encima del hombro.

Ella se inclinó y probó la salsa. El tiempo se detuvo mientras esperaba su reacción.

—Está buena —dijo, y sonaba genuinamente sorprendida.

—¿Esperabas que no?

—Esperaba que un hombre como tú sobreviviera alimentándose de comida de restaurante.

Me giré. Estábamos a escasos centímetros, con la cuchara suspendida entre nosotros.

—¿Un hombre como yo?

Ella se dio cuenta de lo que había dicho. Sus mejillas se sonrojaron ligeramente, esa reacción auténtica que no podía controlar y que me encantaba.

—Ya sabes —dijo, intentando sonar casual—. Rico, serio, demasiado guapo.

El silencio se hizo denso. La miré fijamente, dejando que la sonrisa se extendiera lentamente por mi rostro.

—¿Me acabas de llamar guapo?

—No —respondió rápidamente, dando un paso atrás.

—Lo has hecho.

—He dicho demasiado guapo. Es una crítica.

—Claro —dije, acortando la distancia que ella había puesto entre nosotros—. Una crítica.

Estábamos a punto de… no sé qué. De besarnos, probablemente. De cruzar esa línea invisible que manteníamos entre nosotros. La tensión era casi tangible, una fuerza gravitacional que nos empujaba el uno hacia el otro.

—Qué pena —dijo la voz de Carmen desde la puerta.

Nos separamos como si nos hubieran electrocutado. Lucía casi dejó caer el salero, y yo me quemé ligeramente la mano con el borde de la sartén.

—¿Qué pena? —pregunté, intentando recuperar la compostura.

Mi abuela sonrió, con esa expresión de sabiduría ancestral que tanto me irritaba y tanto me reconfortaba.

—Nada —dijo, dándose la vuelta para salir de la cocina—. Me gustan las películas que tienen buen final.

Lucía y yo nos miramos. En sus ojos vi la misma mezcla de frustración y diversión que sentía yo. Carmen había vuelto a hacer de las suyas, interrumpiendo el momento justo cuando estábamos a punto de…

—Tu abuela es peligrosa —susurró Lucía, cuando los pasos de Carmen se alejaron.

—Lo sé —respondí, volviendo a la salsa, aunque mi concentración había volado por la ventana—. Pero tiene buen corazón.

—Eso es lo peor —dijo ella, cogiendo el cuchillo para seguir cortando cebolla—. Que lo hace con buena intención.

Seguimos cocinando en silencio, pero era un silencio diferente. Cómodo. Íntimo. Como si ya hubiéramos cruzado esa línea invisible y ahora solo estuviéramos esperando el momento de admitirlo en voz alta.

Y mientras removía la salsa, sentía su presencia a mi lado como un imán, como una promesa, como algo que finalmente empezaba a parecerse a la felicidad.

Capítulo 25



Alejandro

Intenté mantener la distancia durante días. Lo hice con la disciplina de un monje, con la precisión de quien sabe que un error puede destruirlo todo. No quería que pensara que me aprovechaba de su vulnerabilidad, que mi cercanía era piedad disfrazada de deseo, que la veía como un proyecto que arreglar en lugar de una mujer que desear. Pero cada vez que la veía, cada maldita vez que entraba en una habitación y ella estaba allí, con su pelo despeinado y su risa defensiva, sentía que esos muros de contención se resquebrajaban un poco más.

Ese miércoles, mi abuela me tendió la trampa con la elegancia de quien lleva décadas perfeccionando el arte. Dos táperes de cristal, uno con ensaladilla rusa que olía a mayonesa casera y otro con croquetas doradas que aún conservaban el calor.

—Llévaselos a Lucía —dijo, como si fuera la tarea más natural del mundo—. Está resfriada y no puede venir hoy. Y trae el táper vacío, que son de la buena vajilla.

Sabía que era una excusa. Lo sabía por la forma en que Carmen no me miraba mientras hablaba, concentrada en fregar un plato que ya estaba limpio. Lo sabía porque llevaba días observándonos, a ella y a mí, con esa sonrisa de gato que prometía travesuras.

Pero fui. Porque quería ir. Porque cualquier excusa era buena para verla.

Su piso olía a limón y a algo más oscuro, más íntimo, que era solo el olor de ella. Estaba en el salón, con una manta sobre los hombros a pesar del calor, con los ojos rojos que intentaba disimular maquillándose en exceso.

—Mi abuela dice que estás enferma —dije, dejando los táperes sobre la mesa de la cocina.

—Estoy perfecta —respondió, automáticamente, con la voz ronca que desmentía sus palabras.

—Mientes fatal.

Se encogió de hombros y se sentó en el sofá, abrazando una almohada contra el pecho como si fuera un escudo. Me quedé de pie, incómodo, midiendo la distancia entre nosotros como si fuera una estructura que pudiera calcular.

—No tienes que quedarte —dijo, sin mirarme—. Ya has cumplido con tu misión de mensajero.

—No me voy —respondí, y la firmeza de mi voz me sorprendió incluso a mí.

Ella levantó la vista. En sus ojos vi desafío, pero también algo más profundo. Miedo. No el miedo a Víctor, no el miedo a las deudas. El miedo a mí. A nosotros. A lo que estábamos a punto de convertirnos.

—Entonces siéntate —dijo, finalmente—. Pero no me hables de lo que debo hacer. No me digas que debo denunciar a Víctor, ni que debo pedir ayuda, ni que debo dejar de ser tan orgullosa.

Me senté en el sillón de enfrente, manteniendo la distancia prudente que ella parecía necesitar.

—No iba a decir nada de eso —mentí, porque en el fondo eso era exactamente lo que quería decirle.

—Mientes —replicó ella, con una astucia que me desarmó—. Lo veo en tu cara. En esa mandíbula tensa que tienes cuando estás conteniendo un sermón.

La discusión estalló sin que ninguno de los dos la buscara. Hablamos de Víctor, de nuevo, aunque ya habíamos hablado de él cien veces. Ella se negaba a denunciarlo, aunque ahora sabíamos que estaba cerca, que la había marcado, que la amenazaba. Se negaba a pedir ayuda, a aceptar que no podía sola, a bajar la guardia.

—Tú no sabes lo que es —espetó, levantándose de golpe, dejando caer la manta—. Tú no sabes lo que es levantarte todos los días pensando si vas a poder llegar a final de mes. Si vas a poder pagar la luz, o si te van a cortar el agua. Tú vives en tu torre de cristal, con tu dinero, tu control, tu vida perfecta. ¡No tienes ni idea!

Su voz se había roto en el último grito. Estaba de pie frente a mí, con el pecho agitado, con las manos temblando, con lágrimas que no quería derramar brillando en sus ojos.

Y yo sentí algo romperse dentro de mí. No la rabia, no la frustración. La comprensión. La certeza de que llevaba semanas intentando arreglar su vida cuando lo que ella necesitaba era que alguien entendiera la suya.

—No —dije, con voz baja, calmada—. No sé lo que es eso.

Hice una pausa. Me levanté, dando un paso hacia ella. Ella retrocedió, pero no mucho.

—Pero sí sé lo que es tener miedo de perder a alguien —continué—. Sé lo que es despertarse a las tres de la mañana convencido de que si cierras los ojos, cuando los abras, todo habrá desaparecido. Sé lo que es mirar a una persona y saber que sin ella no hay futuro posible, y aun así sentir que la estás empujando hacia el precipicio con tus propias manos.

Lucía se quedó quieta. El aire entre nosotros cambió, se cargó de electricidad y de algo más peligroso. Vulnerabilidad. Las dos máscaras que llevábamos puestas, la de ella, la del sarcasmo; la mía, la del control, se habían resquebrajado, y debajo estábamos los dos, desnudos, asustados, desesperados por conectar.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté, con la voz apenas un susurro.

Debería haber dicho que sí. Debería haber protegido lo poco que le quedaba de cordura, de espacio, de independencia. Pero no lo hizo.

—No —dijo, y esa palabra sonó como un suspiro, como una rendición, como un comienzo.

No fue un beso suave. No pudo serlo. Era el beso de semanas contenidas, de miradas furtivas, de roces accidentales que quemaban más que el fuego. Era rabia, la que sentía por no poder protegerla de todo. Era deseo, el que me consumía desde el primer día. Era frustración, la de saber que ella estaba ahí, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

La tomé por la cintura y la atraje contra mí con una fuerza que la hizo jadear. Mis labios se estrellaron contra los suyos, sin delicadeza, sin tiento, con la urgencia de quien ha estado conteniendo un tsunami durante demasiado tiempo. Ella respondió con la misma ferocidad, mordiendo mi labio inferior, clavando las uñas en mi espalda, arqueándose contra mí como si quisiera fundirse con mi cuerpo.

—Dios, Lucía —gruñí contra su boca, mientras mis manos bajaban por su espalda, encontrando la curva de sus caderas, apretando con una posesividad que me avergonzaba, pero que no podía controlar.

—No pares —susurró ella, con la voz ronca, desesperada—. Por favor, Alejandro, no pares. Ayúdame a no pensar. En nada. Solo en esto. Solo en ti.

La tomé en brazos. Ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, y caminé con ella hacia el sofá, tropezando con la mesa de centro, sin importarnos nada que no fuera el contacto de nuestras pieles buscándose bajo la ropa. La dejé caer sobre los cojines y me arrodillé sobre ella, devorándola a besos, recorriendo su cuello con la lengua, mordiendo la piel de su clavícula con fuerza suficiente para dejar marcas.

—Eres mía —dije, más para mí mismo que para ella, mientras le quitaba la camiseta de un tirón, revelando su piel blanca, su estómago plano, el sujetador negro que contrastaba con su palidez—. Dios, cómo eres mía.

—Muéstrame —pidió ella, arqueándose contra mí, ofreciéndose—. Muéstrame cómo.

La desvestí con una urgencia que rozaba la brutalidad. Ella hizo lo mismo conmigo, rasgando botones, tirando de telas, hasta que estuvimos desnudos sobre el sofá viejo, con el sudor pegándonos, con la respiración entrecortada, con el mundo reducido a este espacio de dos cuerpos que finalmente encontraban su ritmo.

La penetré de una estocada profunda, salvaje, que nos hizo gritar a los dos. Estaba tan húmeda, tan caliente, tan perfecta alrededor de mí que por un segundo temí perder el control demasiado pronto. Pero ella movió las caderas contra mí, reclamando más, siempre más, y yo obedecí, embistiendo con fuerza, con furia, con todo el amor que no sabía cómo nombrar todavía.

—Más fuerte —gemía ella, con la cabeza echada hacia atrás, con los ojos cerrados, con las manos agarrando los cojines a los lados—. Fóllame como si fuera lo único que importa.

Y lo hice. La tomé con una intensidad que nos hizo resbalar del sofá hasta el suelo, sin separarnos, sin perder el ritmo. La puse a cuatro patas, agarrándola por las caderas, y entré en ella desde atrás, profundo, hasta el fondo, sintiendo cómo su cuerpo se estremecía, cómo sus músculos internos se contraían a mi alrededor en espasmos que anunciaban su cercanía.

—Voy a… —Avisó ella, con la voz rota—. Alejandro, voy a correrme…

—Córrete —ordené, acariciando su espalda con una mano mientras con la otra buscaba su clítoris, frotándolo con el ritmo preciso que la volvía loca—. Córrete para mí. Ahora.

Y explotó. Su orgasmo fue un terremoto que la atravesó, haciéndola gritar mi nombre con una desesperación que me empujó al límite. La seguí inmediatamente después, vaciándome en ella con embestidas descontroladas, con la vista borrosa, con la certeza de que nunca había sentido nada remotamente parecido a esto.

Mientras nos desplomábamos sobre el suelo, todavía conectados, todavía temblando, me hice una promesa. Aunque solo pudiera tenerla así, en estos momentos robados, en estos espacios entre el miedo y la realidad, nunca dejaría de estar para ella. Nunca.

Nos movimos al sofá después, cuando la respiración se calmó y el sudor se enfrió sobre nuestras pieles. La senté en mi regazo, envuelta en una manta que había rescatado del suelo, y la abracé con una ternura que contrastaba violentamente con la brutalidad de momentos antes.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro, con los ojos cerrados, con una expresión de paz que no le había visto nunca. Acaricié su mejilla con el pulgar, sintiendo la suavidad de su piel, memorizando cada curva, cada detalle.

—Esto es una mala idea —dijo ella, finalmente, aunque no hizo ningún ademán de separarse.

—Probablemente —respondí, besando su frente.

—Muy mala.

—Sí.

Silencio. El sonido de la ciudad filtrándose por la ventana, el tic-tac de un reloj invisible, nuestras respiraciones sincronizadas.

—Entonces, ¿por qué siento que no quiero parar? —preguntó ella, abriendo los ojos para mirarme.

No respondí. No hacía falta. Ambos sabíamos la respuesta. Porque era inevitable. Porque era real. Porque después de tanto tiempo de estar rotos, habíamos encontrado en el otro las piezas que nos faltaban.

La besé de nuevo, suave esta vez, con una dulzura que hablaba de todo lo que no podíamos decir todavía. Ella se relajó contra mí, entregándose a la calma, a la intimidad, a la certeza de que estábamos juntos en esto.

—Sigo pensando que no podemos llegar a nada serio —dijo, después de un rato, con la voz somnolienta—. Que soy un desastre, que tú eres… tú, que el mundo diría que esto es absurdo.

Acaricié su mejilla, obligándola a mirarme a los ojos. En ellos vi el miedo, pero también la esperanza. La misma que sentía yo.

—El futuro es algo incierto, cariño —dije, despacio, eligiendo cada palabra—. Pero tengo claro que no me voy a alejar de ti. Y que por mucho que digas que un nosotros no puede ser, yo sé que sí. Y ese nosotros empieza aquí y ahora.

Ella me miró durante largos segundos, procesando. Luego, lentamente, una sonrisa torcida apareció en sus labios.

—¿Me vas a pedir que sea tu novia? —preguntó, arqueando una ceja con picardía—. ¿Como si tuviéramos quince años?

Me eché a reír. Una risa real, profunda, que vino de la barriga y que resonó en el salón silencioso.

—No —dije, cuando pude hablar, y la besé de nuevo, largamente, tiernamente—. No te voy a pedir nada. Porque ya lo eres. Mi novia. Mi persona. Mi… todo.

Se quedó quieta, con los ojos brillando de una forma que no supe interpretar. Luego me abrazó con más fuerza, enterrando la cara en mi cuello, y sentí que su cuerpo se relajaba por completo, como si finalmente hubiera encontrado un puerto seguro después de años de tormenta.

—Gracias —susurró, contra mi piel.

—¿Por qué? —pregunté, acariciando su pelo.

—Por no ser como los demás —dijo, con la voz ahogada—. Por no decirme que fui una idiota. Por no juzgarme.

Besé su sien, cerrando los ojos, sintiendo el peso de su confianza como el regalo más precioso que nadie me había dado.

—No puedo juzgarte —dije, sincero—. Porque sé que cuando uno está enamorado puede cometer los peores errores de su vida.

Ella se incorporó para mirarme, con una expresión de sorpresa en su rostro. No habíamos dicho la palabra todavía. No habíamos llegado ahí. Pero estaba en el aire, flotando entre nosotros, tan real como el sudor que todavía perlaba nuestra piel.

—¿Enamorado? —preguntó, con voz temblorosa.

—Déjalo estar —susurré, volviendo a besarla—. Por ahora, déjalo estar. Solo quédate aquí. Conmigo.

Y ella lo hizo. Se quedó en mis brazos, en el sofá de su piso pequeño, mientras el sol se ponía sobre Málaga y pintaba el cielo de colores que parecían promesas.

Más tarde, cuando ella se durmió contra mi pecho, con la respiración profunda y regular de quien finalmente descansa, me quedé mirando el techo agrietado de su salón. Pensé en mi vida anterior, en la de antes de ella, en la perfección ordenada y vacía que había construido en Madrid. Pensé en mi padre, que murió solo en su despacho porque nunca aprendió a dejar que nadie le acompañara en la oscuridad. Pensé en Marta, que se fue porque yo no supe verla, porque intentaba arreglarla en lugar de amarla.

Y pensé en Lucía. En su fuerza quebrada, en su risa defensiva, en su capacidad de seguir adelante a pesar de todo. Pensé en que la había encontrado cuando ambos estábamos rotos, y que quizás eso era lo que necesitábamos: no alguien que nos arreglara, sino alguien que nos ayudara a ver que estar rotos no significaba estar solos.

Cerré los ojos y apreté un poco más mi abrazo, sintiendo su calor contra mi cuerpo. Y supe, con una certeza que trascendía la lógica y los planos, que esto, esto que habíamos encontrado en medio del caos, era lo más real que había construido en toda mi vida. Y que, aunque el futuro fuera incierto, aunque las deudas y los fantasmas del pasado siguieran acechando, mientras la tuviera así, mientras ella me permitiera estar a su lado, tendría la fuerza para enfrentar cualquier cosa.

Porque el amor, me di cuenta entonces, no es encontrar a alguien perfecto. Es encontrar a alguien cuyas roturas encajen con las tuyas, y juntos construir algo nuevo, algo fuerte, algo que ningún viento pueda derribar.

Y eso, exactamente eso, era lo que yo había encontrado en ella.

Capítulo 26



Alejandro

Siempre había sido un hombre seguro. No en el sentido arrogante de quien cree que lo sabe todo, sino en la certeza tranquila de quien ha construido su vida sobre pilares sólidos, calculados, inamovibles. Sabía quién era: un arquitecto exitoso, un profesional respetado, alguien que había transformado el caos en orden mediante líneas rectas y ángulos precisos. El miedo era una emoción que observaba desde fuera, como quien mira una tormenta a través de un cristal a prueba de balas.

Pero Lucía había roto el cristal.

No de una forma dramática, no con un estruendo. Lo había hecho lentamente, con cada risa compartida, con cada mirada furtiva, con cada momento en el que me permitía ver más allá de su armadura de sarcasmo. Y ahora, de repente, me encontraba con una sensación extraña en el pecho que no sabía identificar, una especie de vértigo constante, la certeza de que tenía algo que perder y de que lo perdería si no era cuidadoso.

Héctor lo notó el jueves por la mañana. Apareció en mi casa de Málaga sin avisar, con su habitual desparpajo y una bolsa de croissants que dejó sobre la mesa de la cocina como si fuera su casa.

—Estás enamorándote —dijo, sin preámbulos, mientras me observaba preparar café con movimientos mecánicos que no requerían mi atención.

—No —respondí, automáticamente, sin girarme.

—Entonces explícame por qué llevas tres días con la misma cara —insistió, sentándose en el taburete de la isla—. Esa cara de «He visto algo que me asusta, pero no quiero admitirlo».

Apreté el filtro de la cafetera con más fuerza de la necesaria. No respondí. Porque sabía que tenía razón. Llevaba tres días, desde que la dejé dormida en su sofá, envuelta en mis brazos, desde que me fui antes del amanecer para que pudiera fingir ante sí misma que no había ocurrido nada, con la misma expresión petrificada.

No era solo el sexo. No era solo la ternura del postcoito, ni sus palabras de agradecimiento, ni la forma en que se había quedado dormida contra mi pecho como si finalmente hubiera encontrado un lugar seguro. Era el terror que me había despertado a las cinco de la mañana, mirando el techo agrietado de su salón, pensando en lo fácil que sería perderla. En lo frágil que era todo esto que estábamos construyendo sobre cimientos de deudas y mentiras y amenazas no resueltas.

—Algo ha cambiado —dije finalmente, sirviendo café en dos tazas, evitando su mirada.

—No me digas —respondió Héctor, con ironía—. ¿Y cuándo vas a dejar de negarlo?

Nunca, quise decir. Porque admitirlo en voz alta sería reconocer que ya no tenía control. Que ella tenía el poder de destrozarme. Que había pasado de ser un espectador preocupado a ser un protagonista atrapado en una historia que no sabía cómo terminaría.

La investigación avanzaba en paralelo a mis crisis emocionales. Héctor había puesto en marcha contactos que prefería no conocer en detalle, periodistas de investigación, antiguos compañeros de universidad que ahora trabajaban en fuerzas de seguridad, informáticos con habilidades cuestionables, y los resultados empezaban a llegar.

No era un trabajo de una sola persona. Esa fue la primera conclusión que nos heló la sangre. Víctor Castaño León no había operado solo durante todos estos años. Había una red, pequeña pero eficiente, de cómplices que facilitaban las estafas. Alguien que falsificaba documentos. Alguien que abría cuentas bancarias a nombre de terceros. Alguien que limpiaba el rastro digital.

Y lo peor: había alguien cercano a él. No una víctima, sino un aliado. Una mujer llamada María que aparecía en los registros de varias empresas fantasma. La pareja perfecta para un depredador.

—Esto es más grande de lo que pensábamos —dijo Héctor, mostrándome un informe en la pantalla de su portátil—. No es un loco solitario. Es una operación. Y Lucía no fue un accidente. Fue seleccionada.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sintiendo que el estómago se me cerraba.

—Quiero decir que la estudiaron antes de acercarse. Que sabían dónde trabajaba, cuánto ganaba, quiénes eran sus amigos. Que la eligieron porque encajaba en un perfil: sola, con familia lejana, con historial crediticio limpio, con ganas de creer en alguien.

La rabia me cegó por un segundo. Ceguera literal, física, que hizo que la habitación diera vueltas. Pensar en que Víctor la había seleccionado como quien selecciona un coche en un concesionario, analizando sus especificaciones antes de acercarse, la convertía de víctima de la casualidad a objetivo de una cacería. Y eso cambiaba todo.

—Necesito que encuentres dónde está —dije, con una voz que no reconocí como mía, baja, peligrosa—. Ahora.

Héctor me miró con seriedad. Había dejado de ser el amigo bromista para convertirse en el socio profesional.

—Hay algo más —dijo, y su tono me alertó de que iba a ser malo—. Víctor ha vuelto a Málaga. Confirmado. Llegó hace tres días. Está en algún lugar de la provincia, moviéndose con precaución, pero aquí.

El mundo se encogió hasta convertirse en un punto negro. Tres días. Había estado tres días en la misma ciudad que Lucía, respirando el mismo aire, caminando por las mismas calles. Y nosotros no lo sabíamos.

Llegué a casa de Lucía justo cuando el sol empezaba a declinar. Había intentado llamarla durante todo el día, pero el teléfono sonaba sin respuesta. Eso no era propio de ella. Incluso cuando estaba trabajando, siempre contestaba. Siempre.

Subí las escaleras de su edificio dos peldaños a la vez, con el corazón martilleando a una velocidad que mi médico habría considerado preocupante. Cuando llegué a su puerta, estaba entreabierta. No cerrada con cerrojo, no segura. Entreabierta.

Empujé con cuidado, con el nombre de ella en los labios, listo para gritar, para pelear, para lo que fuera necesario.

La encontré en el salón, de pie, con el móvil en la mano, con una expresión que nunca había visto en su rostro. No era miedo. Era terror puro, atávico, el tipo de horror que paraliza. No se movió cuando entré. Ni siquiera parpadeó.

—Lucía —dije, acercándome con cuidado, como quien se acerca a un animal herido—. ¿Qué pasa?

Ella levantó la vista lentamente. Sus ojos se encontraron con los míos, y vi que estaban húmedos, brillantes, pero secos. Demasiado asustada para llorar.

Me tendió el teléfono. En la pantalla había una fotografía. Ella, saliendo del bufete Valcárcel donde limpiaba los martes, con su bolso colgado del hombro, con la coleta deshecha, con la expresión cansada que tenía siempre después de trabajar. La imagen estaba tomada desde lejos, desde una ventana o un coche, con zoom, con una claridad que evidenciaba el equipo profesional.

Y debajo, un mensaje: «Te veo».

—Alguien me ha estado siguiendo —dijo, y su voz sonó hueca, distante, como si hablara desde el fondo de un pozo—. Sabe dónde trabajo. Sabe cuándo salgo. Alejandro, me ha estado observando.

Sentí que algo se rompía dentro de mí. No la contención, no el control. Algo más profundo. El último resquicio de distancia profesional, de «Esto es un problema que ella debe resolver». Desapareció. Se evaporó. Y en su lugar quedó una furia fría, calculada, peligrosa.

Por primera vez en mi vida, no intenté ocultar mi enfado. No suavicé la expresión, no bajé la voz, no disimulé.

—Voy a encontrarlo —dije, con una calma que era más aterradora que cualquier grito—. Y voy a hacer que pague por esto.

Lucía negó con la cabeza. El movimiento fue brusco, desesperado, y por fin las lágrimas empezaron a caer.

—No —dijo, agarrándome del brazo con fuerza—. No quiero que te metas en esto. Es mi problema. Mi pasado. Mi mierda. Tú no tienes nada que ver.

La miré. Realmente la miré, con la intensidad de quien está a punto de perder lo único que importa.

—Lucía —dije, y mi voz se quebró ligeramente, mostrando la grieta en mi armadura—. Ya estoy dentro.

Ella parpadeó, confundida, todavía aferrada a mi brazo como si fuera el único punto fijo en un mundo que se desmoronaba.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que desde hace tiempo esto dejó de ser solamente tu problema —expliqué, acariciando su mejilla con la mano libre, secando sus lágrimas con el pulgar—. Desde que te vi reírte a pesar de todo, desde que te escuché contar tus miedos sin pedir lástima, desde que te tuve en mis brazos y supe que no podía dejarte ir. Estás en mi vida, Lucía. Y eso significa que tus problemas son mis problemas. Tus enemigos son mis enemigos. Y ese hijo de puta que te está acechando… —apreté los dientes, conteniendo la rabia— …va a tener que pasar sobre mi cadáver para volver a tocarte.

Ella me miró durante largos segundos, procesando. Vi cómo la comprensión iba asentándose en su rostro, cómo el miedo se mezclaba con algo más suave, más cálido. Cómo sus dedos se relajaban en mi brazo, cómo su cuerpo se inclinaba hacia mí buscando refugio.

—Esto es peligroso —susurró, finalmente—. Si se entera de que estás conmigo, te hará daño. A ti, a tu familia, a tu abuela…

—Lo sé —interrumpí, atrayéndola contra mí, envolviéndola en mis brazos, protegiéndola con mi cuerpo como si pudiera crear un escudo físico contra el mundo—. Pero no me voy a apartar. No voy a dejar que te enfrentes a esto sola. No después de… —me detuve, tragando saliva — …no después de haberte encontrado.

Ella apoyó la cabeza en mi pecho, escuchando mi corazón. Sentí que temblaba, pequeños estremecimientos que recorrían su cuerpo de forma intermitente.

—No quiero que te pase nada —dijo, con la voz ahogada contra mi camisa—. No por mí. No merezco que…

—Calla —susurré, besando su pelo—. No digas eso. No digas que no mereces nada. Mereces todo, Lucía. Y voy a estar aquí para asegurarme de que lo consigas. Aunque tenga que enfrentarme a ese cabrón yo solo. Aunque tenga que mover cielo y tierra. Estoy dentro. ¿Entiendes? Ya no hay vuelta atrás.

Ella asintió contra mi pecho, con las manos agarrando la tela de mi camisa como si fuera un salvavidas. Permanecimos así durante largos minutos, en medio de su salón, con la puerta todavía entreabierta y el peligro acechando fuera, pero por primera vez sintiendo que éramos un equipo. Que éramos nosotros contra el mundo, y no ella sola contra sus demonios.

Cuando finalmente se separó, sus ojos estaban rojos, pero su expresión había cambiado. Había determinación mezclada con el miedo. Había aceptación de que no estaba sola.

—¿Qué hacemos? —Preguntó, y era la primera vez que me incluía en la pregunta. No «¿Qué hago?», sino «¿Qué hacemos?».

—Primero —dije, tomando su mano entre las mías, sintiendo su frialdad y transmitiéndole calor—, vas a venirte conmigo. No vas a dormir aquí sola. Ni una noche más. Puedes quedarte en mi casa, o en la de mi abuela, donde prefieras, pero no aquí.

—No puedo imponerme…

—No es imponerse —interrumpí, firme—. Es proteger lo que es mío.

La frase salió con una naturalidad que me sorprendió. Lo que es mío. Como si ya la hubiera reclamado públicamente, como si el mundo entero tuviera que saber que Lucía estaba bajo mi protección.

Ella me miró, y vi que sus mejillas se sonrojaban ligeramente, incluso en medio del terror.

—¿Lo que es tuyo? —Repitió, con un deje de diversión forzada.

—Lo que es mío —confirmé, sin avergonzarme—. Y eso incluye a una limpiadora sarcástica que debe sesenta mil euros y que me vuelve loco.

Sonrió. Fue una sonrisa breve, frágil, pero real. Y en ese momento, con el peligro acechando fuera y el miedo todavía palpitando entre nosotros, supe que habíamos cruzado una línea. No solo la de la intimidad física, que ya habíamos cruzado hacía tiempo. Era la línea que separa el yo del nosotros. La que transforma dos individuos en una unidad, en un equipo, en algo que ningún monstruo del pasado podía destruir sin destruirse a sí mismo.

—Voy a necesitar que me ayudes a ser valiente —dijo ella, finalmente.

—Y yo voy a necesitar que me ayudes a no perder los papeles —respondí, besando su frente—. Porque cuando encuentre a ese tipo, voy a querer matarlo. Y tú vas a tener que recordarme que soy arquitecto, no asesino.

Ella se rio, un sonido breve que iluminó la habitación.

—Trato hecho —dijo.

Y mientras cerraba la puerta de su piso, mientras empacaba una bolsa con lo esencial y salía conmigo hacia lo desconocido, supe que habíamos sellado un pacto. No solo de protección, sino de complicidad. De amor, aunque todavía no hubiéramos dicho la palabra en voz alta.

Víctor había cometido un error. No solo al elegir a Lucía como víctima. Sino al permitir que yo entrara en escena. Porque ahora estaba dentro. Y no había fuerza en el mundo capaz de sacarme.

Capítulo 27



Lucía

Intenté convencerme durante días de que podía seguir adelante. De que la vida no se había detenido porque un fantasma del pasado hubiera decidido salir de su tumba para atormentarme. Me levantaba a las cinco y cuarenta y cinco, como siempre. Preparaba mi café con leche en la cafetera vieja, como siempre. Me ponía los vaqueros con las rodillas gastadas y la camiseta blanca que ya había visto mejores días, como siempre.

Trabajaba. Limpiaba las oficinas del bufete Valcárcel los martes, las de Nova Ingeniería los jueves. Fregaba cristales mientras canturreaba canciones de los ochenta que sonaban en la radio. Sonreía a Nuria cuando me guardaba el café, sonreía a la señora Ruiz cuando me contaba por enésima vez la historia de su marido, sonreía a Carmen cuando me pedía que le leyera el periódico porque sus ojos ya no daban para tanto.

Cuidaba de Carmen. Le preparaba la limonada, la escuchaba hablar de cuando Alejandro era pequeño y organizaba los juguetes por colores, reía de sus comentarios mordaces sobre el vecino de enfrente. Actuaba como si mi mundo no se estuviera desmoronando por los bordes, como si no sintiera cada segundo del día que estaba viviendo a cuenta atrás, esperando el siguiente golpe, la siguiente amenaza, la siguiente prueba de que mi vida seguía siendo un desastre.

Bromeaba con Alba. O al menos intentaba. Ella me miraba con esos ojos verdes que me conocían demasiado bien, con esa expresión de «Estás fingiendo y lo sé», pero me dejaba hacerlo. Me dejaba contarle historias absurdas sobre los clientes del banco, sobre el chico del supermercado que seguía poniéndome el jamón de oferta, sobre cualquier cosa que no fuera el terror constante que llevaba instalado en el estómago como un huésped permanente.

Pero la realidad era otra. La realidad era que cada vez que cruzaba una esquina, miraba por encima del hombro. Que cada vez que sonaba el timbre del portal, sentía que el corazón me daba un vuelco. Que cada noche, antes de dormirme, revisaba tres veces que la puerta estuviera cerrada con llave, que la ventana del baño no tuviera la persiana levantada, que no hubiera sombras extrañas en el rellano.

Alejandro lo notaba. Por supuesto que lo notaba. Era imposible no notar que me quedaba quieta de repente en medio de una conversación, distraída, escuchando sonidos que solo yo podía oír. Que miraba el móvil con ansiedad cada vez que vibraba. Que me negaba a caminar sola por la noche, inventando excusas absurdas sobre el cansancio o el trabajo pendiente.

Pero no me presionaba. No me decía «Deberías relajarte», no me preguntaba constantemente si estaba bien, no intentaba arreglar mi ansiedad con soluciones lógicas. Simplemente estaba. En mi piso, en su casa, en el jardín de Carmen. Sentado a mi lado en silencio mientras yo miraba la televisión sin verla. Acariciándome el pelo cuando me despertaba sobresaltada a las tres de la mañana. Cogiéndome la mano cuando cruzábamos la calle, como si pudiera protegerme de los coches, de las balas, de los fantasmas.

Y eso, más que cualquier otra cosa, empezó a tranquilizarme. No del todo, el miedo seguía ahí, latente, como una cicatriz que pica cuando cambia el tiempo, pero lo suficiente como para dormir cuatro horas seguidas. Lo suficiente como para reír de verdad alguna vez, sin que detrás de la risa hubiera pánico.

Hasta que ocurrió.

Era jueves. Había terminado de limpiar las oficinas de Nova Ingeniería, donde Irene me había contado los últimos chismes sobre el jefe y su nueva secretaria, y salía por la puerta principal con el bolso colgado del hombro y la espalda dolorida de tanto fregar. El sol de la tarde golpeaba con fuerza en la acera, creando sombras largas y definidas que se movían con la brisa.

Y entonces lo vi.

Estaba apoyado contra un coche negro aparcado en la esquina, con gafas de sol que ocultaban sus ojos, con un traje azul marino que probablemente costaba más que mi alquiler de tres meses. Llevaba la barba más cuidada que recordaba, el pelo peinado hacia atrás con ese gel que olía a algo caro y artificial, y esa sonrisa. Esa sonrisa perfecta, blanca, encantadora, la misma que había visto cientos de veces cuando me traía café por las mañanas, cuando me decía que era especial, cuando me convencía de firmar papeles que no entendía.

Víctor.

Por un segundo pensé que estaba imaginándolo. Que mi mente, agotada por el estrés, había decidido materializar mi peor pesadilla en plena luz del día. Porque durante meses había deseado exactamente eso: que desapareciera, que se evaporara, que resultara ser un mal sueño del que despertar.

Pero no. Estaba ahí. Real. Sólido. Más elegante que nunca, más seguro, con esa postura de quien sabe que tiene el control de la situación.

—Hola, Lucía —dijo, quitándose las gafas de sol para revelar esos ojos marrones que había mirado tanto tiempo creyendo que contenían amor.

Me quedé inmóvil. Literalmente paralizada, con la mano todavía en el pomo de la puerta del edificio, con el bolso a punto de resbalarme del hombro. El mundo se contrajo hasta convertirse en ese punto de la acera, en esa voz que había oído en mis pesadillas durante meses.

Víctor actuaba como si no hubiera pasado nada. Como si entre nosotros no existiera un abismo de sesenta mil euros, de traiciones, de noches llorando hasta quedarme dormida. Como si fuera normal encontrarnos después de más de un año, como si el tiempo hubiera borrado el daño que había hecho.

—Tenemos que hablar —dijo, dando un paso hacia mí.

La voz me volvió de golpe, arrancada de la garganta por una mezcla de rabia y miedo que me quemaba por dentro.

—No tenemos nada que hablar —contesté, y mi tono sonó firme, extrañamente firme, a pesar de que las piernas me temblaban.

Víctor parpadeó. Era una expresión mínima, casi imperceptible, pero la conocía. Era su cara de sorpresa, de «Esto no está saliendo como había planeado». Durante nuestro tiempo juntos, siempre había controlado cada situación, siempre había sabido exactamente qué decir para obtener lo que quería. Y ahora, al verme rechazarlo de forma tan rotunda, parecía desconcertado.

Intentó acercarse de nuevo. Dio otro paso, extendiendo una mano como si fuera a tocarme el hombro, como solía hacer cuando quería convencerme de algo.

—Lucía, cariño, sé que estás enfadada, pero déjame explicarte…

Retrocedí. Un paso, dos, hasta que mi espalda chocó contra la pared del edificio. No tenía a dónde ir, pero tampoco iba a permitir que me tocara. No iba a dejar que esa mano que había firmado mi ruina económica volviera a posarse sobre mí como si tuviera derecho.

—No te acerques —dije, y esta vez mi voz no tembló—. No me llames cariño. No tienes derecho a nada, Víctor. Ni a explicaciones, ni a perdón, ni a cinco minutos de mi tiempo.

Él se detuvo. Realmente se detuvo, y por primera vez vi algo diferente en su rostro. No era la seguridad habitual, no era la sonrisa de confianza. Era… ¿sorpresa? ¿Reconocimiento? Como si finalmente estuviera viendo a la persona que tenía delante, y no fuera la que esperaba encontrar.

Esperaba a la misma Lucía. A la chica ingenua que se derretía con una sonrisa, que creía en los cuentos de hadas, que pensaba que el amor lo solucionaba todo. A la mujer que había dejado atrás, vulnerable, sola, dispuesta a escuchar cualquier excusa con tal de no enfrentar la realidad.

Pero esa mujer ya no existía.

En su lugar estaba yo. La que se había levantado a las cinco de la mañana durante un año para pagar deudas que no había contraído. La que había aprendido a sonreír mientras limpiaba baños ajenos. La que había sobrevivido a su abandono, a la vergüenza, a las llamadas de acreedores. La que ahora tenía alguien que la esperaba, que la protegía, que la veía de verdad.

Y Víctor lo notó. Lo vi en la forma en que sus ojos se entrecerraron, evaluando, recalculando. Ya no era la presa fácil. Ya no era la víctima indefensa que podía manipular con palabras bonitas.

—Has cambiado —dijo, y no sonó como un cumplido.

—He madurado —corregí—. Algo que tú nunca harás.

Estábamos en ese punto muerto, en ese silencio tenso que precede a la tormenta, cuando lo sentí. No lo oí, porque no hizo ruido. Lo sentí, como una presencia física que alteraba la presión del aire a mi alrededor.

Alejandro.

Llegó caminando por la acera con pasos rápidos pero controlados, con la mandíbula tensa y los ojos oscuros de una furia que apenas contenía. No necesitó preguntar nada. Vio mi expresión, el miedo que intentaba disimular con rabia, vio a Víctor con su traje caro y su sonrisa de depredador, y lo entendió todo.

Se colocó entre nosotros. No de forma brusca, no empujando, simplemente se interpuso, usando su cuerpo como escudo entre el peligro y yo. Sentí su espalda contra mi pecho, sentí el calor que irradiaba a pesar de la tensión, y por primera vez desde que había visto a Víctor, pude respirar.

Víctor arqueó una ceja. Recuperó la compostura rápidamente, reconstruyendo su máscara de encanto, pero vi que sus ojos se habían enfriado. Evaluaba la situación, midiendo a Alejandro, calculando si era una amenaza o solo un obstáculo temporal.

—¿Y tú eres? —preguntó, con ese tono condescendiente que utilizaba con quienes consideraba inferiores.

Alejandro no se inmutó. No se encogió, no retrocedió, no adoptó una postura defensiva. Se quedó exactamente donde estaba, imponiendo su presencia física, su altura, su fuerza contenida.

—Alguien que te recomienda mantenerte lejos de ella —dijo, y su voz sonó baja, peligrosa, absolutamente segura.

Debería haberme molestado. Esa era mi primera reacción instintiva, la que llevaba grabada en los huesos desde que Víctor me había demostrado que confiar en un hombre era el primer paso hacia la ruina. Debería haber dicho que no necesitaba que nadie hablara por mí, que podía defenderme sola, que no era una damisela en apuros.

Pero no lo hice.

Porque una parte de mí, esa parte que había estado escondida durante meses, protegida bajo capas de sarcasmo y autosuficiencia, se sintió segura. Protegida. Cuidada. Y eso me aterrorizó más que la presencia de Víctor.

Porque empezaba a confiar en alguien otra vez.

Sentí que las manos me temblaban, pero esta vez no era de miedo. Era de la certeza de que estaba cruzando una línea invisible, de que estaba permitiendo que Alejandro ocupara un espacio en mi vida que había jurado mantener vacío. Y aunque mi cerebro gritaba peligro, mi cuerpo traidor, honesto y desesperado por calor, se relajó contra su espalda.

Víctor nos observó. Nos observó a los dos, midiendo la distancia entre nuestras sombras que se fundían en la acera, la forma en que Alejandro se había colocado para protegerme sin siquiera tocarme, la expresión en mi rostro que seguramente delataba más de lo que quería admitir.

—Veo que has encontrado a alguien que te… cuide —dijo Víctor, y la palabra sonó sucia en su boca, cargada de insinuaciones—. Qué bonito. Qué… predecible.

—Lárgate —dije, y mi voz salió firme, apoyada por la presencia sólida de Alejandro frente a mí—. O llamo a la policía. Y esta vez tengo pruebas. Y abogados. Y gente que sabe quién eres realmente.

Víctor sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Era la sonrisa de quien ha perdido una partida, pero pretende que todo va según lo planeado.

—Esto no ha terminado, Lucía —dijo, dándose la vuelta hacia su coche—. Solo ha cambiado de forma. Nos veremos pronto.

Se subió al coche negro y arrancó sin prisa, sin mirar atrás, desapareciendo por la esquina como si fuera un fantasma. Pero yo sabía que no lo era. Que estaba real, cerca, más peligroso que nunca porque ahora sabía que yo no estaba sola.

Alejandro se giró cuando el coche desapareció. Me miró con esos ojos grises que ahora parecían tormentosos, con la mandíbula todavía tensa, con las manos cerradas en puños que se abrían y cerraban buscando algo que golpear.

—¿Estás bien? —preguntó, y la pregunta sonó ridícula, inadecuada para lo que acababa de pasar, pero era todo lo que tenía.

—No —respondí, honestamente—. Pero lo estaré.

Y entonces, porque el miedo y la adrenalina y la gratitud se mezclaron en un cóctel embriagador, porque necesitaba sentir que estaba viva, que había sobrevivido, que no era la misma mujer que él había dejado atrás, me lancé a sus brazos.

Alejandro me atrapó. Me estrechó con fuerza, enterrando la cara en mi pelo, y sentí que temblaba. Él, que siempre estaba tan controlado, tan seguro, temblaba.

—Te he visto hablar con él —murmuró contra mi sien—. Y he querido matarlo. He querido atravesar la calle y romperle la cara. Pero no quería… no quería que pensaras que te estaba controlando. Que tomaba decisiones por ti.

—Gracias —susurré, con la voz ahogada contra su pecho—. Por no hacerlo. Por dejarme hablar. Pero también… gracias por estar aquí. Por venir.

Me separé lo suficiente para mirarle a los ojos. Estaban húmedos, brillantes, llenos de una emoción que no sabía interpretar.

—Siempre estaré aquí —dijo, y era una promesa, un juramento, una línea en la arena—. Aunque solo sea para mantenerte de pie cuando él intente derribarte.

Y mientras nos abrazábamos en la acera, mientras la gente pasaba a nuestro alrededor sin saber que acababa de ocurrir una batalla silenciosa, supe que algo había cambiado para siempre. Víctor había vuelto, sí. Pero ya no estaba sola para enfrentarlo.

Y eso, a pesar de todo el miedo, a pesar de la certeza de que esto era peligroso, me hizo sentir, por primera vez en mucho tiempo, que quizás, solo quizás, merecía ser salvada.

Capítulo 28



Alejandro

La furia me consumía por dentro, pero no dejaba que se tradujera en gritos ni en gestos bruscos. Esa era una lección que había aprendido de mi padre: el verdadero peligro no está en quien pierde los nervios, sino en quien los mantiene congelados mientras calcula su siguiente movimiento. Y en ese momento, mientras sostenía a Lucía temblando entre mis brazos en mitad de la acera, sentía que cada fibra de mi ser se enfriaba hasta convertirse en algo duro, afilado, peligroso.

Era una versión mía que ella no había visto todavía. La fría. La que analizaba cada detalle, que memorizaba la matrícula del coche negro, que registraba cada gesto de Víctor, cada palabra, cada inflexión de su voz. La que planeaba, que anticipaba, que no descansaría hasta neutralizar la amenaza.

Lucía se separó de mí cuando pasó un grupo de turistas demasiado cerca. Intentó recomponerse, enderezar los hombros, secarse las lágrimas que habían escapado sin permiso. Vi cómo respiraba hondo, cómo forzaba una sonrisa que no llegaba a sus ojos, cómo se convertía de nuevo en la mujer fuerte que el mundo esperaba que fuera.

—Estoy bien —dijo, y su voz sonó sorprendentemente firme.

La miré. Realmente la miré, con la intensidad que sabía que la incomodaba, desglosando cada microexpresión de su rostro.

—No —respondí, simple y llanamente.

Ella suspiró, y en ese suspiro escuché el cansancio de meses, de años, de toda una vida sosteniendo un peso que no le correspondía.

—Odio que sepas cuándo miento —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho, creando una barrera que yo no tenía intención de respetar.

—No lo sé todo —dije, acortando la distancia entre nosotros, bajando la voz para que solo ella pudiera oírme—. Solo veo cuando estás fingiendo estar bien.

La frase le llegó. Lo vi en la forma en que sus hombros cedieron ligeramente, en cómo su mandíbula dejó de estar tensa, en cómo sus ojos se llenaron de una tristeza profunda que no tenía nada que ver con Víctor y todo que ver con el agotamiento.

—Todo el mundo siempre me dice que soy fuerte —dijo, y su voz se quebró apenas—. Que soy una luchadora. Que me levanto siempre. Pero nadie… nadie parece darse cuenta de que estoy cansada de serlo. De que a veces no quiero ser fuerte. A veces quiero… quiero…

—¿Qué? —pregunté, acariciando su mejilla con el dorso de la mano, sintiendo el frío de su piel.

—Quiero que alguien me diga que puedo caer —susurró—. Que no pasa nada si me derrumbo. Que no tengo que aguantar todo sola.

La tomé de la mano. Era un gesto pequeño, íntimo, que contrastaba con la furia que todavía ardía en mi interior.

—Puedes caer —dije—. Puedes derrumbarte. Puedes llorar hasta quedarte sin lágrimas. Y yo estaré aquí para recogerte. Eso es lo que puedo hacer, Lucía. Eso es lo que soy para ti. Tu red. Tu suelo cuando el mundo se tambalea.

Ella me miró durante largos segundos, procesando. Luego asintió, una vez, y dejó que la guiara hacia un banco cercano, lejos de la acera donde Víctor había intentado reclamarla como si fuera un objeto que le perteneciera.

Sentados en el banco, con el sol de la tarde cayendo oblicuo sobre nosotros, le propuse lo que llevaba días queriendo sugerir.

—Necesitas poner una denuncia formal —dije, eligiendo las palabras con cuidado—. No solo por ti. Por todas las demás. Porque Víctor no va a parar, Lucía. Y cuanto antes actuemos, más difícil será para él escapar.

Ella se quedó quieta. Vi cómo sus manos se entrelazaban en su regazo, cómo sus nudillos se volvían blancos por la presión.

—Tengo miedo —confesó, finalmente—. Miedo a que no me crean. De que me miren como si fuera una tonta que se enamoró del tipo equivocado. De que digan que firmé los papeles, que soy responsable, que…

—Lucía —interrumpí, suavemente—. Escúchame. No voy a intentar convencerte. No voy a decirte que no tengas miedo, porque el miedo es real y es válido. Pero quiero que sepas algo: la decisión es tuya. Tuya sola. Yo estaré a tu lado si decides hacerlo, y también si decides no hacerlo. No voy a decidir por ti. Nunca.

Ella me miró con sorpresa. Era evidente que esperaba la presión, el «Debes hacerlo por tu bien», la lógica aplastante que tantos habían usado antes para invalidar sus miedos.

—¿De verdad? —preguntó, incrédula.

—De verdad —confirmé—. Es tu vida. Tu trauma. Tu ritmo. Yo solo puedo ofrecerte compañía, no dirección.

Algo cambió en su expresión. Fue sutil, casi imperceptible, pero profundo. Como si una última barrera se hubiera resquebrajado, como si finalmente hubiera encontrado algo que había estado buscando sin saberlo: el respeto a su autonomía, incluso en medio del caos.

—Gracias —dijo, y su voz sonó más ligera, casi asombrada—. Por… por no ser como los demás.

—Solo soy como soy —respondí, encogiéndome de hombros—. Y eso incluye quererte lo suficiente como para dejarte elegir tu propio camino, aunque me muera de ganas de cargarte en brazos y llevarte lejos de todo esto.

Ella sonrió. Fue una sonrisa pequeña, frágil, pero real. Y en ese momento, con el peligro de Víctor todavía acechando y el futuro incierto, supe que habíamos dado un paso importante. No hacia la solución, sino hacia la confianza.

Esa noche, después de acompañar a Lucía a casa de mi abuela, donde ella la recibió con el pretexto de «Necesito ayuda para doblar la ropa», que ambas sabían que era una excusa para mantenerla cerca, recibí la llamada de Héctor.

—Tengo algo —dijo, sin saludar, con la voz tensa de quien ha encontrado noticias que no quería encontrar.

—Dime —respondí, alejándome de la puerta del salón donde Lucía y Carmen reían de algo que no lograba escuchar.

—La empresa fantasma, la que utilizaba Víctor para mover el dinero. No está solo. Hay alguien más al mando. Alguien con acceso a información bancaria, a datos personales, a…

—¿Quién? —interrumpí, sintiendo que el estómago se me cerraba.

—Un ex empleado del banco donde trabaja su amiga —dijo Héctor —. El banco donde Lucía tiene sus cuentas. Donde firmó los préstamos. Alguien que tenía acceso a su historial completo, a sus datos, a su firma digitalizada.

El mundo se encogió hasta convertirse en ese nombre que Héctor pronunció a continuación. Un nombre que no esperaba, que no tenía sentido, que cambiaba todo lo que creíamos saber sobre la red de Víctor.

—Y eso no es todo —continuó Héctor, con la voz grave—. Esta persona… trabaja con Víctor desde el principio. Desde antes de que conociera a Lucía. La eligieron juntos. La marcaron como objetivo desde el día uno.

Apreté el teléfono con tanta fuerza que temí romperlo. Miré hacia el salón, donde Lucía estaba sentada en el sofá, con una taza de té entre las manos, riendo de algo que Carmen decía, con una expresión de paz que no merecía ser destrozada.

—¿Quién es? —pregunté, con la voz apenas un susurro, temiendo la respuesta.

Héctor me lo dijo. Y en ese instante, con el nombre resonando en mi cabeza como una sentencia de muerte, supe que la batalla que creíamos que acababa de empezar, en realidad, llevaba años gestándose. Y que Lucía estaba en el centro de una trama mucho más oscura y peligrosa de lo que jamás habíamos imaginado.

Capítulo 29



Lucía

Necesitaba desconectar. Desconectar de la amenaza de Víctor, de la revelación de que había sido elegida como objetivo desde el principio, de la certeza de que alguien en el banco donde Alba trabajaba había conspirado para destruirme. Necesitaba unas horas en las que mi cerebro dejara de dar vueltas alrededor del peligro, de las deudas, de la sensación constante de estar siendo observada.

Carmen lo sabía. Lo sabía por la forma en que me miraba por las mañanas, con esos ojos azules que parecían ver a través de todas mis mentiras de «Estoy bien». Lo sabía porque me encontraba revolviendo el cajón de la cocina a las tres de la mañana, buscando té para calmarme. Lo sabía, y había decidido actuar.

—Mañana vendrás a comer —anunció el viernes por la tarde, mientras doblábamos sábanas en el jardín—. Una tarde normal. Sin móviles, sin noticias, sin hombres amenazantes. Solo nosotras, la brisa y quizás unos vecinos.

Debería haber sospechado. Debería haber escuchado la alarma que sonó débilmente en mi cabeza cuando dijo «Quizás unos vecinos». Pero estaba demasiado cansada, demasiado agradecida por la promesa de normalidad, como para analizar las palabras de una mujer que llevaba ochenta y seis años perfeccionando el arte de la manipulación emocional.

La tarde normal de Carmen consistió en lo siguiente:

A las cuatro de la tarde, el jardín de su casa estaba lleno de gente. No dos o tres vecinas, como yo había imaginado. Media urbanización. La señora del tercero, que había sido Miss Málaga en su juventud. El matrimonio de la esquina que coleccionaba antigüedades y no paraba de hablar de un jarrón Ming que nadie había visto nunca. Los gemelos de la casa de enfrente, que tenían treinta años y seguían viviendo con su madre. Y, para completar el cuadro, el cura del barrio, que pasaba por allí casualmente porque Carmen le había dicho que había tarta de queso casera.

Alejandro llegó a las cinco, cuando yo ya estaba horrorizada, sentada en un banco de mimbre con una copa de limonada que la señora del tercero me había obligado a aceptar, escuchando cómo contaba su historia de Miss Málaga por cuarta vez.

Me miró con una mezcla de compasión y diversión que me hizo querer estrangularlo.

—Tu abuela está intentando casarnos —susurré cuando se sentó a mi lado, robándome la copa de limonada y bebiendo un sorbo.

—Empiezo a sospecharlo —respondió, observando el caos organizado que se desarrollaba a nuestro alrededor.

—¿Y no vas a hacer nada? —Protesté, sintiendo que el pánico social se mezclaba con el estrés de los últimos días.

—¿Qué quieres que haga? Es mi abuela —dijo, encogiéndose de hombros con una naturalidad que me irritó profundamente.

—No sé. Recuérdale que estamos en el siglo XXI. Que las personas no se emparejan como ganado en un mercado. Que yo no necesito ser presentada a media docena de vecinos como si fuera tu prometida.

Alejandro se rio. Esa risa profunda que vibraba en su pecho y que, a pesar de mi indignación, logró relajar mis hombros unos centímetros.

—Lo sabe perfectamente —dijo, devolviéndome la copa—. Precisamente por eso es peligrosa. Conoce todas las reglas modernas, y las usa en nuestra contra. Si intentamos escapar, organizará algo peor mañana. Es mejor dejarse llevar y fingir que no nos damos cuenta.

Miré alrededor. Carmen estaba en el centro de todo, con su vestido de seda y sus perlas, dirigiendo la conversación como una directora de orquesta. Cada vez que alguien preguntaba cómo nos habíamos conocido, ella sonreía con misterio. Cada vez que alguien comentaba qué pareja más guapa hacíamos, ella no desmentía. Estaba construyendo una narrativa, una historia de amor perfecta que no existía, o que existía de una forma mucho más complicada, y nosotros éramos sus títeres.

—Es una psicópata —murmuré, pero sin convicción, porque en el fondo sabía que lo hacía con cariño.

—Es una estratega —corrigió Alejandro—. Y en este momento, está ganando.

Durante la tarde, mientras los vecinos iban y venían y la tarta de queso disminuía peligrosamente, Carmen sacó las fotografías. Esa era su arma secreta, su movimiento final en la partida de ajedrez que estaba jugando contra nuestra resistencia emocional.

—Alejandro, cariño, trae el álbum de la estantería —ordenó, con esa voz dulce que no admitía desobediencia.

Él obedeció, y pronto estábamos sentados los tres en el porche, con un álbum de fotos antiguas sobre las rodillas, mientras los vecinos se dispersaban por el jardín dando sorbos a sus copas.

Vi a un niño serio, de unos cinco años, organizando bloques de colores por tamaño y forma con una concentración que resultaba cómica en alguien tan pequeño. Vi a un adolescente de trece, con el pelo largo y una chaqueta de cuero que gritaba rebeldía, mirando a cámara con desafío. Vi a un joven de veinte, en una ceremonia de graduación, con la mandíbula tensa y los ojos tristes, como si ya entonces sintiera el peso de las expectativas familiares.

—Quería ser pintor —dijo Carmen, señalando una foto de Alejandro con un caballete en el jardín, a los dieciséis años—. Pero su padre quería que fuera arquitecto. Su abuelo había sido arquitecto. Era una tradición.

Miré a Alejandro. Él estaba callado, con una expresión nostálgica que no le había visto nunca.

—Nunca lo habías dicho —murmuré.

—No suele salir en conversación —respondió, encogiéndose de hombros—. Fue hace mucho tiempo. Ahora soy arquitecto. Y soy bueno en ello.

—Pero… —empecé, y me detuve, porque no quería remover algo que él había enterrado.

—Pero nada —dijo Carmen, interrumpiendo con la autoridad de quien ha visto demasiado—. Mi nieto es brillante. Pero olvidó durante años que la brillantez no tiene por qué venir acompañada de soledad. Hasta que te encontró.

Me quedé callada, sintiendo que el cumplido era también una trampa, una forma de hacerme responsable de su felicidad.

Pero luego Carmen cambió de registro. Empezó a hablar de mí. De cómo llegaba puntual cada jueves, incluso cuando llovía. De cómo nunca cancelaba una cita, ni siquiera cuando estaba resfriada. De cómo se había quedado una vez hasta medianoche cuando Carmen tuvo una crisis de ansiedad, aunque al día siguiente tenía que levantarse a las cinco.

—Nunca abandona a nadie —dijo Carmen, mirando a Alejandro con significado—. Nunca piensa en ella. Siempre en los demás. Es su don y su maldición.

Alejandro me miró. Realmente me miró, con una intensidad nueva, como si estuviera encajando las piezas de un rompecabezas que hasta entonces no había entendido.

—Ya lo había notado —dijo, suavemente.

Cuando los vecinos se fueron, cuando el sol se puso sobre el jardín dejando todo en tonos dorados y violetas, Carmen nos dejó solos con la excusa de que necesitaba descansar. Pero antes de irse, me tomó la mano y me la apretó con fuerza.

—Cuídate, niña —dijo, con una seriedad que no había mostrado en toda la tarde—. Y déjate cuidar. Eso es más difícil de lo que parece.

Cuando desapareció en la casa, nos quedamos Alejandro y yo en el porche, con el silencio de la noche veraniega envolviéndonos. Estábamos sentados cerca, pero sin tocarnos, con el álbum de fotos cerrado sobre la mesa entre nosotros.

—Tu abuela es… —empecé, buscando la palabra.

—¿Imposible? —Sugirió él.

—Efectiva —corregí—. Consiguió exactamente lo que quería. Que me olvidara de todo durante unas horas. Que viera a ese niño serio que fuiste. Que entendiera de dónde viene tu necesidad de control.

Alejandro asintió, mirando el jardín oscuro.

—Y yo he visto otra cosa —dijo, girándose hacia mí—. He visto a una mujer que nunca falta, que nunca abandona, que está siempre ahí para los demás. Pero que no sabe pedir ayuda. Que no sabe decir que no. Que no sabe descansar.

—Sé descansar —mentí, débilmente.

—No —dijo, y su voz era suave pero firme—. No sabes. Y tu problema, Lucía, es que crees que vales lo que puedes hacer por los demás. Que tu utilidad define tu valor. Que, si dejas de ser útil, dejas de merecer amor.

La frase me golpeó como un puñetazo en el estómago. Quise reír, quise hacer un chiste sarcástico, quise decirle que no sabía de qué hablaba. Pero no pude. Porque tenía razón. Y eso dolía más que cualquier otra cosa.

Me quedé callada, con los ojos fijos en mis manos, sintiendo que se me cerraba la garganta. Él no me presionó. No dijo «¿Verdad que tengo razón?», no intentó consolarme, no me abrazó. Solo esperó, dándome el espacio para procesar, para admitir, para llorar si necesitaba hacerlo.

—Es más fácil —dije finalmente, con la voz ronca—. Es más fácil ser útil que ser vulnerable. Si estoy ocupada cuidando de los demás, no tengo tiempo de pensar en lo vacía que estoy por dentro. En lo sola que me siento cuando no hay nadie que necesite nada de mí.

Alejandro asintió. Se acercó un poco más, pero todavía no me tocó. Respetando mis límites incluso cuando yo misma no sabía dónde estaban.

—Puedes ser vulnerable conmigo —dijo, simple y llanamente—. Puedes no ser útil. Puedes estar de pie sin hacer nada por nadie. Y seguirás mereciendo que esté aquí. Eso es lo que intento decirte. Que tu valor no está en lo que das. Está en lo que eres.

Las lágrimas que había estado conteniendo desde que recibí la fotografía de Víctor, desde que descubrí que había sido elegida como objetivo, desde que entendí que nunca había sido un accidente, empezaron a caer. No eran lágrimas de tristeza. Eran de alivio. De la certeza de que alguien finalmente veía el mecanismo defectuoso que llevaba dentro y no intentaba arreglarlo, solo lo aceptaba.

—Esto es peligroso —susurré, secándome las mejillas con el dorso de la mano—. Esto de dejarte ver. De confiar en que no me abandonarás cuando deje de ser útil.

—Es lo más peligroso que existe —confirmó Alejandro, y por primera vez sonrió, una sonrisa triste pero real—. Pero estoy dispuesto a arriesgarme. Si tú también lo estás.

Miré el jardín oscuro, donde los jazmines empezaban a liberar su perfume nocturno. Pensé en Víctor, en la amenaza que acechaba fuera, en el futuro incierto. Y pensé en este hombre, sentado a mi lado, que me veía con tal claridad que resultaba aterrador.

—Estoy dispuesta —dije, y era la verdad más aterradora que había pronunciado en mi vida.

Alejandro extendió la mano sobre la mesa. La dejé ahí, quieta, ofrecida. Y yo la tomé, entrelazando mis dedos con los suyos, sintiendo su calor contra el frío de mi miedo.

En el silencio del jardín, con el perfume de los jazmines y la risa lejana de algún vecino que todavía paseaba, supe que Carmen había conseguido exactamente lo que pretendía. No casarnos, no emparejarnos como ganado. Solo hacernos ver lo que éramos el uno para el otro.

Y eso, en su extraña lógica de ochenta y seis años, era el mejor regalo que podía darnos.

Capítulo 30



Alejandro

Llevaba días buscando el equilibrio exacto entre la ayuda que quería ofrecer y el respeto que ella necesitaba. Era como caminar por una cuerda floja sobre un abismo: un paso en falso, una palabra mal elegida, y todo se derrumbaría. Lucía había pasado demasiado tiempo sintiendo que otros decidían por ella, y yo estaba decidido a no convertirme en uno más de esos hombres que creían saber qué era mejor para ella.

Así que cuando Eduardo Valcárcel, el abogado del bufete donde ella limpiaba, me confirmó que podía recibirnos para revisar su caso, no se lo dije como un hecho consumado. No le dije «He conseguido una cita, vamos mañana». La esperé en el jardín de mi abuela, con el informe que Héctor había preparado bajo el brazo, y se lo planteé como una opción más en su abanico de decisiones.

—He hablado con Valcárcel —dije, cuando ella salió al patio con dos vasos de limonada—. Dice que podría echarle un vistazo a tu caso. Sin compromiso. Sin coste inicial. Solo una consulta para ver si hay margen de actuación.

Lucía dejó los vasos sobre la mesa con un golpe más fuerte de lo necesario. El líquido se derramó, formando un charco que ninguno de los dos intentó limpiar.

—Te dije que no quería que arreglaras mi vida —dijo, con la mandíbula tensa, con esa voz que usaba cuando el orgullo se mezclaba con el miedo.

—Lo sé —respondí, manteniendo la calma, sin levantarme, sin invadir su espacio—. Y no estoy arreglándola.

—¿Entonces? —Protestó, con los brazos cruzados sobre el pecho, creando la barrera defensiva que conocía tan bien.

—Estoy dándote información para que tú decidas —dije, despacio, eligiendo cada palabra—. Valcárcel es un buen profesional. Tiene experiencia en fraudes financieros. Podría decirte que no hay nada que hacer, o podría decirte que hay opciones. Pero la decisión de ir, de escucharlo, de seguir adelante o no… es tuya. La diferencia importa, Lucía.

Ella me miró durante largos segundos. Vi cómo sus ojos buscaban el engaño, la trampa, la segunda intención. Vi cómo sus hombros bajaban milímetros cuando no la encontraba.

—La diferencia importa —repitió, como si estuviera probando las palabras en su boca.

—Importa —confirmé—. Porque tú eres quien conduce este coche. Yo solo te estoy señalando que hay un taller en la siguiente salida. Si quieres parar, paramos. Si quieres seguir, seguimos. Pero la dirección la eliges tú.

Fue la primera vez que vi una grieta real en su armadura. No se derrumbó, no se lanzó a mis brazos agradecida. Pero asintió. Una vez, con la cabeza ladeada, con una expresión de vulnerabilidad que me hizo querer abrazarla y que me obligó a quedarme quieto.

—Vamos —dijo finalmente—. Pero tú vienes conmigo. No para hablar por mí. Para… para estar ahí.

—Para estar ahí —repetí, como una promesa.

La consulta fue diferente a lo que esperaba. Valcárcel no nos recibió en su despacho imponente del bufete, sino en una sala de reuniones pequeña, con vistas a un patio interior, con libros viejos en las estanterías y una planta que sobrevivía milagrosamente en un rincón. Era un hombre de sesenta y tantos años, con el pelo blanco y una sonrisa que parecía auténtica.

Lucía se sentó erguida, con las manos entrelazadas sobre la mesa, con la voz firme cuando explicó su situación. Yo estaba en una silla al fondo, cerca de la puerta, presente pero invisible, exactamente donde ella necesitaba que estuviera.

Valcárcel escuchó sin interrumpir. Tomó notas. Pidió ver los documentos que Lucía había traído, los contratos, las firmas, los correos que había conservado de Víctor. Y cuando terminó de revisarlos, suspiró. No era un suspiro de derrota. Era el suspiro de quien ha encontrado algo.

—Hay pruebas suficientes para demostrar fraude —dijo, y las palabras cayeron en la habitación como piedras preciosas—. Las firmas no coinciden en varios documentos. Hay inconsistencias en las fechas. Y el patrón coincide con otros casos que he visto.

Lucía se quedó inmóvil. Durante un segundo temí que se hubiera quedado sin aliento.

—¿Significa que…? —empezó, y su voz se quebró.

—Significa que podemos pelear —dijo Valcárcel, suave pero firme—. Pero necesitarán paciencia. No será rápido. Podrían pasar meses, incluso años, antes de que se resuelva. Y no hay garantías de que recuperen todo el dinero. Pero podemos congelar las deudas, podemos demostrar que no son suyas, podemos limpiar su nombre.

Lucía asintió. Su rostro era un mosaico de emociones que se sucedían demasiado rápido para nombrarlas. Alivio, porque alguien finalmente la creía. Rabia, porque había tenido que llegar a este punto. Tristeza, porque el daño ya estaba hecho y no había forma de borrarlo.

Cuando salimos de la consulta, el sol de la tarde golpeaba fuerte en la calle. Lucía caminaba a mi lado, en silencio, con los documentos apretados contra el pecho como si fueran un escudo. No dije frases bonitas. No prometí que todo saldría bien, que el dinero volvería, que la justicia prevalecería. No sabía si sería cierto, y ella ya había sufrido demasiadas mentiras piadosas.

Simplemente caminé con ella. A su ritmo. Cuando ella se detuvo frente a una iglesia antigua, me detuve. Cuando ella siguió, seguí. Cuando sus pasos se volvieron lentos, arrastrados, ajusté mi velocidad a la suya sin quejarme, sin presionarla.

Fue el paseo más largo y más corto de mi vida. Largo porque recorrimos kilómetros sin hablar. Corto porque habría querido que durara eternidades, que ese momento de compañía silenciosa se extendiera hasta el fin del mundo.

Por la noche, en casa de Carmen, nos sentamos en el patio cuando ya había caído la oscuridad. Mi abuela se había retirado temprano, dejándonos solos con el sonido de la fuente y el perfume de los jazmines nocturnos. Lucía estaba en el banco de mimbre, con las piernas recogidas contra el pecho, mirando el cielo estrellado.

La tensión entre nosotros había cambiado de calidad. No era solo la atracción física que nos había consumido desde el principio, esa necesidad voraz de piel contra piel. Era algo más denso, más peligroso. Confianza. La certeza de que podía mostrarle mis grietas y no se aprovecharía de ellas. La seguridad de que ella podía mostrarme las suyas sin que intentara soldarlas a la fuerza.

—Me da miedo quererte —dijo de repente, sin girarse hacia mí, con la voz tan baja que apenas la oí por encima del murmullo del agua.

Me quedé quieto. Literalmente paralizado, con el vaso de agua a medio camino de los labios, con el corazón martilleando a una velocidad que me pareció audible. Era la primera vez que ella reconocía que sentía algo. No dijo «Que me gustes», ni «Que me atraigas». Quererte. Con todas las implicaciones que esa palabra conllevaba. Con el riesgo, con la vulnerabilidad, con la posibilidad de que todo terminara en desastre.

Quise responder. Quise decirle que yo también tenía miedo, que el miedo era el precio de entrada, que valía la pena pagarlo. Quise cruzar el espacio entre nosotros y tomarla en mis brazos y prometerle que nunca le haría daño, aunque supiera que las promesas son mentiras que aún no se han descubierto.

Pero antes de que pudiera articular palabra, antes de que el silencio se convirtiera en respuesta, sonó el teléfono.

Era el fijo de la casa, ese sonido antiguo y estridente que cortó el momento como un cuchillo. Nos miramos, los dos, con la frustración tangible de quien ha estado a punto de tocar algo precioso y ve cómo se le escapa entre los dedos.

—Déjalo —susurró ella.

Pero yo sabía que no podía. Que a estas horas solo podía ser una persona. Que el mundo real, con sus amenazas y sus peligros, no nos iba a permitir ni siquiera esta pequeña burbuja de intimidad.

Contesté. La voz de Héctor sonó al otro lado, tensa, agitada, diferente a su tono habitual de bromista imperturbable.

—Alejandro —dijo, sin preámbulos—. Tenemos un problema. Un problema grande.

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo que el estómago se me cerraba.

—Hemos descubierto quién está ayudando a Víctor. Quién le pasaba la información del banco. Quién elegía a las víctimas.

—¿Quién? —La pregunta salió como un susurro.

Héctor me lo dijo. Y el nombre que pronunció fue como un puñetazo en la oscuridad. Alguien que conocíamos. Alguien en quien Lucía confiaba. Alguien que había estado cerca de ella todo este tiempo, sonriendo, escuchando, observando.

Colgué lentamente. Lucía me miraba, con los ojos abiertos, con el miedo regresando a su rostro como una marea que creía haber contenido.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, y su voz tembló.

La miré. Realmente la miré, con la terrible certeza de que el mundo acababa de volverse aún más peligroso de lo que pensábamos. Y supe que la frase que iba a pronunciar iba a destrozar algo que acabábamos de empezar a construir.

—Necesito que te sientes —dije, acercándome a ella, tomándole la mano—. Y necesito que respires hondo. Porque lo que voy a decirte… va a doler.

Capítulo 31



Lucía

El nombre cayó en el patio como una losa de mármol. Lo escuché desde lejos, como si la voz de Héctor viniera filtrada a través del agua, distorsionada, irreconocible. Pero no era irreconocible. Era demasiado familiar. Demasiado cercano. Alguien que había estado en mi vida mucho antes de Víctor, mucho antes de las deudas, mucho antes de esta pesadilla.

Samuel.

Mi compañero de trabajo en la empresa de eventos donde estuve antes de conocer a Víctor. El Samuel que me había presentado a Víctor en una fiesta de Navidad, diciendo «Tenéis que conoceros, sois tal para cual». El Samuel que sabía dónde trabajaba, a qué hora salía, quiénes eran mis amigas, dónde vivía mi madre.

El amigo que había estado sentado a mi lado en el bar, riendo de mis desgracias, compartiendo su propia historia de traición, fingiendo ser víctima cuando en realidad era otro depredador.

—No es posible —fue lo único que conseguí decir, y mi voz sonó extrañamente calmada, como si mi cerebro se hubiera desconectado temporalmente para protegerme del impacto.

Héctor continuó hablando, pero sus palabras llegaban en fragmentos. Víctor no actuaba solo. Nunca lo había hecho. Samuel era el cerebro, el estratega, el que se encargaba de localizar personas vulnerables. El que sabía exactamente qué decir para ganarse la confianza de alguien. El que había estudiado psicología, que sabía identificar los puntos débiles, que elegía a las víctimas como un cazador elige la presa más fácil.

No era Víctor quien había elegido todo. Había sido Samuel. Samuel, quien le había señalado mi nombre en una lista. Samuel, quien le había dado mi historial bancario, lo había robado de la base de datos de la empresa donde trabajaba antes. Samuel, quien había planeado cada paso, cada acercamiento, cada momento de la estafa.

Y luego estaba la otra información. La que hizo que el suelo se tambaleara bajo mis pies. Samuel no solo había ayudado a Víctor a destruirme económicamente. También había estado vigilándome desde entonces. Los mensajes anónimos. La foto tomada desde lejos. La raya en la puerta del portal. No era solo intimidación. Eran control. Un sistema de seguimiento meticuloso, diseñado para mantenerme en el límite, para que no denunciara, para que viviera con el miedo constante de que sabían dónde estaba en cada momento.

—¿Carmen? —pregunté de repente, interrumpiendo a Héctor, con el corazón en la garganta—. ¿Saben lo de Carmen?

Alejandro se puso rígido a mi lado. Su expresión cambió, se oscureció, se volvió peligrosa. No era la furia explosiva, la que grita y rompe cosas. Era la otra. La fría, la calculadora, la que yo había visto brevemente cuando apareció Víctor en la calle. La que me daba más miedo porque significaba que estaba pensando, planificando, midiendo consecuencias.

—No lo sabemos —dijo Héctor, al otro lado de la línea—. Pero es probable. Si Samuel tiene acceso a tu información bancaria antigua, probablemente también tenga acceso a registros de contratos de limpieza, direcciones de clientes…

Estaba sentada en el banco de mimbre, con la espalda recta, mirando al frente sin ver nada. El jardín se había vuelto un borrón de verdes y negros, con el sonido de la fuente distante, como si estuviera bajo el agua.

Esperaba el derrumbe. Esperaba que las lágrimas llegaran, que el cuerpo empezara a temblar, que la respiración se convirtiera en jadeos de pánico. Era lo habitual. Era mi patrón. El mundo me golpeaba y yo me derrumbaba, luego reconstruía los muros, luego seguía adelante.

Pero esta vez no ocurrió.

Respiré. Una vez, profunda, sintiendo el aire entrar en los pulmones, llenándolos, expandiendo el pecho. Otra vez. Y otra. Miré la información que Héctor había enviado por mensaje: fotos de Samuel con Víctor, extractos de conversaciones, movimientos bancarios que coincidían con las fechas de mis préstamos.

Y dije:

—Vale.

Alejandro se giró hacia mí. Héctor, que había llegado a casa de Carmen mientras hablábamos por teléfono, me miró con la boca abierta. Incluso Carmen, que había salido al patio atraída por la tensión, me observó con sorpresa.

—¿Vale? —Repitió Alejandro, como si no hubiera entendido la palabra.

Asentí. Una vez, con la cabeza firme, con la mirada clara por primera vez en meses.

—Sí —dije—. Estoy cansada de tener miedo.

La frase flotó en el aire nocturno. Simple, directa, absoluta. Estaba cansada de saltar cada vez que sonaba el teléfono. Cansada de mirar por encima del hombro. Cansada de dejar que Samuel, Víctor, y todos los depredadores como ellos dictaran cómo vivía mi vida.

—Tenemos que ir a la policía —continué, y mi voz sonó firme, ajena a mí misma—. Tenemos que contarle todo a Valcárcel. Tenemos que proteger a Carmen. Y tenemos que dejar de reaccionar y empezar a actuar.

Alejandro me observó. Realmente me observó, con esa intensidad suya que solía hacerme sentir expuesta. Pero esta vez no sentí vergüenza. Sentí… ¿orgullo? No, eso sería pretencioso. Pero sí una especie de reconocimiento. Como si finalmente estuviera viendo a la persona que él había estado viendo todo el tiempo.

—Esa eres tú —dijo, casi para sí mismo—. Esa es la Lucía de la que me estoy enamorando.

La frase me golpeó con una fuerza que no esperaba. No porque fuera nueva, sabía lo que sentía, lo sabía desde hacía tiempo, sino porque la estaba asociando con este momento. Con la versión de mí que podía estar aterrada y aun así seguir adelante. La que podía recibir la peor noticia posible y, en lugar de derrumbarse, levantar la cabeza y decir «Vale, vamos a pelear».

—No estoy segura de merecer eso —respondí, con honestidad.

—Yo sí lo estoy —dijo él, y en su voz no había duda.

Esa noche, después de que Héctor se fuera con la promesa de preparar un informe completo para la policía, después de que Carmen se durmiera con la certeza de que mañana reforzaríamos la seguridad de la casa, Alejandro me acompañó a mi piso.

Caminamos en silencio, pero era un silencio diferente. No era la tensión de antes, ni la necesidad de llenar el vacío con palabras. Era complicidad. Era el silencio de dos personas que habían visto el abismo y habían decidido caminar juntas hacia él.

Llegamos a mi portal. La raya que había visto días antes seguía ahí, pero ahora parecía diferente. Ya no era una marca de miedo. Era evidencia. Era prueba de que habíamos estado viviendo bajo amenaza y que estábamos a punto de terminar con ello.

Me detuve antes de entrar. Me giré hacia Alejandro, que me miraba con esa expresión suya de «Estoy aquí, haz lo que necesites».

—Gracias —dije, y la palabra sonó insuficiente, pequeña para lo que quería expresar.

—No tienes que darme las gracias —respondió, con la voz suave.

—Sí tengo —insistí, acercándome un paso—. Porque esta vez no estoy sola. Y porque… —hice una pausa, buscando las palabras—. Y porque nunca había querido a alguien sabiendo que podía confiar en que no me salvaría, sino que me acompañaría.

Él abrió la boca para responder, pero no le dejé.

Fui yo quien me acerqué. Yo quien puso las manos en su pecho, sintiendo el latido de su corazón bajo mis palmas. Yo quien me puse de puntillas y atraje su boca hacia la mía.

No fue un beso de desesperación. No fue el beso de la noche en que me encontró aterrorizada, buscando olvidar el miedo. No fue el beso de necesidad, de urgencia, de «Sálvame».

Fue un beso de elección. Lento, deliberado, consciente. Porque quería. Porque había decidido que él valía la pena, que nosotros valíamos la pena, que, aunque el mundo se desmoronara a nuestro alrededor, este momento de conexión era real y merecía ser vivido.

Él respondió con la misma intensidad calmada. Sus manos subieron a mi cintura, no para apretar, no para reclamar, sino para sostener. Para decirme que estaba ahí, que no se iba, que mi fuerza no lo asustaba ni mi vulnerabilidad lo abrumaba.

Cuando nos separamos, nuestras frentes se tocaron. Respiramos el aire del otro, compartiendo el espacio íntimo que solo existe entre dos personas que han decidido ser honestas.

—A partir de ahora, todo se pondrá más difícil —susurré.

—Lo sé —respondió.

—Y probablemente pasará mucho tiempo antes de que esto termine.

—Lo sé —repitió, y besó mi frente—. Pero ahora ya no es tu batalla sola. Es nuestra.

Asentí contra su pecho, sintiendo el calor de su cuerpo contra el frío de la noche. Y por primera vez desde que todo empezó, desde que Víctor apareció en mi vida como un príncipe encantado que resultó ser un monstruo, sentí que el final de la historia podía ser diferente.

No porque alguien viniera a salvarme.

Sino porque finalmente había encontrado a alguien que me enseñaba que podía salvarme a mí misma, y que estaría ahí para celebrarlo cuando lo lograra.

Y eso, pensé mientras subía las escaleras hacia mi piso con su presencia todavía vibrando en mis labios, era mucho más valioso que cualquier cuento de hadas.

Capítulo 32



Lucía

Estaba feliz. Y eso me aterrorizaba.

No era el tipo de felicidad ruidosa, de esas que se celebran con confeti y selfies en Instagram. Era una felicidad silenciosa, casi sospechosa, que se había instalado en mi pecho como un inquilino que no había pedido permiso para quedarse. Me despertaba con el sabor de su nombre en los labios, no literalmente, aunque algunas mañanas, cuando se había quedado a dormir, sí literalmente, y me dormía con la certeza de que al día siguiente volvería a verlo. Y eso, esa simple certeza de que alguien quería estar en mi vida de forma permanente, me resultaba más aterrador que todo lo que había vivido con Víctor.

Porque yo había aprendido una lección muy clara durante mis veintinueve años: cuando la vida te sonríe, es porque está a punto de darte una paliza.

—Estás esperando que te pase algo —dijo Alba, sin levantar la vista de la manicura que se estaba haciendo en mi salón.

Estábamos sentadas en el suelo, con las piernas cruzadas, rodeadas de revistas viejas y botellas de esmalte que ella había traído en una bolsa de tela. Era martes por la tarde, mi día libre, y en lugar de descansar como debería, estaba consumiéndome por dentro mientras mi mejor amiga me pintaba las uñas de un rojo pasión que yo no me había pedido.

—No sé de qué hablas —mentí, mirando el techo agrietado como si fuera la cosa más interesante del mundo.

Alba dejó el pincel sobre el bote y me miró con esos ojos verdes que me conocían demasiado bien.

—Lucía. Llevas una semana sonriendo como una idiota. Alejandro te ha llevado a cenar tres veces. Te ha comprado un libro que mencionaste de pasada en una conversación sobre el tiempo. Ayer te vi mirando su perfil de Instagram con una cara de… —hizo una pausa dramática— …de enamorada.

—No estaba mirando su perfil —protesté, sintiendo que la cara me ardía—. Estaba… comprobando que no había subido fotos comprometedoras.

—Claro. Y yo me hago la manicura para practicar cirugía plástica.

Suspiré. No tenía sentido mentirle. Alba tenía un radar emocional que funcionaba mejor que el GPS de cualquier móvil.

—Vale —admití, encogiéndome de hombros—. Estoy feliz. Es un problema.

Alba arqueó una ceja, esperando.

—Es que… —busqué las palabras, moviendo la mano que ella no estaba pintando— …cuando algo va demasiado bien, es porque viene el golpe. Es la ley de Murphy, o la ley de Lucía, o no sé cómo se llama, pero siempre pasa. Mi padre murió cuando todo parecía ir bien. Víctor apareció cuando pensaba que merecía algo bueno. Y ahora… —miré hacia la ventana, hacia el mar que brillaba a lo lejos— …y ahora tengo a Alejandro, que es perfecto, y eso significa que en cualquier momento va a pasar algo horrible.

Alba dejó el esmalte sobre la mesa. Se sentó frente a mí, con una seriedad que no le sentaba bien.

—Estás esperando que Alejandro te haga daño —dijo. No era una pregunta.

—No —respondí, automáticamente.

—Sí.

—No.

—Lucía.

El silencio se extendió entre nosotras. El sonido de la calle subía por la ventana abierta: niños jugando, el vendedor de fruta gritando sus ofertas, la vida normal que seguía su curso ajena a mis neurosis.

—Vale —suspiré, derrotada—. Un poco. Estoy esperando a que me demuestre que es como los demás. Que tiene un lado oscuro, o que se aburre, o que… no sé, que descubra que soy un desastre y se vaya corriendo.

Alba me tomó las manos, ignorando la pintura fresca en mis uñas.

—Alejandro no es Víctor —dijo, con una firmeza que me dolió en el pecho—. Víctor era un depredador. Alejandro es… bueno, es un pesado controlador, pero es bueno. Y te quiere. Y tú le quieres. Y eso no es sinónimo de desastre.

—El miedo no funciona con lógica, Alba —susurré, sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas que no quería derramar—. Yo sé que es diferente. Lo sé aquí —golpeé mi sien con el dedo índice—. Pero aquí —me puse la mano sobre el estómago— siento que en cualquier momento todo se va a ir a la mierda.

Alba me abrazó. Olía a su perfume habitual, a café y a algo dulce que siempre llevaba en el pelo.

—Entonces disfruta del momento —dijo contra mi hombro—. Porque si todo se va a la mierda igual, al menos habrás tenido esto. Habrás tenido al arquitecto pesado que te mira como si fueras la octava maravilla del mundo.

No respondí. Porque tenía razón. Y porque tenía miedo.

Alejandro llegó a las siete, puntual como un reloj suizo, con una botella de vino blanco y una expresión nerviosa que nunca le había visto. Llevaba una camisa azul clara y vaqueros oscuros. Parecía un anuncio de colonia cara, y yo parecía una limpiadora que acababa de terminar su turno, porque eso era exactamente lo que era.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, por tercera vez desde que entró por la puerta.

—No —respondí, ajustándome el vestido que Alba me había obligado a ponerme—. Pero mi madre me ha amenazado con venir ella misma a Málaga si no te presento formalmente, así que aquí estamos.

Alejandro tragó saliva. Era divertido verlo así, al hombre que controlaba edificios enteros, que dominaba salas de juntas y que hablaba con inversores como si fueran niños pequeños, sudar ante la perspectiva de conocer a Mercedes Márquez, una viuda de cincuenta y seis años que vivía en un pueblo de cien habitantes y que coleccionaba recetas de cocina como si fueran armas.

—Tranquilo —dije, cogiéndole de la mano, sintiendo su palma húmeda contra la mía—. Solo es mi madre. No es un dragón.

—Tu madre es una leyenda —murmuró Alejandro, mientras bajábamos las escaleras—. Me has contado historias. Sobre la escoba. Sobre el vecino que intentó ligar contigo y ella le echó el agua de fregar.

—Exageré un poco —mentí.

—No exageraste nada.

El coche de Alejandro era cómodo, demasiado cómodo, con asientos de cuero que olían a nuevo y a algo que no podía identificar, pero que seguramente costaba más que mi alquiler. Durante el trayecto de cuarenta minutos hasta el pueblo de mi madre, Alejandro condujo en silencio, con la mandíbula tensa.

—Oye —dije, poniendo la mano sobre su muslo—. Si te comportas así, vas a darle miedo. Relájate. Es solo una comida.

—Es el primer paso —dijo él, sin apartar la vista de la carretera.

—¿El primer paso hacia qué?

Alejandro me miró entonces. Un vistazo rápido, pero intenso, antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Hacia todo —respondió, simple y llanamente.

Mi corazón dio un vuelco que intenté ignorar.

Mi madre nos recibió en la puerta de su casa, con su delantal de flores y el pelo recién teñido de un cobrizo sospechoso. Nos observó desde el umbral durante cinco segundos que parecieron cinco horas, con los ojos brillantes de curiosidad y algo más que no supe identificar.

—Madre, te presento a Alejandro —dije, sintiendo que la voz me salía más aguda de lo normal—. Alejandro, mi madre, Mercedes.

Alejandro extendió la mano, con esa educación suya que parecía de otra época.

—Encantado, señora Márquez.

Mercedes no le dio la mano. En su lugar, se cruzó de brazos y lo examinó de arriba abajo con la eficiencia de quien compra melones en el mercado.

—Alto —dijo, como si estuviera tomando nota mental—. Bien vestido. Buena postura. Ojos honestos. Pero eso se puede fingir.

—Mamá —siseé, sintiendo que la cara me ardía.

Ella me ignoró. Siguió analizando a Alejandro, que se había quedado rígido, con la mano todavía extendida en el aire, en una posición ridícula que me hizo querer morirme y reírme al mismo tiempo.

—Entra —dijo finalmente Mercedes, dándose la vuelta—. Pero que quede claro que estoy observando.

La casa olía a guiso de pollo y a algo especiado que mi madre solo cocinaba cuando quería impresionar o interrogar. Alejandro se sentó en el sofá de la sala, con la espalda perfectamente recta, como si estuviera en una entrevista de trabajo para la NASA.

—¿Quiere algo de beber? —preguntó mi madre, desde la cocina.

—Agua está bien, gracias —respondió Alejandro.

—No tiene gracia —dijo Mercedes, asomando la cabeza por la puerta—. Digo, si va a ser el novio de mi hija, tiene que aguantar mi vino casero. Aunque le deje ciego.

—Mamá, por favor…

—Acepto el vino —dijo Alejandro, con una sonrisa nerviosa—. Y no me importaría quedar ciego, si es por una buena causa.

Mercedes lo observó durante un segundo. Luego, para mi sorpresa, esbozó una sonrisa.

—Tiene sentido del humor —dijo, volviendo a la cocina—. Eso es bueno. La otra vez que vino un novio de Lucía, no dijo ni dos palabras en toda la tarde. Luego resultó que era un estafador. Así que prefiero que hablen mucho y sean sospechosos antes que callados y honestos.

Alejandro me miró con los ojos muy abiertos. Yo me encogí de hombros, impotente.

Capítulo 33



Lucía

La comida fue un interrogatorio disfrazado de tertulia. Mi madre le preguntó a Alejandro por su trabajo.

—Arquitecto, ¿eh? ¿Y eso de qué le sirve a mi hija? ¿Le va a construir una casa?

Por su familia.

—¿Su abuela es doña Carmen? ¿La que tiene la villa con los jazmines? Esa señora tiene fama de lista.

Y por sus intenciones. Fue en esta última pregunta donde todo se detuvo.

Mi madre dejó el tenedor sobre el plato. El sonido resonó en la sala pequeña como un disparo. Nos miró a los dos, alternativamente, con una seriedad que recordaba a su difunto padre cuando le quitaba el coche prestado.

—Vamos al grano —dijo—. ¿Qué intenciones tiene con mi hija, joven?

Quise desaparecer. Quise convertirme en vapor y evaporarme por la ventana. Quise gritar «Mamá, por favor, estamos en el siglo XXI», pero mi voz se había quedado atascada en algún punto entre el estómago y la garganta.

Alejandro se quedó inmóvil. Vi cómo su cuello se ponía rojo, cómo sus manos buscaban algo que hacer sobre la mesa, cómo su boca se abría y se cerraba sin emitir sonido. Era la primera vez que le veía sin palabras, y en cualquier otra circunstancia habría disfrutado del espectáculo.

—Mamá, eso no se pregunta así…

—Cállate, hija —dijo Mercedes, sin apartar la vista de Alejandro—. Estoy hablando con él.

El silencio se extendió. Afuera, un perro ladró a lo lejos. Dentro, el reloj de pared hacía tic-tac con una crueldad exagerada.

Finalmente, Alejandro respiró hondo. Se enderezó en la silla. Y habló con una sinceridad que me desarmó por completo.

—Buenas —dijo, simple y llanamente.

Mercedes parpadeó. Una, dos veces.

—¿Buenas? —Repitió, como si no hubiera entendido la palabra.

—Buenas intenciones —aclaró Alejandro, con la voz más firme ahora—. Quiero cuidar de ella. Quiero que sea feliz. Quiero… —me miró a mí, y en sus ojos vi algo que me hizo querer llorar— …quiero estar en su vida, señora Márquez. No para arreglarla, porque su hija no necesita que nadie la arregle. Solo para acompañarla. Y si eso significa quedarme ciego con su vino, o soportar interrogatorios incómodos, o venir aquí todos los domingos a comer pollo, lo haré. Porque ella lo vale.

La sala quedó en silencio. Mercedes lo observó durante largos segundos, con una expresión inescrutable. Yo tenía la garganta cerrada por una emoción que no sabía nombrar.

—Respuesta correcta —dijo finalmente Mercedes, volviendo a su plato como si nada—. Pase el pan, por favor.

Y así, con esa simple frase, Alejandro pasó la prueba.

El resto de la tarde transcurrió con una naturalidad que me sorprendió. Alejandro ayudó a mi madre a recoger la mesa.

—Un arquitecto fregando platos, nunca pensé que vería esto —comentó ella, y luego los tres tomamos café en la terraza, con vistas al campo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Mi madre le contó historias de mi infancia, las vergonzosas y las tiernas. Alejandro escuchó con atención genuina, riendo de mis travesuras, compadeciéndose de mis caídas. Y yo los observaba a los dos, mi pasado y mi presente, y sentí algo extraño en el pecho.

Era la primera vez que imaginaba a Alejandro dentro de mi mundo real. No en el jardín de su abuela, no en su casa de diseño, no en restaurantes de lujo. Sino aquí, en este pueblo pequeño, con mi madre hablando demasiado alto y el olor a lavanda que venía del huerto vecino.

Y esa idea me dio vértigo.

Porque significaba que esto era real. Que no era una aventura de verano, una distracción peligrosa, un error temporal. Significaba que estaba permitiendo que se instalara en mi vida, en mi familia, en mi futuro.

—Estás pensando demasiado —susurró Alejandro, cuando mi madre entró a buscar las galletas caseras.

—Es mi especialidad —respondí, intentando sonreír.

—¿En qué piensas?

Miré el horizonte, donde el sol empezaba a descender, tiñendo el cielo de naranjas y rosas.

—En que esto es peligroso —confesé—. En que estoy permitiendo que formes parte de cosas que nunca pensé que compartiría con nadie.

Alejandro tomó mi mano. La apretó suavemente.

—Puedo irme si quieres —dijo, y su voz no tenía reproche—. Puedo retroceder, dar un paso atrás, dejar que tengas tu espacio.

Negué con la cabeza. Porque ya era tarde. Porque ya estaba dentro.

—No quiero que te vayas —susurré—. Y eso es lo que me aterra.

Él sonrió. Esa sonrisa suya que iluminaba todo, que hacía que el vértigo pareciera una sensación excitante en lugar de aterradora.

—Entonces nos aterramos juntos —dijo.

Mi madre salió en ese momento con una bandeja de galletas, y nos encontró sonriendo como dos idiotas. Pero no dijo nada. Solo arqueó una ceja y dejó la bandeja sobre la mesa, con una expresión de satisfacción que me hizo sospechar que llevaba meses planeando este momento.

La llamada de Eduardo Valcárcel llegó cuando ya estábamos de vuelta en Málaga, sentados en la terraza de mi piso, con el vino que mi madre nos había obligado a llevarnos y el sonido de las olas a lo lejos.

Alejandro contestó en altavoz, con la seriedad profesional que adoptaba cuando hablaba de trabajo.

—Tengo buenas noticias —dijo Valcárcel, y su voz sonaba diferente, más ligera—. Hemos encontrado pruebas sólidas. Movimientos bancarios que conectan a Víctor con cuentas en paraísos fiscales. Firmas falsificadas que un perito calígrafo ha confirmado que no son de Lucía. Y, lo mejor: hemos localizado a otras víctimas. Mujeres dispuestas a declarar. Hay un patrón, Alejandro. Un patrón claro que la fiscalía no podrá ignorar.

Sentí que el aire entraba de golpe en mis pulmones. Como si hubiera estado conteniendo la respiración durante meses sin darme cuenta.

—¿Significa eso que…? —empecé, con la voz temblorosa.

—Significa que podemos congelar las deudas de forma definitiva —dijo Valcárcel—. Y que Víctor Castaño va a tener que responder ante la justicia. No será rápido, Lucía. Pero es un paso enorme. Estás a salvo. O al menos, más cerca de estarlo.

Cuando colgamos, Alejandro me miró con una expresión triunfante que me hizo querer besarlo y llorar al mismo tiempo.

—¿Lo oíste? —dijo, tomándome las manos—. Estás a salvo. Se acabó.

Asentí, con lágrimas corriendo por mis mejillas que no podía detener. Eran lágrimas de alivio, de rabia contenida, de la sensación de que finalmente, después de tanto tiempo, la justicia iba a llegar.

Alejandro me abrazó. Me estrechó con fuerza, balanceándonos suavemente, mientras yo lloraba contra su pecho como una niña.

—Lo conseguiste —susurró—. Fuiste valiente, y lo conseguiste.

—Lo conseguimos —corregí, aunque la voz salió ahogada.

Estábamos así, abrazados en la terraza, con el futuro finalmente empezando a parecer un lugar habitable, cuando sonó el ping de mi móvil.

Intenté ignorarlo. Intenté seguir en ese momento perfecto, en ese abrazo que parecía protegerme de todo. Pero el sonido volvió a repetirse. Insistente. Agresivo.

Alejandro se separó lo suficiente para mirarme.

—¿No vas a verlo? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Puede esperar —dije, limpiándome las lágrimas con el puño.

Pero algo en su expresión me alertó. Una sombra que cruzó sus ojos, una tensión en su mandíbula.

—Lucía —dijo, con voz grave—. Míralo.

Cogí el teléfono con dedos torpes. Era un correo electrónico. Remitente desconocido. Asunto: «Para que no olvides».

Mi estómago se cerró antes de abrirlo.

El archivo adjunto tardó una eternidad en descargarse. Cuando finalmente se abrió, sentí que la sangre se helaba en mis venas.

Era una fotografía.

Alejandro y yo. En la terraza de mi piso. Abrazados. Tomada desde lejos, desde algún edificio cercano, con un zoom que hacía que pareciéramos insectos bajo un microscopio. Se veían perfectamente mi cara, mi expresión de felicidad, mis lágrimas. Se veía su mano en mi cintura, mi cabeza contra su pecho. Se veía todo.

Y debajo, una frase escrita con letras negras, grandes, imposibles de ignorar:

«Todo lo que quieres desaparece.»

El teléfono se me escapó de las manos. Cayó sobre la mesa de la terraza con un ruido sordo que pareció resonar en todo el edificio.

—¿Qué pasa? —preguntó Alejandro, alarmado.

No pude hablar. Solo señalé la pantalla, con la mano temblando, con el corazón martilleando en mi pecho como si intentara escapar.

Alejandro cogió el teléfono. Vi cómo su expresión cambiaba. Cómo se oscurecía. Cómo la furia volvía a su rostro, pero esta vez fría, calculadora, peligrosa.

—Carlos —dijo, con la voz apenas un susurro—. O Víctor. No importa quién. Saben dónde vives. Saben que estamos juntos.

Miré alrededor, hacia la oscuridad que nos rodeaba. De repente, las sombras de la terraza parecían amenazantes. Cada ventana iluminada en los edificios cercanos podía esconder una lente. Cada ruido en la calle podía ser él.

La felicidad que había sentido minutos antes se evaporó como humo. Porque tenían razón.

Todo lo que quería estaba justo aquí, en esta terraza, en estos brazos. Y ahora sabían exactamente cómo hacerme daño. No atacándome a mí. Atacándonos.

Capítulo 34



Alejandro

La fotografía me quemaba en la retina como una marca de hierro caliente. La veía cada vez que cerraba los ojos: Lucía en mis brazos, vulnerable, feliz, expuesta a la mirada de cualquier loco que se escondiera en las sombras con un teleobjetivo. Y debajo, esa frase. Esa promesa velada de destrucción.

No dormí en toda la noche. Mientras Lucía se aferraba a mí en la cama, con el sueño agitado de quien ha recibido una amenaza directa, yo permanecí despierto, mirando el techo, midiendo cada sombra, calculando distancias y ángulos de ataque. Mi mente funcionaba como siempre lo había hecho ante un problema: buscando soluciones, estructuras, controles.

A las seis de la mañana, cuando el sol empezaba a filtrarse por las persianas, ya había tomado decisiones. Llamé a Héctor. Desperté a un tipo de seguridad privada que conocía de Madrid. Busqué en internet empresas de instalación de cámaras y sistemas de alarma. Para cuando Lucía se despertó, yo tenía un plan completo, detallado, impecable.

—Tengo una solución —anuncié, sentado en el borde de la cama, con el portátil abierto sobre las rodillas.

Ella se incorporó lentamente, frotándose los ojos, con el pelo cayendo en desorden sobre su cara. Parecía tan frágil en ese momento que sentí un nudo en la garganta que me impedía respirar con normalidad.

—¿Qué hora es? —murmuró, aún adormilada.

—Las siete. Escucha, he contactado con una empresa de seguridad. Van a venir esta mañana a instalar cámaras en todas las entradas del edificio. También he hablado con un guardaespaldas que puede empezar mañana mismo. Y Héctor está buscando un apartamento seguro, en una urbanización cerrada, donde…

—Espera —interrumpió Lucía, y su voz cambió, se volvió aguda, alerta—. ¿Qué?

Repetí la información, más lentamente esta vez, pensando que quizás no había captado los detalles por el sueño.

—Cámaras de seguridad. Un guardaespaldas las veinticuatro horas. Y un nuevo piso, con control de acceso, donde nadie pueda llegar hasta ti sin pasar por tres puertas blindadas.

Lucía se quedó quieta. Demasiado quieta. Vi cómo su expresión pasaba de la confusión a la incredulidad, y de la incredulidad a algo que me resultó familiar: rabia.

—No —dijo, simple y llanamente.

—Lucía, es por tu seguridad…

—He dicho que no —repitió, y esta vez su voz temblaba, pero no de miedo. De furia contenida.

Se levantó de la cama, buscando su ropa por el suelo, moviéndose con una agresividad que no le había visto nunca.

—No puedes convertir mi vida en una prisión —espetó, tirando la camiseta por encima de la cabeza—. No puedes llegar aquí y decidir que voy a vivir como una reclusa porque tú tienes miedo.

—No es miedo —respondí, levantándome también, intentando mantener la calma—. Es precaución. Es lógica. Víctor o Carlos o quien sea está observándote, fotografiándote, amenazándote. Necesitas protección.

—¿Y quién decide qué protección necesito? —Se giró hacia mí, con los ojos brillando de una forma peligrosa—. ¿Tú?

—Estoy intentando protegerte —dije, y mi voz salió más fuerte de lo que pretendía, con un deje de frustración que no logré disimular.

—¡Lo sé! —gritó ella, y el sonido resonó en la habitación pequeña—. ¡Sé que intentas protegerme! ¡Pero no quiero volver a sentir que alguien decide por mí!

La frase cayó entre nosotros como una losa de mármol. Lucía se quedó inmóvil, con la respiración agitada, con las manos temblando a los lados. Y yo… yo sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Porque en ese instante, con la claridad que solo proporcionan los errores monumentales, comprendí exactamente qué estaba haciendo.

Estaba repitiendo el patrón. El mismo patrón que Víctor había utilizado para destruirla. No con la intención de dañarla, eso era cierto. Mi objetivo era exactamente el opuesto: salvarla, cuidarla, mantenerla a salvo. Pero el mecanismo era idéntico. Decidir por ella. Determinar qué era mejor para su vida sin consultarla. Quitarle la agencia, la autonomía, la capacidad de elegir.

Me senté en el borde de la cama, con las piernas fallándome. El portátil se cerró con un golpe sordo que ni siquiera noté.

Lucía seguía de pie frente a mí, con los brazos cruzados sobre el pecho, creando esa barrera defensiva que ya empezaba a conocer demasiado bien.

—Víctor también decía que sabía lo que era mejor para mí —dijo ella, y su voz había bajado, había perdido la furia inicial, había sido reemplazada por algo más doloroso—. Firmaba papeles por mi bien. Tomaba decisiones por mi bien. Me aislaba de mis amigos por mi bien. Y yo… yo le dejaba. Porque pensaba que, si alguien me cuidaba, debía confiar en él ciegamente.

Cerré los ojos. La verdad de sus palabras me atravesaba como cuchillos afilados.

—Tienes razón —dije, y las palabras me supieron amargas, raras, incompletas.

El silencio que siguió fue denso, cargado de electricidad. Cuando abrí los ojos, Lucía me miraba con una expresión de pura sorpresa.

—¿Acabas de admitir que tengo razón? —preguntó, incrédula.

—No te acostumbres —murmuré, intentando recuperar algo de dignidad, pero sin fuerzas para mantener la fachada de control.

Y entonces ocurrió algo inesperado. Lucía se rio. No una risa burlona, ni una risa nerviosa. Una risa breve, auténtica, que iluminó su rostro por un segundo y rompió la tensión que nos mantenía congelados.

—Dios, Alejandro —dijo, pasándose una mano por el pelo—. Eres un caso.

—Lo sé —respondí, y por primera vez en horas, sentí que podía respirar—. Lo sé y lo siento. No debería haber… no debería haber organizado todo eso sin hablar contigo. Es solo que… —busqué las palabras, sintiendo la verdad emerger a través del orgullo herido— …es solo que cuando vi esa foto, cuando leí esa amenaza, sentí que el mundo se me caía encima. Y mi reacción natural es controlar. Es estúpido, es insuficiente, es… es lo único que sé hacer para no volverme loco.

Lucía se acercó. Se sentó a mi lado en la cama, dejando un espacio prudente entre nosotros, pero cerca. Lo suficientemente cerca como para que pudiera oler su champú, su piel, ese olor a ella que se había convertido en mi ancla.

—No quiero que te vuelvas loco —dijo, suavemente—. Pero tampoco quiero que me conviertas en un proyecto. En algo que necesita ser arreglado o protegido o guardado bajo llave.

Asentí, mirando mis manos, esas manos que habían diseñado edificios enteros pero que ahora parecían torpes e inútiles.

—¿Qué necesitas? —pregunté finalmente, y la pregunta salió genuina, vulnerable, sin filtros.

Ella me miró. Realmente me miró, con esa intensidad suya que siempre me hacía sentir expuesto.

—Necesito que me preguntes —dijo—. Antes de decidir cosas por mí. Necesito que confíes en que puedo protegerme, aunque a veces necesite ayuda. Y necesito… —hizo una pausa, tragando saliva— … necesito saber que, si algún día digo que no a algo, lo respetarás. Aunque creas que es peligroso. Aunque creas que sabes mejor que yo.

—Lo haré —prometí, y era la promesa más importante que había hecho en mi vida.

La tensión se disolvió lentamente durante el resto de la mañana. No desapareció por completo, pero se transformó en algo más manejable, una corriente subterránea en lugar de un tsunami. Preparamos café juntos en silencio, con una complicidad nueva, como si el argumento nos hubiera despojado de capas innecesarias y ahora pudiéramos vernos más claramente.

Fue esa noche, cuando ya estábamos en el sofá con una botella de vino que no terminamos, cuando la conversación derivó hacia lugares que normalmente evitábamos.

—Hablaste de tu ex —dijo Lucía de repente, girando el vaso entre sus dedos—. La otra noche, con mi madre. Dijiste que tu antigua pareja quería la vida perfecta que podías ofrecerle.

Me quedé quieto. No era un tema que soliera compartir. Mi relación con Marta había sido un fracaso privado, una herida que había dejado cicatrizar en silencio.

—¿Quieres que te cuente? —pregunté, más para ganar tiempo que por genuina duda.

—Solo si quieres —respondió ella, y su voz tenía esa cualidad especial que había aprendido a reconocer: la de quien está dispuesta a escuchar sin juzgar.

Me serví otro trago de vino. No porque lo necesitara, sino porque necesitaba algo que hacer con las manos.

—Estuve comprometido —empecé, y las palabras sonaron extrañas, antiguas, pertenecientes a otra vida—. Hace cinco años. Con Marta. Era… era todo lo que se suponía que debía querer. Inteligente, ambiciosa, elegante. Quería casarse en la Catedral de Madrid, quería una casa en el barrio de Salamanca, quería… —hice una pausa, buscando la forma de expresarlo— …quería la vida que yo podía construirle.

Lucía asintió, sin interrumpir.

—Pero no me quería a mí —continué, y la verdad me supo amarga, aunque ya no doliera como antes—. Quería al arquitecto famoso. Al hombre que aparecía en las revistas. Al que podía ofrecerle cenas con políticos y viajes a París. Cuando intentaba mostrarle quién era realmente… cuando intentaba ser vulnerable, o débil, o simplemente humano… ella se impacientaba. Me decía que no era el momento. Que debía mantener la imagen. Que el éxito requería sacrificios.

—¿Y tú sacrificaste quién eras? —preguntó Lucía, suavemente.

—Todo —respondí, mirando el fondo de mi vaso—. Hasta que un día me di cuenta de que había construido una vida perfecta para una persona que no existía. Y que la persona real, la que estaba debajo de todo ese éxito, se estaba muriendo de soledad.

El silencio se extendió entre nosotros. Afuera, el sonido de la ciudad nocturna nos envolvía, lejano, indiferente.

—Nos utilizaron —dijo Lucía finalmente, y su voz tenía un tono de revelación—. A los dos. A mí por dinero. A ti por tu posición.

Levanté la vista. Ella me miraba con una comprensión que no había esperado encontrar en los ojos de nadie.

—Quizá por eso nos entendemos —continuó ella—. Porque ambos sabemos lo que es ser el medio para un fin. Lo que es que alguien te quiera por lo que puedes darle, no por quién eres.

—Tú me ves —dije, y la frase salió como un susurro, como una confesión—. Aunque no tenga nada que ofrecerte. Aunque mi vida sea un desastre y mi necesidad de control te vuelva loca. Me ves.

Lucía sonrió. Era una sonrisa triste, pero real.

—Y tú me ves a mí —respondió—. Con mis deudas, mi orgullo estúpido, mi miedo constante a que todo se vaya al carajo. Me ves, Alejandro. Eso es… eso es raro.

—Es todo —corregí.

Nos miramos durante largos segundos. El vino olvidado sobre la mesa, la noche avanzando fuera de la ventana, el mundo reducido a este espacio de dos personas que finalmente se entendían.

Estábamos a punto de irnos a la cama, cuando sonó mi teléfono. La pantalla iluminó la habitación con un resplandor blanco que me hizo fruncir el ceño. Eran casi las doce. Nadie llamaba a esa hora con buenas noticias.

Miré el nombre. Carmen.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Mi abuela nunca llamaba tan tarde. Ni siquiera cuando quería recordarme algo trivial. Tenía una obsesión con el descanso adecuado que incluía prohibir llamadas después de las diez.

—¿Abuela? —contesté, con la voz tensa.

—Alejandro —respondió ella, y su voz sonó diferente. Débil. Lejana —. No te alarmes, cariño.

—¿Qué pasa? —Me puse de pie de un salto, con el corazón martilleando en el pecho.

—Estoy en el hospital —dijo, y jadeé, pero ella continuó rápidamente—: No es grave. Solo un mareo. Me encontraron en el jardín, me trajeron aquí para revisarme. Ya estoy bien. Solo quería que lo supieras.

Lucía se había levantado también, observándome con los ojos muy abiertos, con las manos presionadas contra el pecho en un gesto de contención.

—Voy para allá —dije, ya buscando las llaves con la mano libre.

—No, no hace falta —dijo Carmen—. Es tarde. Mañana vienes. Estoy bien, te lo prometo.

—Abuela…

—Alejandro —su voz cambió, adquiriendo una seriedad que cortó mi protesta—. Escúchame. Antes de que vengas mañana… hay algo que debes saber.

Me quedé quieto. La habitación pareció enfriarse varios grados.

—¿Qué? —pregunté, con la voz apenas un susurro.

Hubo una pausa. El sonido de la respiración de mi abuela, entrecortada, cansada. Y luego, las palabras que hicieron que el suelo se tambaleara bajo mis pies.

—Creo que sé quién está detrás de todo —dijo Carmen—. Creo que sé quién ayuda a ese hombre. Y es alguien que conocemos. Alguien cercano.

—¿Quién? —Exigí, con la urgencia apretándome la garganta.

Pero Carmen no respondió. En su lugar, escuché una voz de fondo, la de una enfermera, probablemente, diciendo que debía descansar.

—Mañana —dijo mi abuela, y su voz se debilitó—. Mañana te lo cuento todo. Pero ven temprano, Alejandro. Y ten cuidado. Ten mucho cuidado.

La llamada se cortó.

Me quedé inmóvil en medio del salón, con el teléfono pegado a la oreja, con la mente dando vueltas en círculos violentos. Lucía se acercó, me tocó el brazo, pero apenas lo noté.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, alarmada.

—Mi abuela —respondí, con la voz ronca—. Está en el hospital. Dice que no es grave. Pero… —miré a Lucía, y vi mi propio terror reflejado en sus ojos— …pero dice que sabe quién está detrás de todo esto. Que es alguien cercano.

El silencio que siguió fue absoluto. Incluso el ruido de la ciudad pareció detenerse.

Y en ese silencio, mientras mirábamos el uno al otro con la certeza de que el peligro estaba mucho más cerca de lo que pensábamos, supe que la noche había sido demasiado corta. Que el momento de paz que habíamos compartido era solo eso: un momento. Una tregua antes de la tormenta.

—Mañana —dijo Lucía, como si leyera mis pensamientos.

—Mañana —confirmé.

Pero mientras apagaba las luces y preparaba las llaves para salir corriendo hacia el hospital, no pude evitar pensar en la advertencia de mi abuela.

Alguien cercano.

Y en la oscuridad de la habitación, mientras Lucía se aferraba a mi mano buscando consuelo, me pregunté si alguna vez habíamos estado realmente a salvo.

O si el enemigo siempre había estado sentado a nuestra mesa.

Capítulo 35



Lucía

La habían traído en un coche oscuro que olía a hospital y a desinfectante, con una manta sobre las piernas a pesar de que hacía veinticinco grados en la calle. Carmen salió del vehículo apoyándose en el brazo de Alejandro, con la espalda más encorvada de lo habitual y una expresión de pura indignación pintada en el rostro.

—No pienso pasar mi vida en un hospital —anunció, antes de que sus pies tocaran el suelo del jardín—. Ni un día más. Mejor me muero aquí, entre mis jazmines, que en una habitación con cortinas verdes y una tele que solo pone documentales de animales.

Alejandro intentó sujetarla por el codo, pero ella se liberó con un gesto que habría sido elegante si no hubiera tambaleado ligeramente al hacerlo.

—Abuela, el médico dijo que necesitas descanso —insistió él, con esa voz de preocupación contenida que había estado utilizando desde la noche anterior.

—El médico es un imbécil —replicó Carmen, avanzando hacia el porche con pasos cortos, irregulares—. Tiene treinta años y me habla como si fuera una niña. «Doña Carmen, debe cuidar su tensión». ¿Mi tensión? Llevo ochenta y seis años con mi tensión, jovencito. Sé más de mi cuerpo que tú de tus radiografías.

La seguí, con el corazón en un puño, observando cómo se agarraba a la barandilla de madera con los nudillos blancos por la fuerza. Parecía más frágil de lo que quería admitir, pero también más obstinada que nunca.

—Doña Carmen —dije, acercándome por el otro lado, bloqueándole el paso hacia las escaleras—. Si no se sienta ahora mismo en esa mecedora, llamo a la ambulancia yo misma.

Ella me miró con sorpresa. Luego con algo que parecía… ¿orgullo?

—¿Me estás regañando? —preguntó, con una ceja arqueada.

—Le estoy recordando que no es invencible —respondí, cruzando los brazos—. Y que, si se cae y se rompe una cadera, voy a tener que cuidarla día y noche, y entonces sí que va a ver lo que es un regaño de verdad. Tengo palabras guardadas desde hace meses. No me tiente.

Carmen me observó durante unos segundos que parecieron eternos. Luego, para mi sorpresa, soltó una carcajada. Una risa ronca, auténtica, que resonó en el jardín silencioso.

—Eres una impertinente —dijo, pero había cariño en la voz—. Ven aquí.

Me acerqué, pensando que necesitaba apoyo para caminar. Pero en lugar de eso, me tomó la mano con fuerza sorprendente para alguien que acababa de salir del hospital.

—Te has convertido en mi nieta —dijo, simple y llanamente—. La que me regaña. La que me cuida. La que me hace sentir que merece la pena seguir adelante, aunque sea para fastidiarla.

Sentí que la garganta se me cerraba. No respondí. No podía.

Alejandro nos observaba desde unos metros de distancia, con una expresión que no supe interpretar. Parecía haber descubierto algo, como si hubiera encajado una pieza de un rompecabezas que llevaba tiempo intentando resolver. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, asintió una vez, casi imperceptiblemente.

Y supe, sin que nadie dijera nada, que él también lo había visto. Que yo ya pertenecía a esa familia. No por sangre, no por papel, sino por algo más fuerte: por elección.

Nos sentamos en el porche, los tres, con una tetera de hierbabuena que yo había preparado entre protestas de Carmen del tipo «Prefiero café, hija, esto sabe a pienso». El sol de la mañana caía suave, iluminando el jardín con una luz dorada que parecía mentir sobre la gravedad de la situación.

Carmen sorbió su té en silencio durante unos minutos, observando el jardín como si estuviera memorizándolo. Luego dejó la taza sobre la mesa con un sonido sordo.

—Es hora de que sepáis la verdad —dijo, y su voz había cambiado, había perdido el tono burlón para volverse grave, seria.

Alejandro se enderezó en la silla. Yo dejé de mover la cuchara en mi taza.

—Hace años —empezó Carmen, mirando al frente, hacia los limoneros—, un hombre acudió a mí. No era el primero, ni sería el último. Siempre hay gente que quiere comprar esta casa, este terreno. Creen que una viuda sola es presa fácil.

Hizo una pausa, respirando hondo.

—Pero este hombre era diferente. No quería la casa. Quería una propiedad antigua que tengo cerca de Málaga. Un terreno que heredé de mi padre, que nadie conoce, que está en un pueblo olvidado donde ahora, por supuesto, quieren construir un resort de lujo. Un terreno que ahora vale… —sonrió con amargura— …una fortuna.

Alejandro frunció el ceño.

—¿Por qué no nos dijiste nada?

—Porque sospeché que algo no estaba bien —respondió ella, girándose hacia nosotros—. El hombre no actuaba como un comprador normal. Era demasiado insistente, demasiado… desesperado. Y cuando investigué un poco, descubrí que no trabajaba solo. Estaba conectado con empresas de construcción sospechosas. Con gente que hacía desaparecer obstáculos.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

—Me negué, por supuesto —continuó Carmen—. Le dije que nunca vendería. Que ese terreno era de mi familia, de mi sangre, y que lo enterraría conmigo antes que dejar que lo destrozaran con hormigón y cemento.

—¿Y qué pasó? —pregunté, con la voz apenas un susurro.

—No desapareció —dijo ella, y ahora había miedo en sus ojos, una sombra que no le había visto nunca—. Siguió investigando. Intentó acercarse a través de terceros. Envió flores, cartas, incluso intentó sobornar a algún vecino para que me convenciera. Y luego… luego empezaron las llamadas extrañas. Los silencios al otro lado de la línea. La sensación de ser observada.

Alejandro se puso de pie de golpe, con la mandíbula tensa.

—¿Por eso el otro día…?

—Por eso —confirmó Carmen—. Porque ahora sé quién es. O, mejor dicho, sé quién lo envía. No es solo Víctor Castaño, ni ese tal Carlos. Hay alguien más detrás. Alguien que lleva años queriendo ese terreno. Y ahora… ahora sabemos el motivo por el que han estado tan interesados en Lucía.

Me quedé quieta. El mundo pareció detenerse.

—¿En mí? —pregunté, incrédula.

Carmen asintió, con una tristeza profunda.

—Porque descubrieron que tú y yo somos cercanas. Que te considero familia. Y pensaron… pensaron que, si te destruían a ti, si te convertían en una víctima desesperada, yo vendería el terreno para ayudarte. Para salvarte.

La culpa me golpeó como un puñetazo en el estómago. Físico, real, nauseabundo.

—Entonces todo esto… —empecé, con la voz temblando— …todo empezó por mí. Por mi relación contigo. Si yo no hubiera entrado en tu vida, si no hubiera sido tu cuidadora…

—No —interrumpió Carmen, y su voz salió firme, casi severa.

—Pero…

—¡No! —repitió, y me tomó la mano con fuerza, obligándome a mirarla a los ojos—. Escúchame bien, Lucía. Escúchame porque no pienso repetirlo.

El silencio cayó sobre el porche. Incluso los pájaros parecieron callar.

—Las personas malas no hacen daño porque las personas buenas sean débiles —dijo Carmen, despacio, articulando cada palabra como si fueran piedras preciosas—. Lo hacen porque ellos son malos. Punto. No hay excusa, no hay justificación, no hay cadena de eventos que explique su crueldad. Víctor es un depredador. Carlos es un cómplice. Y el hombre que quiere mi terreno es un ladrón disfrazado de empresario. Tú no eres el problema, Lucía. Eres la víctima. Y dejar de sentirte culpable es el primer paso para dejar de serlo.

Las palabras me atravesaron con una fuerza que me dejó sin aliento. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas, calientes, traicioneras, que no podía detener.

—Pero si no hubiera…

—Si no hubieras sido tú, habrían sido otras —interrumpió Alejandro, y su voz era suave pero rotunda—. Héctor encontró documentación. Otras víctimas. Otras mujeres que Víctor destruyó antes de conocerte. No eras especial para él, Lucía. Solo eras conveniente. Y eso… —hizo una pausa, acercándose, arrodillándose frente a mí— …eso significa que su maldad no es tu responsabilidad.

Miré a los dos. A Carmen, con sus ochenta y seis años de sabiduría y coraje. A Alejandro, con su necesidad de proteger luchando contra su deseo de respetar mi autonomía. Y sentí que algo se rompía dentro de mí, una pared que había construido hacía tanto tiempo que había olvidado que existía.

—No sé cómo dejar de sentirme culpable —confesé, y las lágrimas finalmente cayeron, libres, descontroladas.

Carmen me acarició la mano con sus dedos frágiles pero fuertes.

—Empieza por creernos —dijo—. Y luego, poco a poco, empieza por creerte a ti misma.

Pasé el resto del día en un estado extraño, suspendido entre el alivio y la confusión. Alejandro se ocupó de los trámites médicos, de llamar al abogado, de reforzar la seguridad de la casa sin que llegara a ser opresiva. Carmen durmió la siesta en su habitación, recuperando fuerzas, mientras yo paseaba por el jardín como un fantasma, procesando todo lo que había escuchado.

Cuando el sol empezó a ponerse, me encontré sentada en el banco de piedra del rincón más alejado, donde los jazmines trepaban por la pared blanca y el olor era casi embriagador. No lloraba ya, pero sentía la garganta cerrada, el pecho pesado, la sensación de que años de culpa reprimida intentaban salir de una vez.

Escuché sus pasos antes de verlo. Alejandro se acercó sin prisa, sin hablar, y se sentó a mi lado dejando un espacio prudente entre nosotros. No intentó tocarme. No intentó consolarme con palabras vacías.

Estuvimos en silencio durante largos minutos, mirando cómo el sol se hundía en el Mediterráneo, tiñendo el cielo de naranjas y violetas que parecían promesas.

—He llorado más en estos dos meses que en los últimos cinco años —dije finalmente, sin girarme hacia él.

—El llanto es bueno —respondió él, simple y llanamente.

—Odio llorar. Me hace sentir débil.

—Te hace sentir humana.

Me giré para mirarlo. Tenía el perfil iluminado por la luz dorada del atardecer, con la mandíbula tensa y las manos apoyadas en las rodillas. Parecía un monumento a la contención, a la fuerza quieta.

—Carmen tiene razón —dije, con la voz ronca—. No soy responsable de la maldad de otros. Lo sé aquí —golpeé mi sien con el dedo—. Pero aquí —me puse la mano sobre el pecho— sigo sintiendo que, si hubiera sido más lista, más desconfiada, más…

—¿Más qué? —interrumpió, girándose hacia mí—. ¿Más fría? ¿Más cínica? ¿Más como crees que deberías ser para no haber sufrido?

No respondí. Porque esa era exactamente la pregunta.

Alejandro se movió entonces. No hacia mí, sino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, entrelazando los dedos.

—Mi padre murió porque intentaba ser fuerte —dijo, y su voz era diferente, más íntima, más vulnerable—. Porque creía que pedir ayuda era debilidad. Que mostrar cansancio era fracaso. Y yo crecí creyendo eso. Creyendo que debía controlarlo todo, arreglarlo todo, sostenerlo todo solo. Hasta que Marta se fue. Hasta que el trabajo casi me mata. Hasta que te encontré a ti y descubrí que el control es solo una ilusión que nos creamos para no sentirnos desprotegidos.

Me quedé quieta, escuchando. Era la primera vez que hablaba así, sin filtros, sin la armadura de arquitecto exitoso y hombre seguro de sí mismo.

—No puedo prometerte que no te harán daño —continuó, mirando al frente—. No puedo prometerte que Víctor desaparecerá o que el terreno de mi abuela estará seguro o que mañana no recibiremos otra amenaza. Pero puedo prometerte que no tienes que sostenerlo todo sola. Que puedes llorar. Que puedes sentirte débil. Que puedes… —su voz se quebró ligeramente— …que puedes dejarme sostenerte.

La frase flotó en el aire entre nosotros, pesada, sincera, aterradora.

Y entonces hice algo que no había hecho en años. Algo que me aterrorizaba más que cualquier deuda, más que cualquier amenaza de Víctor.

Me dejé caer.

No metafóricamente. Literalmente. Dejé que mi cuerpo se inclinara hacia el lado, dejé que mi cabeza cayera sobre su hombro, dejé que mis lágrimas mojaran su camisa. Dejé de sostenerme. Dejé de ser fuerte. Dejé de ser la mujer que limpiaba casas ajenas con una sonrisa, la que cuidaba de ancianas sin quejarse, la que se reía de sus propias desgracias para no llorar.

Alejandro no se movió. No dijo «No llores», no buscó soluciones, no intentó arreglar nada. Simplemente levantó el brazo y me rodeó los hombros, apretándome contra él con una fuerza suave, protectora, inquebrantable.

Y allí, en ese jardín de Málaga, con el sol poniéndose sobre nosotros y el olor a jazmines flotando en el aire, permití que alguien me sostuviera.

Por primera vez en años.

Por primera vez desde que mi padre murió, desde que Víctor me destruyó, desde que aprendí que confiar en alguien era el primer paso hacia el dolor.

Permití que Alejandro fuera mi fuerza, solo por unos minutos. Permití que me viera deshecha, vulnerable, rota.

Y en lugar de huir, en lugar de sentirse incómodo o abrumado, simplemente apoyó su mejilla en mi pelo y respiró hondo.

—Tengo miedo —susurré contra su pecho, con la voz ahogada.

—Yo también —respondió él, y la honestidad de la admisión me reconfortó más que cualquier promesa de protección.

Permanecimos así hasta que el sol desapareció completamente y el jardín se sumió en la penumbra azulada de la noche. Y cuando finalmente me separé, secándome las lágrimas con el puño, sentí algo diferente en el pecho.

No era felicidad. Era esperanza. La esperanza de que quizás, después de todo, merecía la pena dejarse sostener.

Capítulo 36



Lucía

Cuando llegué a su casa, el sol ya se había puesto. Alejandro me había mandado un mensaje escueto a media tarde: «Ven a las ocho.» Nada más. Sin explicaciones, sin contexto, sin la habitual precisión de sus mensajes que solían incluir instrucciones detalladas sobre dónde aparcar o cómo evitar el tráfico.

Me intrigaba. Normalmente, cuando Alejandro organizaba algo, lo hacía con la eficiencia de un director de orquesta: reservas en restaurantes con estrella Michelin, entradas para exposiciones que requerían tres meses de lista de espera, cenas en azoteas privadas con vistas a Madrid. Lo ostentoso no le molestaba; de hecho, parecía sentirse cómodo en esos espacios donde el dinero hablaba más alto que las personas.

Pero esa noche había algo diferente en el aire.

Llamé al timbre y esperé. No abrió inmediatamente, como solía hacer. Escuché ruidos apagados desde el interior, el sonido de algo que se movía y luego sus pasos apresurados. Cuando la puerta se abrió, me quedé paralizada en el umbral.

No llevaba traje. Ni camisa de diseño. Ni zapatos caros. Llevaba vaqueros desgastados, estaba descalzo y llevaba una camiseta gris vieja que le quedaba demasiado grande. Tenía el pelo revuelto, como si se hubiera pasado las manos por él cien veces, y en la mejilla tenía una mancha de algo que sospeché que era aceite de oliva.

—¿Tú has hecho esto? —pregunté, mirando más allá de él, hacia el interior de la casa.

La terraza estaba iluminada por luces de guirnaldas que colgaban del techo de madera, creando un techo de estrellas artificiales que parpadeaban suavemente. Había una mesa pequeña, no la de comedor formal que había visto otras veces, sino una mesa de madera reciclada con dos sillas de jardín. Velas reales, no eléctricas, danzaban con la brisa marina. Y en el fondo, desde algún altavoz invisible, salía música. Jazz suave, viejo, el tipo de música que mi padre escuchaba los domingos por la mañana.

—¿Sin contratar a nadie? —añadí, incrédula, mientras entraba despacio, como si temiera que la escena se desvaneciera si respiraba demasiado fuerte.

Alejandro sonrió. Era una sonrisa nerviosa, vulnerable, la de un niño que ha construido un castillo de naipes y espera que no se derrumbe.

—Sin contratar a nadie —confirmó, frotándose las manos contra los vaqueros—. Bueno, salvo al chico de la pescadería que me ha recomendado cómo hacer la salsa. Y a YouTube. Pero técnicamente no he contratado a nadie.

Me acerqué a la mesa. Había una ensalada de tomate que olía a albahaca fresca. Un plato de jamón cortado con irregularidades evidentes, como si lo hubiera hecho alguien que no dominaba el cuchillo. Y una botella de vino blanco que reconocí: era de los veinte euros, no de los doscientos.

—Estoy orgullosa —dije, y la frase salió con una sinceridad que me sorprendió a mí misma.

—¿Orgullosa? —Alejandro arqueó una ceja—. Normalmente la gente se impresiona por la calidad, no por la falta de ella.

—Por eso —respondí, girándome hacia él—. Porque esto no es para impresionar. Esto eres tú. El verdadero tú. Y eso vale más que cualquier restaurante con estrellas.

Cenamos lentamente. Demasiado lentamente, como si ambos quisiéramos alargar el momento indefinidamente. La comida no era perfecta: el pescado estaba ligeramente pasado en un lado, la salsa tenía demasiado ajo, el pan se había quedado un poco duro. Pero era real. Era él, traducido a ingredientes y fuego, a esfuerzo y a intención.

Hablamos. Por primera vez en semanas, no mencionamos las deudas. No nombramos a Víctor. No discutimos sobre seguridad ni abogados ni amenazas. Hablamos de cosas que parecían triviales, pero que eran el alma misma de quienes éramos.

—Cuando era pequeña —dije, girando el vaso de vino entre mis dedos—, quería ser bibliotecaria. No por los libros, aunque también. Quería serla porque me gustaba la idea de ordenar cosas. De que todo tuviera su sitio. De que cada cosa encajara en un sistema perfecto.

Alejandro se rio, ese sonido grave que vibraba en su pecho.

—Y ahora limpias casas ajenas —dijo, sin malicia—. ¿Te parece lejano?

—No —respondí, pensándolo bien—. Porque al final es lo mismo. Ordenar el caos. Poner cada cosa en su lugar. Solo que ahora el caos es real y el sistema es más… complicado.

—¿Y ya no quieres ser bibliotecaria?

—A veces —admití—. Cuando todo se vuelve demasiado. Cuando pienso que mi vida podría haber sido diferente.

Alejandro dejó el tenedor sobre el plato. Me miró con esa intensidad suya que siempre me hacía sentir expuesta, pero de una forma que ya no me asustaba.

—¿Peor o mejor? —preguntó.

Sonreí. Una sonrisa lenta, pensativa, que venía de algún lugar profundo.

—Simplemente diferente —dije—. Ni peor ni mejor. Diferente. Más tranquila, supongo. Más predecible. Sin estas luces de guirnalda ni este pescado quemado ni… —hice una pausa, mirándolo a los ojos— …ni tú.

El silencio se extendió entre nosotros, cómodo, cálido. La música seguía sonando, ahora una canción más lenta, algo de piano que se mezclaba con el sonido de las olas a lo lejos.

—A veces la vida que no planeas —dijo Alejandro, con la voz baja, casi un susurro— termina siendo la mejor.

Después de cenar, nos quedamos en la terraza. Las velas se consumían lentamente, creando sombras danzantes en las paredes blancas. El vino nos había relajado, pero no era solo el alcohol. Era la ausencia de miedo. La certeza de que, al menos por esta noche, el mundo exterior no existía.

Me senté en el suelo de la terraza, con las piernas cruzadas, mirando el mar que se extendía como un manto negro bajo la luna. Alejandro se sentó a mi lado, cerca, pero sin tocarme, dejando que la distancia entre nosotros fuera una elección, no una barrera.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? —preguntó de repente, rompiendo el silencio.

—¿Mi increíble capacidad para endeudarme? —bromeé, intentando aligerar el momento.

—No —respondió, y su voz era seria—. Tu capacidad para seguir adelante. Para reírte cuando quieres llorar. Para cuidar de los demás cuando nadie te cuida a ti. Es… —buscó la palabra— …es heroico. Y aterrador.

—¿Aterrador?

—Porque me hace querer ser digno de ese esfuerzo —dijo, girándose hacia mí—. Me hace querer ser alguien que merezca que luches por él.

Sentí que el corazón se me aceleraba. No de pánico, no de ansiedad. De algo más puro, más peligroso, más real.

—Ya lo eres —susurré.

Alejandro se movió entonces. Se acercó, lentamente, dándome tiempo de retroceder si quería. Pero no quise. Permanecí quieta mientras sus dedos rozaban mi mejilla, mientras su pulgar acariciaba mi piel, mientras su aliento se mezclaba con el mío.

—¿Estás segura? —preguntó, y la pregunta no era solo sobre el momento presente. Era sobre todo. Sobre nosotros. Sobre si estaba dispuesta a confiar de nuevo.

—Estoy segura —respondí, y era la verdad más absoluta que había pronunciado en años.

Nos besamos. Fue un beso diferente a los anteriores. No había urgencia, no había desesperación, no había necesidad de olvidar el miedo. Solo había confianza. Solo había la certeza de que podía dejarme llevar porque él estaría ahí para sostenerme.

La noche se volvió íntima. Nos movimos hacia el interior de la casa, dejando las velas consumiéndose en la terraza y la música sonando sola. Por primera vez desde que todo empezó, no hubo sombras observándonos. No hubo teléfonos que consultar. No hubo sensación de que el peligro acechaba en cada esquina.

Solo estábamos nosotros. Dos personas rotas que habían encontrado en el otro las piezas que les faltaban.

Y por primera vez, cuando me tendió sobre su cama y me miró como si fuera la cosa más preciosa del mundo, no sentí miedo. Sentí paz.

Me desperté con la luz de la mañana filtrándose por las persianas. Por un momento, antes de abrir por completo los ojos, simplemente disfruté de la sensación. El calor de su cuerpo a mi lado. El peso de su brazo sobre mi cintura. El olor a café que venía de algún lugar de la casa.

Era perfecto. Demasiado perfecto.

Ese pensamiento debería haberme alertado. Debería haberme preparado para lo que vendría. Pero en ese momento, todavía adormilada, solo sonreí y me acurruqué más contra él.

—Buenos días —murmuró Alejandro, con la voz ronca del sueño.

—Buenos días —respondí, besando su hombro desnudo.

Estuvimos así unos minutos, en esa burbuja de calma que precede a las tormentas. Luego sonó el teléfono. No el móvil, el fijo de la casa, ese sonido antiguo y estridente que cortaba el silencio como un cuchillo.

Alejandro frunció el ceño. Se incorporó, buscando sus vaqueros por el suelo, y salió al salón para contestar. Yo me quedé en la cama, con la sábana sobre el pecho, escuchando su voz apagada.

—¿Sí? —dijo—. Sí, soy yo. ¿Qué? ¿Cuándo?

Algo en su tono cambió. Se volvió tenso, agudo, alerta. Sentí que el estómago se me cerraba, que la felicidad de minutos antes se evaporaba como humo.

Entró en la habitación con el teléfono aún en la mano, el rostro pálido y una expresión que había visto antes y que temía ver de nuevo.

—¿Qué pasa? —pregunté, ya incorporándome, buscando mi ropa con manos temblorosas.

—Es la policía —dijo Alejandro, con la voz mecánica, distante—. Víctor ha desaparecido. Otra vez.

—¿Desaparecido? —Repetí, como si la palabra no tuviera sentido—. ¿Cómo que desaparecido?

—Se ha ido de su piso. Ha liquidado cuentas. Ha borrado rastros. Pero antes… —Alejandro hizo una pausa, tragando saliva— …antes de irse, ha dejado un mensaje. En la comisaría. Para nosotros.

Me quedé quieta, con la camiseta a medio poner, con el corazón martilleando en los oídos.

—¿Qué mensaje? —susurré.

Alejandro me miró. Y en sus ojos vi algo que me heló la sangre. No era miedo por mí. Era terror por ella.

—Dice que no va a ir contra ti —dijo, y cada palabra parecía pesar toneladas—. Que ya no le interesas. Que ha encontrado una forma mejor de hacernos daño. —Hizo una pausa, y su voz se quebró—: Dice que va a ir contra Carmen. Que sabe dónde vive. Que sabe que ella es lo único que nos importa de verdad.

El mundo se detuvo.

La noche perfecta, la cena, las luces, la música, la intimidad compartida sin miedo… todo se desvaneció en un segundo. Y en su lugar quedó solo el horror. La certeza de que habíamos bajado la guardia demasiado pronto. De que el monstruo no había huido, sino que solo había estado esperando el momento de atacar donde más dolía.

—Tenemos que irnos —dije, ya en pie, buscando mis zapatos con movimientos frenéticos—. Ahora mismo. Tenemos que llegar a ella antes que…

—Lucía —interrumpió Alejandro, agarrándome por los hombros, obligándome a mirarlo—. Respira. Mi abuela tiene seguridad. Tiene alarmas. Está a salvo.

—¡No está a salvo! —Grité, y el pánico que había estado conteniendo estalló—. ¡Ninguna de nosotras está a salvo mientras él esté libre! ¡Y ahora sabe exactamente dónde golpear!

Alejandro me abrazó. Me apretó contra su pecho con fuerza, intentando calmarme, pero sentí que su propio corazón latía desbocado.

—Vamos —dijo, con la voz firme a pesar del miedo—. Vamos ahora mismo. Pero necesito que estés conmigo, Lucía. Necesito que estés fuerte. Porque si él quiere destruirnos, no vamos a dejarle. No vamos a permitirle que nos quite lo único que hemos construido.

Asentí contra su pecho, con las lágrimas corriendo por mi cara, sabiendo que la noche demasiado perfecta había terminado.

Y que la tormenta final acababa de empezar.

Capítulo 37



Alejandro

La rabia me consumía por dentro, pero esta vez no la dejaba salir. Esta vez la encerraba en una caja de acero, la analizaba, la descomponía en sus partes constituyentes para entender cómo utilizarla. Durante años había creído que la furia era un combustible que debía expresarse, liberarse, convertirse en acción inmediata. Ahora sabía que era una herramienta peligrosa que podía destruir todo si no se manejaba con precisión quirúrgica.

Víctor había amenazado a mi abuela. No a mí ni a Lucía directamente, sino a mi abuela Carmen. A la mujer de ochenta y seis años que me había criado, que me había enseñado a ser humano, que ahora dormía en su habitación del piso de arriba con la seguridad reforzada que yo mismo había instalado. Eso no era solo un ataque. Era una declaración de guerra. Y yo no iba a perder esta guerra por dejarme llevar por la emoción.

Pasé la mañana en el despacho de Eduardo Valcárcel, con montañas de documentos extendidos sobre la mesa de caoba. El abogado fumaba su pipa, un hábito que creía haber extinguido, y movía papeles con la eficiencia de quien lleva décadas desenmarañando fraudes.

—Tiene un patrón —dijo Valcárcel, señalando una línea de tiempo que había dibujado en una pizarra—. Víctor no actúa solo nunca. Siempre hay alguien que le proporciona información privilegiada. Alguien que conoce el valor real de los activos que persigue.

—¿El terreno de mi abuela? —pregunté, con la mandíbula tensa.

—Exactamente —confirmó el abogado—. Es tierra de desarrollo urbanístico protegido desde los años ochenta, pero hay rumores de que el ayuntamiento podría recalificarla. Si eso ocurre, el valor se multiplica por cien. Y Víctor lo sabe. O, mejor dicho, alguien se lo ha contado.

Apreté los puños bajo la mesa. No visiblemente. No dejaba que mi cuerpo traicionara lo que sentía. Pero por dentro, cada fibra de mi ser gritaba por justicia, por venganza, por proteger a los míos a cualquier precio.

—Necesitamos pruebas —dije, con la voz calmada—. No especulaciones. Pruebas que lo conecten con la tentativa de fraude. Algo que la policía pueda usar.

—Estamos trabajando en ello —respondió Valcárcel—. Pero este hombre es cuidadoso. No deja rastro.

Me levanté y caminé hasta la ventana. Desde allí veía el centro de Málaga, con sus calles bulliciosas y su gente viviendo vidas normales mientras nosotros estábamos sumidos en esta pesadilla. Pensé en Lucía, que había ido a casa de mi abuela a acompañar a Carmen, y en cómo debía de estar sintiéndose ella. Culpable, probablemente. Como si todo esto fuera su culpa.

Y esa idea, la de que ella se culpaba, avivó la furia que tanto intentaba contener.

Cuando llegué a casa de Carmen, encontré a las dos mujeres sentadas en el porche, tomando té como si el mundo no se estuviera desmoronando a su alrededor. Lucía tenía ojeras que intentaba disimular con maquillaje, pero su postura era erguida, desafiante. Y Carmen… Carmen parecía una reina en su trono, imperturbable, con el pelo blanco perfectamente peinado y la bata de seda azul.

—¿Y bien? —preguntó mi abuela cuando me vio entrar—. ¿Has venido a instalarme más cámaras? ¿A contratar más guardaespaldas? ¿A convertir mi casa en el cuartel general de la OTAN?

Me detuve en el umbral del porche. Había esperado preocupación, miedo, quizás incluso lágrimas. Pero no esto. No esta… indiferencia teatral.

—Abuela, Víctor ha dicho que va a ir contra ti —dije, con la voz más dura de lo que pretendía—. No es una broma. No es una amenaza vacía. Es…

—Es un hombre desagradable —interrumpió Carmen, dando un sorbo a su té—. Lo sé. He vivido ochenta y seis años, Alejandro. He visto pasar guerras, dictaduras, crisis económicas y tres maridos. No voy a dejar que un hombre desagradable me quite la tranquilidad.

Lucía me miró. En sus ojos vi una mezcla de admiración y terror. Admiración porque Carmen seguía siendo fuerte, imparable, una fortaleza de dignidad. Terror porque sabía, como yo, que la fortaleza no era suficiente contra la maldad pura.

—Doña Carmen —dijo Lucía, suavemente—, no se trata de perder la tranquilidad. Se trata de que este hombre es peligroso. Que no tiene escrúpulos. Que…

—Que es un cobarde —terminó Carmen, dejando la taza con un golpe sordo—. Los cobardes atacan a los débiles porque temen a los fuertes. Y yo, niña, no soy débil. Estoy vieja, cansada y tengo el corazón un poco estropeado. Pero no soy débil.

Me senté junto a ella. Tomé su mano, frágil pero cálida, entre las mías.

—No quiero que corras riesgos —dije, con la voz quebrada.

—Y yo no quiero que vivas con miedo —respondió ella, mirándome fijamente—. Pero a veces no elegimos, Alejandro. A veces la vida nos pone a prueba y solo podemos decidir cómo afrontarla. Con dignidad o con pánico. Yo he elegido.

Lucía se levantó y se acercó por detrás de mi abuela, posando una mano sobre su hombro. La imagen de las dos mujeres, unidas por algo más fuerte que la sangre, me golpeó con tal fuerza que me dejó sin aliento. Eran mi familia. Las dos. Y estaban dispuestas a enfrentarlo juntas, con o sin mi protección.

Fue Héctor quien encontró la conexión. Llegó a casa de Carmen a media tarde, con el pelo revuelto y la camisa arrugada, llevando una Tablet que parecía a punto de explotar por la cantidad de ventanas abiertas que tenía.

—Tengo algo —anunció, sin saludar, sentándose en la mesa del comedor como si fuera su oficina.

Lucía y yo nos acercamos. Carmen se quedó en el fondo, fingiendo leer un libro, pero sé que escuchaba cada palabra.

—Víctor no quiere el terreno de Carmen para construir —dijo Héctor, deslizando el dedo por la pantalla—. Quiere vender información falsa sobre el terreno. Tiene documentos falsificados que afirman que el ayuntamiento ya ha aprobado la recalificación. Que el terreno ya es urbanizable. Y está contactando con inversores extranjeros, gente que no conoce el mercado local, para venderles esos documentos antes de que nadie descubra que son falsos.

—¿Un fraude doble? —Pregunté, intentando seguir la lógica.

—Exacto —confirmó Héctor—. Si consigue compradores antes de que se demuestre el fraude, se lleva millones. Y cuando los compradores descubran que el terreno sigue siendo rústico protegido, Víctor ya habrá desaparecido. Y Carmen… —miró hacia mi abuela— … Carmen se quedará con un problema legal enorme, demandas de gente estafada, y la culpa de haber vendido algo que nunca vendió.

Sentí que la sangre se me helaba. Era brillante. Perverso, pero brillante. Usar a mi abuela como pantalla, como chivo expiatorio, mientras él se enriquecía y desaparecía.

—¿Tenemos pruebas? —preguntó Lucía, con la voz tensa.

—Estamos cerca —dijo Héctor—. He encontrado correos. Transferencias bancarias sospechosas. Pero necesitamos algo sólido. Algo que conecte directamente a Víctor con los documentos falsos.

Pasamos horas revisando papeles, siguiendo pistas y construyendo un caso que pudiéramos presentar ante la policía. Era tedioso, agotador, el tipo de trabajo que requiere paciencia y que mi naturaleza impulsiva detestaba. Pero lo hice. Porque esta vez no se trataba de mi orgullo herido ni de mi necesidad de control. Se trataba de proteger a las dos mujeres que habían cambiado mi vida.

Fue cerca de la medianoche cuando Héctor gritó desde el salón. Habíamos estado revisando correos electrónicos durante horas, buscando el error, la pista, la hebra suelta que deshiciera toda la madeja.

—¡Aquí! —Exclamó, con la voz ronca por el cansancio—. ¡Mira esto!

Nos acercamos. En la pantalla aparecía un correo enviado desde una cuenta provisional, pero con un error garrafal: Víctor había olvidado borrar los metadatos del documento adjunto. Y en esos metadatos figuraban su nombre real, su dirección IP y, lo más importante, la firma digital del notario falsificado que había utilizado para crear los documentos sobre el terreno.

—Es un error de principiante —dijo Héctor, casi incrédulo—. Después de todo este tiempo siendo cuidadoso, ha cometido un error de principiante.

—Porque se ha confiado —dije, sintiendo que una sonrisa amarga se dibujaba en mi rostro—. Porque cree que ya ha ganado. Que estamos demasiado ocupados protegiendo a Carmen como para investigar sus movimientos financieros.

—Esto es suficiente —dijo Lucía, con la voz temblando de emoción —. ¿Verdad? Esto es suficiente para detenerlo.

—Es suficiente —confirmé, tomando su mano entre las mías—. Es más que suficiente.

Por primera vez en semanas, sentí que respirábamos aire diferente. No era victoria todavía, pero era una ventaja. Una oportunidad. Una luz al final de un túnel que había parecido interminable.

Esa noche, después de que Héctor se fuera con la promesa de preparar el informe completo para la fiscalía, después de que Carmen se durmiera con la certeza de que estábamos cerca de resolverlo todo, Lucía y yo nos quedamos en la terraza. El cielo estaba despejado, lleno de estrellas que parecían observarnos con indiferencia.

Estaba sentada en el banco de piedra, con las piernas recogidas contra el pecho, envuelta en una manta que había robado del sofá. Me senté a su lado, dejando que nuestros hombros se rozaran, que nuestros calores se mezclaran.

—Tengo miedo —dijo de repente, sin girarse hacia mí.

No era una confesión nueva. Habíamos hablado de miedo antes. Pero esta vez había algo diferente en su voz. Una aceptación, quizás. Una renuncia a fingir.

—Yo también —respondí.

Ella se giró. Me miró con los ojos muy abiertos, con la sorpresa evidente en su rostro.

—¿Tú? —preguntó, casi incrédula.

Asentí. Lentamente, con la honestidad que solo podía permitirme en la oscuridad, con la seguridad de que ella no me juzgaría.

—Yo también tengo miedo —repetí—. Porque ahora tengo algo que perder.

Lucía me observó durante largos segundos. Vi cómo procesaba mis palabras, cómo sus ojos se suavizaban, cómo una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla sin que ella intentara detenerla.

—¿Qué significa eso? —preguntó, aunque creo que ya sabía la respuesta.

—Significa que antes no me importaba —dije, volviéndome hacia ella, tomando su rostro entre mis manos—. Antes podía arriesgarme porque si fallaba, solo me perjudicaba a mí. Pero ahora… —acaricié su mejilla con el pulgar, sintiendo la humedad de su lágrima— …ahora tengo a alguien por quien vivir. Alguien a quien proteger. Alguien que me hace querer ser mejor, más fuerte, más listo. Y la idea de perderte, de que algo te pase, de que ese monstruo te toque… —mi voz se quebró— …eso me aterra más que cualquier otra cosa.

Lucía cerró los ojos. Otra lágrima cayó, y otra. Pero cuando volvió a abrirlos, sonreía. Una sonrisa triste, pero real. Una sonrisa de comprensión profunda.

—Entonces estamos igual —dijo, apoyando su frente contra la mía —. Porque yo también tengo algo que perder. Y por primera vez en mi vida, eso no me asusta. Me hace sentir viva.

Nos besamos en la oscuridad, bajo las estrellas indiferentes, con el miedo compartido como único testigo. Y en ese beso había promesas que no necesitaban palabras. Había la certeza de que, pasara lo que pasara, no estábamos solos. Que juntos podíamos enfrentar lo que viniera.

Porque ahora teníamos algo que perder.

Y eso, paradójicamente, nos hacía más fuertes que nunca.

Capítulo 38



Lucía

El mensaje llegó el martes por la mañana, mientras estaba doblando la ropa de Carmen en el jardín. Mi teléfono vibró sobre la mesa de piedra con una violencia que me hizo sobresaltar, como si el aparato mismo pudiera sentir la malignidad de quien escribía al otro lado.

«Necesito verte. Solos. Sin tu arquitecto. Sin tu abuela. Solo tú y yo, como antes. O si no, todo se complica. Para todos.»

Leí las palabras tres veces. Luego, cuatro. Cada repetición hacía que mi estómago se contrajera más, hasta que sentí que iba a vomitar sobre las sábanas blancas que acababa de tender.

Víctor. Siempre Víctor. Con su capacidad para convertir la tranquilidad en terror con solo unas líneas de texto.

Quise borrar el mensaje. Quise fingir que nunca había existido, que podía seguir con mi día, con mi vida, con la burbuja de seguridad que Alejandro y yo habíamos construido a fuerza de precauciones y esperanza. Pero sabía que no podía. Que esto no terminaría hasta que yo enfrentara al monstruo que llevaba meses acechándome desde las sombras.

—¿Qué pasa? —La voz de Carmen me sobresaltó. Estaba en la puerta de la cocina, con una taza de café en las manos, observándome con esa clarividencia que tenían los ancianos que habían visto demasiado.

—Nada —mentí, guardando el teléfono en el bolsillo—. Spam.

Carmen me miró durante unos segundos que parecieron eternos. Luego asintió, una vez, y se dio la vuelta. Pero su silencio decía más que mil preguntas. Sabía que ocultaba algo. Y sabía también que yo necesitaba procesarlo antes de compartirlo.

Pasé el resto de la mañana dando vueltas alrededor de la decisión. ¿Ir? ¿No ir? ¿Arriesgarme? ¿Seguir escondiéndome? Cada opción tenía su precio, y cada precio me parecía demasiado alto.

Fue al mediodía, cuando Alejandro llegó con sándwiches y esa expresión de preocupación contenida que llevaba días luciendo, cuando finalmente se lo conté.

Se quedó quieto. Literalmente paralizado en el umbral del jardín, con la bolsa de papel todavía en la mano, con el color desapareciendo de su rostro.

—No vas —dijo, y no era una sugerencia.

—Tengo que ir —respondí, con una firmeza que me sorprendió a mí misma.

—Lucía, es una trampa.

—Lo sé —admití, acercándome a él, quitándole la bolsa de las manos para poder mirarlo a los ojos—. Pero es una trampa que necesito cerrar. No puedo pasarme el resto de mi vida mirando por encima del hombro, esperando a que aparezca en cada esquina. Necesito mirarlo a la cara y decirle que ya no tiene poder sobre mí.

Alejandro apretó los puños. Vi cómo su mandíbula se tensaba, cómo luchaba contra su instinto protector, contra su necesidad de envolverme en algodón y esconderme del mundo.

—Entonces voy contigo —dijo finalmente.

—No…

—No para protegerte —interrumpió, y su voz se suavizó—. Bueno, sí, un poco. Pero principalmente para estar ahí. Para que sepas que no estás sola. Para que, si necesitas fuerza, puedas tomar la mía.

Lo miré. Realmente lo miré, y vi algo que no había visto antes. No era solo el arquitecto controlador, ni el hombre que quería arreglarlo todo. Era un compañero. Un aliado. Alguien que entendía que la verdadera fortaleza no era enfrentar los demonios sola, sino saber cuándo necesitabas una mano que te sostuviera.

—Vale —dije, y la palabra me supo a libertad—. Pero me dejas hablar a mí. Me dejas enfrentarlo. Tú solo… solo estarás ahí.

—Estaré ahí —prometió, y en sus ojos vi que era verdad.

Elegimos un lugar público. Una plaza del centro, con bancos visibles desde todos los ángulos, con gente paseando perros y niños, con la seguridad de las cámaras municipales y la presencia de una patrulla de policía disfrazada de turistas que Alejandro había organizado sin que yo supiera los detalles.

No me importó. Esta vez no sentí que su protección fuera una invasión. Sentí que era un regalo. Un equipo.

Llegamos quince minutos antes de la hora acordada. Me senté en un banco, con las manos entrelazadas sobre las rodillas, intentando controlar el temblor. Alejandro se quedó de pie a unos metros, apoyado en una farola, con las gafas de sol puestas y los brazos cruzados. Parecía un turista impaciente esperando a su pareja. Pero yo sabía que estaba alerta, observando cada rostro, cada movimiento, listo para intervenir si era necesario.

Víctor llegó puntual. Siempre había sido puntual, una de esas ironías que ahora me parecían grotescas. Llevaba un traje azul que reconocí, uno de los que le había visto usar cuando fingía ser un hombre de negocios respetable. Su barba estaba cuidada, su pelo peinado hacia atrás, su sonrisa… esa sonrisa perfecta que una vez me había parecido el sol en un día gris.

—Lucía —dijo, acercándose con las manos abiertas, como si fuera a abrazarme—. Has vuelto más guapa. El tiempo te sienta bien.

No me levanté. No le di la mano. Simplemente lo miré, con la misma expresión que reservaba para los vendedores de enciclopedias a domicilio.

—Siéntate —dije, señalando el otro extremo del banco—. Y no te acerques más.

Víctor parpadeó. Era una reacción mínima, casi imperceptible, pero la conocía bien. Era su cara de sorpresa, de «Esto no está saliendo como había planeado». Durante años, esa expresión había precedido a sus manipulaciones, a sus giros retóricos, a su capacidad para hacerme sentir que estaba siendo irracional.

Pero esta vez no funcionó.

Se sentó, manteniendo la distancia que le había indicado. Cruzó las piernas, intentando parecer relajado, pero vi que sus dedos tamborileaban contra su rodilla con un nerviosismo que intentaba disimular.

—¿Sabes? —Empezó, con esa voz melosa que solía usar cuando quería algo—. He pensado mucho en ti. En nosotros. En lo que pudimos ser si las cosas hubieran sido diferentes.

—No hay nosotros —respondí, cortante—. Nunca lo hubo. Solo estabas tú, usando mi confianza para robarme.

Víctor hizo una mueca, como si mis palabras le dolieran físicamente.

—Fue un error —dijo, inclinándose hacia adelante—. Un error de cálculo. Yo… estaba desesperado. Tenía deudas. Gente peligrosa detrás de mí. Tú eras mi salvación, Lucía. Mi única forma de salir del agujero.

—¿Y eso justifica destruir mi vida? —pregunté, y mi voz subió ligeramente, lo suficiente para que Alejandro se tensara en su farola.

—No —admitió, bajando la vista—. Nada lo justifica. Pero tú me querías. Eso era real. Y yo… yo también te quería. De verdad. Solo que estaba enfermo. Enfermo de codicia, de miedo, de…

—Basta —interrumpí, y la palabra salió firme, definitiva.

Víctor se quedó callado. Por primera vez desde que lo conocía, parecía desconcertado. Su arsenal de manipulación, la culpa, la nostalgia, la promesa de redención, no estaba funcionando. Y no sabía qué hacer sin él.

—Tú me querías —repitió, pero esta vez sonó a pregunta, a súplica.

Lo miré. Realmente lo miré, y esperé sentir algo. El dolor que había sentido durante meses. La rabia que me había mantenido despierta por las noches. La tristeza de haber sido utilizada. Pero no había nada. Solo un vacío limpio, casi pacífico. Y una decepción profunda, no hacia él, sino hacia la mujer que una vez fui, la que se había dejado engañar tan fácilmente.

—Sí —respondí, finalmente—. Te quería.

Víctor sonrió. Una sonrisa triunfal, de «Sabía que podía llegar a ti», de «Todavía tengo poder sobre ti».

—Pero querer a alguien —continué, con la voz clara, alta, imposible de ignorar— no significa permitir que te destruya.

La sonrisa desapareció. Se desvaneció como si nunca hubiera existido, reemplazada por una expresión de pura incredulidad.

—Tú elegiste hacerme daño —seguí, incorporándome ligeramente en el banco, sintiendo la fuerza crecer en mi pecho—. No porque yo fuera débil. No porque lo mereciera. Sino porque tú eres así. Un depredador. Un hombre que ve a las personas como medios para un fin. Y durante mucho tiempo pensé que eso era culpa mía. Que, si hubiera sido más lista, más desconfiada, más… perfecta, no me habrías elegido.

Hice una pausa, respirando hondo, dejando que las palabras flotaran entre nosotros.

—Pero ahora sé la verdad —concluí—. No me elegiste porque fuera débil. Me elegiste porque eres tú quien está enfermo. Y eso no es mi responsabilidad. Nunca lo fue.

Víctor perdió el control. Lo vi suceder en tiempo real, como una máquina que se descompone. Su rostro se transformó, pasando de la sorpresa a la rabia, de la rabia a algo más oscuro y peligroso. Se levantó del banco, dando un paso hacia mí, con las manos cerradas en puños.

—No te atrevas a juzgarme —siseó, con la voz baja y venenosa—. Tú no sabes nada de mí. De lo que he sufrido. De lo que he tenido que hacer para sobrevivir.

—Sé suficiente —respondí, sin retroceder, sin apartar la mirada—. Sé que has destruido a docenas de mujeres. Sé que estabas planeando vender información falsa sobre el terreno de Carmen. Sé que has estado acechándome, amenazándome, intentando hacerme sentir culpable por tu propia maldad.

Víctor se quedó quieto. Parpadeó, y por un segundo vi miedo en sus ojos. Miedo real, profundo, el de quien descubre que sus secretos ya no son secretos.

—¿Cómo…? —empezó.

—¿Cómo lo sé? —Terminé por él, y ahora sonreí—. Porque cometiste errores. Porque eres arrogante. Y porque esta vez, Víctor, no estás jugando contra una mujer sola y asustada. Estás jugando contra un equipo.

En ese momento, Alejandro se movió. No hacia nosotros, sino hacia un punto detrás de Víctor. Y entonces Víctor lo vio. A los dos agentes de policía que se acercaban con paso tranquilo pero decidido. Al coche patrulla que se detenía en la esquina. A la realidad de que esto no era una reunión íntima para reconectar. Era una trampa. Y él había caído en ella.

—Grabado todo —anunció uno de los agentes, mostrando una identificación que Víctor ni siquiera miró—. Víctor Castaño, está detenido por estafa, falsificación de documentos y amenazas.

Víctor giró la cabeza, desesperado, buscando una salida. Pero ya no había salida. Sus ojos se encontraron con los míos, y en ellos vi la pregunta que no se atrevía a formular: ¿por qué no estaba rota?

—Esperaba verte llorar —dijo, con la voz ronca, mientras le ponían las esposas—. Esperaba verte suplicar. Rogarme que te perdonara. Que volviéramos a empezar.

Me levanté del banco. Me acerqué a él, lo suficiente para que pudiera ver mi rostro con claridad. Y hablé bajo, solo para él, para que fuera lo último que recordara de mí.

—Ya no soy esa mujer —susurré—. Y eso es lo único que necesitas saber.

Mientras se lo llevaban, mientras la gente de la plaza se detenía a mirar, mientras los flashes de las cámaras de los agentes capturaban su derrota, me quedé quieta. No temblaba. No lloraba. No sentía la necesidad de ocultarme o de correr.

Alejandro llegó a mi lado. No me tocó, no me abrazó, simplemente se quedó ahí, presente, como había prometido.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz suave.

—Estoy… —busqué la palabra, la encontré, sonreí— …estoy tranquila.

Y era verdad. Por primera vez en meses, sentía una paz profunda que no tenía nada que ver con la ausencia de peligro. Tenía que ver con la presencia de algo más importante. De mí misma. De mi propia voz, que había recuperado. De mi poder, que había reclamado.

No había recuperado el dinero. Eso vendría después, con los juicios y las indemnizaciones. Pero había recuperado algo más valioso. Mi dignidad. Mi capacidad para mirar a mi agresor a los ojos y decirle que ya no me controlaba. Mi libertad para querer sin miedo, para confiar sin reservas, para ser vulnerable sin sentirme débil.

—Vamos a casa —dije, tomando la mano de Alejandro.

—¿A casa de Carmen? —preguntó él, entrelazando sus dedos con los míos.

—A casa —repetí, y la palabra incluía a las dos personas que estaban conmigo, a la familia que había elegido, al futuro que finalmente podía imaginar sin sombras—. Sí. A casa.

Caminamos juntos por la plaza, bajo el sol de la mañana que ahora parecía más brillante, más cálido, más real. Detrás de nosotros, Víctor desaparecía en el coche patrulla, convertido en un recuerdo que perdería poder con cada día que pasara.

Y yo caminaba. Con paso firme. Con la cabeza alta. Con mi propia voz resonando en mi pecho, diciendo lo que ahora sabía con certeza absoluta: que había sobrevivido. Que había crecido. Y que nunca más permitiría que nadie me silenciara.

Capítulo 39



Alejandro

La calma llegó sin avisar. Una mañana desperté y el mundo había dejado de girar en el eje del peligro. No había mensajes amenazantes en el móvil de Lucía. No había sombras sospechosas vigilando desde los coches aparcados. No había esa tensión eléctrica que había impregnado cada momento de los últimos meses.

Solo había silencio. Y ese silencio me resultó extrañamente incómodo.

Durante años había vivido entre problemas que resolver. Primero, los del trabajo: plazos imposibles, clientes exigentes, estructuras que se negaban a obedecer las leyes de la física. Luego, los de Lucía: las deudas, Víctor, la seguridad, la protección constante. Mi cerebro había estado funcionando en modo de crisis durante tanto tiempo que, de repente, no sabía qué hacer con la normalidad.

Me encontraba paseando por la casa de Carmen a las tres de la tarde, buscando algo que arreglar. Revisé las cerraduras, estaban bien. Comprobé las cámaras de seguridad, funcionaban perfectamente. Incluso organicé el armario de herramientas de mi abuela por tamaño y utilidad, una tarea que me valió una mirada de soslayo y un «Estás perdiendo el tiempo, niño».

—Estás inquieto —dijo mi abuela, desde su mecedora en el porche, sin levantar la vista del libro que fingía leer.

—Estoy… organizando —respondí, sintiendo que la excusa sonaba hueca incluso en mis propios oídos.

—La tormenta ha pasado, Alejandro —dijo ella, cerrando el libro—. Puedes dejar de mirar el cielo.

Asentí, pero no me sentí convencido. Había algo en la quietud que me parecía irreal, como si estuviéramos viviendo en una tregua temporal antes de que volviera a estallar todo. Necesitaba tiempo para acostumbrarme a la paz.

Lucía, en cambio, florecía en esa calma. La observaba cada mañana con una mezcla de asombro y envidia sana. Durante meses, cada llamada desconocida había sido una amenaza potencial. Cada carta del banco, una pesadilla que se materializaba en el buzón. Cada ruido en el portal la ponía en alerta máxima, con el corazón martilleando, preparada para la confrontación.

Ahora caminaba por la calle sin mirar por encima del hombro. Abría el correo con normalidad, tirando las facturas a la mesa sin que sus manos temblaran. Volvía a su piso pequeño en Huelin y simplemente respiraba, inhalando el olor a salitre y a café que subía desde la cafetería de la esquina, sin sentir que necesitaba revisar cada rincón antes de sentirse segura.

Una tarde la acompañé a hacer recados. Fue una revelación. Entró en el banco donde antes sentía pánico, saludó a la cajera con una sonrisa real, revisó su cuenta sin que la vista se le nublara. Cuando salió, el sol le daba de lleno en la cara y ella cerró los ojos, disfrutando del calor, sin prisa, sin miedo.

—¿Qué sientes? —Pregunté, curioso.

Abrió los ojos y me miró. Sonrió, y era una sonrisa diferente a las que había visto antes. No era defensiva, no era forzada, no era una máscara para ocultar el dolor.

—Libertad —dijo, simple y llanamente—. Siento que puedo volver a ser yo misma. Que no tengo que estar siempre preparada para la próxima catástrofe.

La tomé de la mano mientras caminábamos. Su piel estaba cálida, relajada, sin la tensión que solía llevar grabada en los músculos.

El caso contra Víctor avanzaba por los cauces legales con la lentitud habitual de la justicia, pero con una claridad que hacía tiempo no se veía. Las pruebas que Héctor había encontrado, sumadas a la grabación de la plaza y los testimonios de otras víctimas que finalmente se habían atrevido a salir, eran contundentes. El fraude estaba documentado, las firmas falsificadas contrastadas, la trama de complicidad desentrañada.

Víctor permanecía en prisión preventiva, sin posibilidad de fianza. Su socio, Carlos, había huido al extranjero, pero las autoridades internacionales ya habían sido alertadas. Era solo cuestión de tiempo.

Pero lo más importante, lo que realmente marcaba la diferencia, era el cambio en Lucía. No era solo la ausencia de miedo. Era la desaparición de la culpa. Esa culpa que la había acompañado como una sombra desde el día en que descubrió las deudas, convenciéndose de que había sido estúpida, de que se lo merecía, de que debía haberlo visto venir.

Una noche, mientras cenábamos en mi casa, me lo confesó.

—Dejé de sentirme culpable —dijo, de repente, dejando el tenedor sobre el plato—. No sé cuándo ocurrió exactamente. Quizás cuando enfrenté a Víctor. Quizás antes. Pero me di cuenta de que no hice nada malo. Que confiar en alguien no es un crimen. Que la culpa es de él, no mía.

Asentí, esperando a que continuara.

—Y eso —dijo, con los ojos brillando—, es casi más liberador que verlo entre rejas.

La celebración llegó un sábado de junio, cuando el calor empezaba a ser suave y el jardín de Carmen se llenaba de luz dorada. Mi abuela había insistido en organizar una comida de paz, como la llamaba ella, y había invitado a todos los que habían formado parte de nuestra red de supervivencia.

Estaba Alba, con su melena rubia y su risa contagiosa, sentada junto a Víctor, el dueño de Nova Ingeniería, que finalmente había dejado de intentar emparejar a Lucía con su sobrino. Estaba Eduardo Valcárcel, el abogado, con su pipa apagada pero presente, charlando con Nuria e Irene, las recepcionistas que se habían convertido en amigas. Estaba Mercedes, la madre de Lucía, que había bajado del pueblo con tres táperes de comida casera y una barrera de preguntas protectoras que ya habían disminuido.

Y estaba Lucía. En el centro de todo, como un sol alrededor del cual giraban los planetas.

La observaba desde el porche, con una copa de limonada en la mano, viéndola reír de algo que Alba le decía, viéndola abrazar a su madre, viéndola discutir animadamente con Carmen sobre si la paella llevaba o no pimiento. Estaba radiante, no por el vestido verde que llevaba ni por el maquillaje que se había puesto por primera vez en meses. Estaba radiante por dentro.

—¿Qué pasa? —preguntó, acercándose a mí con dos galletas de almendra robadas de la bandeja de postres.

—Nada —respondí, sonriendo—. Solo te observo.

—Eso es inquietante —dijo, arqueando una ceja, pero sonriendo.

—Lucía —insistí, con la voz suave—. ¿En qué piensas?

Ella miró alrededor. Sus ojos recorrieron el jardín, la gente, las caras familiares y amigas que llenaban el espacio con vida. Vi cómo su expresión cambiaba, cómo se suavizaba, cómo se llenaba de una emoción que intentaba contener.

—Estoy pensando que soy muy rica —dijo finalmente, con la voz apenas un susurro.

La miré, confundido. Después de todo lo que había perdido, después de las deudas que aún estaban en proceso de resolución, después de los años de trabajo agotador para llegar a fin de mes…

—¿Rica? —pregunté.

Ella señaló alrededor, con un gesto amplio que abarcaba a todos los presentes.

—Tengo gente que me quiere —dijo, y su voz se quebró ligeramente, pero de emoción, no de tristeza—. Tengo a Alba, que nunca me dejó sola. A tu abuela, que me trata como a una nieta. A mi madre, que por fin deja de preguntarme cuándo me voy a casar porque ve que estoy bien. A Nuria e Irene, que me guardan café y me cuentan sus vidas. A Eduardo, que me devolvió la dignidad. A Víctor, que siempre creyó en mí.

Hizo una pausa, tragando saliva, mirándome a los ojos.

—Y te tengo a ti —continuó—. Que me ves. Que me eliges cada día. Que no intentas arreglarme, solo acompañarme.

Se volvió hacia el jardín, hacia la escena de familia improvisada que había construido sin darse cuenta.

—Eso no lo compra ningún millonario —concluyó—. Y durante mucho tiempo pensé que estaba sola. Que no tenía nada. Que había perdido todo por culpa de Víctor. Pero míranos. Mira todo esto.

La observé, y supe exactamente lo que quería decir. Porque ella había construido algo que el dinero no podía comprar. Una red de cariño, de lealtad, de personas que estaban ahí no por obligación, sino por elección. Una familia que no compartía sangre, pero sí historia. Sí sufrimiento. Sí superación.

Sonreí, porque esa era una de las cosas que más amaba de ella. Que podía haber perdido sesenta mil euros, su historial crediticio, su apartamento casi, su confianza en los demás. Que podía haber pasado noches enteras llorando, días enteros trabajando hasta el agotamiento, meses enteros viviendo con el miedo como única compañía.

Pero nunca, ni por un segundo, había perdido su capacidad de valorar lo importante. De ver la belleza en la gente. De reconocer que la riqueza real no estaba en los números de una cuenta bancaria, sino en los corazones que te rodean.

—Eres la persona más rica que conozco —dije, acercándome a ella, besando su frente.

Ella se rio, esa risa suya que sonaba a campanas lejanas.

—Y tú eres el único arquitecto que conozco que sabe construir familias mejor que edificios —respondió, apoyándose contra mí.

Desde el otro lado del jardín, Carmen nos observaba. Levantó su copa hacia nosotros, con una sonrisa de complicidad que decía «Os dije que encajabais», y luego volvió a su conversación con Mercedes sobre los méritos del ajo en la cocina mediterránea.

El sol se ponía lentamente, tiñendo el cielo de colores cálidos. La música suave que había puesto Alba desde su móvil flotaba en el aire. Y yo, que había pasado años construyendo estructuras perfectas, vacías y frías, finalmente entendía qué era lo que realmente importaba.

No eran los edificios. No era el control. No era la perfección.

Era esto. Este momento imperfecto, caótico, lleno de gente ruidosa y amor incondicional.

Era ella. Lucía. Que había llegado a mi vida como un huracán y me había enseñado que a veces lo más hermoso se construye sin planos, sin seguridades, sin garantías.

Y mientras el día se desvanecía en una noche tranquila, supe que la tormenta había pasado de verdad. Y que lo que habíamos construido juntos, esta familia improvisada, este amor inesperado, esta paz conquistada, era lo suficientemente fuerte para soportar cualquier otra tormenta que pudiera venir.

Porque ahora no estábamos solos.

Y eso era todo.

Epílogo



Alejandro

Dos años después…

Habían pasado dos años.

Lucía había cumplido treinta y un años el mes anterior, y yo acababa de cumplir treinta y nueve. Vivíamos entre Madrid y Málaga, en un equilibrio que habíamos aprendido a mantener con la precisión de quienes entendían que el hogar nunca había sido un lugar, sino las personas que lo formaban.

Por fin había terminado de pagar todas las consecuencias económicas del fraude de Víctor. Aquella liberación había llegado en forma de documentos oficiales y de una carta del banco que guardaba enmarcada en su despacho. No lo hacía por el dinero recuperado, sino por lo que significaba: el cierre definitivo de una de las etapas más oscuras de su vida.

Lo que más admiraba de ella era que jamás había olvidado quién había sido cuando no tenía nada. Seguía viendo a la mujer que limpiaba casas ajenas con una sonrisa, que cuidaba de ancianas con una paciencia infinita y que era capaz de reírse de sus propias desgracias para no dejarse vencer por ellas.

Ahora dirigía una pequeña empresa dedicada a la organización y gestión de hogares, porque había descubierto que su verdadero talento no consistía en ordenar habitaciones, sino en cuidar de las personas. Todas las mujeres que trabajaban con ella compartían algo en común: necesitaban una segunda oportunidad, igual que la había necesitado ella en su momento. Y Lucía no solo les ofrecía un empleo; les devolvía la dignidad.

Carmen seguía siendo una pieza imprescindible en nuestras vidas. Tenía ochenta y ocho años, una cifra que repetía con un orgullo casi desafiante cada vez que alguien intentaba tratarla como si fuera una anciana indefensa. Continuaba dando órdenes desde su mecedora con la autoridad de un general en campaña, organizando la vida de todos con una eficacia que nadie se atrevía a cuestionar. Siempre decía que tenía más energía que sus propios hijos y, sinceramente, era muy posible que fuera verdad.

Una vez al mes venía a Madrid. Protestaba por el tráfico porque, según ella, le recordaba a cómo conducía su marido, y después se instalaba en nuestra casa como si le perteneciera. En cierto modo, siempre había sentido que era también su hogar.

Alba seguía siendo la mejor amiga de Lucía. Ya estaba casada con Dani y tenían una niña de dos años llamada Emma. Lucía se había convertido, de forma completamente oficial, en su segunda madre. Más de una vez las observé juntas mientras Lucía le enseñaba a contar, le cantaba canciones de los años ochenta o conseguía arrancarle una carcajada. Y cada vez que las veía, no podía evitar pensar en todo el camino que habíamos recorrido desde aquella noche en el bar El Rincón, cuando dos desconocidos coincidimos en medio del caos de nuestras respectivas vidas.

Héctor tampoco había cambiado demasiado. Seguía burlándose de mí cada vez que nos veíamos, algo que ocurría con bastante frecuencia porque continuaba siendo mi socio y el hermano que la vida me había regalado. Siempre aseguraba que había sido él quien había conseguido que yo desarrollara sentimientos, como si hubiera reprogramado a un robot incapaz de sentir.

Yo le dejaba presumir de aquella teoría porque, muy a mi pesar, había una pequeña parte de verdad en sus palabras. Aunque jamás se lo habría reconocido en voz alta.

Nuestra familia había crecido.

Teníamos una hija de dos años, Carla, con el pelo castaño y los ojos color miel de su madre. Sin embargo, había heredado por completo el carácter de Lucía: obstinada, divertida, incapaz de aceptar un no por respuesta y con una facilidad insultante para encontrar el lado divertido de cualquier situación. Esa capacidad para hacerme reír había acabado derrotándome hacía mucho tiempo.

Además, Lucía estaba embarazada de seis meses y estábamos celebrando el *baby shower* para descubrir el sexo del segundo bebé. En realidad, el médico ya me lo había confesado en secreto unas semanas antes: sería un niño. Habíamos querido mantener la sorpresa para toda la familia, pero yo había necesitado un poco de margen para asimilar la idea de tener dentro de poco a dos niños pequeños corriendo y gritando al mismo tiempo por casa.

Carlos fue de los primeros en llegar, como siempre.

Seguía siendo el mejor amigo de Lucía, el padrino de Carla y ese hombre que repetía constantemente que no pensaba enamorarse nunca. Continuaba soltero y aseguraba que era completamente feliz ejerciendo de tío favorito de mi hija, que lo miraba con absoluta adoración y le exigía que la llevara en brazos por todo el jardín.

Los observé mientras jugaban en el césped, riéndose sin preocuparse por nada más, y pensé que existían historias que todavía no habían empezado. Historias que, quizá, estaban a punto de hacerlo.

Porque, entre los invitados que iban llegando con regalos envueltos en papel rosa y azul, apareció un rostro nuevo.

Era Daniela, mi prima.

Acababa de llegar desde Barcelona después de poner fin a una relación tormentosa que había durado demasiados años. Según sus propias palabras, estaba intentando recoger sus pedazos. Yo sabía que aquellas heridas eran mucho más profundas de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Entró en el jardín con el pelo oscuro moviéndose al compás de la brisa y esa mirada cansada que no conseguía esconder el desafío que siempre había llevado dentro.

Entonces vio a Carlos. Él seguía sentado en la hierba, con Carla subida a sus hombros mientras los dos reían sin parar. Vi cómo algo cambiaba en la expresión de Daniela. No supe identificar exactamente qué había sido, pero tuve la certeza de que era importante.

Quizá solo fuera curiosidad. Quizá el principio de algo. O quizá el eco de otras historias que aún no conocíamos.

Decidí guardar aquella impresión para mí. Había aprendido que algunos encuentros necesitaban tiempo para encontrar su propio camino.

La fiesta transcurrió con ese caos perfectamente organizado que siempre había definido nuestras reuniones familiares.

Mi abuela Carmen dirigía las operaciones desde un sillón que ella misma había convertido en un auténtico trono. Señalaba dónde debía sentarse cada uno, criticaba la elección de los canapés y daba órdenes sin dejar espacio para la réplica.

Alba y Dani discutían sobre si Emma debía empezar la guardería aquel mismo año o esperar un poco más.

Mientras tanto, Héctor intentaba convencer a mi madre para que invirtiera en un proyecto de arquitectura sostenible que sonaba tan ambicioso como peligrosamente utópico.

Y, en medio de todo aquel bullicio, estaba ella.

Lucía permanecía sentada en el banco de piedra del jardín de Carmen. El mismo banco donde años atrás me había sentado con ella cuando todavía era un hombre perdido, incapaz de entender qué estaba haciendo con mi vida.

Ahora sostenía a Carla sobre las piernas mientras una de sus manos descansaba, casi por instinto, sobre su vientre redondeado.

Se reía de algo que acababa de decir mi prima. Echó la cabeza hacia atrás y el sol iluminó su rostro. Y pensé, una vez más, que había dedicado mi vida a levantar edificios. Había diseñado estructuras inmensas. Había visto levantarse rascacielos capaces de rozar el cielo. Pero ninguna de aquellas obras se acercaba siquiera a la perfección de aquel instante.

Me alejé de la conversación con Héctor, me acerqué hasta ella y me senté a su lado.

Carla, como si hubiera estado esperándolo, extendió inmediatamente los brazos hacia mí, exigiendo que la cogiera. Parecía convencida de que mi única misión en la vida consistía en ejercer de transporte oficial.

—Necesito vacaciones —dije medio en broma, medio resignado mientras intentaba impedir que terminara trepándome por la espalda como un pequeño mono.

Lucía me miró con esa sonrisa que conocía mejor que cualquier plano que hubiera dibujado jamás.

—Ya te dije que casarte conmigo era toda una aventura.

—No recuerdo que mencionaras las escaladas domésticas.

Ella soltó una carcajada.

—Eso iba incluido.

Entonces buscó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Lo incluía todo. El caos, el amor, los pañales, las noches sin dormir… y esto.

Señaló el jardín. Nuestra familia. Nuestros amigos. El mismo patio donde todo había empezado.

Donde nos habíamos conocido. Donde nos habíamos enamorado entre discusiones absurdas y vasos de limonada.

La tarde fue avanzando despacio.

Servimos limonada casera siguiendo la receta de Carmen, aunque Lucía llevaba años preparándola incluso mejor que ella.

El jazmín seguía trepando por las paredes blancas exactamente igual que siempre. Su aroma me devolvió, sin esfuerzo, a los veranos de mi infancia, a los domingos con mi abuelo y a aquellos primeros encuentros con Lucía, cuando todo era complicado, incierto y completamente nuevo.

Miré a mi alrededor. Era el mismo patio. La misma limonada. El mismo jazmín. Y, sin embargo, todo había cambiado. Porque nosotros habíamos cambiado.

Habíamos construido algo que el paso del tiempo no podía destruir. Una familia. Una historia. Un amor que había sobrevivido a deudas, fraudes, amenazas y miedos.

Observé a Lucía riéndose con Carla intentaba darle de comer a su muñeca con trozos de sandía, mientras el bebé que esperaba no dejaba de moverse bajo su camiseta. Entonces comprendí hasta qué punto había cambiado mi forma de entender la vida.

Durante muchos años había creído que una vida perfecta consistía en una existencia sin problemas. Una estructura sólida. Ordenada. Impenetrable.

Ahora sabía que estaba completamente equivocado.

Una vida perfecta no era la que estaba libre de dificultades. Era aquella en la que existía alguien dispuesto a afrontarlas contigo.

—¿En qué piensas? —Le pregunté al verla callada, más de lo normal.

—En que nunca me tocó la lotería.

—Menos mal —dije, y me miró, sorprendida.

—¿Menos mal?

Asentí mientras me acercaba hasta apoyar suavemente la frente contra la suya. Entre los dos, Carla aprovechaba para intentar llenarme el pelo de sus pequeñas manos pegajosas.

—Claro que sí. Porque si te hubiera tocado antes… nunca habrías tenido la suerte de encontrarme.

Ella sonrió, y esa sonrisa lo dijo todo.

Toda mi vida, todos mis planes, toda mi obsesión por mantener el control no habían sido más que el camino necesario para llegar hasta aquel momento. Hasta ella. Hasta nosotros.

Hasta la familia imperfecta y maravillosa que habíamos construido entre lágrimas, discusiones, abrazos y carcajadas.

Y, por primera vez en mucho tiempo, acepté algo que llevaba años negándome. La mejor inversión que había hecho en toda mi vida no había sido un edificio.

Ni un proyecto. Ni una empresa. Había sido confiar en el caos. Había sido enamorarme de una mujer que me enseñó que la verdadera riqueza nunca se había medido en dinero, sino en la capacidad de seguir riendo cuando parecía que todo se iba al carajo.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu
